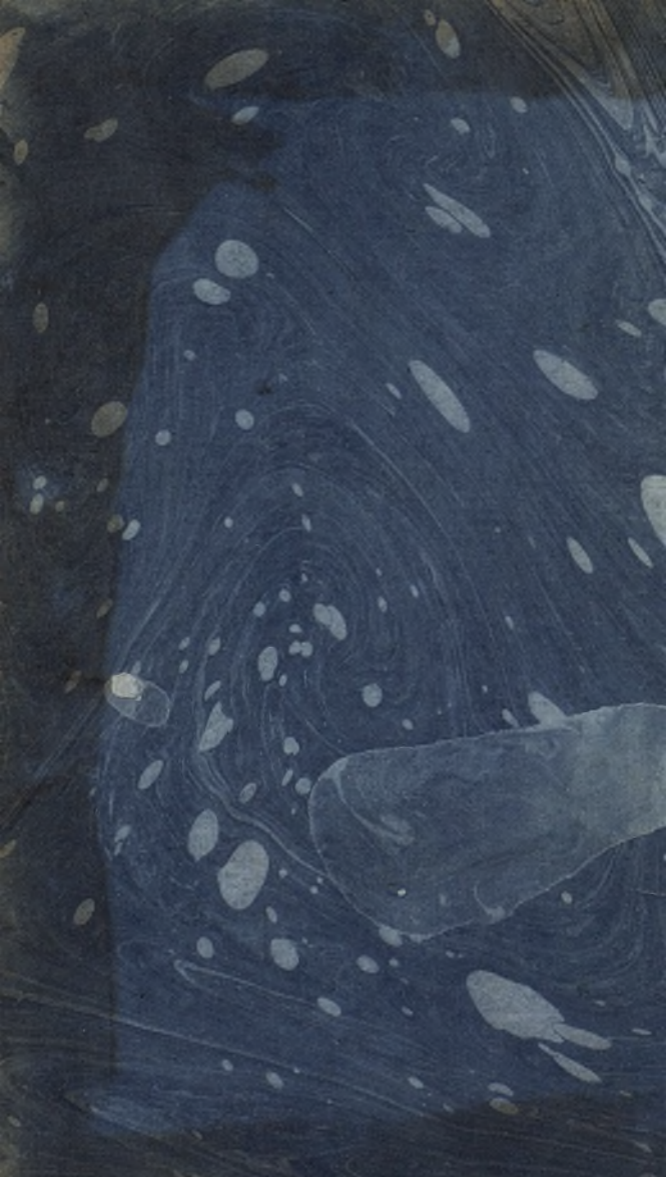


SSSSS
AVENTURA
DE
GIL BLAS
SSSSS
4

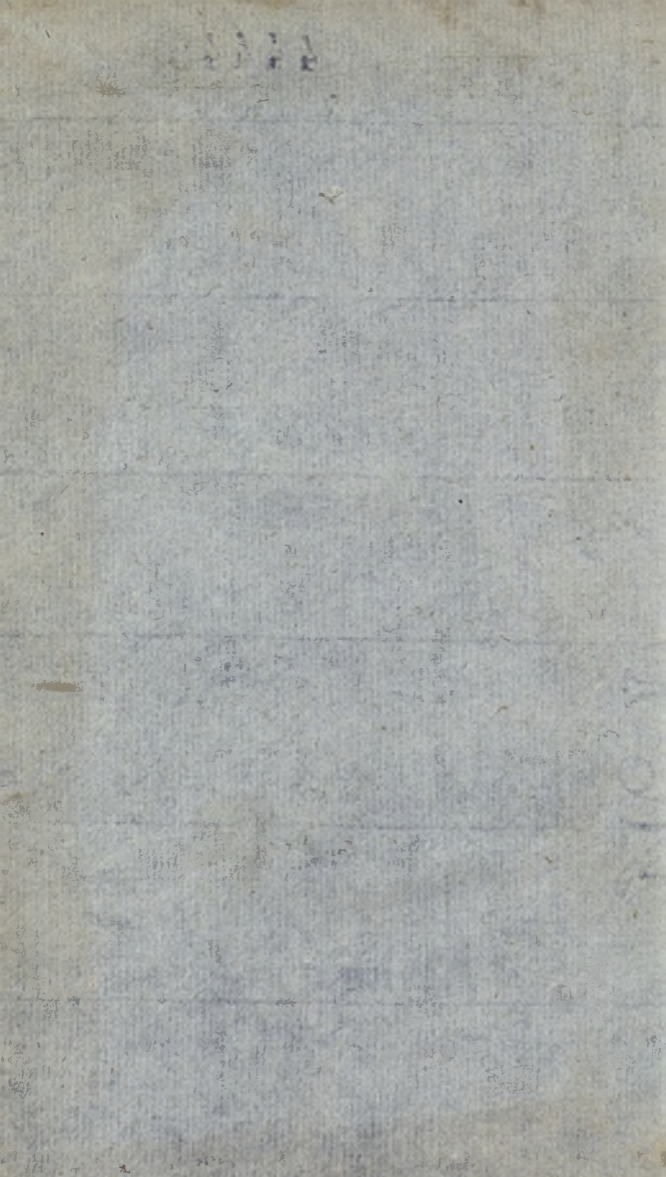
UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

TS-758



44445

5-674904



82-33

LES

Ave

75-758

615334363

611704305
112195953

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



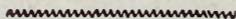
2 202000 311720

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA,

Escritas en francés por M.^r LESAGE, y
traducidas al castellano por el Padre
JOSÉ ISLA.

NUEVA EDICION, ADORNADA CON 8 LÁMINAS.



TOMO IV.



BURDEOS,
EN LA IMPRENTA DE D.ⁿ PEDRO BEAUME.

1822.



AVERTISSEMENT
DE GILBERTAS
DE SANTIAGANA

Facile en français par M. L. L. L.
traduction de l'original par M. P. P.
Paris

NOUVEAU ÉDITION

TOME I

PARIS
EM LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

LIBRO DÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Partida de Gil Blas para Asturias, y lo que le sucedió al pasar por Valladolid.

CUANDO me estaba disponiendo para mi viage de Asturias con Scipion, fué el Duque de Melar creado Cardenal por la Santidad de Paulo V. Deseaba este introducir el Santo Tribunal de la Inquisicion en el Reino de Nápoles, y honró con el Capelo al primer Ministro del Rey de España, para empeñarle en lograr el consentimiento y la aprobacion de aquel Monarca en tan santo intento. Los que pretendian conocer perfectamente al nuevo Cardenal, hablaban de la tal creacion, como suelen hablar regularmente

los quejosos y envidiosos, no menos que los que presumen de zahoríes y penetrativos.

Scipion, que se alegraria mas de verme en un puesto brillante de la Corte, que oscurecido en la soledad, me aconsejó que me presentase al nuevo purpurado. Puede ser, me dijo, que su Eminencia, viendole á vmd. fuera de la prision por órden del Rey, no quiera ya fingirse irritado contra vmd., y que le vuelva á admitir en su servicio. Sin duda Scipion, respondí, te has olvidado de que solo conseguí la libertad bajo condicion de que dentro de un mes habia de salir de las dos Castillas. Fuera de eso, no creas que esté ya disgustado con mi hacienda y con mi casita de Liria. Ya te lo he dicho, y te lo vuelvo á repetir, que aunque el Duque de Melar me restituyese á su gracia, y me ofreciese el mismo puesto que ocupa el Baron de Roncal, todo lo renunciaria. Tengo ya tomado mi partido. Quiero ir á Oviedo para ver á mis pobres padres, y traermelos conmigo á las cercanías de Valencia. Pero, amigo, si tú estás arrepentido de unir tu suerte con la mia, no tienes mas que hablar: estoy ponto á darte la mitad de lo que tengo; con ello te podrás quedar en Madrid, y llevar adelante, hasta donde pudieres, tu fortuna.

¿ Como así? replicó mi secretario algo resentido de estas espresiones: ¿ es posible que vmd. haya sospechado de mí que fuese capaz de tener

repugnancia á seguirle en su retiro? Esa sospecha ofende mi zelo y mi amor á su persona. ¿Pues que, Scipion, aquel fiel criado, que por darle algun alivio en sus penas estaba resuelto á encerrarse de por vida con vmd. en el Alcazar de Segovia, tendrá ahora repugnanza en seguirle y acompañarle en un sitio donde esperamos gozar mil delicias? No, Señor, no, ninguna gana tengo de desviar á vmd. de tan acertada resolucion. Quiero confesarle una treta mia: si le aconsejé que se presentase al nuevo Cardenal, fué únicamente para probarle, y ver si todavía le quedaba alguna reliquia de ambicion. Ea pues, ya que se halla vmd. tan desprendido de todo pensamiento de grandezas humanas, abandonemos prontamente la Corte, y vamos luego á disfrutar aquellos inocentes y deliciosos placeres que en la soledad nos hemos ideado.

Con efecto, poco despues partimos de Madrid en una calesa tirada de dos arrogantes mulas, gobernadas por un mozo inteligente, que tomé por criado, agregandole á nuestra familia. Dormimos el primer dia en las Rozas al pié de Guadarrama, el segundo en Segovia, donde, sin detenerme á visitar al generoso Alcaide Torde-sillas, proseguí mi camino á Valladolid. Al descubrir esta ciudad, no me pude contener sin dar un profundísimo suspiro. Observólo mi compañero, y me preguntó la causa. Acuerdome, hijo, le respondí, que en Valladolid ejercité la

medicina ; y en este mismo punto me estan despedazando los remordimientos de mi conciencia , temiendo de que vengan á hacerme pedazos todos aquellos á quienes mi temeridad é ignorancia echáron en la sepultura. ¿ Y eso le da á vmd. cuidado? replicó mi secretario. Sin duda, Señor Gil Blas , que es vmd. un buen hombre. ¿ Pues no vé por ahí á tantos doctores ancianos y reverendos que han hecho lo mismo? ¿ Y piensa vmd. que por eso tienen los mismos remordimientos? No, Señor, se pasean muy serenos y tranquilos, atribuyendo á la violencia del mal los accidentes funestos, y haciendose á sí mismos grande honor de los afortunados y felices.

De ese carácter, repuse yo, era el doctor Sangrado, cuyo método seguí con la mayor fidelidad. Aunque viese morir cada dia veinte enfermos en sus maños, vivia tan persuadido de la escelencia de sus dos específicos universales para todo género de enfermedades, conviene á saber, las sangrías del brazo y el uso del agua, que si morian los pacientes, lo atribuia siempre á que habian bebido poco, ó no los habian sangrado bastante. ; Vive Dios ! exclamó Scipion dando una tremenda carcajada, que me ha citado vmd. un hombre original. Si tienes curiosidad de verle, repuse yo, mañana lo podrás satisfacer, como esté en Valladolid y no haya muerto; lo que dudo mucho, porque ya era

viejo cuando le dejé, y desde entónces acá se han pasado bastantes años.

Lo primero que hicimos, luego que nos apeámos en un meson, fué preguntar por el tal Doctor. Supimos que aun era vivo, pero que ya no visitaba por motivo de su gran vejez, y que le habian sucedido otros tres ó cuatro Doctores, los cuales estaban en grande reputacion por inventores de otra nueva práctica, tan perjudicial por lo menos como la de aquel. Resolvimos hacer alto el dia siguiente, ya para que descansasen las mulas, ya tambien para ver al doctor Sangrado. Dicho dia á las diez de la mañana fuímos á su casa, y le hallámos sentado en una poltrona con un libro en la mano. Levantóse luego que nos vió; vino hácia nosotros con paso muy firme para un septuagenario, y nos preguntó que queríamos de él, y en que podia servirnos. ¿Pues que, Señor Doctor, le respondí yo, es posible que ya no me conozca vmd., siendo asi que tuve la fortuna de haber sido su discípulo? ¿No se acuerda vmd. de cierto Gil Blas que en otro tiempo fué su comensal, su pasante, y aun su sustituto? ¿Como asi? me replicó, dandome un abrazo: ¿con que eres tú Santillana? cierto que no te habia conocido, y me alegro infinito de volverte á ver. ¿Que te has hecho despues que nos separámos? sin duda te habrás aplicado á la medicina. Es verdad, le respondí, que me inclinaba grandemente á ella;

*

pero no me permitiéron seguirla muchas y graves razones.

Peor para tí, replicó Sangrado : con los principios que sacaste de mi escuela, á la hora de esta hubieras llegado á ser un habilísimo Médico , con tal que te hubieses precavido del peligroso amor á los remedios quimicos. ¡ Ah , hijo mio ! exclamó arrancando un doloroso suspiro : ¡ y que novedades se han introducido en la medicina , de algunos años acá ! Perdido ha esta divina arte todo su honor y toda su dignidad. Esta ciencia , respetada de los hombres en todos los siglos , hoy se halla en poder de la temeridad , de la presuncion , de la ignorancia. Los hechos hablan , y presto levantarán el grito las mismas piedras contra el desórden de los que la practican : *lapides clamabunt*. Médicos , ó por mejor decir , Medicastros hay en esta ciudad , que como infelices esclavos del antimonio irán arrastrando tras el carro de su triunfo : *Currus triumphalis antimonii*. Desertores de la escuela de Paracelso , idólatras adoradores del *kermes* , curanderos de fortuna , cuya ciencia médica consiste toda en saber preparar algunas drogas químicas. ¿ Que mas te diré ? en sus métodos todo está pervertido , todo trastornado. La sangría del pié , en otros tiempos tan raras veces practicada , hoy se ha hecho ya de moda , y es la que solo se usa. Los purgantes antiguamente tan dulces y benignos , en nuestros dias

se han mudado en un brebaje atestado de emético y de kermes. La medicina el dia de hoy no es mas que un confuso caos, en que cada uno se toma la libertad de hacer lo que se le antoja, rotos los diques y despreciados los límites que sabiamente nos prescribiéron nuestros primeros maestros.

Aunque estaba reventando por reir al oír aquella cómica declamacion, todavía supe contenerme, y aun hice mas. Comencé yo mismo á declamar contra el kermes, sin saber lo que significaba, y dí al diablo á los que le habian inventado, á salga lo que saliere. Advirtiendo Scipion lo mucho que me divertian las manías de mi antiguo amo y maestro, quiso contribuir tambien por su parte á ello con algun cornadillo. Yo, Señor Doctor, dijo á Sangrado, soy sobrino de un hermano de mi abuelo, que era Médico de la escuela antigua, y como tal pido licencia á vmd. para declararme contra los remedios químicos. Mi Señor tio, que Dios haya, era tan ciego parcial de Hipocrates, que riñó muchas veces con los empíricos, porque no hablaban con el debido respeto del Rey de la medicina. La buena sangre nunca se desmiente. De buena gana haria yo el oficio de verdugo para ahorcar á esos ignorantes novatores, de quienes vmd. se queja con tanta justicia, y con no menor elocuencia. ; Que desórden no causan en toda la sociedad civil esos miserables enemigos del género humano !

Ese desórden, replicó el Doctor, es mayor y mas funesto de lo que vmd. piensa. De nada me sirvió publicar un libro contra esa médica carnicería, ántes bien cada dia va en aumento. Los Cirujanos, cuyo gran hipo es querer hacer de Médicos, creen que verdaderamente lo son solo con saber recetar kermes y emético, añadiendo sangrias del pié, como se les antoja. Adelantanse hasta mezclar el kermes en las pó-cimas y cocimientos cordiales, y catate que ya se juzgan iguales á esos fabricantes de la nueva medicina. Ha cundido el contagio hasta dentro de los mismos Claustros. Hay en ellos ciertos Frailes que pretenden hacer de Boticarios y de Cirujanos. Estos monos de los Médicos se aplican á la química, y saben preparar drogas perniciosas, con las que abrevian la vida de sus Paternidades muy Reverendas. En fin se cuenta en Valladolid mas de sesenta Conventos de Frailes y Monjas: contemple vmd. ahora el destrozo que hará en ellos el kermes junto con el emético, y la sangria del pié. Señor Sangrado, dije yo entonces, es muy justa la indignacion de vmd. contra esos públicos envenenadores; yo me lamento de lo mismo, y entro á la parte en su compasivo temor por la vida de los hombres, manifestamente amenazada por un método tan contrario al que vmd. sigue. Temo muchísimo que la química no sea algun dia la ruina de la medicina, como lo es de los reinos la moneda



*A se^r, Señor Doctor, le dije, que le he caquido à vm. en
el garlito: ¿vm. beber vino!*

Chaque inn.^e del.^e

Panquet souf.^e

falsa. ; Quiera el Cielo que este dia fatal no venga pronto !

Aquí llegaba nuestra conversacion, cuando entró en el cuarto del Doctor una criada vieja, que le traia en una bandeja un vaso y dos garrafas de vidrio llenas, una de agua y otra de vino, juntamente con unos hollitos de leche. Tomó algunos de estos, y echando en el vaso dos partes de agua y una de vino, se lo bebió. Aunque usó de esta precaucion, no por eso se libró de la reconvencion que yo le hice. A fé, Señor Doctor, le dije, que le he cogido á vmd. en el garlito. ; Vmd. beber vino ! ; vmd. enemigo tan acérrimo de él, que en los dos tercios de su vida ha bebido siempre agua ! ; De cuando acá se ha hecho tan contrario á su propia doctrina ? Ni puede escusarse con su avanzada edad ; pues en una parte de sus escritos define la vejez, diciendo que es *una tisis natural que poco á poco nos va desecando y consumiendo*, por señas que en virtud de está definicion hace vmd. graciosa burla de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. ; Que dirá vmd. ahora en su defensa ?

Digo, me respondió el viejo, que me reconviene sin razon. Si yo bebiera vino puro, la reconvencion seria justa, y me argüirias bien de infiel observador de mi método y doctrina ; pero ; ya reparaste en que el vino que bebí estaba muy aguado ? Sí, Señor, le respondí, lo reparé ;

mas eso mismo me pareció otra inconsecuencia, porque me acuerdo bien que vmd. llevó muy á mal, y gruñó mucho porque el Canónigo Sedillo bebia vino, aunque lo mezclaba con mucha agua. Confiese vmd. pues boniticamente que al cabo conoció su error, y que el vino no es tan pernicioso como á vmd. le parecia, con tal que se beba con moderacion.

Hallóse mi Doctor algo atarugado con esta réplica. No podia negar que en sus libros habia prohibido el uso del vino; y como la vanidad y la vergüenza no le permitian darme la razon, no sabia el pobre que responderme. Para sacarle de este pantano mudé de conversacion, y poco despues levanté la visita, diciendole, al despedirme, que se mantuviese siempre firme contra los nuevos Medicastros. Animo, Señor Sangrado, le dije, no deje vmd. de gritar contra el kermes, y perseguir á sangre y fuego la sangría del pié. Si á pesar de su zelo y amor á la ortodoxia médica, esa raza empírica logra arruinar la antigua disciplina, por lo menos tendrá vmd. el consuelo de haber hecho cuanto estaba de su parte para mantener su crédito.

Al retirarnos mi secretario y yo á nuestro meson, divirtiendonos con el gracioso y original carácter del tal Doctor, pasó cerca de nosotros por la misma calle un hombre como de cincuenta y cinco á sesenta años, con un sombrero alcaido, la cabeza torcida, los ojos bajos, y un

rosario de cuentas gordas en la mano. Miréle atentamente, y muy luego conocí que era el Señor Manuel Ordoñez, aquel famoso administrador del Hospital, de quien se hizo honorífica mencion en el tomo primero de esta historia. Llegúeme á él con grandes muestras de estimacion y respeto, y le saludé diciendo: Servidor del Señor Manuel Ordoñez, dignísimo administrador del Hospital, y el hombre mas hábil del mundo para conservar la hacienda y bienes de los pobres. Al oír estas palabras alzó los ojos, miróme fijamente, y me respondió con grande melosidad que queria conocerme, porque le parecia haberme visto, mas que no se acordaba donde. Respondíle que yo solia ir algunas veces á su casa en tiempo que le servia un amigo mio llamado Fabricio Nuñez. Ahora caigo en cuenta, repuso el administrador con una risita falsa, por señas que los dos érais muy buenas alhajas, y que hicisteis admirables muchachadas. ¿Y en que ha parado el pobre Fabricio? siempre que me acuerdo de él, me tiene con cuidado su paradero.

Precisamente para darle á vmd. noticias tuyas, repliqué yo, me tomé la licencia de detenerle ahora. Sepa vmd. que Fabricio está en Madrid ocupado en dar á luz varias obrillas misceláneas. ¿Que quiere decir misceláneas? me replicó. Quiere decir que escribe sobre diferentes materias, ya en prosa, ya en verso. Compone

comedias y novelas. En suma, es un mozo de ingenio, y tiene introduccion en muchas buenas casas donde es bien recibido. ¿Y como lo pasa con su carnicero y con su panadero? me preguntó el administrador. No muy bien, le respondí; porque aquí para entre los dos, tengo para mí que el infeliz está tan pobre como Job. Ni yo tengo en eso la menor duda, repuso Ordoñez. Haga la corte á los Grandes todo lo que quisiere; sus complacencias, sus lisonjas, y sus vergonzosas bajezas le producirán lo mismo que sus misceláneas. Desde luego pronostico que le veréis parar en un Hospital.

Eso no me causará novedad, dije yo, porque la poesía ha llevado muchos á él. Mejor habria hecho Fabricio, si se hubiera mantenido á la sombra y en el servicio de vmd. Entónces sí, que á la hora de esta estaria nadando en doblones. A lo menos nada le faltaria, respondió Ordoñez. Es cierto que yo le queria bien, y que poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido empleo en la casa de los pobres, cuando le vino el capricho de darse á conocer por ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazón se hallaban en esta ciudad; logró aceptacion, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al bueno de mi autor. Imaginóse ser otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos á las verdaderas y ven-

tajos conveniencias que yo le podia proporcionar, se despidió de mi casa. En vano procuré persuadirle á que dejaba la carne por correr tras de la sombra : arrastrado del furor de escribir, no hubo forma de rendirse á la razon, ni de conocer su verdadero provecho. Buena prueba es de esto el criado que tomé despues que él se despidió. Aplicado únicamente á desempeñar los encargos que le doy, y á darme gusto en todo, con menos talento pero con mas juicio que Nuñez, ha merecido ser colocado en un puesto del Hospital, que hace á dos officios, el menor de los cuales produce mas de lo que basta para sustentar con decencia á una numerosa familia.

CAPÍTULO II.

Prosigue Gil Blas su viage, y llega felizmente á Oviedo : estado de su familia : muerte de su padre, y lo que sucedió despues.

DESDE Valladolid nos encaminámos á Oviedo, á donde llegámos en seis dias, sin sucedernos la menor desgracia en el viage, á pesar del refran que dice : *Huelen de lejos los bandoleros el oro de los pasajeros.* A la verdad, si hubieran olido el nuestro, no habrian errado el golpe ; y dos solos inquilinos de la famosa cueva habrian bas-

tado para soplarnos nuestros doblones, porque en la Corte yo no habia aprendido á ser valiente, y mi mozo de mulas no tenia gana de dejarse matar por defender la bolsa de su amo. Solo Scipion era un poco espadachin.

Apeámonos ya de noche en un meson poco distante de la casa de mi tio el Canónigo Gil Perez. Descaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis parientes, ántes de presentarme á ellos; y para saberlo, no podia encontrar quien me informase mejor que el mesonero y la mesonera, que por su oficio no ignorarian cuanto pasase en el pueblo, y mucho mejor en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de haberme mirado el mesonero con la mayor atencion, al cabo me conoció, y exclamó fuera de sí: ¡Valgame San Antonio de Padua! este Señor es el hijo del buen escudero Blas de Santillana. Sí, por cierto, añadió la mesonera: el mismo es, y en verdad que apénas se ha mudado; tan espabilado es como ántes, y siempre tiene mas viveza que carnes. Pareceme que le estoy viendo cuando venia á casa con el jarro por vino, para cenar su tio el Canónigo.

Estaba oyendo yo esta conversacion, y dije á la mesonera: Señora María, no se puede negar que es vmd. una muger de feliz recordacion, quiero decir, de felicísima memoria; mas por fortuna, ¿no me dará vmd. noticias de mi familia? Sin duda que mi pobre padre y mi pobre

madre deben de estar necesitados. Es esa tanta verdad , me respondió , que no podrá vmd. figurarse lo pobres que estan. El buen Señor Canónigo Gil Perez está baldado de la mitad del cuerpo , y naturalmente vivirá muy poco : su padre de vmd. , que de algun tiempo á esta parte vive con el Canónigo , padece una opresion de pecho tan fuerte , que vive de milagro , y está siempre ya se vive , ya se muere ; y su Señora madre , que tampoco goza la mejor salud , se vé precisada á estar perpetuamente asistiendo á uno y otro enfermo. Mire vmd. que vida.

Asi que oí esta lastimosa relacion , la cual , sin que yo lo pudiese impedir , me manifestó que era hijo , dejé á Beltran en el meson para guardar mi calesa y equipage , y acompañado de mi secretario Scipion , que nunca quiso separarse de mi lado , pasé á casa de mi tio el Canónigo. Apénas me puse delante de mi madre , cuando cierta conmocion que sintió allá dentro de sí misma , la hizo conocer quien era yo , aun ántes de tener tiempo para examinar y hacerse cargo de las facciones de mi cara. Hijo , me dijo tristemente , echandome los brazos al cuello , ¿ vienes acaso á ver morir á tu padre ? Si es asi , á tiempo llegas para ser testigo de tan doloroso espectáculo. Diciendo esto , me cogió de la mano y me llevó á un cuarto donde el triste Blas de Santillana , tendido en una cama que mostraba bien la miseria de un pobre escudero , estaba ya

á los últimos. Sin embargo, aunque rodeado de las sombras de la muerte, todavía conservaba algun conocimiento. Amado esposo, le dijo mi madre, aquí tienes á tu hijo Gil Blas, que te pide perdon de todos los disgustos que pudo haberte dado, y que en señal de que se los perdonas, te suplica le consueles echandole tu bendicion. Al oír esto abrió mi padre los ojos que ya comenzaban á cerrarse para siempre: fijólos en mí, y conociendo, á pesar del estado en que se hallaba, que yo estaba traspasado de dolor, se enterneció tambien. Quiso hablarme, mas no pudo. Yo entónces le cogí una mano, y mientras se la estaba bañando con mis lágrimas, exhaló el último aliento, como si solo hubiera esperado á que yo llegase para espirar.

Como mi madre estaba ya tan prevenida para este lance, se afligió, sí, pero con moderacion; quizá me afligí yo mas, sin embargo de que jamas habia debido á mi padre la menor demostracion de particular cariño. Ademas de que bastaba ser hijo suyo para que su muerte me fuese muy sensible, me acusaba yo á mí mismo de no haberle socorrido; y acordandome de la insensibilidad con que le habia tratado, me aborrecia á mí propio, considerandome como un hijo pérfido y un monstruo de ingratitude, ó por mejor decir, un verdadero parricida. Mi tio, á quien vi despues postrado en otra cama poco menos pobre, y en un estado lastimoso, me

renovó el dolor y los vivos remordimientos. Hijo desnaturalizado, me decia yo con rubor, considera para tu mayor tormento la miseria en que se hallan tus parientes. Si los hubieras socorrido con lo mucho que te sobraba ántes de estar preso, quizá lograrían con ello las comodidades á que no podia alcanzar la escasa renta de la Prebenda; y de esta manera acaso hubieras alargado la vida á tu padre.

El buen Canónigo Gil Perez se habia vuelto ni mas ni menos como un niño: el mismo conocimiento, la misma memoria, el mismo juicio. Aunque yo me habia abrazado con él, y le decia mil ternuras, á todo se mostraba insensible. Por mas que mi madre le advertia que yo era su sobrino Gil Blas, no hizo otra cosa que mirarme de hito en hito, y con la boca abierta sin hablar una palabra. Aun cuando la sangre y el reconocimiento no me obligaran á compadecerme de un tio á quien tanto debia, bastaria solo ver á cualquier extraño en tan triste estado, para traspasarne el corazon.

Durante todo este tiempo Scipion guardaba un profundo silencio, entraba á la parte en mis penas, y mezclaba mis suspiros con los suyos. Pareciendome que despues de tan larga ausencia tendria mi madre muchas cosas reservadas que decirme, y que podia darla alguna sujecion la presencia de un hombre á quien no conocia, le lamé aparte, y le dije: Vete, hijo, á descan-

sar al meson , y dejame aquí con mi madre , que acaso creeria estar demas una persona que no conoce , en una conversacion que naturalmente será toda sobre negocios caseros y de familia. Retiróse Scipion para dejarnos en libertad , y efectivamente entrámos mi madre y yo en una conversacion que duró toda la noche. Recíprocamente nos dimos fiel cuenta de todo lo que á uno y á otro nos habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Ella me hizo menuda y circunstanciada relacion de todos los disgustos que habia tenido en las varias casas donde habia servido de dueña ó ama de llaves , confiaudome en el asunto muchas cosas que me alegré no las hubiese oido mi secretario , sin embargo de no tener yo cosa reservada para él. Verdad es , con licencia del respeto que debo á mi señora madre , que la buena muger era un si es no es demasiadamente prolíja en sus relaciones , y pudo muy bien haber ahorrado las tres partes de su historia , suprimiendo las digresiones y circunstancias inútiles que me embocó en ella.

Acabó su relacion , y yo di principio á la mia. Recorrí ligeramente todas mis aventuras ; pero cuando llegué á la visita que me habia hecho en Madrid el hijo de Beltran Moscatla , el especiero de Oviedo , me pareció conveniente estenderme un poco sobre este pasage. Confieso , Señora , dije á mi madre , que recibí con despego al tal mozo , el cual por vengarse no dejaria de hablaros

muy mal de mí. Asi es, me respondió. Dijonos que te habia encontrado tan embriagado y tan altivo con el favor del Ministro, que apenas te habias dignado conocerle; y que cuando te habló de las miserias que estábamos pasando, le oiste con la mayor frialdad. Pero como los padres y las madres procuramos siempre excusar á nuestros hijos, no pudimos creer tuvieses tan duro é ingrato corazon. Tu venida á Oviedo justifica la buena opinion que teníamos de tí, y la acaba de confirmar el sentimiento que manifiestas.

Me hace mucho favor, respondí, ese buen concepto que á vmd. debo. Lo que digo es que en la relacion del especiero hubo bastante verdad. Cuando me vino á ver, estaba yo embriagado de mi fortuna, y la desmesurada ambicion no me dejaba tiempo para pensar en mis parientes. Hallandome en semejante disposicion, no es de admirar que recibiese mal á un hombre rústico y sin crianza, que luego que me vió, me saludó tosca y bestialmente, diciendome que habia oido como yo era un hombre mas rico que un Judío, y que venia á aconsejarme enviase á vmds. algun dinero, respecto á que se veian en grande necesidad; y aun se atrevió á darme en cara en términos nada comedidos con mi frialdad ó indiferencia para mi familia. Aborronóme el atrevimiento del tal mozuelo, y cogiendole por el brazo le eché á empujones

fuera de mi cuarto. Confieso que me porté mal en aquella ocasion , y que debiera haberme acordado de que no era culpa vuestra que el tal Moscada fuese un mozo sin juicio y sin crianza , considerando que el consejo era bueno , aunque hubiese sido tan grosero el modo de darmelo.

Todo esto se me ofreció un momento despues que habia echado de mí al atolondrado mozo. Hizo en mí la sangre su oficio , y me acordé de las obligaciones que debia á mis padres : avergoncáme de haber cumplido tan mal con ellas : remordióme mucho la conciencia ; pero no pretendo hacerme gran mérito de aquellos remordimientos , porque inmediatamente los sofocáron la ambicion y la avaricia. Poco despues fui arrestado por orden del Rey , y conducido preso al Alcazar de Segovia. Allí caí gravemente enfermo , y aquella afortunada enfermedad es la que á vmds. les restituye su hijo. Sí , por cierto , mi enfermedad y encierro fuéron las causas que hiciéron recobrar á la naturaleza todos sus derechos , no solo desprendiendome de la Corte , sino inspirandome horror á ella. Hoy solo suspiro por la soledad , y he venido á Asturias únicamente con el fin de suplicar á vmd. quiera venirse en mi compañía á disfrutar juntos la quietud y las dulzuras de una vida retirada. Si vmd. admite mi proposicion , la conduciré á una posesion que tengo en el Reino de Valencia , donde espero lo pasarémos con toda comodidad.

Ya podrá vmd. conocer que mi ánimo era llevar tambien conmigo á mi padre; mas ya que Dios ha dispuesto otra cosa, logre yo siquiera la satisfaccion de poseer á mi querida madre, para reparar en cuanto sea dable, con todas las posibles atenciones, el tiempo que perdí sin servirles de nada.

Quedo muy agradecida á tu loable intencion, respondió mi madre, y sin duda alguna me iria contigo, á no estar por medio algunas dificultades que me parecen insuperables. En primer lugar, no puedo desamparar á tu tio en el mal estado en que se halla; despues de eso, habiendome criado siempre en este pais, irme á vivir á otro tan distante al cabo de mis años, pide mucha reflexion, y no es cosa para resuelta de repente. Por ahora solamente debemos pensar en los funerales de tu padre. Ese cuidado, la respondí, se lo encargaremos á mi secretario, mozo de espíritu, de zelo, y sobretodo activo y despejado, en quien podemos seguramente descansar y descuidar.

No bien habia pronunciado estas palabras, cuando entró Scipion, habiendo ya amanecido. Preguntónos si podia servirnos de algo en las circunstancias en que nos hallábamos. Respon-díle que llegaba muy á tiempo para que corriese con un encargo importante que pensaba darle. Luego que se impuso de mi voluntad: Basta, dijo, ya tengo ideada acá en mi cabeza toda la ceremonia de los funerales, y vmds. po-

drán seguramente fiarse de mí. Pero guardaos bien, añadió mi madre, de pensar en un entierro que tenga el menor aire de pompa ó magnificencia: por modesto que sea, nunca lo será demasiado para mi querido esposo, á quien toda la ciudad conoce por un hombre honrado sí, pero muy pobre. Señora, respondió Scipion, aunque hubiera sido mucho mas infeliz de lo que era, no por eso rebajaré un punto de lo que tengo ya ideado. En el funeral del difunto solo debo tener presentes las circunstancias de mi amo. Al padre de un favorecido del Duque de Melar, y mas hallandose presente este hijo suyo, se le ha de enterrar con grandeza.

Parecióme muy bien este modo de pensar de Scipion, y no solamente se lo aprobé, sino que le dije no perdonase gasto alguno para ponerle en ejecucion, reconociendo que con este motivo habia despertado en mí algun movimiento de la antigua vanidad. Imaginéme que haciendo este dispendio por un padre que nada me dejaba, admirarian todos mi amor filial y mi magnánima generosidad. Ni mi madre por su parte, á pesar de su gran modestia, dejaba interiormente de complacerse de que su marido fuese enterrado con esplendor. Dimos pues firma en blanco á Scipion para que hiciese lo que juzgase mas conveniente; y él sin perder tiempo marchó á dar las disposiciones necesarias para un soberbio y suntuoso entierro.

Saliéronle demasiadamente bien. Celebráronse unas exequias tan magníficas que irritáron contra mí la ciudad y arrabales. A todos los vecinos de Oviedo, desde el mayor hasta el menor, chocó infinito mi vana ostentacion. Este ministro de la noche á la mañana, decian unos, tiene dinero para enterrar á su padre, y no lo tuvo para mantenerle. Mejor le fuera, decian otros, haber tenido mas amor á su padre vivo, que hacerle tantas honras despues de muerto. En fin, ninguna lengua estuvo ociosa, ni pecó de corta; cada una disparaba su saeta. No paró en esto el negocio: cuando salimos de la Iglesia, así á mí como á Scipion y á Beltran nos cargáron de injurias, acompañandonos hasta nuestra casa las besas y la gritería de los muchachos, los cuales siguiéron á Beltran á pedradas hasta el meson. Para disipar la canalla que se habia juntado delante de la casa de mi tio, fué menester que mi madre se asomase á una ventana, y asegurase á todos que no tenía queja ninguna de mí. No faltáron otros que corriéron al meson donde estaba mi calesa, para hacerla mil pedazos, como infaliblemente lo hubieran ejecutado, si el mesonero y la mesonera no hubieran hallado modo de sosegar á aquellos hombres furiosos, y disuadirles de semejante intento.

Todas estas afrentas, efecto de lo que habia hablado de mí el mozo Beltran en toda la ciudad, me abochornáron tanto é inspiráron tanta

aversion á mis paisanos, que resolví salir cuanto ántes de Oviedo, donde, á no haber sido esto, sin duda me hubiera detenido algun tiempo mas. Dijeselo asi á mi madre claramente; y como no estaba menos sentida que yo, viendo lo mal que me habia recibido mi pais, no se opuso á mi resolucion. Solo se trató del modo de gobernarnos en adelante. Madre, la dije, ya que vmd. no puede abandonar á mi tio, ni eso seria razon, no debo insistir en que se venga conmigo; pero como, segun todas las señales, no puede estar muy distante el fin de sus trabajos, deme vmd. palabra de que luego que Dios disponga de él, se vendrá á vivir en mi compañía.

Esa palabra, hijo mio, no te la daré; yo quiero pasar en Asturias los pocos dias que me restaren de vida, y vivir en mi pais con total independenciam. ¿Pues que, Señora, la repliqué yo, no vivirá vmd. en mi casa con la misma? ¿no será vmd. dueña absoluta de ella? No lo sé, hijo mio, me respondió: tú te enamorarás de alguna niña linda, y te casarás con ella; será mi nuera, y yo la señora suegra, por lo que ni ella ni yo podremos vivir juntas en paz. Vmd., la dije, se anticipa demasiado á prevenir los disgustos que quizá nunca sucederán. Yo por ahora ningun pensamiento tengo de casarme; pero si en algun tiempo me viniere la gana, esté vmd. cierta de que mandaré á mi muger que en todo y por todo esté sujeta al gusto y á la volun-

tad de vmd. Te obligas temerariamente á una cosa , repuso mi madre, que nunca podrás cumplir; y ántes bien no me atreveria yo á jurar que si entre la suegra y la nuera ocurriesen algunas desazones , no te declarases á favor de tu muger primero que de tu madre.

Señora , habla vmd. como un oráculo, dijo mi secretario introduciendose en la conversacion. Soy del mismo parecer que vmd. Las nuevas dóciles son *rara avis in terris*. Asi pues, para que vmd. y mi amo queden contentos , ya que absolutamente no quiere vmd. salir de Asturias , será menester que mi amo la señale una renta anual de cien doblones , la que yo me encargo de traer todos los años á Oviedo; y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos uno del otro , á doscientas leguas de distancia. Aprobáron el convenio las dos partes interesadas , y yo desde luego pagué adelantado el primer año : con lo cual pude partir de Oviedo el dia siguiente ántes de amanecer , por miedo de que el populacho no me tratara como á San Esteban. Este fué el recibo que tuve de mi amada patria. Admirable leccion para aquella casta de gentes de humilde nacimiento , que habiendo hecho fortuna fuera de su pais , restituidos á él quieren hacer de personas de importancia.

CAPÍTULO III.

Parte Gil Blas al Reino de Valencia , y llega en fin á Liria. Descripcion de su quinta ; como fué recibido en ella , y las gentes que allí encontró.

TOMAMOS el camino de Leon , y despues el de Palencia , de manera que al cabo de quince jornadas entrámos en Segorve , de donde al dia siguiente por la mañana llegámos á Liria , que solo dista tres leguas de aquella ciudad. Advertí que conforme nos íbamos acercando , observaba mi secretario con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y siniestra se le ofrecian á la vista. Luego que veia alguna de bella perspectiva , me decia : Alegrárame que fuera aquel nuestro retiro.

No sé , amigo Scipion , le dije , que idea te has formado de nuestro campestre tugurio. Si te le figuras como una casa magnífica , como el palacio de un gran Señor , desde luego te digo que quedarás muy burlado , porque te engañas enormemente. Si no quieres que tu imaginacion haga despues burla de tí , figurate aquella casa campestre que Mecenas regaló á Horacio , situada en el pais de los Sabinos cerca de Tivoli. Haz cuenta que Don Alfonso me hizo un regalo muy semejante á aquel. Segun eso , replicó Scipion ,

solo debo esperar que tendrémos por albergue una cabaña. Acuérdate, repuse yo, que siempre te hice una descripcion muy modesta del sitio y de la casa; y si quieres juzgar desde luego de la fidelidad de mi pintura, vuelve los ojos hácia el rio Guadalaviar. ¿No ves cerca de él aquella Aldegüela de nueve á diez casas, y entre ellas una mas alta con cuatro torrecillas? pues esa es nuestra quinta.

¿Como diablos! exclamó admirado Scipion. Aquel edificio es una joya. Ademas del aspecto de nobleza que le dan las torrecillas, su fábrica es buena, y está situado en un parage mas delicioso que los mismos contornos de Sevilla, llamados el Paraiso terrenal. El sitio no podia ser mas de mi gusto, aunque nosotros mismos le hubiéramos escogido. Riégale un río con sus aguas, y un espeso bosque cercano á él está brindando con su apacible sombra, aun en lo mas vivo y mas ardiente del sol, á quien desea gozarla. ¡O, que amable soledad! ¡Ah Señor! todas las trazas son de que la disfrutaremos por largo tiempo. Me alegro mucho, le respondí, de que te guste tanto la situacion de nuestro retiro, y de que tan presto te hayas hecho cargo de sus apreciables conveniencias.

Divertidos en esta conversacion, llegámos ya finalmente á la casa, cuyas puertas se nos franqueáron de par en par luego que dijo Scipion como yo era el Señor Gil Blas de Santillana,

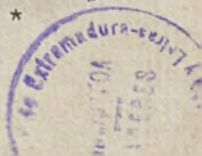
que venia á tomar posesion de su hacienda. Al oír un nombre tan respetable para aquellas gentes, dejáron entrar la calesa en un espacioso patio donde inmediatamente me apeé; y apoyandome gravemente en el hombro de Scipion, pasé á una sala, en donde no bien habia llegado, cuando se me presentáron siete ú ocho criados diciendo venian á ofrecermé sus reverentes obsequios, y á reconocerme y obedecermé como á su nuevo amo y Señor; habiendolos Don Cesar y Don Alfonso nombrado y escogido para que me sirviesen, uno de cocinero, otro de ayudante de cocina, otro de pillo de la misma, otro de portero, y los demas de lacayos, con severa prohibicion á todos de recibir de mí salario alguno, porque aquellos Señores querian tomar de su cuenta todos los gastos de mi familia. El principal de estos criados, y que como tal llevaba la palabra, era el cocinero, el cual se llamaba Joaquin. Dijome habia hecho una buena provision de los mejores vinos de España, y que por lo que tocaba al aderezo de la comida, habiendo tenido el honor de servir por espacio de seis años en la cocina del Señor Arzobispo de Valencia, esperaba componer unos platos que escitasen mi apetito; y en fé de esto, añadió, voy á dar á V. S. una prueba de mi gusto en punto de cocinar. Miéntas tanto podrá V. S. pasearse un poco hasta la hora de comer, y visitar todos los cuartos de la casa, para reco-

nocer si estan con la decencia correspondiente al decoro del nuevo dueño que ha de servirse de ellos.

Considere el lector si me haria mucho de rogar para emprender desde luego esta visita. Scipion, á quien no picaba menos que á mi la curiosidad de ver la casa, me fué conduciendo de pieza en pieza, de manera que en breve tiempo recorrimos toda la vivienda de arriba abajo. Ningun rincon se escapó á nuestra curiosidad, por lo menos asi nos lo pareció; y en todos ellos hallé motivo para admirar la gran bondad de Don Cesar y de su hijo para conmigo. Entre otras cosas me diéron golpe dos espaciosas salas simétricamente adornadas con unos muebles, que sin llegar á ser magníficos eran de un fino y muy delicado gusto. Estaba la una entapizada con unos lienzos de Flandes, y se veia en ella una grande y muy aseada cama con colgadura ó pabellon de terciopelo carmesí, que se conservaba bella y brillante, sin embargo de haberse fabricado cuando los Moros ocupaban el Reino de Valencia. No eran de menos gusto los muebles de la otra sala. Cubrian sus paredes varios paños de damasco Genovés, de color de pasa; y de la misma tela eran las cortinas de la cama y las fundas de las sillas, guarnecidas estas de franjas de seda azul.

Despues de haber examinado bien todas las cosas, mi secretario y yo volvimos á la sala,

*



donde hallámos ya puesta la mesa con dos cubiertos. Sentámonos á ella, y al punto se nos sirvió una olla podrida tan delicada y gustosa, que nos dió lástima el Arzobispo de Valencia por haber perdido al valiente cocinero que la habia sazonado. Verdad es que las buenas ganas que teníamos pudiéron contribuir mucho á que nos pareciese tan exquisita y regalada. Casi á cada bocado que comíamos, nos presentáron mis criados y lacayos de nueva impresion unos grandes vasos llenos hasta el borde de un vino rico de la Mancha. No atreviendose Scipion á manifestar delante de ellos el extraordinario gozo que interiormente sentia, me lo daba á entender con ciertas miradas grandemente picoteras, y yo le correspondia declarandole el mio con otras ojeadas nada menos habladoras. Despues de la olla podrida, se nos presentó el asado, que consistia en dos grandes codornices que flanqueaban un grueso y tierno lebracho; acometimosle como dos hombres famélicos, y habiendo comido y bebido á proporcion, nos levantámos de la mesa para ir al jardin á orear-nos algun tanto, y dormir regaladamente la siesta en algun sitio sombrío y delicioso.

Si mi secretario se habia mostrado tan satisfecho y contento de todo lo que habia visto hasta entónces, no quedó menos encantado á la vista del jardin. Parecióle digno de compararse con los de Aranjuez. Don Cesar, que de cuando en

cuando hacia sus escursiones á Liria, habia tenido gran cuidado de promover su cultivo y adorno. Todas las calles estaban muy limpias y arenadas con particular esmero; sus orillas bordeadas de limones y naranjos : en medio del jardin habia un gran estanque de blanquísimo jaspe, en cuyo centro se elevaba un hermoso pedestal de la misma piedra, sobre el cual se representaba sentado un corpulento leon de bronce que arrojaba un copioso chorro de agua; y añadiendose á esto la hermosura de las flores y diversidad de frutas, era un espectáculo que tenia embelesado á Scipion; pero lo que mas le encantó, fué una muy larga calle de árboles arqueados y entretejidos en figura de bóveda, cuyas verdes y espesas hojas la cubrian de una apacible sombra, sin permitir la entrada al mas mínimo rayo del sol en lo mas vivo y ardiente del mediodia. Dando mil elogios á un sitio tan acomodado para servir de asilo contra el calor, nos sentámos al pié de un olmo, á donde el sueño acudió presto á apoderarse de dos hombres, que sobre bien comidos y bien bebidos estaban no poco necesitados de reposo despues de tan largo viage.

Dos horas despues nos despertó el ruido de algunos escopetazos disparados tan cerca de nosotros, que efectivamente nos sobresaltáron. Levantámonos precipitadamente, y para informarnos mejor de lo que era, fuímos á casa del

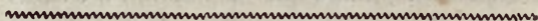
labrador, á cuyo cargo estaba la custodia y el cultivo de aquel sitio. Allí encontramos otros ocho ó diez labradores, vecinos de aquella pequeña aldea, que se habian juntado á disparar al aire, y al mismo tiempo limpiar sus arcabuces para celebrar y festejar mi venida. La mayor parte de ellos me conocia ya por haberme visto algunas veces en aquel sitio, cuando era mayordomo de la casa de Leyva. Luego que me descubrieron, echáron á volar por el aire monteras y sombreros, gritando todos á un mismo tiempo: *¡ Viva nuestro nuevo amo y Señor ! ¡ Sea bien venido á esta su quinta de Liria !* Diciendo esto volviéron á cargar sus escopetas, y me saludáron con una descarga general. Recibílos con el mayor agrado que me fué posible, pero sin descomponer mi gravedad, porque no me pareció conveniente familiarizarme demasiado con ellos. Ofrecíles mi proteccion, y les dí veinte escudos para beber: espresion que no fué la menos bien recibida, ni la menos celebrada entre todas las demas señales que les habia dado de mi agradecimiento. Retiréme despues con mi secretario, miéntras ellos se divertian en echar mas pólvora al aire, y nos paseámos por el bosque hasta la noche, sin cansarnos la uniforme vista de los árboles: tanto nos divertia, y tanto nos embelesaba el gusto de vernos en nuestra nueva posesion.

Durante nuestro paseo no estaban ociosos el

cocinero, su ayudante, ni el galopin. Ocupábase todos tres en disponernos una cena superior á la comida; tanto que cuando volvimos del paseo, y entrámos en la sala donde habíamos comido, quedámos admirados viendo poner en la mesa cuatro perdigones asados, una cazuela de tiernos gazapillos, y en otra un capon cebado y guisado á la francesa, sirviendo despues orejas de puerco compuestas delicadamente, pollos rebozados, y un plato de crema de chocolate. El vino de pasto era de Lucena, y ademas de él probámos otros escelentes. Cuando nos pareció que ya no podíamos comer ni beber mas sin peligro de la salud, solo pensámos en irnos á la cama. Mis lacayos tomaron dos velas y me condujéron al mejor cuarto. Ayudáronme á desnudar, y luego que me echáron á cuestras la bata, y me pusieron el gorro de dormir, les dije en tono autorizado y señoril: Retiraos, que no os he menester para lo demas.

Saliéronse todos, quedandome solo con Scipion para discurrir un poco con él. Preguntéle que juicio hacia de lo que me obsequiaban por órden de los Señores de Leyva. Respondióme: Por vida mia, Señor, que me parece no es posible hacerse mas, y solamente deseo que esto dure mucho. Pues yo no lo deseo, le repliqué: no debo permitir que mis bienhechores hagan tantos gastos por mí, porque esto seria abusar de su generosidad. Fuera de eso, tampoco me

puedo acomodar á tener criados asalariados por otros, pues bastaria esto para parecerme que no estaba en mi propia casa. A todo esto se añade que yo no me he retirado aquí para meter tanto ruido, ni vivir con tanto aparato. ¿Que necesidad tenemos de tantos criados? Bastanos Beltran, un cocinero, un mozo de cocina, y un lacayo. Sin embargo de que á mi secretario no le pesaria el vivir siempre á costas del Gobernador de Valencia, todavia no quiso, ó no se atrevió á desaprobarme mi honrada delicadeza en este punto; ántes bien conformandose con mi dictámen, aprobó y alabó mucho mi modo de pensar en orden á la reforma que pensaba hacer. Quedó esto decidido, y él salió de mi cuarto para retirarse al suyo.



CAPÍTULO IV.

Parte á Valencia : visita á los Señores de Leyva; de la conversacion que tuvo con ellos, y la buena acogida que le hizo Doña Serafina.

ACABÉ de desnudarme, metíme en la cama, y viendo que no podia quedarme dormido, me abandoné á mis reflexiones. Lo primero que se me representó, fué el amor y la generosidad con que los Señores de Leyva pagaban la inclinacion y lealtad con que yo me habia dedicado

á servirlos en todas ocasiones; y penetrado vivamente de las continuas pruebas que cada dia me daban de su amor y agradecimiento, resolví partir el dia siguiente á visitarlos, y á rendirles mil gracias por tan escesivas y estimables finezas. Al mismo tiempo lograba el particular gusto de ver cuanto ántes á la hermosa Serafina, primer móvil de los notables beneficios que debia á todos aquellos Señores; bien que este gusto lo templaba mucho el considerar los ojos con que me miraria su camarera la Señora Lorenza, acordandose del lance de la bofetada. Fatigada la imaginacion con todas estas especies, me quedé finalmente dormido, y no desperté hasta que comenzó á dejarse ver el sol.

Salté luego de la cama, y enteramente ocupado el pensamiento en el viage que meditaba, tardé poco en vestirme. Aun no bien habia acabado de hacerlo, cuando mi secretario entró en mi cuarto. Scipion, le dije, ahora mismo estaba pensando en ir á Valencia sin la mas mínima detencion, y sin duda lo aprobarás. No puedo dilatar un momento el cumplir con la indispensable obligacion de presentarme á unos Señores á quienes debo todo lo que estoy gozando; cada instante de voluntaria dilacion en el cumplimiento de tan preciso deber me acusa de ingratitud. A tí te dispenso de que por ahora me acompañes en este viage; quedate aquí du-

rante mi ausencia que no pasará de ocho días. Vaya vmd. con Dios, me respondió, y cumpla como es razon con Don Alfonso y su padre, que ámbos me parecen unos Señores muy agradecidos á los que les sirven con zelo, y á todo lo que se hace por ellos : virtud tan rara en las personas de su calidad, que no alcanzan todas las demostraciones del respeto y de la atencion para corresponder dignamente á lo que ella se merece. Dí orden á Beltran para que dispusiese la calesa, miéntras yo tomaba chocolate. Hecha esta diligencia, monté, y me puse en camino, dejando mandado á mis criados que sirviesen y obedeciesen á mi secretario, ni mas ni menos como á mi misma persona.

En menos de cuatro horas llegué á Valencia, y fuí derecho á apearme en las caballerizas del Gobernador. Dejé en ellas mi equipage, hice que me enseñasen el cuarto de Don Alfonso, donde se hallaba á la sazón su padre Don Cesar. Abri yo mismo la puerta, y me entré sin ceremonia, diciendo que los criados de casa no enviaban recado delante, ni pedian licencia para presentarse á sus amos; y así que allí tenian sus Señorías un criado suyo, que venia á ponerse á su obediencia. Diciendo esto fuí á arrodillarme para besarles la mano, pero ellos no me lo permitieron; levantáronme en el mismo acto de inclinarme, y uno y otro me estrecháron entre sus brazos con las mas vivas señales de amor y

de alborozo. ¿Y bien, querido Santillana, me preguntó Don Alfonso, has ido ya á Liria y tomado posesion de tu hacienda? Sí Señor, le respondí, por señas que vengo con la pretension de que V. S. se sirva permitirme que se la restituya. ¿Pues por que? me replicó medio turbado: ¿no te gusta? ¿ó has encontrado en ella alguna cosa que no te acomode? Nada menos, respondí: por lo que toca á la posesion, me encanta y agrada infinito; pero lo que no me acomoda, es tener cocineros de Arzobispos, y tres veces mas criados de los que he menester, ocasionando á V. S. un gasto tan crecido como superfluo, y que desdice mucho de mi persona.

Si hubieras aceptado, me respondió, la renta de dos mil ducados que te ofrecimos en Madrid, nos hubiéramos limitado á regalarte esa casa alhajada como está; pero no habiendola tú querido admitir, nos pareció que en recompensa debíamos hacer lo que hicimos. Señor, le repliqué, eso es demasiado: bastaba que V. SS. me hubiesen favorecido solamente con la hacienda para colmar todos mis deseos. Ademas de lo mucho que costaria á V. SS. mantener tanta gente inútil para mi servicio, protesto con la mayor seriedad que una familia tan numerosa me incomodaria mucho, y me daria gran sujecion. En suma, Señores, concluí, ó V. SS. se vuelvan á la posesion de su quinta, ó denme licencia para que yo la disfrute y use de ella á

mi modo. Pronuncié estas últimas palabras con tanta entereza y resolucion, que padre é hijo, los cuales de ningun modo pretendian violentarme, me dejáron en plena libertad para que me gobernase y dispusiese de la casa como mejor me pareciese.

Repetíles mil gracias por el nuevo beneficio que me hacian, reputando por tal el permiso que me daban, é iba á proseguir; pero Don Alfonso me interrumpió, diciendo: Santillana, quiero presentarte á una dama que sin duda tendrá particularísimo gusto de verte; y diciendo y haciendo me cogió por la mano, y me condujo al cuarto de Serafina, la cual, así que me vió, prorumpió en un grito de alegría. Señora, la dijo el Gobernador, creo que no será menos gustoso para vos de lo que ha sido para mí el arribo á Valencia de nuestro Santillana. Creo, respondió ella prontamente, que tambien el mismo Santillana estará muy persuadido á eso. No ha sido capaz el tiempo, ni lo será jamas, de borrar de mi memoria el gran favor que me hizo, á lo que se agrega la nueva obligacion que le debo, y lo agradecido que le estoy por el reciente servicio que os hizo. Respondí á mi Señora la Gobernadora, que estaba mas que suficientemente pagado el peligro que corrí juntamente con los demas que me ayudáron á librarla, exponiendo mi inútil vida por asegurar la suya mucho mas importante que la mia; y despues

de una larga cadena de recíprocos cumplimientos á ese tenor, Don Alfonso me sacó del cuarto de su muger, y me llevó á una gran sala donde se hallaba Don Cesar, acompañado de muchos caballeros que estaban aquel dia convidados á comer.

Saludáronme todos con la mayor afabilidad y cortesanía, y á competencia me hicieron mil acatamientos luego que supieron por Don Cesar que yo habia sido uno de los primeros y mas confidentes secretarios del Duque de Melar. Quizá tampoco ignoraria la mayor parte de ellos que Don Alfonso habia obtenido á influjo mio el Gobierno de Valencia, porque al cabo todo se llega á saber. Sea lo que fuere, desde que nos sentámos á la mesa, solo se habló del nuevo Cardenal: unos le alababan sin tasa, ensalzandole hasta las nubes, ya fuese de veras ó por política afectacion; y otros le elogiaban tambien, pero entre dientes, y, como se suele decir, con la boca chica. Luego conocí que estos y aquellos solo procuraban escitarme para que les divirtiese á costa del Cardenal. De buena gana hubiera dicho lo que pensaba; pero contuve la lengua, y solo contesté á la conversacion con pocas palabras bien pensadas, y en términos muy generales: lo que me hizo pasar en el concepto de aquellos caballeros por un mozo discreto, prudente, y de mucho juicio.

Concluida la comida y levantados los mante-

les , se retiráron los convidados cada uno á dormir la siesta. Don Cesar y su hijo , llevados de la misma costumbre , ó sea necesidad , se encerráron en sus respectivos cuartos. Yo con la curiosidad de ver cuanto ántes una ciudad que tanto habia oido alabar , salí del palacio del Gobernador con ánimo de pasear las calles. Encontré á la misma puerta de él á un hombre que apénas me vió , se acercó á mí y me dijo : ¿ Me dará licencia el Señor de Santillana para que le salude ? Preguntéle quien era. Soy , me respondió , el ayuda de cámara del Señor Don Cesar , y era lacayo cuando su merced estaba de mayordomo de la casa. Todas las mañanas iba al cuarto de su merced , y siempre me hacia mil favores. Informabale de todo lo que pasaba en palacio ; y bien se acordará su merced que un dia le dije como el Cirujano de Leyva entraba secretamente en el cuarto de la dueña , que se llamaba la Señora Lorenza Séfora. De eso me acuerdo muy bien , le respondí : ¿ y en que paró esa pobre muger ? ¿ En que habia de parar ? repuso él. Luego que su merced se ausentó , cayó mala de pasion de ánimo , y al cabo murió mas llorada del ama que del amo.

Despues que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora , se despidió de mí , pidiendome perdon de lo que me habia detenido , y me dejó proseguir mi camino. No pude menos de dar algun suspiro , acordandome de la desdi-

chada dueña, y echandome la culpa de su desgracia, siendo asi que verisimilmente seria esta mas efecto de su cáncer que no de mi desvío.

Observaba con gusto en la ciudad todo lo que me parecia digno de ser notado. Gustáronme mucho algunos edificios públicos; pero lo que me llevó toda la atencion fué una gran casa que descubrí á lo lejos; donde ví que entraba mucha gente. Acerquéme para informarme mejor por que era aquel gran concurso de hombres y mugeres, y presto salí de mi curiosidad, leyendo sobre la puerta un rótulo en grandes letras, que decia : *Teatro de Comedias*. Leí tambien los carteles, en los cuales para aquella tarde se ofrecia una nueva tragedia compuesta por Don Gabriel Triaquero.

CAPÍTULO V.

Va á la comedia Gil Blas, y vé representar la nueva tragedia : que suceso tuvo la pieza, y la variedad de juicios en la critica que se hizo de ella.

DETUVEME algun tiempo en la puerta para hacerme cargo de las gentes que entraban. Habialas de todas esferas y trages. Ví caballeros de muy buena traza y ricamente vestidos; ví tambien otra gentualla de malísimas figuras, y mal trageadas. Ví varias damas que se apeaban de

sus coches, y pasaban á ocupar los aposentos que habian alquilado; y ví no pocas cortesanas que iban á caza de mentecatos. A vista de tal concurso de personas de todos precios y calidades, me vino la gana de aumentar el número. Ya me disponia á entrar cuando ví llegar al Gobernador con su esposa. Reconociéronme entre la muchedumbre, llamáronme, y me llevaron á su aposento, donde me senté tras de los dos, de manera que pudiese discurrir cómodamente con entrámbos. Todos los palcos estaban ocupados, el patio atestado de todo género de gente, como tambien las gradas y demas asientos, y la luneta llena de caballeros de las tres Ordenes Militares. ¡Gran concurso! exclamé yo, volviendome á Don Alfonso. No te admires de eso, me respondió: la tragedia que se va á representar, es composicion de Don Gabriel Triaquero, á quien todos llaman *el Poeta de moda*. Cuando los carteles anuncian alguna obra suya, toda la ciudad de Valencia se pone en movimiento. Hombres y mugeres no saben hablar de otra cosa que de la comedia ó de la tragedia; se alquilan á porfía aposentos y asientos; y el dia de la primera representacion, suele haber muertes en la puerta sobre la entrada: siendo asi que se dobla el precio, esceptuando únicamente el del patio, á quien siempre se le respeta por no ponerle de mal humor. Sin duda, dije entonces al Gobernador, que ese tal Don Gabriel debe

de ser un gran poeta, por lo menos así me lo hace concebir esa viva curiosidad y furiosa ansia del público, para oír todo lo que sale de su mano. No juzgues tan pronto, me dijo Don Alfonso, no te engañe la prevencion, pues el público se alucina con oropeles, y solo se desengaña luego que se imprimen las obras que aplaudió al tiempo de representarlas.

Al llegar aquí, se dejáron ver en el teatro los actores. Callámos inmediatamente para oírlos con atencion. Desde el principio comenzáron los aplausos, y á cada verso se repetian los bravos y los vivas, y al fin de cada jornada habia un estruendo de palmadas, que parecia venirse á tierra el teatro. Concluida la representacion, me mostráron al autor, el cual iba modestamente recorriendo los aposentos, para recoger los aplausos y laureles con que damas y caballeros le coronaban á competencia.

Nosotros volvimos á palacio, á donde poco despues llegó tres ó cuatro caballeros con dos autores muy conocidos y estimados en Valencia por su ingenio, tras los cuales entró un caballero, vecino de Madrid, sugeto hábil, de fino y delicado gusto. Durante la cena no se habló sino de la nueva tragedia. ¿Que les parece á vmds., preguntó un caballero, de la pieza que se representó esta tarde? ¿No es verdaderamente una maravilla, un *gefe de obra*, por esplicarme á la francesa, esto es, una obra per-

fecta y acabada? Pensamientos sublimes, afectos nobles, versificación masculina, enérgica y vigorosa, una composición en fin cabal en todas sus partes, poema en suma hecho únicamente para un auditorio pensador é inteligente. Parece, respondió un caballero de Alcántara, que ningún racional puede pensar de otra manera. La pieza tiene algunos rasgos que podía haber dictado el mismo Apolo, y ciertos lances conducidos con esquisito primor é infinito artificio. Apelo sino al juicio de este caballero, volviéndose hácia el Madrileño, que me parece muy inteligente en la materia, y apuesto á que siente lo mismo que yo. No se empeñe vmd. en apostar, le respondió el caballero con cierta risita falsa, porque yo no soy de este país, y en Madrid no acostumbramos á decidir tan fácilmente. Lejos de juzgar del mérito de una pieza la primera vez que la oímos, desconfiamos de sus mas bellas apariencias cuando solamente la escuchamos en boca de los actores; y aunque estemos muy prevenidos á favor del compositor, suspendemos el juicio hasta haberla leído muy despacio y con toda reflexión; porque en la realidad no siempre la hallamos tan bella, leída en el papel, como nos pareció representada en el teatro.

Antes de calificar un poema, prosiguió, le examinamos menuda y escrupulosamente; ni por grande que sea la reputación de un autor,

basta para deslumbrarnos, cuando hasta el mismo Lope de Vega y el mismo Calderon encontraron jueces severos en sus admiradores, los cuales no los elevaron á la gloria que gozan, hasta que despues de un maduro examen los hallaron dignos de ella.

Por cierto, interrumpió el caballero de Santiago, nosotros no somos tan tímidos como vmds. : no esperamos á que se imprima una pieza para decidir de su mérito. A la primera representacion conocemos cuanto vale. Ni aun para eso nos es necesario oirla con la mayor atencion. Bastanos saber que es obra de Don Gabriel, para estar persuadidos á que es obra sin tacha ni defecto. Las producciones de este gran poeta son la legítima época del nacimiento del buen gusto. Los Lopes y los Calderones fueron unos aprendices en comparacion de este gran maestro del teatro. El Madrileño, en cuyo concepto Lope de Vega y Calderon eran los Sofocles y los Euripides Españoles, abochornado con un discurso tan temerario, exclamó casi fuera de sí : ; Que sacrilegio dramático es el que oigo ! Señores, ya que vmds. me obligan á que imite su ejemplo, juzgando de la tal pieza por la primera representacion, digo claramente que nada me ha gustado la nueva tragedia de ese su tan decantado Don Gabriel. Es un drama zurcido de pensamientos mas brillantes que sólidos. Las tres partes de los versos son malas, y los con-

sonantes violentos y arrastrados, como se dice, por los cabellos; los caracteres no bien espresados, ó por lo menos mal sostenidos; las voces impropias, y los conceptos oscuros.

Los dos autores que estaban á la mesa, y que por una prudencia tan loable como rara en los de su profesion, no habian desplegado los labios, porque no se creyese que hablaba en ellos la envidia ó la emulacion, con los ojos y con los gestos diéron bastante á entender que sentian lo mismo que este caballero: por donde claramente conocí que su silencio habia sido política, y no asenso á la opinion popular. Sin embargo, los demas volviéron á enfrascarse en los elogios de Don Gabriel, tanto que no paráron hasta colocarle en el número de los dioses. Esta fanática apoteosis y estravagante idolatría sacó fuera de sí al buen Madrileño, tanto que levantando las manos al Cielo exclamó con una especie de entusiasmo: ¡O divino Lope, raro y sublime ingenio, que dejaste un inmenso espacio entre tí y todos los presumidos que aspiran á imitarte! Y tú, dulcísimo Calderon, cuya incomparable dulzura enteramente purgada de todo indigesto epicismo es absolutamente inimitable; no temais, no, que vuestros altares sean profanados, ocupandolos este nuevo alumno, ó por mejor decir, este niño de teta de las Musas. Muy afortunado será si logra que la posteridad oiga siquiera hablar de él, y tenga alguna noticia de su nombre.

Este gracioso apóstrofe que ninguno esperaba, hizo reir á todos, con lo cual se levantaron de la mesa, y se retiraron de buen humor. A mí me condujeron al cuarto que me tenían dispuesto, donde encontré una blanda cama, en que se acostó mi Señoría, y me quedé dormido, compadeciendome tanto como el caballero Madrileño de la ignorancia y mal gusto de los que hacian á Lope y á Calderon una injusticia tan manifiesta.

CAPÍTULO VI.

Encuentra Gil Blas en la calle á un Religioso á quien le pareció conocia ; y declarase quien era este.

COMO no habia podido ver toda la ciudad el dia anterior, me levanté muy temprano al siguiente para acabar de recorrerla. Encontré en la calle á un Cartujo, que sin duda iba á algun negocio de su Comunidad. Caminaba con los ojos bajos, y con tal compostura, que se llevaba la atencion de todos. Pasó cerca de mí, miréle atentamente, y me pareció que veia en él á Don Rafael, aquel famoso aventurero que ocupa tan honorífico lugar en los dos primeros tomos de esta historia.

Quedé tan asombrado y aturdido de aquel inesperado encuentro, que en vez de acercarme

al Monge, estuve inmóvil por algun tiempo ; lo que dió lugar á él para alejarse de mí. ¡ Santo Dios ! exclamé : ¿ se habrán visto jamas en el mundo dos caras mas parecidas ? No sé lo que me piense. ¿ Creeré que es el mismo Don Rafael ? ¿ pero como puedo creer que no lo sea ? En fin , me apuró tanto esta curiosidad que no me pude contener , sin hacer todo lo posible para salir cuanto ántes de la duda. Informéme del camino de la Cartuja , y me fuí derecho allá con esperanza de volver á ver al tal hombre cuando se restituyese al Convento , y bien resuelto á esperarle hasta que le pudiese hablar ; pero no tuve necesidad de aguardarle para quedar muy instruido de todo. Luego que llegué á la puerta del Monasterio , otra persona tan conocida para mí como Don Rafael , me quitó toda la duda : y fué aquel mismo Ambrosio Lamela , antiguo criado mio , que estaba de portero.

Fué igual la sorpresa de ámbos de vernos allí. ¿ Será esto ilusion ó realidad ? dije al Portero al mismo tiempo de saludarle. Si no deliro ó sueño , pareceme que estoy viendo á un antiguo amigo mio. Al principio no me conoció Lamela , ó bien afectó no conocerme ; pero considerando despues que era inútil la ficcion , y haciendo como quien de repente vuelve en sí : ¡ Ah Señor Gil Blas ! exclamó , perdone su merced por amor de Dios , si no le conocí tan prontamente. Desde que entré en esta santa casa , solamente me de-

dico á la observancia de lo que nos prescribe la regla de la Orden, de manera que insensiblemente voy olvidando todo lo que he visto en el mundo.

Verdaderamente, le respondí, que tengo sumo gusto de verte con un hábito tan respetable. Y yo, Señor, me replicó, tengo gran vergüenza de que me vea con él un hombre que fué testigo de mi mala vida, porque este santo hábito me la está continuamente reprendiendo. ¡Ah! prosiguió, arrancando un profundísimo suspiro, para ser digno de vestirle, era menester haber vivido siempre como un Angel. Por tu modo de hablar y de pensar, que verdaderamente me edifica, le respondí, veo claramente que ha andado contigo la mano del Señor. Vuelvo á decirte que estoy lleno de gozo, y deseo saber el milagroso modo con que te resolviste á abrazar esta vida, así tú como Don Rafael, pues ya no puedo dudar que fué este el ejemplar y modestísimo Cartujo, que poco ha encontré en una calle de la ciudad. Sentí mucho no haberle detenido para hablarle, y le estoy esperando á este fin cuando se retire al Convento.

No se engañó su merced, respondió Fr. Ambrosio: el Cartujo que vió es el mismísimo Don Rafael; y en cuanto al suceso de nuestra vocación, fué como se sigue. Despues que en Segorve nos separámos de vmd., el hijo de Lucinda y yo tomámos el camino de Valencia,

con ánimo de dar algun golpe de mano propio de nuestra profesion. Quiso la casualidad, ó por mejor decir, dispuso la divina Providencia que entrásemos en esta Iglesia de Cartujos, á tiempo que estos estaban cantando en el coro. Parámonos un poco á verlos y considerarlos, y conocimos por nuestra misma esperiencia que los malos, quieran ó no quieran, no pueden menos de respetar y venerar la virtud. Admirámonos del fervor con que cantaban, de aquel aire penitente y desprendido de los placeres del mundo, y de la dulce serenidad que se dejaba ver en todos sus semblantes: indicio manifesto de aquellas tranquilas y purísimas conciencias.

Estas reflexiones insensiblemente nos fuéron introduciendo en una especie de meditacion que nos fué muy saludable. Cotejámos nuestras costumbres con las de aquellos santos Religiosos, y nos llenó de inquietud y de sobresalto la diferencia que hallámos entre unas y otras. Lame-la, me preguntó Don Rafael luego que salimos de la Iglesia, ¿que efecto ha causado en tí lo que acabamos de ver? En cuanto á mi, no puedo disimularte que no tengo el ánimo quieto y sosegado: me agitan interiormente ciertos movimientos nunca esperimentados; y por la primera vez de mi vida yo mismo me avergüenzo y confundo de mis maldades. En la misma disposicion, le respondí, me hallo yo: en este mismo instante se amotinan contra mí todas mis

inicias acciones; y los remordimientos que nunca he tenido, me estan ahora despedazando el corazon. ¡Ah querido Ambrosio! volvió á reponer: tú y yo somos dos ovejas descarriadas, tras las cuales anda el Divino Pastor para que se restituyan al rebaño. El es el que nos está llamando. No nos hagamos sordos á su voz, renunciemos para siempre á nuestras iniquidades, dejemos la disolucion en que vivimos, y comencemos desde hoy mismo á trabajar seriamente en el importantísimo negocio de nuestra salvacion: pasemos lo que nos resta de vida en este santo Convento, y consagremoslo todo al arrepentimiento y á la penitencia.

Alabé mucho el pensamiento de Don Rafael, prosiguió diciendo Ambrosio, y entrámbos tomámos la generosa resolucion de meternos Cartujos. Para ponerla por obra, recurrimos al Padre Prior, quien luego que oyó lo que deseábamos, para probar nuestra vocacion mandó se nos diesen dos celdas, y nos intimó que debíamos estar en ellas un año entero, siguiendo la misma vida que los demas Monges, pero en hábito secular. Ajustámonos á las reglas con tanta exactitud y constancia, que al cabo del año fuimos recibidos novicios. Estábamos tan contentos con nuestro estado, y pasámos con tanto valor por todos los trabajos del noviciado, que á su tiempo se nos admitió á la profesion. Poco despues de ella, habiendo mostrado Don Rafael

un talento muy particular para el manejo de negocios, le señalaron por ayudante y compañero de un Padre anciano, que era entónces Procurador. Mas quisiera el hijo de Lucinda que le hubieran dejado emplear todo el tiempo en la oracion; pero la obediencia le obligó á que sacrificase su devota inclinacion á la necesidad que el Monasterio tenia de él. Instruyóse tanto en todos los intereses y haciendas de la casa, que habiendo muerto de allí á tres años el Procurador, fué electo sucesor suyo con general aprobacion. Actualmente ejerce este mismo empleo tan á satisfaccion de los Padres, que aplauden todos su destreza y sus aciertos en la administracion de lo temporal. Pero lo mas particular de todo, es que en medio de los cuidados y ocupaciones exteriores que lleva de suyo la obligacion de cobrar todas las rentas, parece que su pensamiento está siempre fijo en la eternidad. Lo mismo es darle los negocios algun momento de reposo, que abismarse inmediatamente en altas y profundas meditaciones. En una palabra, es uno de los Monges mas ejemplares del Monasterio.

Interrumpí á Lamela cuando llegaba aquí con un grande ímpetu de gozo que me causó la vista de Rafael, que á este punto se dejó ver de nosotros. He aquí, dije, el santo Procurador que yo estaba esperando con tanta impaciencia; y sin poderme contener, corrí hácia él con los

brazos abiertos, y le dí un estrecho abrazo. No se desdeñó de recibirle, y sin dar la menor muestra de que mi vista le hubiese causado la mas mínima alteracion : Sea Dios loado, Señor de Santillana, me dijo con una voz llena de dulzura, Dios sea loado por el placer que me causa el veros. Verdaderamente, le dije, padre Rafael, yo me considero muy interesado en la dicha que les ha tocado á vmds., y tomo en ella toda aquella parte que me es posible tomar. Fr. Ambrosio me ha contado ya toda la historia de la vocacion de ámbos, y confieso que su relacion me ha dejado enteramente encantado. Gran ventura es la vuestra, amados amigos mios, de que os haya tocado la suerte de entrar en el número de aquellas almas escogidas de Dios para gozarle por toda una eternidad.

Dos hombres tan miserables como nosotros, respondió en tono muy humilde el hijo de Lucinda, no podian esperar semejante felicidad; pero el dolor y verdadero arrepentimiento de sus gravísimas culpas hizo que hallasen gracia en la presencia del Padre de las misericordias. ¿Y vmd., Señor Gil Blas, añadió inmediatamente, no piensa tambien en tomar algun camino, para que Dios le perdone sus culpas? ¿Que asuntos le han traído á vmd. á Valencia? ¿Ejerce por ventura algun empleo peligroso? No, por la misericordia de Dios, le respondí: desde que salí de la Corte, hago una vida cris-

*

tiana y arreglada. Unas veces gozo de la inocente diversion del campo en una casa que tengo distante pocas leguas de Valencia , y otras vengo á pasar algunos dias con mi amigo el Señor Gobernador, á quien vmds. dos conocen perfectamente.

Con esta ocasion les conté toda la historia de Don Alfonso de Leyva , la que oyéron con grandísima atencion ; y cuando les dije que de órden del mismo Don Alfonso habia ido yo en persona á restituir al mercader Samuel Simon los tres mil ducados que le habíamos hurtado , Lamela me interrumpió , y volviendose á Rafael le dijo con gran viveza : En verdad , Padre Hilario , que el tal mercader no tendrá razon para quejarse de un robo en que vino á ganar tanto ; y por lo que toca á este punto , puede estar muy sosogada nuestra conciencia. Con efecto , añadió el Padre Procurador , ántes que Fray Ambrosio y yo tomásemos el hábito , hicimos restituir secretamente mil y quinientos ducados á Samuel Simon por mano de un Eclesiástico ejemplar , que quiso encargarse de esta restitucion , pasando en persona á Xelva solo para evacuar esta diligencia. Peor para el desdichado mercader , si se embolsó esta cantidad , despues de estar ya enteramente pagado y satisfecho por el Señor de Santillana. ¿ Pero esos mil y quinientos ducados , repliqué yo , se entregáron efectivamente al mismo mercader ? No hay duda en eso , res-

pondió Fr. Rafael : yo respondo de la integridad del tal Clérigo tanto como de la mia. Y yo tambien, añadió Fr. Ambrosio, especialmente despues que ganó dos pleitos que le suscitaron por dos depósitos que se le confiaron, y en los que fuéron condenados en las costas sus acusadores.

Duró algun tiempo aun nuestra conversacion, y luego nos separámos, encargandome ellos que tuviese siempre á la vista el santo temor de Dios y encomendandome yo en sus santas oraciones. Fuíme derecho á buscar á Don Alfonso, y luego que le ví, le dije : ¿A que no adivina V. S. con quienes acabo de tener ahora una larga conversacion ? Con dos venerables Cartujos que V. S. conoce tan bien como yo. El uno se llama Fr. Hilario, y el otro Fr. Ambrosio. Tú te engañas, Santillana, porque yo no conozco á ningun Cartujo. ¿Como que no ? le repliqué con presteza. V. S. conoció en Xelva á Fr. Ambrosio, Comisario del Santo Oficio, y á Fr. Hilario, Secretario de la Santa Inquisicion. ¡Cielos, que es eso ! exclamó sorprendido Don Alfonso : ¿será posible que Rafael y Lamela se hayan metido Cartujos ! Si, verdaderamente, le respondí, y años ha que profesáron. El primero es Procurador del Convento, y el segundo Portero de la principal : uno es dueño del caudal, y el otro de la puerta.

Quedóse suspenso algun tanto el hijo de Don

Cesar, y dijo despues meneando la cabeza : El Señor Comisario del Santo Oficio , y el Señor Secretario de la Santa Inquisicion , harto será que no esten forjando alguna nueva comedia. V. S. , repuse yo , hace juicio de lo presente con alguna preocupacion por lo pasado ; yo , que los acabo de tratar , juzgo mas benignamente. Es verdad que los corazones no se ven , pero segun todas las apariencias ellos fuéron dos grandísimos bribones que estan sinceramente arrepentidos. Bien puede ser , respondió Don Alfonso , pues no ignoro que ha habido malvados que , despues de haber escandalizado al mundo con sus desórdenes , se arrepintiéron y encerráron en los claustros á hacer grandes penitencias : quiera Dios que nuestros dos Monges sean de estos , como vivamente lo deseo.

¿ Y por que no lo han de ser ? volví yo á replicar. Ellos abrazáron libre y voluntariamente el estado monacal muchos años ha , y se portan en él con la mayor edificacion. Dí todo lo que quisieres , prosiguió el Gobernador , pero á mí nada me gusta que la caja del Convento esté en poder del P. Hilario , de quien no acierto á poderme fiar. Cuando me acuerdo de la relacion que nos hizo de sus aventuras , tiemblo por los pobres Cartujos. Quiero creer que haya tomado el hábito con la mas buena fé y con la mas pura intencion del mundo ; pero el manejo del dinero , y la vista del oro puede despertar la codicia.

A ningun borracho que renunció el vino, se le debe fiar el gobierno de la bodega.

Justificóse pocos dias despues la desconfianza del Gobernador. Desaparecieron de repente el Procurador, el Portero y la caja del Convento: noticia que esparcida por la ciudad dió mucho que reir y que glosar á los ociosos, á los pisa-verdes, y á los que hacen profesion de bufones y graciosos, los cuales siempre celebran con chocarrerías las desgracias de los Religiosos que tienen fama de ricos. Por lo que toca al Gobernador y á mí, nos contentámos con compadecernos de los Cartujos, sin dar á entender, y mucho menos sin hacer alarde de que conocíamos á los dos apóstoles fugitivos.

CAPÍTULO VII.

Restituyese Gil Blas á Liria: dale Scipion una noticia de mucho gusto, y de la reforma que hizo en su casa.

OCHO dias me detuve en Valencia gozando del gran mundo, y viviendo como los Condes y Marqueses. Espectáculos, bailes, conciertos, festines y conversaciones con damas y caballeros: proporcionandome todas estas diversiones tanto el Señor Gobernador como la Señora Gobernadora, los cuales me viéron restituirme á mi casa de Liria con sentimiento de ámbos. Antes de partir me obligáron á darles palabra de que

repartiria todo el tiempo entre ellos y mi soledad, dando á la ciudad el invierno, y el verano al campo. Bajo este pacto me dejáron libertad mis bienhechores para que me fuese á gozar de sus beneficios.

Scipion, que deseaba con ansia mi pronta vuelta, se alegró infinito cuando me volvió á ver, doblandose su gozo con la relacion que le hice de mi viage. ¿Y tú, amigo mio, le pregunté, en que te has divertido los dias de mi ausencia? ¿has estado alegre? Todo aquello, me respondió, que lo puede estar un criado fiel á quien nada le divierte tanto como la presencia y vista de su amo. Daba largos paseos por estos nuestros pequeños pero deliciosos estados: unas veces me sentaba junto al borde de la fuente que está en el bosque, contemplando con gusto particular la claridad de su agua tan pura y cristalina como la de aquella sagrada fuente, cuyo apacible rumor se deja oir y resuena por todo el espacioso bosque de Albuca: otras, recostado al pié de un árbol, y á la sombra de su verde y pomposa copa, estaba embelesado oyendo los trinos del ruiseñor, y los amorosos gorgoros del jilguero. En fin, un dia me solazaba en la caza, y otro en la pesca; pero ninguna cosa me hacia pasar con mayor placer las horas y los dias, como la lectura de muchos libros tan divertidos como provechosos.

Interrumpí con precipitacion á mi secreta-

rio, preguntandole donde habia encontrado aquellos libros. Hallélos, me respondió, en una escogida librería que hay en casa, y me la enseñó el cocinero Joaquin. ¿Pero en que parte está esa librería? le volví á preguntar. ¿No registrámos toda la casa el dia que llegámos? No, Señor, me respondió, asi le pareció á vmd.; ¿pero no se acuerda que solamente visitámos tres pabellones y nos olvidámos del cuarto? En él es donde Don Cesar pasaba gran parte del dia, empleandolo en la lectura. Hay en esta librería libros muy buenos, los que dejáron á vmd. los Señores de Leyva como el recurso mas seguro contra la melancolia, y para divertir el tiempo, cuando despojados de flores los jardines y los árboles de sus verdes hojas, no se sabe en que ocupar las horas, ni distraer el pensamiento de cuidados que nos molestan. Los Señores de Leyva no saben hacer las cosas á medias. Atentos á todo no fuéron menos generosos en dejar noble pasto al entendimiento, que en proporcionar á la parte animal las mayores conveniencias.

Esta noticia me causó una verdadera alegría. Hice que me enseñasen el cuarto pabellon, el cual ofreció á mi vista un espectáculo muy agradable. Halléme en una cámara, que desde luego destiné para mi habitacion, como Don Cesar la habia escogido para sí. Estaba todavía en ella el mismo lecho de aquel Señor con todos los

demás muebles que le acompañaban, es á saber; una tapicería que representaba el rapto de las Sabinas. De aquella cámara pasé á un gabinete cercado de estantes muy pulidos, pero poco elevados del suelo, llenos todos de libros, y coronada su cornisa de los retratos de todos nuestros Reyes. Daba luz al gabinete una gran ventana, desde la cual se descubria una espaciosa y amenísima campiña. En medio del gabinete habia una bellísima mesa de escribir, cubierta con una carpeta verde. Lo que principalmente se llevó mi atención, fué la librería. Componiase de obras de Filósofos, Poetas, Historiadores, y gran número de comedias y novelas. Conocí que le llevaba hácia estas la principal inclinacion de Don Cesar, en vista de la gran provision que habia hecho de aquel género. Confieso, no sin rubor, que yo no soy menos apasionado que Don Cesar á las obras de esta última especie, á pesar de las extravagancias de que estan atestadas las mas, ya sea porque mi talento no alcanza á mas que á mirar lo que leo en grueso y por la superficie, ya sea porque los Españoles somos muy indulgentes con todo lo que tiene aire de maravilloso. Con todo eso diré, para alguna justificacion mia, que mas me gustan los libros de sólida moral, pero enseñada con inventiva y con gracia, que los de Luciano, Horacio, Erasmo, y otros autores de este jaez, sin embargo de ser mis favoritos.

Amigo, dije á Scipion miéntras estaba repasando los libros con los ojos, aquí sí que tenemos con que divertirnos; mas por ahora no pienso en otra cosa que en reformar la familia. Ya le he ahorrado yo á vmd., me respondió, la mitad de ese trabajo. Durante vuestra ausencia tuve ocasion de estudiarlos á todos, y los tengo bien calados. Al cocinero Joaquín le juzgo un perfecto y redondeado bribon, ni tengo la menor duda en que le habrán despedido de casa del Arzobispo por algunos voluntarios errores de aritmética en las cuentas del gasto de cocina. Con todo eso me parece necesario conservarle, por dos razones: la primera, porque es buen cocinero; y la segunda, porque yo le tendré siempre sobre ojo, espiaré todas sus acciones, y en verdad que ha de ser muy diestro para pegarmela. Ya le he dicho que vmd. estaba en ánimo de despedir las tres partes de la familia, noticia que le turbó y le apesadumbró mucho, tanto que llegó á decirme que teniendo, como tenia, tanta inclinacion á servir á vmd., se contentaria con la mitad del salario y demas gages que goza al presente, solo por no salir de casa: generosidad y amor poco acostumbrado en esta casta de gentes, y por lo mismo me ha dado sospechas que tiene algun trapillo en la Aldea, que le tira y embelesa de manera que siente mucho alejarse de él. Por lo que toca á su ayudante de cocina, este es un solemnísimo borracho, y el

portero un hombre bestial, que para nada le necesitamos, como tampoco al cazador. El oficio de este le podré yo ejercer muy bien, como se lo haré ver á vmd. mañana, ya que tenemos en casa escopetas, pólvora y municion. Entre los lacayos solo hay uno que me parece buen mozo, y es el Aragonés. Quedarémonos con él, y echarémos á los demas, pues á ninguno de ellos tendria yo en casa, aun cuando tuviéramos necesidad de cien criados.

Despues de haber deliberado largamente sobre todos estos puntos, resolvimos quedarnos con el cocinero, con el marmiton ó mozo de cocina, y el Aragonés, despidiendo honradamente y con buen modo á todos los demas. Asi se ejecutó en aquel mismo dia, regalandoles Scipion en nombre mio, ademas de su salario, con algunos pesos duros que el secretario sacó de la caja. Hecha esta reforma, emprendimos establecer cierto sistema en casa, arreglando las funciones y ministerios que correspondian á cada criado, y comenzando desde entónces á mantenernos á nuestra costa. Bien quisiera yo que nuestra mesa, sin tocar en mezquina ni indecente, fuese parca, frugal y modesta; pero mi secretario que estaba ya acostumbrado á comer buenos bocados, y á platos delicados y esquisitos, no era hombre que quisiese tener ociosa la habilidad del cocinero. Asi pues tenia cuidado de que á menudo la ejercitase, de manera que, por lo

comun, si no comíamos como unos Duques, á lo menos comíamos como unos Bernardos.

CAPÍTULO VIII.

Amores de Gil Blas y de la bella Antonia.

Dos dias despues que volví de Valencia á Liria, al tiempo que me estaba vistiendo, entró en mi cuarto el labrador que tenia arrendada mi hacienda, y me pidió licencia para presentarme á su hija Antonia, que decia él deseaba mucho besar la mano y conocer á su nuevo amo y Señor. Habiendole respondido que en eso me daria mucho gusto, se salió y volvió inmediatamente á entrar, conduciendo consigo á la hermosa Antonia. Pareceme que debo dar este epíteto á una niña de diez y seis á diez y ocho años, que ademas de unas facciones muy proporcionadas tenia un cútis y un color lindisimo y delicado, y los ojos mas bellos y centelleantes del mundo. Estaba vestida de humilde sarga; pero su garboso y delicado talle, su aire magestuoso, y todas aquellas gracias que acompañan á la mas florida juventud, daban un realce muy particular á lo modesto de su trage. No traia cofia alguna en la cabeza, solamente tenia los cabellos trenzados en figura de rodete, cubierto de varias flores, á manera de las antiguas mugeres de Lacedemonia.

Cuando la ví entrar en mi cuarto, quedé tan sorprendido de su hermosura, como los Paladines de Carlo Magno á la primera vista de la divina Angélica. En vez de recibirla con festivo desembarazo, y decirla cuatro cariñosas y lisonjeras ternuras; en vez de congratular á su padre por la fortuna de tener tan preciosa y agraciada hija, me hallé cortado y poco menos que mudo, sin acertar á pronunciar ni una sola palabra. Scipion, que conoció mi turbacion, tomó la voz por mí, é hizo el gasto de los elogios que yo habia de haber dado á tan amable persona. Por lo que toca á la doncellita, sin mostrar la menor estrañeza por verme en bata y con gorro de dormir, me saludó con modestísimo despejo, haciendome un cumplimiento que me acabó de embelesar, no obstante haber sido de los mas comunes. Durante este tiempo, mientras Scipion, Basilio y Antonia se estaban haciendo tambien recíprocos cumplimientos, yo volví en mí de aquella especie de enagenacion; y como si quisiera compensar el estúpido silencio que habia guardado en toda ella, pasé de un extremo á otro, derramandome tanto y con tanta vivacidad en discursos amorosos y galantes, que Basilio entró en cuidado; y considerandome ya como un hombre que iba á poner en ejecucion todo cuanto la pasion podia sugerir para eugañar á la bella Antonia, procuró sacarla cuanto ántes de mi cuarto, resuelto quizá á dis-

poner las cosas de manera que jamas la volviesen á ver mis ojos.

Asi que Scipion se vió á solas conmigo , me dijo sonriendose : Ya tiene vmd. otro recurso contra el tedio de la soledad. No sabia yo que el arrendatario tuviese una hija tan linda , porque nunca la ví , aunque estuve dos veces en su casa. Sin duda que debe poner gran cuidado en tenerla bien guardada , y en esto le disculpo , porque en realidad es un bocado muy apetitoso. Esto no era necesario decirselo á vmd. , porque veo que ya está hambriento de él. No te lo niego , respondí. ; Ah ! mi querido Scipion , que me parece haber visto en aquella criatura una sustancia de los cielos. Dejóme abrasado en amor. Es mas tardo el rayo en herir , que el dardo que atravesó mi corazon.

Gran gusto me da vmd. , replicó mi secretario , en confesar me que está enamorado. Para ser enteramente feliz en la soledad de los campos , no le faltaba mas. Ahora sí que tiene vmd. todo lo que ha menester. Sé que nos costará un poco de trabajo el engañar la vigilancia de Basilio ; pero eso corre de mi cuenta , y espero hacer que ántes de tres dias logre vmd. una secreta conferencia con Antonia. Señor Scipion , le respondí , quizá no podria vmd. cumplir esa palabra ; pero esto es puntualmente de lo que no quiero hacer esperiencia , porque no tengo la curiosidad de esponerme á semejante prueba.

Estoy muy lejos de querer tentar la virtud de esa inocente doncella, y son muy diferentes los pensamientos que me merece su honor. Y así lejos de pedir me asistas y ayudes á deshonrarla, solo deseo que emplees tu zelo en facilitar que me case con ella, con tal que su corazón no esté ya prevenido á favor de otro. No esperaba yo ciertamente, me respondió, que vmd. tomase tan de golpe semejante resolución. En verdad que no todos los Señores de Aldea, si se hallasen en igual caso que vmd., procederian con tanta honradez y cristiandad, ántes bien solo pensarian en Antonia por medios tan nobles y legítimos, cuando la esperiencia les hubiera enseñado que no la podian conseguir por otros viles y bastardos. Por lo demas, añadió, no crea vmd. que desapruero su amor, ni que esto lo digo por disuadirle de su intento, pues al contrario confieso que la hija de Basilio es merecedora del honor que vmd. la quiere hacer, con tal que pueda presentar las primicias de un corazón intacto y agradecido. Esto es lo que hoy mismo sabré por la conversacion que pienso tener con su padre, y acaso tambien con ella misma.

Mi confidente era un hombre muy puntual en cumplir lo que prometia. Pasó á verse secretamente con Basilio, y por la tarde vino á mi gabinete, donde yo le estaba esperando con impaciencia y temor. Observé que volvía muy

alegre, y desde luego pronostiqué que me traia buenas nuevas. Si he de creer á tu risueña cara, le dije, estoy en que vienes á anunciarme que presto veré satisfechos mis deseos. Asi es, me respondió, amado Señor y dueño mio. Hablé á Basilio y á su hija, declarandoles el ánimo de vmd. El padre está fuera de sí con el gozo de saber que vmd. desea ser su yerno; y de la hija puedo asegurar que la persona de vmd. la ha gustado mucho. ¡ O cielo ! le interrumpí : ¡ con que he tenido la dicha de parecer bien á tan amable criatura ! No lo dude vmd., me respondió, y esto no lo digo porque yo lo hubiese oido de su boca, sino porque asi me lo dió á entender la grande alegría que mostró sin poderla disimular, cuando supo cual era vuestro intento. Pero en medio de todo esto no puedo ni debo callar que tiene vmd. un gran competidor. ¡ Un gran competidor ! exclamé ya enteramente turbado. Sí Señor, me respondió, un gran competidor; pero no hay peligro de que le robe á vmd. el corazon de su dama. El tal es el cocinero Joaquin. ¡ Ah bribon ! dije entónces soltando una gran carcajada. He aquí porque le dolia tanto el dejar mi servicio. Precisamente por eso, añadió Scipion. Con efecto, los dias pasados se la pidió á su padre, y este con mucha cortesía, y con no menor agradecimiento, absolutamente se la negó. Salvo tu parecer, repliqué yo, soy de sentir que nos descartemos de este pícaro

antes que llegue á entender que quiero casarme con la hija de Basilio : un cocinero , como no ignoras , es un rival peligroso. Tiene vmd. razon , me respondi6 : conviene despacharle ; mañana muy temprano le despediré antes que se ponga á disponer la comida , para que nada tenga vmd. que temer de sus guisados , de sus cocidos , de sus salsas , ni de su amor. Es verdad , continuó Scipion , que no deja de dolerme el perder tan sazonado cocinero ; ¿ pero que importa ? debo sacrificar mi golosina á la seguridad de vmd. No hay que sentir tanto su pérdida , porque no es irreparable , repuse yo ; presto haré venir de Valencia un cocinero que valga tanto como él. En efecto , escribí inmediatamente á Don Alfonso que tenia necesidad de un cocinero , y al dia siguiente me envi6 uno , con el cual qued6 muy consolado Scipion.

Aunque me habia asegurado el zeloso secretario que , segun lo que él habia conocido , Antonia allá en su interior se habia alegrado mucho de la conquista que habia hecho , no me fié del todo de su relacion , temiendo se hubiese dejado engañar de falsas apariencias. Para mayor seguridad determiné certificarme por mí mismo , y á este efecto hablarla á solas. Fuíme pues á casa de Basilio , y confirméle cuanto le habia dicho mi embajador. El buen labrador , hombre sencillo y franco , despues de haberme oido , me dijo que desde luego me concedia á su hija con

sumo gusto é indecible satisfaccion ; pero no piense V. S. , añadió , que se la doy porque es Señor de este Lugar. Aunque no fuera mas que mayordomo de los Señores Don Cesar y Don Alfonso , siempre le preferiria á todos los amantes y pretendientes de Antonia , porque siempre he sentido en mí una grande inclinacion á su persona : lo único que me disgusta es que mi pobre hija no tenga una gruesa dote que ofrecerle. Ninguna dote pretendo , le respondí , su persona es lo único que deseo , y todo el bien á que aspiro. Humildísimo servidor de V. S. , me replicó él con estraña viveza , eso es lo que á mí no me tiene cuenta : no soy algun capa rota , ni algun piojoso que quiera casar asi á mi hija. Basilio de Buentrigo , por la misericordia de Dios , tiene con que dotarla , segun su humilde , pero limpia calidad. Si vmd. la da de comer , quiero que ella le lleve algo para cenar. En una palabra , las rentas de esta quinta no esceden de quinientos ducados , y yo haré que lleguen á mil en gracia de este matrimonio.

Pasaré por todo lo que quisieres , amigo Basilio , le respondí , y está seguro de que por materia de interes nunca reñiremos ; y ya que tú y yo estamos de acuerdo , ahora solo falta el consentimiento de tu hija. ¿ Que llama , me dijo , el consentimiento de mi hija ? Vmd. tiene ya el mio , y este le basta. No basta tal , le repliqué : tan necesario por lo menos es el suyo como el

vuestro. El suyo depende del mio, repuso él; y pobre de la rapaza, si se atreviese á chistar contra lo que yo quiero. Antonia, le dije, sin duda estará pronta á obedecer á su padre ciegamente, mas no sé si en esta ocasion lo haria con repugnancia; y por poca que tuviese, viviria yo siempre inconsolable, considerandome causa de su desgracia: en fin no me satisface me dé su mano, si lo ha de sentir su corazon. ¡ Que diantre! exclamó Basilio. Yo no entiendo palabra de esos tiquis miquis, ni de esas filosofías. Hable vmd. con Antonia, y verá, si no me engaño mucho, que hoy ninguna cosa desea tanto en este mundo como verse cuanto ántes su muger. Diciendo esto llamó á su hija, y se retiró dejandome un momento á solas con ella.

Para no malograr tan preciosos instantes, fui desde luego en derechura al asunto. Bellísima Antonia, la dije, decide de mi suerte infeliz ó afortunada. Aunque tengo ya el consentimiento de tu padre, no creas me valga de él para violentar tu gusto. Confieso que tu posesion seria toda mi dicha; pero desde luego renuncio á ella si solamente la he de deber á tu filial obediencia. Eso es, Señor, respondió ella con cierto rubor, lo que nunca os diré, ni os podré decir. Vuestra eleccion es para mí tan grata que jamas podrá causarme pena; y en vez de sentir el consentimiento de mi padre, lo celebro sinceramente. No sé, prosiguió, si hago bien ó mal en hablaros

de esta manera ; solo sé que si no me hubiérais agradado , tendria resolucion para deciroslo francamente : ¿ pues que razon habrá para que no pueda deciros libremente lo contrario ?

Al oír estas palabras que no pude escuchar sin quedar encantado , hiqué una rodilla en tierra , y tomandola una mano , se la besé con respeto y con amor. Adorada Antonia , la dije , me hechiza tu franqueza : prosigue hablándome siempre con la misma ; estás hablando con tu esposo , y asi no le disimules nada. ¿ Con que puedo lisonjearme de que unirás con gusto tu suerte con la mia ?.... En este punto entró Basilio , y no pude proseguir. Deseoso este de saber lo que su hija me habia respondido , y muy dispuesto á reñirla , si hubiese manifestado la mas mínima aversion á mi persona , volvió prontamente á buscarme. ¿ Y bien , me dijo , está vmd. contento con la respuesta de Antonia ? Lo estoy tanto , le respondí , que desde ahora mismo voy á mandar se hagan prontamente todas las prevenciones necesarias para celebrar cuanto ántes nuestro matrimonio. Dicho esto , dejé al padre y á la hija , para ir á discurrir sobre el asunto con mi fiel secretario.

CAPÍTULO IX.

Boda de Gil Blas y la bella Antonia : aparato con que se hizo ; personas que asistieron á ella , y fiestas con que se celebró.

AUNQUE á la verdad no necesitaba yo la licencia de los Señores de Leyva para casarme , todavía juzgámos Scipion y yo que no podia menos , sin faltar á la gratitud y á la buena crianza , de comunicarles mi intento , y pedirles permiso para ponerlo en ejecucion.

Marché pues á Valencia , donde todos se quedáron sorprendidos de verme , y mucho mas cuando supiéron el motivo de un viage tan inesperado. Don Cesar y Don Alfonso , que conocian á Antonia por haberla visto en varias ocasiones , me diéron mil enhorabuenas , y celebráron mi buen gusto en tan acertada eleccion. Sobretudo Don Alfonso me hizo un cumplimiento tan expresivo , que á no estar yo tan persuadido á que aquel Señor hacia muchos años habia dejado del todo sus juveniles devaneos , quizá sospecharia que mas de una vez habia ido á Liria , menos por ver su hacienda , que por ver á la hija de su arrendador. Serafina por su parte , despues de haberme asegurado de quanto se interesaba en mis gustos , me dijo que siempre habia oido alabar

mucho y decir grandes bienes de Antoñita ; añadiendo no obstante un repulgo algo malicioso , como para zaherirme un poco sobre la indiferencia con que habia correspondido al amor de la pobre Lorenza Séfora ; pero la verdad es , me dijo , que aunque no me hubieran alabado tanto la hermosura y demas prendas de Antonia , siempre me hubiera fiado de tu buen gusto , porque sé lo fino y delicado que es en esta materia.

No se contentáron Don Cesar y su hijo con aprobar mi matrimonio , sino que quisieron que los gastos de la boda corriesen todos de su cuenta. Vuelve , me dijéron , á tomar el camino de Liria , está tranquilo , y no pienses en nada hasta tener noticia de nosotros. No hay que dar disposiciones para festejar la boda , que ese cuidado será nuestro. Por conformarme con el gusto de aquellos Señores , dí luego la vuelta á mi casa. Comunicué á Basilio y á su hija lo que pensaban hacer aquellos nuestros protectores , y todos estuvimos esperando con paciencia la noticia que nos prometieron dar de sus personas. Ninguna tuvimos en el espacio de ocho dias ; pero al cabo vimos venir un coche de seis mulas con cuatro sastres dentro , que traian varias piezas de telas de seda á cual de mas fino gusto , para vestir á la novia , escoltando el coche muchos lacayos montados tambien en mulas. Uno de estos me entregó carta de Don Alfonso , en que me decia que al dia siguiente vendria á Liria con su padre

y su esposa, juntamente con el Provisor del Arzobispo, que habia de hacer de párroco en la ceremonia del matrimonio. Con efecto, al otro dia llegaron á Liria Don Cesar, su hijo, Serafina y el Provisor, todos cuatro en un coche con seis caballos, precedido de otro con cuatro, en que venian las criadas de la Gobernadora, y tras los dos coches la Guardia del Gobernador.

Luego que se apeó la Gobernadora, mostró vivos deseos de ver á la novia, la cual por su parte inmediatamente que supo el arribo de aquella Señora, acudió á cumplimentarla y á besarla la mano, lo que ejecutó con tanta gracia que todos los presentes quedáron admirados. Y bien, Serafina, preguntó Don Cesar á su nuera, ¿que os parece de esta niña? ¿no ha tenido buen gusto Sautillana? No le podia tener mejor, respondió Serafina; parece que nacióron el uno para el otro, y no dudo que será un matrimonio muy feliz. En fin, todos se esmeráron en dar elogios á mi futura esposa; y si les pareció bien con un vestido de sarga, quedáron encantados cuando la viéron despues con una rica gala, la cual la caia tan bien, y ademas se manejaba con tanto garbo y despejo, que parecia no haber usado en su vida de otras telas ni otro traje.

Llegada la hora en que un dulce himeneo habia de unir para siempre nuestra suerte y nuestras voluntades, Don Alfonso me tomó por

la mano para conducirme al altar , y Serafina hizo á Antonia el mismo agasajo. En esta conformidad pasámos á la Iglesia ó Capilla de la Aldea , donde nos estaba esperando el Provisor para darnos la bendicion nupcial; ceremonia que se celebró con grandes aclamaciones de los labradores del Lugar , y de otros muchos del contorno que habian concurrido convidados por Basilio , los cuales todos habian traído consigo á sus hijas adornadas de cintas y coronadas de flores , armada cada una con su panderillo y sonajas , para contribuir por su parte al regocijo , haciendo mas alegre y bulliciosa la solemnidad. Concluida la funcion , volvimos á casa , donde Scipion , director del festin , tenia prevenidas tres mesas , una para los Señores , otra para los de su comitiva , y la tercera , mayor que las otras dos , para todos los demas convidados. Antonia se sentó en el mejor lugar de la primera , porque asi lo quiso absolutamente la Gobernadora ; yo hice los honores de la segunda , y Basilio representó el mismo papel en la tercera destinada para los labradores. Scipion á ninguna se sentó , quedandose en pié para acudir á todas partes , y dar sus órdenes á fin de que las mesas estuviesen bien servidas.

Los cocineros del Gobernador eran los que habian dispuesto la comida , con lo que esto está dicho que nada habia que echar menos en ella. Lucieronlo los esquisitos vinos de que el

cocinero Joaquin habia hecho abundante provision para mi mesa; y comenzando con los tragos á calentarse los convidados, reinaba en todos la alegría, cuando la turbó un incidente que á todos nos sobresaltó. Mi secretario, que estaba en la sala donde yo comia, acompañando y cortejando á los principales criados y criadas de Serafina, cayó desmayado en tierra, perdiendo el conocimiento. Levantémeprontamente á socorrerle, y miéntras estaba practicando las diligencias para hacerle volver en sí, ví que una criada de la Gobernadora se habia desmayado tambien. Todos nos persuadimos á que aquel recíproco desmayo encerraba algun misterio, como asi era en realidad, y el misterio tardó poco en declararse; porque recobrando de allí á poco Scipion el uso de los sentidos, me dijo en voz baja: ; Por fuerza el dia mas alegre para vmd. habia de ser para mí el mas desgraciado y funesto! Ninguno, añadió, puede evitar su desgracia. Sepa vmd. que acabo de ver á mi muger entre las criadas de la Señora Gobernadora.

¿ Que es lo que dices? exclamé yo. ¿ Es posible que seas marido de esa muger que se desmayó al mismo tiempo que tú? Sí Señor, me respondió: soy su desdichado marido, y aseguro á vmd. que no podia jugarme la fortuna una pieza mas villana ni mas dolorosa para mí, que volvermela á poner delante. Querido Sci-

pion , le repliqué , sea el que fuere el motivo que haya dado tu muger para que sientas tanto su encuentro , usa de tu capacidad y prudencia : si me amas , te ruego encarecidamente que por ahora disimules , y no turbes la fiesta. Señor ; repuso él , espero que vmd. quedará complacido de mí , y ahora verá si sé vencerme y disimular.

Apénas dijo estas palabras , cuando acudió acelerado adonde estaba su muger en brazos de sus compañeras , que ya tambien la habian hecho volver en sí ; y abrazandola con tanta ternura , como si efectivamente hubiera sido su desmayo efecto del grandísimo y no esperado gozo de verla : ¡ Ah querida Beatriz , exclamó , con que en fin el Cielo piadoso nos ha vuelto á juntar despues de diez años de separacion ! ¡ O que momento tan afortunado para mi amante y afligido corazon ! Yo no sé , respondió ella , si tú has tenido tanto gozo , como dices , por nuestro impensado encuentro ; lo que sé es que yo jamas te dí el mas mínimo motivo para que me dejases. Encontrasteme , es verdad , una noche con el Señor Don Fernando de Leyva que estaba enamorado de mi ama Doña Julia , como esta lo estaba de él : servia yo , no lo niego , á la honesta y legítima inclinacion de aquella señorita ; pero á tí se te antojó que yo estaba dando conversacion á Don Fernando á costa de tu honor , no menos que del mio. Sin mas ni mas se te me-

*

tiéron en la cabeza unos rabiosos zelos, te escapaste de Toledo, huiste de mí como de un monstruo, y ni siquiera te dignaste hacerme algun cargo, ni decirme una palabra, para que yo te desengañase y diese alguna satisfaccion. En vista de esto, ¿quien debiera estar quejoso de quien? ¿tú de mí, ó yo de tí? Tú de mí, la respondió prontamente Scipion. Asi es, replicó ella, y prosiguió diciendo: Don Fernando, luego que partiste de Toledo, se casó con Doña Julia, á la que estuve sirviendo todo el tiempo que vivió; pero despues que una muerte anticipada nos la arrebató, mi Señora Doña Serafina me recibió en su casa, y en ella me he mantenido hasta ahora. Esta Señora y mis compañeras te podrán informar del recato con que he vivido.

No tuvo que replicar mi secretario á este discurso, que no podia probar fuese falso, y asi desde entónces pasó á ser realidad el disimulo con que afectaba estar lleno de gozo, por verse reunido con su muger. Reconozco mi falta, la dijo, confieso mi precipitacion, y te pido mil perdones á vista de todo este noble y honradísimo concurso. Entónces intercedí con Beatriz por su marido, rogandola olvidase todo lo pasado, y asegurandola que Scipion en lo por venir solo pensaria en tratarla con el mayor cariño. Rindióse á mi súplica; y todos los circunstantes celebráron con el mayor regocijo la reunion de aquellos dos casados. Hiciéronlos

sentar á la mesa al lado uno del otro, resonaban á porfía los brándis por la salud de entrámbos; y en fin, fué tal la bulla y el alborozo, que el festiu mas parecia haberse dispuesto para celebrar aquel encuentro que para festejar mi boda.

La tercera mesa fué la primera que quedó desierta. Levantáronse de ella los labradores mozos y solteros, para dar principio á varios bailes con las agraciadas mozas de su clase, al son de sus pauderos y sonajas, á cuyo ruido todos los de las otras mesas tardáron poco en seguir tambien su ejemplo. Los dependientes del Gobernador bailáron con las doncellas de la Gobernadora, y hasta los mismos Señores se mezcláron en la fiesta. Don Alfonso bailó una zarabanda con Serafina, y Don Cesar otra con Antonia, la cual vino despues á buscarme para que bailase con ella; y en verdad que no se portó mal, aunque solo habia aprendido algunos pasos de baile en casa de un pariente suyo, vecino de Albarracin. Yo, que, como dejo ya dicho, me habia enseñado á bailar en casa de la Marquesa de Chaves, pasé en el concepto de todos por un gran bailarín. Beatriz y Scipion quisiéron mas retirarse á discurrir entre los dos, y darse recíproca cuenta de todo lo sucedido despues de su separacion; pero Serafina interrumpió su coloquio, porque informada por menor de las paces que habian hecho, hizo que los llamasen á su cuarto, para manifestarles lo

mucho que de ello se alegraba. Hijos míos, les dijo, no puedo explicaros el gozo que siente mi corazón, viendoos ya felizmente restituidos el uno al otro. Amigo Scipion, ahí te entrego á tu esposa, protestandote que su conducta en mi casa ha sido verdaderamente irrepreensible; vive con ella en casto amor y en perfecta armonía. Y tú, Beatriz, ama y sirve á Antonia con la misma fidelidad, amor y lealtad con que Scipion sirve al Señor Santillana. Scipion, que ya miraba á su muger como á otra fidelísima Penelope, prometió que en adelante la respetaria y trataria con todas las atenciones imaginables.

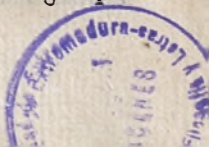
Retiráronse á sus casas los labradores y labradoras, despues de haber estado bailando toda la tarde; pero los Señores prosiguieron la fiesta parte de la noche. Sirvióse una magnífica cena, y cuando se trató de irse todos á recoger, el Provisor bendijo el lecho nupcial. Serafina desnudó á la novia, y los Señores de Leyva me hicieron á mí la misma honra. Lo mas gracioso de todo, fué que los dependientes del Gobernador y las criadas de la Gobernadora quisieron hacer la misma ceremonia con los dos consortes recientemente reconocidos y reconciliados. En efecto, desnudáron á Beatriz y á Scipion, los cuales, para hacer mas cómica la escena, gravemente se dejáron desnudar y meter en la cama.

CAPÍTULO X.

Lo que sucedió despues de la boda de Gil Blas, y principio de la historia de Scipion.

EL dia siguiente de mi boda los Señores de Leyva se volviéron á Valencia, despues de haberme dado mil nuevas pruebas de su buen afecto y amor, de manera que mi secretario y yo nos quedámos solos con nuestras mugeres y nuestros criados.

El empeño que hicimos uno y otro en ganar el corazon y cariño de nuestras mugeres no fué inútil; pues en pocos dias inspiré yo á la mia todo el mismo vehemente amor que la profesaba, y en breve tiempo hizo Scipion olvidar enteramente á la suya todos los disgustos que la habia causado. Beatriz, que era de genio alegre y despejado, sin costarla mucho se grangeó enteramente la aficion y confianza de su nueva ama. En fin, todos cuatro vivíamos admirablemente acordes, y comenzábamos á gozar uua vida verdaderamente envidiable. Pasábamos unos dias inocente y gustosamente divertidos. Antonia era algo seria; pero Beatriz y yo siempre estábamos de buen humor, y cuando no lo estuviéramos, bastaria Scipion para desterrar toda melancolía; porque no se puede negar que



era un hombre incomparable para la sociedad, y para mantener siempre viva y festiva á la mas numerosa compañía.

Un dia que despues de comer nos vino gana de ir á dormir la siesta al sitio mas sombrío y apacible del bosque, Scipion que estaba estraordinariamente alegre y divertido, nos quitó á todos el sueño con sus festivos discursos y graciosos ofrecimientos. Calla esa boca, le dije entre risueño y dormido, ó si quieres que no durmamos, cuéntanos alguna cosa que merezca nuestra atencion. Enhorabuena, Señor, me respondió prontamente. ¿Quieren vmds. que les cuente la historia del Rey Don Pelayo? De mejor gana oiria yo la tuya, le repliqué; pero ese gusto nunca me lo has querido dar desde que nos conocemos, ni espero que jamas me le des. ¿No me dirás en'que ha consistido eso? Sí Señor, yo se lo diré clarito á su merced. Ha consistido en que su merced jamas me ha manifestado el mas mínimo deseo de oirla, pues por lo demas al menor asomo de curiosidad que yo le hubiera observado, estaria ya harto de saberla; porque no tengo otro mayor deseo que el de complacerle en todo, y eteme aquí pronto á contentarle en este punto. Cogimosle la palabra Antonia, Beatriz y yo, y nos dispusimos á escuchar su relacion, la'cual no podia menos de causar un buen efecto, ya fuese divirtiendonos, ó ya haciendonos dormir.

Yo, comenzó á decir Scipion, seria ciertamente hijo de un Grande de España de primera clase, ó á mal dar y cuando menos, de un caballero del hábito de Santiago ó de Alcántara, si esto hubiera estado en mi mano; pero como ninguno es dueño de escogerse padres, el mio fué un tal Toribio Scipion, hourado cuadrillero de la Santa Hermandad. Como este andaba casi siempre por los caminos reales, segun la obligacion de su empleo, un dia encontró no lejos de Toledo á una gitanilla moza. agraciada y bien parecida. ¿ Adonde vas, hija? la preguntó, endulzando cuanto pudo la voz, que de suyo era áspera, bronca y disonante. Señor, respoudió ella, voy á Toledo, donde de una manera ó de otra espero ganar de comer viviendo honradamente. Tu intencion es muy loable, replicó él, y no dudo que tu arco sabrá tocar mas de una cuerda. Sí Señor, respondiô la gitanilla, gracias á Dios que me ha dado habilidad para varias cosas: sé hacer pomadas, y destilar quintas esencias muy útiles para las damas: sé decir la buena ventura: sé el modo de hacer que se encuentren las cosas perdidas; y sé mostrar todo cuanto se quiera ver por mi dictámen en un cristal ó en un espejo.

Pareciendole á Toribio que una doncella de tanta habilidad y de aquellos talentos era un partido muy ventajoso para un hombre como él, á quien su empleo apenas le daba para comer,

sin embargo de ejercitarle con la mayor exactitud, la propuso si queria ser su esposa. Inmediatamente aceptó la niña la proposicion; siguiéron juntos el camino hasta Toledo, donde se casáron *in facie Ecclesie*, y ahora estan vnds. viendo con sus propios ojos el bello fruto de tan noble matrimonio. Tomáron casa en un arrabal, donde mi madre comenzó á vender sus pomadas y quintas esencias; pero viendo que se ganaba ya poco en aquel trato, abrió tienda de adivina. Entónces fué cuando se viéron llover en aquella casa pesos duros y doblones. Mil mentecatos de uno y otro sexo esparciéron muy presto por toda la ciudad la fama de la Coscolina, que asi se llamaba la gitana. Apénas se desocupaba la casa de los que venian á valerse de su ministerio: ya era un sobrino pobre, único heredero de un tio muy rico, que deseaba saber para su consuelo cuando partiria el tio de este mundo; ya era una doncella á quien galanteaba un jóven caballero con palabra de matrimonio, deseosísima de apurar si se la cumpliria.

Persuadome á que vnds. darán por supuesto que las respuestas de mi madre siempre eran favorables á las personas á quienes las hacia; y cuando alguna vez no salian ciertas, echaba la culpa al diablo, que burlandose de los exorcismos con que le conjuraba para que le revelase lo futuro, se divertia en engañarla.

Era mi madre de parecer que seria muy con-

veniente por honor del oficio hacer visible al diablo algunas veces, cuando maniobraba en sus mágicas operaciones. Entónces hacia mi padre el papel del diablo, y lo hacia perfectamente, porque la aspereza y la disonancia de su voz, juntamente con la enorme fealdad de su monstruosa cara, decian admirablemente bien con el original que representaba. Poca credulidad era menester para tenerle por tal en vista de su figura. Pero un dia cierto Capitan, igualmente bárbaro que crédulo, quiso ver al diablo, y lleno de espanto y furor le pasó de parte á parte con la espada. Informado el Santo Oficio de la muerte del diablo, despachó sus Ministros contra Coscolina, á quien prendiéron, embargandose al mismo tiempo todos sus efectos; y á mí, que á la sazón solo tenia siete años, me metiéron en la casa de los niños huérfanos. Habia en ella ciertos Clérigos que mediante un buen salario cuidaban de su crianza, con obligacion de enseñarles á leer y escribir. Parecióles que yo prometia mucho, y me distinguieron entre los demas, escogiendome para que les sirviese en las cosas que se les ofrecian. Era el portador de sus cartas y papeles, hacia sus recados, y les ayudaba á Misa. Agradecidos á mis pequeños servicios quisieron tambien enseñarme la gramática, y con ella la buena latinidad; pero tomaron esto con tanto empeño, y me trataban con tanto rigor, que un dia en que me enviaron

á un recado, cogí las de villadiego, y en vez de volver al Hospital de los huérfanos, me escapé de Toledo por la puerta de Sevilla.

Aunque á la sazón solo tenia nueve años cumplidos, no cabia en mí de contento viendome en libertad, y dueño de mis acciones. Hallabame sin pan y sin dinero, pero nada me importaba, porque tampoco tenia lecciones que estudiar ni temas que componer. Cuando hube caminado dos horas, comenzáron mis pobres piernecitas á darme á entender que ya no me podian servir. A la verdad nunca habian hecho viage tan largo, y me ví precisado á pararme un poco para descansar. Sentéme al pié de un árbol que estaba á orillas del camino, y para divertirme saqué el arte de Nebrija, que tenia en el bolsillo. Comencé á ojearle por entretenimiento, y acordandome de las palmadas y de los azotes que me habia hecho llevar, le hice pedazos, diciendole con cólera: ¡ Ah maldito libro! ya no me harás derramar mas lágrimas. Arrojéle al suelo, pateéle, y cuando estaba sembrando la tierra de declinaciones y conjugaciones, pasó por allí un ermitaño con una gran barba blanca, montados en la nariz unos venerables anteojazos, y en fin de una traza venerable. Acercóse á mí, miróme atentamente, y yo tambien le estuve mirando con grande atencion. Querido mio, me dijo, pareceme que los dos nos hemos mirado con amor y ternura, y que no nos aven-

dríamos mal viviendo juntos en mi ermita , que no dista doscientos pasos de aquí. Buen provecho le haga á vmd. su ermita , le respondí secamente , que yo no tengo gana de meterme á ermitaño. Dió una carcajada el buen viejo cuando me oyó esta respuesta , y sin desistir de su intento añadió : No te espante ni te acobarde , hijo mio , el hábito en que me ves ; si es áspero y poco grato á la vista , es de grande utilidad , pues me ha hecho dueño de un deliciosísimo retiro , y de varios Lugarcitos circunvecinos , cuyos habitantes no ya me aman , me idolatran. Vente conmigo , y te vestiré un habitico semejante al mio. Si te hallares bien , entrarás á la parte en las grandes conveniencias que disfruto en esta vida que hago ; y si no te acomodares á ella , serás dueño de retirarte y dejarla cuando quieras , dandote yo palabra , como te la doy , de que en caso de separarte de mí , no dejaré de darte algo , y de hacerte todo el bien que pueda.

Dejéme persuadir , y seguí al viejo ermitaño , el cual me hizo en el camino varias preguntas , á las cuales respondí con una inocencia y candor que no siempre usé despues. Luego que llegámos á la ermita , me presentó un poco de fruta que devoré en un instante , porque en todo el dia no habia comido mas que un zoquetillo de pan con que me habia desayunado en el Hospital por la mañana. Cuando el solitario me vió

menear las mandíbulas con tanto garbo : Animo ; hijo mio , me dijo , no dejes de comer por miedo de que se acabe la fruta , pues gracias al cielo hay en la ermita muy buena provision de ella. Sabete que no te he traído aquí para que te mueras de hambre. Era esto tanta verdad , que una hora despues de nuestro arribo encendió lumbre y puso á asar un pedazo de carnero para hacer una gran cazuela de gigote ; y miéntas yo revolvia el asador , él dispuso la mesa , cubriendola con un mantel no muy limpio , y poniendo en ella dos cubiertos , uno para él , y otro para mí.

Luego que el carnero estuvo en sazón , le sacó del asador , picóle , metióle en una cazuela , puso un poco á hervir , y nos sentámos á comer ; pero nuestra comida no fué como la de las ovejas , porque bebimos un escelente vino , del cual tenia tambien el penitente ermitaño su provision mas que decente. Y bien , muchacho , me dijo luego que nos levantámos de la mesa , esta es mi comida ordinaria : ¿ estás contento con ella ? Siempre comerás así , miéntas estuvieres conmigo. Por lo demas harás lo que mejor te pareciere. Yo solo quiero de tí que me acompañes cuando vaya á recoger la limosna á los Lugares vecinos ; llevarás del cabestro un borriquillo cargado de unas alforjas , que los devotos labradores me hacen la caridad de llenar ordinariamente de pan , huevos , carne y pescado : esto es lo único en que te ocuparé. Padre , le res-

pondí, estoy pronto á hacer todo lo que su Reverencia me mande, salvo que me quiera obligar á estudiar latin. No pudo menos de reirse de mi graciosa sencillez el hermano Crisóstomo, que asi se llamaba el ermitaño, y desde luego me aseguró que nunca violentaria mi inclinacion.

Al dia siguiente salimos á nuestra cuesta, llevando yo el borrico por el cabestro, y cogimos buenas y copiosas limosnas, porque cada labrador hacia punto de echar alguna cosa en las alforjas. Este daba un pan entero, otro un buen pedazo de tocino, quien una perdiz, y quien una gallina. En suma, llevámos á la ermita víveres para regalarnos bien por mas de una semana: buena prueba de lo mucho que amaban al hermano Crisóstomo aquellos aldeanos. Verdad es que este tambien les servia mucho, dandoles buenos consejos cuando le venian á consultar, componiendo sus desavenencias, pacificando las familias, dandoles remedios para muchos males, y enseñando varias oraciones á las mugeres casadas que deseaban tener hijos.

Ya ven vmds. por lo que acabo de referir, que yo estaba muy contento y bien tratado en la ermita. Si la comida era buena, la cama no era desgraciada. Acostabame sobre un jergon de paja fresca, teniendo por cabecera una almohada de lana, y cubriendome con una manta de lo mismo; de manera que no hacia mas que un sueño, el cual duraba desde que me metia

en la cama muy temprano, hasta muy entrado el dia siguiente. Quiso el hermano Crisóstomo que yo tambien me vistiese de ermitaño, y con efecto él mismo me hizo un habitico nuevo, deshaciendo uno viejo suyo, y comenzó á llamarme el ermitaño Scipion. Cuando me viéron en las Aldeas vecinas con aquel nuevo trage, caí á todos tan en gracia, que visiblemente se doblaba la limosna en las alforjas, tanto que el pobre borrico apénas podia con la carga. Todos se venian tras mí, y todos á porfía se esmeraban en dar á cual mas al hermano Scipioncito.

A un muchacho de mi edad no podia menos de gustarle mucho aquella vida ociosa y regalona, que disfrutaba en compañía del viejo ermitaño, y es bien cierto que la hubiera siempre continuado, si en la rueca de las Parcas no se me hubieran hilado otros dias muy diferentes; pero mi fatal destino me obligó á dejar la dulce compañía del hermano Crisóstomo, de la manera que voy á referir.

Muchas veces habia visto al viejo con la almohada que le servia de cabecera, sin hacer otra cosa que descoserla y volverla á coser. Observé un dia que metia en ella algun dinero, lo que escitó en mí una grandísima curiosidad, y determiné salir de ella en el primer viage que el hermano Crisóstomo hiciese á Toledo, á donde solia ir una vez cada semana. Aguardé con impaciencia este dia, que finalmente llegó, sin

tener por entónces otro fin que el de contentar mi curiosidad. Partió el buen hombre, y yo inmediatamente descosí la almohada, dentro de cuya lana encontré como unos cincuenta escudos en toda especie de monedas.

Verosímilmente este tesoro seria efecto del agradecimiento de los labradores á quienes habian curado sus remedios, y de las labradoras á quienes habia alcanzado hijos con sus oraciones. Mas, sea lo que fuere, apénas ví aquel dinero, y en ocasion en que impunemente me lo podia apropiiar, quando la sangre gitana hizo su oficio. Dióme una gana de robarle tan poderosa y vehemente, que no pude menos que atribuirla á la sangre que corria por mis venas. Cedí sin resistencia á la tentacion, agarré el dinero, metíle en una bolsa de cuero, y despues de haberme desnudado del hábito de ermitaño, y vuelto á tomar mi vestidico de huérfano, me alejé de la ermita, pareciendome que llevaba en la bolsa todas las riquezas de las Indias.

Este fué mi primer ensayo, prosiguió Scipion; y sin duda que en vista de él solo esperarán vnds. la relacion de otros muchos semejantes y de la misma especie. No engañaré sus esperanzas, porque en realidad todavía tengo que contarles otras gloriosas hazañas muy parecidas á esta, ántes de hablar de mis acciones loables; pero al fin llegaremos allá, y entónces verán que de un gran bribon, con la gracia del

Señor, se puede muy bien hacer un hombre de bien y muy honrado.

Sin embargo de mis pocos años, no fuí tan simple que tomase el camino de Toledo, porque me espondría á encontrarme con el hermano Crisóstomo, que sin duda hubiera querido volver á juntarse con su dinero. Tomé pues la ruta del lugar de Galvez, donde me entré en un meson, cuya huéspedera era una viuda como de cuarenta años, con todos los requisitos que son menester para saber vender bien sus agujetas. Luego que esta muger puso los ojos en mí, conociendo por el vestido que me habia escapado del Hospital de los huérfanos, me preguntó quien era, y adonde iba. Respondíla que habiendo muerto mis padres, buscaba conveniencia. Y dime, hijo, me volvió á preguntar, ¿sabes leer? Sí Señora, respondí, sé leer de corrido, y tambien sé escribir á mil maravillas. Verdaderamente yo sabia formar las letras, y juntarlas de manera que parecia una cosa asi como escrita, lo que juzgaba sobrado para llevar la cuenta de una taberna de Aldea. Siendo eso asi, repuso la mesonera, desde luego te recibo para mi servicio. No serás inútil en mi casa, porque correrás con el libro del gasto, y llevarás cuenta de mis deudas y créditos. No te daré salario, añadió, porque son muchos los caballeros que vienen á este meson, los cuales nunca se olvidan de los criados, con que segu-

ramente puedes contar con muchos y muy buenos gages.

Acepté el partido, pero reservandome, como vmds. lo pueden creer, el derecho de mudar de aire, siempre y cuando no me acomodase el del meson. Apenas me ví embargado para servir en él, cuando me hallé el hombre mas inquieto y sobresaltado del mundo. No queria que ninguno supiese que yo tenia dinero, y no sabia donde esconderle de modo que no pudiese dar con él alguna mano forastera. Como aun no conocia la casa, no me podia fiar de aquellos sitios que me parecian mas propios para asegurarlo. ¡O, y cuanto nos embarazan las riquezas! Determinéme en fin meterlo en un rincon del pajaro, pareciendome que en ninguna otra parte podia estar mas seguro, y procuré tranquilizarme todo lo que me fué posible.

Eramos tres criados en el meson: un robusto moceton que cuidaba de la caballeriza, una moza manchega, y yo. Cada uno sacaba lo que podia de los huéspedes asi de á pié como de á caballo, que se alojaban en casa. Siempre daban alguna cosa al mozo de caballeriza, para que cuidase de sus caballerías. Yo tambien sacaba de ellos algun dinerillo, cuando les iba á presentar la cuenta del gasto; pero la manchega, que era el ídolo de los caleseros y arrieros que pasaban por allí, ganaba mas escudos que cuartos ú ochavos nosotros dos. Cuando yo

habia juntado algunos reales, los llevaba luego al pajar para aumentar mi caudal: y quanto mas crecia este, mas pegado estaba á él mi apocado corazon. De tiempo en tiempo lo visitaba, dábale mil besos, y lo estaba contemplando con una dulce suspension que solamente los codiciosos avaros pueden bien comprender.

Treinta veces al dia iba á ver el sitio donde estaba mi tesoro, por el tierno amor que le tenia. La mesonera me encontró frecuentemente en la escalera del pajar; y como era una muger naturalmente suspicaz y desconfiada, quiso un dia saber que cosa era la que me movia á repetir tantas visitas á aquel parage. Subió á él, y comenzó á registrarle todo, rezelando quizá que yo tendria escondidas algunas cosas que la hubiese robado á ella. Revolvió la paja que cubria mi bolson, y dió con él. Abrióle, y viendo dentro pesos duros y doblones, creyó ó fingió creer que todo aquello era suyo, y que yo se lo habia quitado. Por de contado se apoderó del caudal, y tratandome de bribonzuelo, ladroncillo y malvado, dió orden al mozo de caballeriza, enteramente dedicado á complacerla, que me aplicase medio ciento de azotes; y despues de bien acribillado, me echó á la calle, diciendome que no queria sufrir en su casa pícaros ni rateros. Inútilmente juraba y perjuraba yo, poniendo por testigos al cielo y á la tierra que nada la habia hurtado: la mesonera decia lo contrario,

y todos la daban mas crédito á ella que á mí. Y vean vinds. ahora como los dinerillos del hermano Crisóstomo pasáron de manos de un ladrón novicio á las de una ladrona profesá.

Lloré la pérdida de mi dinero, asi como una tierna madre llora la muerte de un hijo único que nació de sus entrañas; pero si mis lágrimas no fuéron bastantes para hacerme recobrar lo que habia perdido, por lo menos fuéron causa para mover á compasion á algunas personas que me las veian derramar, y entre otras al Cura de Galvez, que casualmente pasaba á la sazón por allí. Mostróse compadecido del estado en que me veia, y llevóme consigo á su casa. En ella, ó fuese por ganar mi confianza, ó por hacer burla de mí, comenzó á esclamar mostrando tenerme mucha compasion. Cierto, dijo en tono lastimero, que me da gran dolor este pobre muchacho. ¿Que maravilla es que en sus pocos años, en su ninguna esperiencia y falta de reflexion, hubiese cometido una accion ruin? Apenas se encontrará un hombre que no haya hecho alguna en el discurso de su vida. Volviendose despues á mí, me preguntó con mucho cariño de donde era, y quienes mis padres, porque tienes traza, añadió, de ser hijo de gente honrada. Hablame en confianza, y está seguro de que no te abandonaré.

El Cura, con este su halagüeño y caritativo discurso, me fué iusensiblemente empeñando

en que le descubriese todos mis pasos con la mayor ingenuidad. Contéle de pe á pa cuanto habia hecho; y despues de haberme oido, me dijo: Aunque es cierto que no conviene á los ermitaños atesorar dinero, esto no escusa ni disminuye el pecado que cometiste; en robar al hermano Crisóstomo, quebrantaste el séptimo mandamiento que prohíbe tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño; pero yo me encargo de obligar á la mesonera á que restituya al hermano Crisóstomo todo su dinero, y asi por esta parte podrás vivir sosegado, y aquietar enteramente tu conciencia: lo cual aseguro á vmds. que de ninguna manera me inquietaba; pero el Cura que allá tenia sus fines, no paró aquí, antes bien prosiguió diciendome: Yo, hijo mio, quiero empeñarme á favor tuyo, y solicitarte una buena conveniencia. Mañana mismo pienso enviarte á Toledo con un mozo de mulas y una carta para un sobrino mio, Canónigo de aquella Santa Iglesia, que no se negará á recibirte en el número de sus familiares, los cuales todos lo pasan como unos Beneficiados que se regalan á costa de la prebenda. En esto no tengo duda, y desde luego te puedes ya dar por admitido.

Consolóme tanto esta seguridad, que al instante olvidé el bolson y los azotes que me habian dado. Todo mi pensamiento se ocupó en el gusto que tendria cuando me viese con una

vida de Beneficiado. Al dia siguiente, mientras estaba yo almorzando, llegó á casa del Cura un alquilador con dos mulas. Subiéronme en la una, y montando el alquilador en la otra, partimos juntos camino de Toledo. Era mi compañero de viage un grandísimo chuzon, gustaba buen humor, y gustaba de divertirse á costa del prójimo. Querido Scipion, me dijo, en verdad que tienes un buen amigo en el Señor Cura de Galvez. No podia darte mayor prueba de lo mucho que te quiere, que acomodarte con su sobrino el Señor Canónigo, á quien conozco muy bien, y es sin duda la perla de aquel Cabildo. No es ciertamente uno de aquellos devotos cuyo semblante macilento y consumido está predicando mortificacion y abstinencia; nada menos. Es un Eclesiástico gordo, colorado, siempre alegre y festivo: un hombre en fin que se divierte en todo lo que sale, y que gusta mucho de tratarse bien. Estarás en su casa como un pollito empanado.

Conociendo el guiton del alquilador el gusto con que le escuchaba, continuó el panegírico del Canónigo, ponderandome lo mucho que yo celebraria mi fortuna cuando me viese ya criado suyo. No cesó de hablar hasta que llegámos al Lugar de Orbisa, donde nos apeámos para echar un pienso á las mulas. En tanto que él andaba de aquí para allí dentro del meson, quiso mi buena suerte que se le cayese del bolsillo un

papel que yo tuve modo de recoger sin que él lo advirtiese, y leer miéntras él estaba en la caballeriza con el ganado. Era el tal papel una carta dirigida á los Capellanes del Hospital de los huérfanos, la cual decia asi, ni mas ni menos :

Muy Señores míos : Me he juzgado obligado por caridad á restituir en sus manos un bribonzuelo que se escapó de ese Hospital. Pareceme un muchacho muy despabilado, y por lo mismo muy digno de que vmds. se sirvan tenerle encerrado. No dudo que con la correccion y el castigo puedan hacer de él un hombre de bien y de razon. Queda rogando á Dios conserve á vmds. en tan piadosos como caritativos oficios,
EL CURA DE GALVEZ.

Luego que acabé de leer esta carta, que me descubria la buena intencion del Señor Cura, no dudé un punto sobre el partido que habia de tomar. Salir inmediatamente del meson, y ponerme en las orillas del Tajo, distante mas de una legua de aquel Lugar, todo fué obra de un momento. El miedo me prestó alas para huir de los Clérigos que enseñaban latin en la casa de los huérfanos, adonde absolutamente no queria volver : tanto me habia disgustado el modo con que enseñaban la gramática. Entré en Toledo tan alegre como si supiera adonde habia de ir á comer y beber. Es verdad que el tal pueblo es una ciudad de bendicion, en la cual un hombre de

talento reducido á vivir á costa ajena no puede morir de hambre, y con efecto no tardó en favorecerme la fortuna; pues no bien habia entrado en la plaza, cuando un caballero bien vestido, agarrandome por el brazo, me dijo: ¿Oyes, chico, quieres servirme? porque me alegrara tener un lacayo como tú. Y yo á un amo como vmd., le respondí prontamente. Siendo eso así, me replicó, desde ahora mismo estás admitido en mi servicio: sigueme, y yo lo hice sin réplica.

El tal caballero podia tener como unos treinta años; llamabase Don Abel, y estaba hospedado en una posada particular, donde ocupaba un cuarto decentemente alhajado. Luego que despertaba por la mañana, era mi primer cuidado picarle tabaco para fumar cinco ó seis cigarros, limpiarle los zapatos, acepillarle el vestido, ayudarle á vestir, y despues llamar al barbero para que le viniese á afeitar y hacerle el bigote. Hecho esto, salia mi amo de casa, recorria varias tiendas, mostradores de conversacion, y casas de juego, y no se retiraba á la posada hasta las once ó doce de la noche; pero todas las mañanas, ántes de salir de casa, sacaba tres reales del bolsillo, y me los entregaba para que comiese, dejandome en libertad todo lo restante del dia, contentandose con que me hallase en casa cuando volvía. Dió orden para que se me hiciese una librea muy chusca, con la cual

propiamente parecia un postilloncico de comisiones galantes. Estaba yo muy alegre con mi oficio, porque verdaderamente se acomodaba á mi humor.

Ya habia casi un mes que me hallaba muy gustoso de tan buena vida, cuando el amo me preguntó un dia si estaba contento con él: Contentisimo, le respondí sin detenerme un punto. Ora bien, repuso él, pues mañana hemos de partir á Sevilla, adonde me llaman ciertos intereses y negocios. No te pesará el ver aquella Capital de Andalucia, pues ya habrás oido muchas veces decir que *quien no vió á Sevilla, no vió maravilla*. Que me place, respondí yo, estoy pronto á seguir á vmd. á cualquier parte del mundo. Con efecto, al amanecer del dia siguiente vino á la posada el ordinario de Sevilla, y se llevó un gran haul donde estaba la ropa de mi amo, y luego nos pusimos en camino de dicha ciudad.

Era el Señor Don Abel tan afortunado en el juego, que solamente perdia cuando queria perder: esta habilidad le obligaba á mudar á cada paso de habitacion, por no estar espuesto al resentimiento y venganza de los mentecatos que se dejaban engañar; y este fué el verdadero motivo de nuestro repentino viage. Llegados á Sevilla, nos alojámos en un meson de caballeros vecino á la puerta de Córdoba, donde comenzámos á vivir ni mas ni menos como en Toledo.

Pero mi amo halló gran diferencia entre las dos ciudades. En los cafés y casas de juego habia jugadores tan diestros y afortunados como él: esto en realidad le daba poco gusto, y asi volvía á casa de muy mal humor. Una mañana en que todavía le duraba la rabia por haber perdido cien doblones el dia ántes, me preguntó por que no habia llevado la ropa sucia á la lavandera. Señor, le respondí, porque enteramente se me olvidó. Al oír esto, entró en una furiosa cólera, y me pegó media docena de bofetadas tan terribles, que me hicieron ver mas luces que las que habia en el Templo de Salomon, diciendome al mismo tiempo: Toma, bribonzuelo, esto es para que otra vez no te olvides de cumplir con tu obligacion. ¿Quieres que cien veces te advierta yo lo que debes hacer? ¿se te ha olvidado algun dia el comer ni el beber? ¿pues por que eres tan olvidadizo en lo que toca á servir? No siendo un bestia, como no lo eres, bien podias prevenir lo que debes hacer, sin esperar á que yo te lo recuerde. Diciendo esto, se salió muy enfadado del cuarto, dejandome sumamente sentido, y con deseos de vengarme de las bofetadas que me dió por un descuido tan ligero.

Poco despues le sucedió no sé que lance en el juego, por lo cual volvió á casa tan rabioso que no se le podia mirar á la cara. Scipion, me dijo, he determinado irme á Italia, y embarcarme mañana en un navío que se vuelve á Génova. Tengo

*

mis motivos para no escusar este viage; discorro me querrás acompañar en él, y no malograr esta ocasion de ver el pais mas delicioso del mundo. Respondí que venia en ello, pero en lo interior muy resuelto á desaparecer al mismo tiempo de partir. Andaba pensando en el modo de vengarme de las bofetadas, y me pareció que este era el mas ingenioso y delicado. Satisfecho y ufano de que me hubiese ocurrido semejante idea, no pude contenerme de comunicarsela á cierto valenton perdonavidas, conocido mio, á quien encontré casualmente en la calle. Habia yo hecho en Sevilla varias malas amistades, y la de este guapo era una de las peores. Referíle el lance de las bofetadas con el motivo de ellas; y confiándole mi resolucion de dejar al amo, escapandome cuando se fuese á embarcar, le pregunté que le parecia esta determinacion.

El valenton, arqueando las cejas y retorciendose el bigote, me miró con desden, y me dijo con mucha gravedad: Mal aconsejado rapaz, tengo lástima de tí: sabete que serás un hombre sin honra por toda tu vida, si te contentas con la frívola venganza que has meditado para volver por ella. No basta dejar á Don Abel y no pisar mas su casa; es menester que la satisfaccion sea proporcionada á la gravedad de la afrenta. Robemosle tú y yo todo su equipage y dinero, para repartirlo despues entre los dos,

como buenos hermanos. No obstante mi natural propension á robar, no dejó de estremecerme y causarme algun horror un robo de tanta importancia. En medio de eso el archiganzúa que me hizo la proposicion, tuvo arte para hacerme tragar y vencer mi cobardía. Asi que, acordada la ejecucion, se practicó de esta manera. El jaqueton, hombre robusto y rollizo, vino á la posada el dia siguiente á boca de noche. Mostréle el gran baul de mi amo, y le pregunté si podria él solo cargar con tan grande peso. Sonrióse á lo marrajo, y me respondió: ¿Que llamas si podré con él? Sabete que cuando se trata de cargar con la hacienda agena, seria yo capaz de llevar á cuestas toda el arca de Noé. Diciendo esto, agarró el baul, echósele á las espaldas, como si fuera una paja, y bajó las escaleras con la mayor ligereza. Seguíle yo al mismo paso, y ya estábamos los dos á la puerta de la calle, cuando se nos puso delante Don Abel, que por gran fortuna suya llegó á tiempo tan oportuno.

¿Adonde vas con ese cofre? me dijo muy enfadado. Fué tanta mi turbacion que no acerté á responderle ni una sola palabra. Miétras tanto mi guapeton boniticamente puso en tierra el baul, y los piés en polvorosa para ahorrar demandas y respuestas. ¿Dime, bribon, me volvió á preguntar mi amo, á donde llevas ese baul? Señor, le respondí mas muerto que vivo, le hacia llevar al navío donde su merced se ha de

embarcar mañana para Italia. ¿Pero por donde sabias tú, me replicó, en que navío me habia de embarcar? Señor, repuse prontamente, *quien lengua tiene, á Roma va*: informariame en el puerto, y allí me lo dirian. Al oír esta respuesta que se le hizo muy sospechosa, me miró con unos ojos que parecia me queria tragar, temiendo yo repitiese las bofetadas: Pero dime, replicó otra vez, ¿quien te mandó que sacases el baul sin orden mia? ¿Que llama *sin orden de vmd.*? volví yo tambien á replicar. Su merced mismo me lo mandó. ¿Como, dijo, yo te he mandado tal cosa? ¿Pues no se acuerda su merced, respondí, de lo que me dijo el dia que me dió de bofetones, riñendome porque no prevenia sus órdenes, y no hacia por mí mismo cuanto sabia ser de su servicio, sin esperar á que todo me lo mandase? ¿Habia cosa mas necesaria al servicio de su merced que hacer llevar el baul al navío, ántes que su merced se embarcase? ¿y habia de esperar para ello el mismo instante del embarco? Entónces el Señor jugador, conociendo que tenia yo mas malicia de lo que él habia creído, me despidió de su casa diciendome friamente: Señor Scipion, á mí no me acomodan criados tan sutiles; vayase vmd. á donde su suerte le depare, y Dios le dé buena fortuna. No gusto jugar con sugetos que en el juego siempre tienen una carta de mas ó de menos. Quitate de mi presencia, añadió, mudando de estilo y aun

de tono , si no quieres que te haga cantar á compas de una desagradable solfa.

No esperé á que me lo dijese dos veces. Hicele una profunda cortesía , y tomé calle arriba , meditando desde luego donde iria á comer aquel dia , y á gastar un par de reales que tenia en la faltriquera , los cuales componian todo mi caudal. Discurriendo en esto , pasé por el Palacio Arzobispal á tiempo que se estaba disponiendo la cena , y salia de la cocina un olor de los cielos , que se sentia á la redonda , y era capaz de resucitar á un difunto. ¡ Cáspita ! dije entre mí , yo me contentaria con cualquiera de estos platos , solo con que me dejasen meter en alguno de ellos los cuatro deditos y el pulgar. ¡ Pero que , será esto imposible ! ¿ y será tan pobre mi imaginacion que no me socorra con algun arbitrio para probar unos guisos y salsas que solo me han llegado á las narices ? Entregado enteramente á este pensamiento , me ocurrió una feliz inuencion que quise probar inmediatamente , y no me salió mal. Entréme en el patio de Palacio , y comencé á correr hácia las cocinas , gritando á mas no poder en aire y tono de espantado : *Socorro , socorro* ; como si me viniera siguiendo alguno para quitarme la vida.

A mis descompasadas voces acudió apresurado el cocinero del Arzobispo , con otros tres ó cuatro pillos de cocina ; y no viendo á nadie mas que á mí , todos me preguntáron que tenia , y

por que daba aquellos gritos. Señores, les respondí afectando miedo, por amor de Dios salvenme vmds. y librenme de ese asesino que me quiere matar. ¿Adonde está ese asesino? dijo entónces levantando la voz el cocinero, porque tú estás solo, y tras de tí no viene ni siquiera un gato. Sosiegate, hijo, y no temas, que ninguno te hará mal. Sin duda que algun bufon se quiso divertir poniendote miedo, y se retiró luego que te vió entrar en Palacio, adonde no se atrevió á seguirte; y en verdad que lo acertó, porque si hubiera tenido ese atrevimiento, le hubiéramos cortado las orejas. No Señor, no Señor, le respondí haciendo del azorado: no me siguió de chanza, siguióme porque era un grandísimo ladrón que me queria robar lo que tenia, y estoy cierto de que me estará esperando escondido en algun rincon, ó tras de alguna puerta. Si fuere así, replicó el cocinero, en verdad que tendrá que aguardarte largo tiempo, porque has de cenar y dormir aquí, y no te dejaremos salir hasta mañana.

No puedo ponderar el gusto que me diéron estas últimas palabras, ni lo admirado que me quedé, cuando conducido por el cocinero á las cocinas, se me presentó á la vista el aparato de la cena. Conté hasta quince personas empleadas en ella; mas no pude contar la variedad de esquisitos platos que tenia delante de los ojos. Entónces fué cuando conocí por la primera vez lo

que era sensualidad, recibiendo á nariz llena el humo de tantas delicadísimas viandas que jamas habia probado. Aquel dia tuve el honor de comer y aun de dormir con los pillos de cocina, los cuales todos quedáron tan pagados de mí, que cuando á la mañana siguiente fuí á dar gracias al cocinero por el favor que me habia dispensado en recogerme la noche anterior, me dijo: Mis mozos de cocina te han tomado tanto cariño, que todos á una voz me han asegurado celebrarian que te quedases por compañero suyo. Dime ahora con toda realidad si gustarias serlo. Señor, le respondí prontamente, si lograra esa fortuna, me tendria por muy feliz. Siendo eso asi, me dijo, desde este mismo punto te puedes contar por criado del Arzobispo mi Señor; y diciendo y haciendo, me llevó al cuarto del mayordomo, el cual observando mi despejo, á letra vista me confirmó en el empleo de arrima-leña y espumallas de su Señoria Ilustrísima.

Luego que tomé posesion de tan decoroso empleo, el cocinero que seguia la antigua costumbre de los cocineros de las casas grandes, conviene á saber, de enviar todos los dias varios platos á sus queriditas, puso los ojos en mí para enviar á cierta niña de la vecindad, ya grandes lonjas de ternera, ya todo género de platos de volateria, montería, y pastas delicadas. Era la tal dama una viudica como de treinta años, linda, vivaracha y muy desembarazada, en fin,

con todas las señales de no ser del todo fiel á su generoso cocinero. Este, no contento con proveerla de pan, carne, tocino y aceite, la abastecia tambien de vino, y todo esto, ya se entiende, á costa del buen Arzobispo.

En el Palacio de su Ilustrísima acabé de perfeccionarme en mis mañas, pegando un chasco de que todavía hay y habrá por largo tiempo en Sevilla gran memoria. Los pages y otros familiares pensáron en representar una comedia para celebrar los dias del amo. Escogieron la famosa de los *Benavides*; y como era menester un mozo de mi edad para hacer el papel de Rey de Leon, echáron mano de mí. El mayordomo que se preciaba de gran recitante, tomó de su cuenta el ensayarme, y con efecto me dió algunas lecciones, asegurando á todos que no seria yo el que me portase peor. Como la funcion la costeaba el Arzobispo, no se perdonó gasto alguno para que saliese magnífica. Armóse en un salon un soberbio teatro, decorado con el mejor gusto y no sin alguna suntuosidad. En una de sus alas se dispuso un lecho de céspedes, donde debia yo fingirme dormido cuando viniesen los Moros á echarse sobre mí para hacerme prisionero. Luego que todos los actores estuviéron ensayados y prontos para representar, el Arzobispo señaló dia para la funcion, convidando á todas las damas y principales caballeros de la ciudad.

Llegada la hora de la representacion, cada

papel cuidó de vestirse con el traje que le correspondia. Por lo que toca al mio, el sastre me le presentó acompañado del mayordomo, que habiendo tenido el trabajo de ensayarme, quiso tener tambien la paciencia de verme vestir, para que todo saliese á gusto suyo. Trajome el sastre una ropa talar de riquísimo terciopelo carmesí, galoneado todo con franjas de oro anchas de cuatro dedos, y las mangas que pendian hasta tocar la tierra, abotonadas con botones todos del mismo metal. El propio mayordomo me puso en la cabeza por sus manos una corona de carton dorado, adornada toda con perlas finas mezcladas con algunos diamantes falsos. Pusiéronme un ceñidor ó anchurosa faja de seda de color de rosa, recamada toda de flores de plata, y cuyos remates eran dos graciosas borlas de flequillo de oro. A cada cosa de estas que me ponian, se me figuraba que me estaban dando alas para volar y escaparme. Comenzó en fin la comedia al anochecer. Yo abrí la escena con una relacion, la cual concluia diciendo que rendido ya á la grave opresion de un porfiadisimo sueño, iba á echarme en la cama para abandonarme á él. Con efecto, me retiré á la que me tenian prevenida tras de los bastidores á un lado del teatro; pero, en lugar de dormir, solo me puse á pensar muy de propósito en el modo de escaparme con mis vestiduras reales. Habia dentro del teatro una escalerilla escusada, por

la cual se bajaba á una pieza que estaba debajo de él, y caía á la calle. Levantéme de la cama con mucho tiento, y viendo que ninguno me observaba, me escurrí por dicha escalerilla, diciendo: *Plaza, plaza, con licencia de vmds., Señores*, á los que estaban en la pieza, los cuales todos creyendo que se me habia ofrecido alguna cosa precisa, me hicieron lugar con la mayor cortesía, y boniticamente me dejáron pasar.

Luego que me ví en la calle, me fuí derecho á casa de mi amigo el valenton, que vivia cerca del Palacio Arzobispal. Quedóse parado cuando me vió en aquel trage; contéle el caso, y él se echó á reir hasta desgañitarse. Dióme despues un abrazo muy estrecho, bien persuadido á que le tocaria alguna parte de los despojos del Rey de Leon, añadiendo que si los progresos correspondian á los principios, haria yo gran ruido en el mundo por mis raros y extraordinarios talentos. Despues que nos alegrámos y nos divertimos largamente los dos celebrando mi grande hazaña, pregunté yo á mi jaqueton: ¿Y que hemos de hacer ahora de estos ricos vestidos? Eso no te dé cuidado, respondió, dejalo á mi cargo, y fiate de mí. Conozco á un revendedor muy hombre de bien, el cual compra toda la ropa que le llevan á vender, sin afectar escrúpulos impertinentes, ni mostrar la mas mínima curiosidad, una vez que le tenga cuenta el comprarla. Mañana le buscaré y le haré venir á casa.

En efecto, al dia siguiente muy de mañana se levantó dejandome á mí en la cama, y dos horas despues volvió con el prendero, el cual traia debajo de la capa un paquete de lienzo amarillo. Amigo, me dijo, aquí te traigo al Señor Ibañez de Segovia, hombre de la mayor integridad, á pesar del mal ejemplo que le dan los de su oficio. El te dirá lo que vale en conciencia el vestido de que te quieres deshacer, y puedes fiarte ciegamente de lo que él te dijere. En cuanto á eso, dijo el revendedor, me tendria por el hombre mas ruin y miserable del mundo, si tasara una cosa en solo un maravedí menos de lo que vale. Hasta ahora, gracias á Dios, ninguno ha tachado de esto á Ibañez el Segoviano. Veamos, añadió, esa ropa que vmd. quiere vender, y esté bien seguro de que no la tasaré en una blanca menos de su legítimo valor. Aquí está, dijo el valenton, poniendosela delante. No me negará vmd. que es magnífica: observe vmd. el tejido delicado, el bellissimo lustre del terciopelo, que es de Génova, y el inestimable precio de esta riquísima franja de oro. Verdaderamente que me encanta, respondió el revendedor, despues de haber examinado el vestido con la mayor atencion; es de lo mayor y mejor gusto que he visto en mi vida. ¿Y que juicio hace vmd., le preguntó el guapeton, de las perlas que adornan esta corona? Si fueran redondas, respondió, no tendrian precio; pero tales cuales son, me pa-

recen bellisimas, y me gustan tanto como todo lo demas. No puedo menos de confesar la verdad. Cualquiera otro revendedor mas ladino ó menos escrupuloso rebajaria mucho el valor de este precioso vestido, despreciando su calidad para comprarle por poco dinero, y no se avergonzaria de ofrecer por él veinte doblones; mas yo que tengo conciencia, y he leído mi poquito de moral, ofrezco por él cuarenta.

Aun cuando hubiera el Segoviano ofrecido ciento, no seria mucho, puesto que solamente las perlas valian doscientos. Pero el valenton, que se entendia con él, volviendose á mí, me dijo: Vea vmd. la fortuna que ha tenido en dar con un hombre tan timorato y tan de bien. El Señor Ibañez aprecia las cosas ni mas ni menos como lo haria si se hallara en la hora de la muerte. Asi es, respondió el prendero, y por eso no hay que andar regateando conmigo, ni por un solo maravedí: en cuya suposicion este es ya negocio concluido. Aquí está el dinero, añadió: ¿no hay quien lo quiera contar? Espere vmd., le replicó el valenton, ántes de eso es menester que el amigo se pruebe el vestido que vmd. le ha traído. Desenvolvió entónces su paquete el revendedor, y me presentó una casaca con chupa y calzones de paño musco fino, pero ya usado y algo raído, con botones plateados. Levantéme para probar el vestido, el cual en la realidad me venia muy ancho, y no

menos largo ; pero aquellos dos sugetos se empeñaron en persuadirme que parecia haberse cortado espresamente para mí. Ibañez le tasó en diez doblones , y como nada se habia de replicar á lo que decia , me fué preciso pasar por ello. Sacó pues treinta doblones del bolsillo , contólos , arrojólos sobre una mesa , recogió en un envoltorio mis vestimentos reales , hizonos una profunda reverencia , y tomando la puerta y la escalera se retiró á su casa.

Luego que salió del cuarto , me dijo el valenton : Este buen revendedor me gusta mucho ; y tenia razon , porque estoy cierto de que sacaria de él á lo menos cien doblones de aquel lance. Sin embargo no se contentó con ello , ántes bien con la mayor serenidad y sin la menor ceremonia tomó quince doblones de los treinta que estaban sobre la mesa , y entregandome á mí los otros quince , me dijo : Querido Scipion , aconsejote que con esos doblones que te quedan , salgas lo mas pronto de esta ciudad , donde puedes considerar las diligencias que se harán á instancias del Arzobispo para pillarte ; y seria para mí un dolor inconsolable , si despues de la heroica accion que has hecho para inmortalizar tu nombre , echaras un borron en la historia de tu vida , leyendose en ella que por una necia confianza te habias ido á meter en una horrenda prision. Respondile que ya estaba bien resuelto á alejarme cuanto ántes de Sevilla ; y con efecto ,

despues de haber comprado un sombrero y algunas camisas, salí de la ciudad, y caminando por la espaciosa y deliciosa campiña que entre olivares y viñedo conduce á Carmona, en tres dias llegué á la amenisima Córdoba.

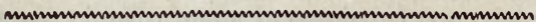
Alojéme en un meson á la entrada de la plaza mayor donde viven los mercaderes. Vendíme por un hijo de familia, natural de Toledo, que viajaba únicamente por instruirse y ver mundo: mi decente vestido ayudaba á que se creyese era asi, y algunos doblones que de propósito dejé ver al mesonero, le acabáron de persuadir, si ya en vista de mis juveniles años no me tuvo por algun mozuelo travieso que se habia escapado de casa de sus padres, despues de haberlos robado, é iba vagamundeando y gastando alegremente el dinero. Sea lo que fuere, el tal huésped no se mató mucho en averiguar quien era yo, quizá por temor de que me marchase á otra posada, si llegaba á molestarme su curiosidad. En aquel meson se daba á todos un decente trato por solos seis reales al dia: moderacion y conveniencia que siempre atraia á él gran concurrencia de gentes. Eramos por lo comun doce personas de mesa. Ordinariamente ninguno hablaba palabra, á escepcion de un grandísimo hablador, que á diestro y siniestro estaba garlando toda la comida, y con su incesante hablar suplía bien el profundo silencio de todas los demas. Preciabase de agudo y de gracioso, con-

tando cuentos y embanastando chistes para divertirnos , los que alguna vez nos hacian reir á carcajadas , menos por su poca y esa muy grosera sal , que por su impertinencia y helada frialdad.

Yo por mí hacia tan poco caso de todo lo que charlaba aquel estrafalario , que desde el primer plato me hubiera levantado de la mesa , sin poder dar razon de nada de cuanto habia hablado , á no haberse metido él mismo en una conversacion que me interesaba. Señores , dijo , cuando ya se iban á levantar los manteles , quiero regalar á vmds. para postres un bocadito de gusto , contandoles un gracioso chasco que los dias pasados dió un pícaro de muchacho en el Palacio del Arzobispo de Sevilla. Refirió-melo cierto Bachiller , amigo mio , que se halló presente. Sobresaltáronme un poco estas palabras , no dudando que el lance que iba á contar era el mio , y con efecto no me engañé. Refirió el tal sugeto todo el pasage con todos sus puntos y comas , añadiendo lo ocurrido despues de mi fuga , que fué ni mas ni menos como lo voy á decir.

No bien me habia escapado , cuando siguiendo el órden de la comedia que se representaba , los Moros que habian de entrar á apoderarse del Rey y hacerle prisionero , sorprendiendole en la cama , se dejáron ver en el teatro ; pero quedáron sumamente aturdidos , cuando buscando al

Rey de Leon, se halláron sin Rey ni Roque. Interrumpióse la comedia, agitáronse todos los actores : unos me llaman , otros me buscan ; este grita , y aquel me da á todos los diablos. El Arzobispo, que oyó la bulla y la confusion que habia detras del teatro, preguntó la causa. A la voz del Prelado salió un page que hacia de gracioso, y le dijo : No es nada, Ilustrísimo Señor, el Rey de Leon ha tenido la fortuna de escaparse de manos de los Moros con sus vestiduras reales. Mil gracias sean dadas al Señor, respondió el Arzobispo : hizo bien su Magestad en huir por no caer en poder de los enemigos de la Religion, librandose de las cadenas que ya le tenian prevenidas. Sin duda se habrá encaminado á Leon, capital de su Reino : Dios quiera que haya llegado con toda felicidad. Por lo demas, mando seriamente que ninguno vaya en su seguimiento; sentiria mucho que su Magestad tuviese que padecer la menor desazon por parte mia. Luego que dijo esto, dió orden que se leyese en voz alta mi papel, y se acabase la comedia.



CAPÍTULO XI.

Prosigue la historia de Scipion.

MIÉNTRAS me duró el dinero, el mesonero me trató con grande atencion y cariño; pero cuando se me acabó, mudó de tono, hablándome siempre con aspereza, desprecio y despego, tanto

que una mañana me llegó á decir que le hiciese la merced de salir cuanto ántes de su casa. Dile este gusto prontamente, dejé su meson, y me entré en la Iglesia de Santo Domingo á oír Misa. Mientras la estaba oyendo, se acercó á mí un viejo pobre, y me pidió limosna por amor de Dios. Dile un cuarto diciendole al mismo tiempo: Hermano, pida al Señor que me haga hallar en breve una buena conveniencia; si fuere oída su oracion, no se arrepentirá de haberla hecho, y esté seguro de mi agradecimiento.

Miróme el pobre con muchísima atencion al oirme decir esto, y con seriedad me preguntó: ¿Que especie de conveniencia desea vmd.? Quisiera acomodarme de lacayo en una buena casa, le respondí, donde lo pasase bien. Volvióme á preguntar si urgia mucho la necesidad: Es tanta, le repliqué, que si no logro luego lo que deseo, habré de morir de hambre, ó pedir limosna como tú. Si llegara este caso, repuso el pobre, se le haria á vmd. muy cuesta arriba, no estando acostumbraado á nuestra vida; mas á poco que se acostumbrase á ella, no preferiria la triste esclavitud de servir á la alegre libertad de mendigar. Pero al fin, ya que vmd. quiere mas servir que tener una vida suelta como yo, dentro de poco espero encontrarle un buen amo. Aquí donde vmd. me vé, le puedo servir de algo. Espereme mañana á estas horas en este mismo sitio.

Tuve buen cuidado de hallarme en él con la mayor puntualidad, y tardó poco en llegar el mendigo, quien me dijo en voz baja que le siguiese. Hicelo así, y me llevó á una pobre casilla no distante de la misma Iglesia. Sentámonos los dos en un largo banco raso que tendria por lo menos sus cien años de servicio, y el pobre me habló de esta manera: *Una buena accion*, dice el refran, *tarde ó temprano la premia el Señor*. Ayer me dió vmd. limosna, y agradecido yo á ella estoy en hacer las posibles diligencias para buscarle una buena colocacion, la que, si Dios quiere, se conseguirá muy presto. En ese Convento inmediato conozco á un Padre anciano, que es un santo Religioso, y un gran director de almas. Tengo la fortuna de ir á los recados que me encarga, lo que hasta aquí he desempeñado con tanto amor, acierto y fidelidad, que el buen Señor nunca se niega á emplear todo su valimiento en mi favor y el de mis amigos. Ya le hablé de vmd., y le dejé muy inclinado á servirle. Yo le presentaré á Su Reverencia, cuando y como vmd. lo tuviere á bien.

Pues no hay que perder tiempo, le respondí, en este mismo instante podemos ir á ver á ese santo Religioso. Vino en ello el pobre, y partimos los dos á la celda del P. Fr. Alejo, que así se llamaba. Encontrámosle escribiendo cartas espirituales. Luego que me vió, interrumpió su

tarea , y me dijo : A ruegos de este pobrecito á quien estimo , he querido interesarme por tí. Supe esta mañana que el Señor Baltasar Velazquez necesita un lacayo , y al instante le escribí un billete , á que me respondió diciendo que recibiria ciegamente á cualquiera que vaya de mi parte. Desde luego puedes ir á presentarte á él , porque es mi penitente y mi amigo ; pero ántes quiero instruirte en lo que debes hacer para cumplir con tu obligacion , y desempeñarme á mí. Hizome sentar , y me espetó una plática que duró tres cuartos de hora , estendiendose particularmente sobre la grande obligacion que tenia de servir con zelo al Señor Velazquez ; y concluyó asegurandome que él me mantendria en su casa , con tal que no diese justo motivo de queja á mi amo.

Dí reuidas gracias al Religioso , y salí del Convento con mi protector el pordiosero , quien me dijo que el Señor Baltasar Velazquez era un rico mercader de paños , entrado en edad , y de buena traza , añadiendo : No dudo que os halleis bien en su servicio , y si fuera que vos , no lo dejaria por el de un Señor. Preguntéle donde vivia mi nuevo amo , ofrecí gratificarle por sus diligencias , y habiendome despedido de él , me encaminé en derechura á casa del mercader. Llegué á la tienda , donde dos mancebos decentemente puestos esperaban parroquianos y gentes que fuesen á comprar. Pregunté por el Señor

Velazquez, diciendo tenia que hablarle de parte del P. Alejo, y á este solo nombre abrieron las puertas y me mandaron entrar en la trastienda, donde estaba el Señor Baltasar hojeando un gran registro. Despues de una profunda cortesía, le dije ser yo el mozo que le enviaba Fr. Alejo. Seas muy bien venido, me respondió: basta la recomendacion de ese santo Religioso, para que te admita, prefiriendote á tres ó cuatro por quienes me han hablado. Ya estás recibido, y desde hoy corre tu salario.

A pocos dias que estuve en casa del mercader, conocí que era un buen hombre tal cual me le habian pintado. Parecióme ademas tan sencillo, que desde luego me hice cargo de lo mucho que me costaria el dejar de jugarle alguna de mis piezas acostumbradas. Habia cuatro años que estaba viudo, y tenia dos hijos, un varon y una hembra, aquel de veinte y cinco años, y esta de quince, gobernada por una dueña severa, beata y confesada del P. Alejo, que la enseñaba bien, guiandola por el camino derecho de la virtud. No así su hermano Gaspar Velazquez. Aunque habia tenido una buena educacion, y á ningun medio se habia perdonado para hacer de él un hombre de bien, poseia en grado eminente todos los vicios de la mas disoluta juventud. Se pasaban los dos y los tres dias sin que pareciese en casa; y si al volver á ella le daba el padre alguna repension, él le hacia ca-

llar, levantando la voz mas que su pobre padre.

Dijome un día el triste viejo : Scipion , tengo un hijo que me da muchísimo que sentir. Está sumergido en todos los vicios , lo que verdaderamente me admira , porque en su educacion ninguna diligencia se omitió para criarle bien. Busquéle buenos maestros , y mi amigo el P. Fr. Alejo hizo cuanto pudo y supo para enderezarle por el camino mejor. No lo pudo conseguir. Dióse Gaspar enteramente á la disolucion. Acaso me dirás que quizá tendré yo la culpa por haberle tratado con demasiada indulgencia y suavidad ; pero no es asi. Nada le he perdonado , castigúele siempre que me pareció necesario el rigor ; porque aunque mi genio es inclinado á la blandura , no me falta entereza y teson en las ocasiones que lo piden. Una vez yo mismo le hice encerrar en una casa de correccion , pero salió de ella mucho peor de lo que entró. En una palabra , es de aquellos mozos perdidos que no hacen caso alguno ni de buenos ejemplos , ni de amorosas reprensiones , ni de severos castigos. Solo Dios podrá hacer el milagro de convertirle.

Si no me causó lástima el dolor de aquel afligido padre , á lo menos mostré que me la daba. En verdad , Señor , le dije en tono compasivo , que un padre tan bondadoso como vmd. merecia tener otro mejor hijo. ¿ Que le hemos de hacer ? me respondió : no ha querido el Señor darme

este consuelo; sea su nombre bendito. Entre los pesares que me da Gaspar, añadió, te diré en confianza uno que me tiene en continua inquietud. Este es un perpetuo hipo de robarme, como yo mismo he conocido, lo que no obstante mi extrema vigilancia ha logrado muchas veces. Entendiase para eso con el lacayo antecesor tuyo, á quien por esto despedí y eché en hora mala de mi casa. Espero que tú no te dejarás engañar ni cohechar de mi mal hijo, y que mirarás con zelo y fidelidad por mis intereses, como sin duda te lo habrá recomendado mucho el P. Fr. Alejo. Asi es, Señor, le repliqué: por mas de una hora no hizo otra cosa el santo Religioso que inculcarme la obligacion que tenia de ser fidelísima guardia de la hacienda de su merced: verdad es que para esto no necesitaba de su exhortacion, porque, gracias al Señor, en este particular nunca he tenido la mas mínima cosa de que acusarme, fuera de que naturalmente me siento apasionado por las cosas de vmd.; y asi le prometo un zelo y una fidelidad á toda prueba.

El que no oye mas que la mitad de un asunto, haga cuenta que es sordo, dice el proverbio; y el Jurisconsulto añade que para sentenciar con conocimiento de causa, es menester oir á ámbas partes. El diablillo del atolondrado Velazquez debió de brujulear por mi fisonomía que tan fácil le seria pescarme á mí en su red, como le habia

sido pescar en ella á mi antecesor; y en virtud de este concepto, nada temerario, llevandome un dia á cierto parage retirado, me habló en estos precisos términos. Escucha, querido Scipion: tengo por cierto que mi padre te habrá encargado que me espíes y le informes de todos mis pasos; guardate bien de hacerlo, porque este es oficio ruin, y ademas de eso peligroso. Te lo advierto por lo que te estimo. Si alguna vez llego á conocer que me observas, ten por cierto que morirás apaleado; al contrario, si me ayudas á engañar á mi padre, está seguro de todo mi reconocimiento. ¿Puedo hablarte mas claro? En todos los lances que yo echaré, te tocará á tí una buena parte. Escoge, y en este mismo momento declarate por el padre ó por el hijo. No admito neutralidad.

Señor, le respondí, en grande apuro me pone, metiendome entre la espada y la pared, tanto que viendome en tal estrecho no puedo menos de declararme por vmd., aunque interiormente sienta gran repugnancia á ser traidor á su señor padre. Dejate de esos escrúpulos, replicó Gaspar: mi padre es un viejo avaro, codicioso y miserable; un hombre ruin que no me quiere dar ni un solo maravedí para lo mas necesario, como el juego y otros pasatiempos propios de un mozo de veinte y cinco años. Este es el verdadero punto de vista en que se deben mirar las acciones de mi padre. Nada hay que replicar á una

razon tan concluyente , respondí yo , y asi estoy ya resuelto. Tendráme vmd. á su disposicion en todas sus loables empresas , pero con la condicion de que hemos de hacer todo lo posible para que no transpire en casa nuestra oculta inteligencia , porque de otra manera presto se veria vuestro fiel aliado en la calle. Pareceme que lo acertará vmd. si muestra en lo exterior que no me puede ver ; hableme siempre con aspereza en presencia de los demas , sin perdonar los términos mas duros y mas despreciativos. Tampoco hará daño de tiempo en tiempo tal cual bofetada , y un buen puntapié en la rabadilla ; ántes bien cuanta mas aversion me mostrare vmd. , tanta mayor confianza hará de mí el Señor Baltasar. Por mi parte afectaré siempre huir de su conversacion. En la mesa serviré á vmd. con hoci y con desden , mostrando que lo hago á mas no poder , y de mala gana. Cuando hable con los mancebos de la tienda , no llevará vmd. á mal que diga de su persona todo cuanto malo se me viniere á la boca ; asi engañarémos á todos.

¡Vive Dios ! exclamó el mozo Velazquez al oír estas últimas palabras : ¡vive Dios ! que estoy asombrado y aturdido. En una edad tan verde como la tuya , muestras un ingenio y un talento singular para todo lo que sea enredo , disimulo y artificio : con un aliado como tú , desde luego me prometo los mas felices sucesos. Espero que con el auxilio de tu gran talento no

he de dejar ni un solo doblon á mi padre. Vmd. me honra mucho, le respondí, y confia demasiadamente de mi industria. Haré cuanto pueda para no desmentir el gran concepto que ha hecho de mí; si no lo consiguere, no será culpa mia.

Tardó poco la ocasion de hacer ver á Gaspar que habia encontrado en mí el hombre que necesitaba; y el primer servicio que le hice, fué el siguiente. El cofre del dinero de Baltasar estaba en el cuarto donde dormia, á la cabecera de su cama, sirviendole al mismo tiempo de reclinatorio. Siempre que yo le veía, se me alegraba el corazon, y en mi interior le saludaba, diciendole con ternura: ¿Es posible, amado cofre, que siempre has de estar cerrado para mí?; Pues que! ¿nunca he de tener el consuelo de ver el tesoro que encierras dentro de tus entrañas? Como yo entraba en el cuarto siempre que me daba la gana, porque el ingreso en él solo á Gaspar le estaba prohibido, entré un dia á tiempo que su padre le estaba cerrando; y pareciendole que de ninguno era visto, despues de cerrado, metió la llave en un agujero ó pequeño nicho que estaba tras una tapicería. Noté cuidadosamente el sitio, y dí parte al amo mozo de este importante descubrimiento. ¿Que es lo que me dices, caro Scipion? me dijo fuera de sí. Nuestra fortuna está hecha. Hoy mismo te daré cera, estamparás en ella la llave, y me

restituirás la cera prontamente. Poca dificultad me costará encontrar en Córdoba un cerrajero que me saque la llave por la estampa, puesto que en Córdoba no faltan bribones como en cualquiera otra ciudad.

¿ Pero á que fin, dije yo al Señor Gaspar, quiere vmd. gastar dinero en una llave falsa, cuando podemos servirnos muy bien de la verdadera? Es cierto, me respondió; pero temo que mi padre, por su natural desconfianza ó por algun otro motivo, no entre en sospecha, y la quiera esconder en otra parte que no sepamos: por lo cual me parece mas seguro tener una que sea nuestra y esté siempre á nuestra disposicion. Aprobé su pensamiento, y conformandome con él, una mañana estampé la llave en la cera, aprovechando la ocasion de no estar en casa su padre, el cual habia salido á visitar á su confesor Fray Alejo, con quien frecuentemente tenia largas consultas y espirituales conferencias. No contento con esto, luego que el herrero me trajo la llave verdadera, aguardé ocasion oportuna, y no malograndola abrí el cofre, que encontré lleno de talegos grandes y pequeños, lo que me puso en grande embarazo, porque no sabia en que escoger, sintiendome ciegamente enamorado de los unos y de los otros. Con todo eso, como el miedo de que me cogiesen con las manos en la masa no me permitia detenerme en un largo examen, á salga lo

que saliere, eché mano del talego que me pareció el mayor y mas repleto. Cerré despues el cofre, y salí del cuarto con mi presa, la que escondí debajo de mi cama, en una pieza pequeña de la guardaropa donde yo dormia.

Concluida esta operacion con tanta felicidad, me fuí derecho á buscar á mi aliado Velazquez, que me estaba esperando en una casa vecina para donde me habia dado el santo. Contéle el feliz suceso de la hazaña que acababa de ejecutar; y el buen mozuelo quedó tan satisfecho de mí, que me sufocó á finezas y caricias, ofreciendome generosamente la mitad del dinero que habia en el talego que saqué de cautiverio; pero yo no quise aceptar, diciendole: Señor, no, este primer talego es todo para vmd., á fin de que se sirva de él para sus necesidades. Presto volveré á hacer una visita al cofre, donde, gracias á Dios, hay dinero para entrámbos. Efectivamente pocos dias despues repetí la visita, y saqué de él otro talego donde habia quinientos pesos como en el primero. No quise tomar para mí mas que la cuarta parte, por mas instancias que me hizo el Señor Gaspar para que los repartiésemos entre los dos como buenos hermanos por partes iguales.

Cuando el mozuelo se vió con tanto dinero, y por consiguiente en estado de satisfacer la pasion que tenia á las mugeres y al juego, se entregó á ellas totalmente. Tuvo la desgracia de

dar con una de aquellas mugercillas ballenas, que en un instante devoran y se tragan los mas ricos caudales. Empeñóle esta en tan escesivos gastos, que me ví precisado á menudear las visitas al inagotable cofre, de manera que el viejo Velazquez conoció al fin que le robaban. Scipion, me dijo un dia, quiero hacerte una confianza: amigo, algun ladron hay en casa que me roba; han abierto mi cofre, y me han sacado de él muchos talegos. El hecho es constante. ¿Pero á quien he de atribuir este robo? ó por mejor decir, ¿quien otro puede ser el ladron sino mi hijo, ó acaso tambien tú que quizá irás de compañía con él, no obstante la poca armonia, ó ántes bien la declarada oposicion que por ventura afectais entre los dos? Es verdad que por lo que toca á ti, tengo por juicio temerario, y apartado de mí como tentacion este pensamiento, habiendose hecho el P. Fr. Alejo responsable de tu fidelidad. Respondí que gracias al Cielo no me tentaba á mí el bien del prójimo, y afecté un aire compungido que contribuyó mucho á sincerarme con el buen viejo.

Con efecto, no volvió á hablarme en la materia; pero se conoció que habia quedado con alguna desconfianza de mí, porque mandó hacer una nueva cerradura con nueva llave al cofre, la que desde entónces llevó siempre consigo en la faltriquera. Asi que desde aquel punto se interrumpió todo comercio entre nosotros y los

talegos : desgracia que particularmente á Gaspar le llegó al alma , porque no pudiendo ya gastar tanto con su ninfa , temió hallarse precisado á privarse de su vista para siempre. En medio de esto le ocurrió un espediente con el cual le pareció que podia mantener la correspondencia , á lo menos por algunos dias mas. Este fué aprovecharse por via de empréstito de aquello que me habia tocado á mí por las sangrías que habia hecho al cofre. Entreguéle prontamente hasta el último maravedí , lo que me pareció que podia pasar por una restitucion anticipada , hecha al Señor mayor en la persona de su legítimo heredero.

Cuando el desbaratado mozo acabó de consumir aquel último recurso , cayó en una melancolía tan profunda , que al fin perdió la cabeza , ó á lo menos poco á poco se le fué trastornando tanto , que llegó á consentir en el horrible pensamiento de envenenar á su padre. No contento con haberme confiado una idea tan execrable , tuvo valor para proponerme le ayudase yo á ponerla en ejecucion. Llenéme de horror al oírle proposicion tan inhumana y tan bárbara ; y no menos ofendido que horrorizado , le respondí : ; Es posible , Señor , que esteis tan dejado de la mano de Dios , que hayais podido dar lugar , no digo ya á una resolucion , sino á una propuesta tan abominable y tan impia ! ; Pues que ! ¿ tendréis vos valor para quitar la

vida á quien os dió la vuestra ? ¿ habiase de ver dentro de España , es decir , en el seno del Cristianismo , cometerse un delito de que se avergonzarian y se horrorizarian las mas fieras , las mas bestiales naciones ? No Señor , no haréis una accion que encenderia contra vos toda la indignacion del Cielo y de la tierra , y aun estaba por decir , toda la venganza del infierno mismo.

Aleguéle todavía otras razones para desviarle de tan detestable intento. Yo no sé donde diantres fui á encontrar todos los motivos de Religion , de honradez , de gratitud y de honor , mas poderosos para combatir y convencer á aquel hombre desesperado , á aquel desnaturalizado hijo. Lo cierto es que mozuelo como yo era , y demas á mas hijo de la Coscolina , le hablé como le pudiera haber hablado un Doctor de Salamanca. No obstante , por mas que le supliqué entrase en sí mismo , y arrojase de sí tan diabólicos pensamientos , toda mi elocuencia fué al aire. Bajó la cabeza , dejandola caer sobre el pecho á manera de higo maduro , y guardó un profundo silencio , dandome á conocer que nada le hacia fuerza.

En vista de esto tomé mi partido , y pedí una audiencia secreta al amo viejo. Encerrámonos los dos en un cuarto , y le dije inmediatamente : Señor , permitame vmd. me arroje á sus piés , le pida perdon , é implore su misericordia. Sor-

prendido el mercader de aquella demostracion , y de verme tan turbado , me preguntó que era lo que habia hecho. Un delito , le respondí , que lloraré toda mi vida. Tuve la flaqueza , ó por mejor decir , la desgracia de dar oidos á su hijo de vmd. , y de ayudarle á que le robase. Contéle de pe á pa con la mayor sinceridad y exactitud todo lo sucedido en este particular , dandole tambien menuda cuenta de la conversacion que acababa de tener con su hijo Gaspar , y revelandole el pensamiento en que estaba , sin omitir la mas mínima circunstancia.

No obstante el mal concepto que tenia de su hijo el pobre viejo , apenas podia creer de él lo que estaba oyendo. Sin embargo , pareciendole imprudencia dudar de mi verdad , me levantó de sus piés , á los cuales estaba todavía arrodillado , y me dijo enternecido : Scipion , yo te perdono el mal que me has hecho , en atencion al importante aviso que me das. Prosiguió despues , alzaudo un poco mas la voz , y esclamando asi : ¡ Gaspar , Gaspar , con que quieres quitar la vida á tu padre ! ¡ Ah ingrato hijo ! ¡ ah monstruo ! ¡ quanto mejor hubiera sido ahogarte al tiempo que naciste , que dejarte vivir para ser un parricida ! ¿ Que te he hecho yo para que quieras darme la muerte ? ¿ no te señalé y te socorrí todos los años con aquella razonable y justa cantidad de dinero que me pareció bastante para tus honestas diversiones ? ¿ querias

que me deshiciese de todos mis bienes para fomentar tus vicios y satisfacer tus antojos? Despues que se desahogó en esta dolorosa apóstrofe, me mandó me retirase y le dejase solo, para pensar lo que debia hacer en tan peligroso como delicado lance.

No estaba yo poco cuidadoso de la resolucion que tomaria aquel afligido y desgraciado padre, cuando supe que aquel mismo dia habia llamado á su hijo, y sin darse por entendido de lo que sabia, le habia hablado en esta sustancia: Gaspar, he recibido una carta de Mérida, en que me dicen que si te quieres casar, hay allí una señorita, que sobre ser muy hermosa llevará consigo una riquísima dote. Si no tienes repugnancia al matrimonio, y si te acomoda la boda que me proponen, mañana muy temprano partiremos los dos á Mérida, verémos la dama, nos informaremos de todo, y si te gusta la novia, podrás casarte luego. Cuando Gaspar oyó aquello de riquísima dote, creyendo tenerla ya en el bolsillo, respondió sin dudar que estaba prontísimo á hacer el viage; y con efecto, el dia siguiente al amanecer partiéron solos padre é hijo, montados ámbos en unas valientes mulas.

Luego que llegaron á las montañas de Fesira, y se viéron en cierto sitio solitario, tan oportuno para los salteadores como peligroso para los pasajeros, el viejo echó pié á tierra de repente, y mandó á su hijo que hiciese lo mismo.

Obedeció Gaspar, y preguntó á su padre para que le habia hecho apear. Ahora te lo diré, respondió el viejo, mirandole con unos ojos en los cuales la cólera y el dolor estaban pintados con los colores mas vivos. Sabete, le dijo, que no vamos á Mérida; la boda que te propuse fué una mera invencion mia, solo para traerte al parage en que ahora estamos. No ignoro, hijo ingrato, hijo desnaturalizado, la enorme maldad que estabas meditando. Sé que por disposicion tuya se tenia preparado un veneno para presentarmelo; pero dime, necio, ¿te parecia posible que por tal medio me quitases la vida impunemente? Yo mismo, yo mismo discurrí otro medio mas seguro para que dejases contenta tu rabia y furor, sin esponerte á una muerte cruel é ignominiosa. Aquí estamos los dos solos sin testigos; este es un sitio en que cada dia se cometen asesinatos. Ya que estás tan sediento de mi sangre, envaina en mi pecho tu puñal. Ninguno sospechará que tú me has dado la muerte; todos se persuadirán á que morí á manos de un salteador y asesino. Diciendo esto, Baltasar desabrochó apresuradamente el pecho, y señalando el sitio del corazon: Hieres aquí, le dijo, el golpe será ejecutivo y seguro, y yo pagaré la pena de un desdichado padre que deshonoró al mundo y á la humanidad, dando á aquel y á esta un hijo tan malvado.

Al oír semejantes palabras quedó Gaspar ató-

nito y embargado, no de otra manera que si hubiera oido el estruendo terrible de un espantoso trueno; y lejos de sincerarse, cayó derribado y sin sentido á los piés de tan amoroso padre. El buen viejo, viendo aquel principio de arrepentimiento, se consoló y enterneció: hizo su oficio la sangre, y acudió prontamente á socorrer al desgraciado mozo; pero Gaspar, luego que se recobró algun tanto, no pudiendo sufrir la presencia de un padre tan justamente irritado y afligido, hizo algun esfuerzo para levantarse: logrólo, volvió á montar en su mula, y se retiró lloroso y avergonzado, sin articular ni una sola palabra. Dejóle ir Baltasar, y abandonandole á los remordimientos de su conciencia, él se restituyó á Córdoba, donde seis meses despues tuvo la gustosa noticia de que su hijo habia tomado el hábito en la Cartuja de Sevilla, para pasar el resto de su vida, sustentandose con el pan de lágrimas, y entregado á los rigores de una larga penitencia.

CAPÍTULO XII.

Fin de la historia de Scipion.

TAL vez, aunque muy rara, los malos ejemplos producen buenos efectos. La vista y la consideracion de la mala conducta que habia tenido el mozo Velazquez, me abrió los ojos para ha-

cer serias reflexiones sobre la mia. Comencé á combatir mis rateras inclinaciones, y á vivir como hombre honrado. La costumbre de pillar cuanto dinero podia haber á las manos, se habia formado en mí con actos tan repetidos é inveterados, que era muy difícil de vencer. Sin embargo, esperaba lograrlo, persuadido á que para ser virtuoso no es menester mas que quererlo de veras. Empecé pues esta grande obra, y el Cielo echó la bendicion á mis esfuerzos. Ya no miraba con ojos codiciosos el cofre del viejo mercader, y me parecia que aunque estuviera en mi mano sacar de los talegos lo que quisiese, no llegaria á ellos; pero al mismo tiempo confieso seria gran imprudencia poner en tan peligrosa tentacion á un arrepentido tan reciente, de lo cual se guardó muy bien el viejo Velazquez.

Concurria frecuentemente á casa de este un caballerito de la órden de Alcántara, llamado Don Manrique Medrano. Todos le estimábamos mucho, porque era uno de nuestros parroquianos mas nobles, aunque no de los mas hacendados. Este se pagó tanto de mí, que siempre que me encontraba, me detenia á un poco de conversacion, mostrando particular gusto en oirme hablar. Scipion, me dijo un dia, si yo lograra tener un lacayo como tú, y de tu buen humor, creeria haber encontrado un tesoro. Si no estuvieras con un amo á quien estimo tanto,

haria lo posible por engancharte para mi servicio. Señor, le respondí, eso costaria muy poco á V. S.; siempre me ha llevado la inclinacion á las personas nobles : sus caballerosos y desembarazados modales me encantan. Confieso verdaderamente que este es mi flaco. Siendo eso asi, me replicó Don Manrique, quiero suplicar á mi gran amigo el Señor Baltasar que tenga á bien te pases de su casa á la mia, y espero que no me negará este favor. Otorgóselo Velazquez prontamente, y con tanta mayor facilidad quanto mas presto se persuadió que la pérdida de un criado bribon no era absolutamente irreparable. Yo por mi parte tambien tuve muy poco que hacer en consentir gustoso en esta translacion, pareciendome que el servir á un mercader era cosa muy baja, respecto á lo que sonaba servir á un caballero de Alcántara.

Y si he de hacer á vmds. un retrato fiel de este mi nuevo amo, debo decirles que en lo personal era de lo mas bien parecido que he visto en toda mi vida : su apacible genio y cortesánisimos modales le hacian tan amable, que se robaba los corazones de todos, acompañadas estas prendas de un entendimiento despejado, y de un buen juicio. Fuera de eso, era hombre de mucho valor, y de una honradez y pundonor á toda prueba. Nada en fin le faltaba sino los bienes de fortuna. Segundonde una casa ilustre, pero pobre, vivia á espensas de una tia re-

sidente en Toledo, que le suministraba cuanto habia menester para mantenerse con decencia. Vestia siempre con mucho aseo, y en todas las casas era recibido con particular gusto y especial inclinacion. Frecuentaba las de las primeras damas de la ciudad, y entre otras la de la Marquesa de Almenara. Era esta Señora una viuda de setenta y dos años, cuya discrecion y amabilísima crianza atraian á su casa toda la nobleza Cordobesa de ámbos sexos. Damas y caballeros la amaban y veneraban á competencia, solicitando su amable y discretísima conversacion, de manera que se llamaba su casa *la tertulia de la buena sociedad*.

Mi amo era uno de los que mas visitaban á aquella Señora. Saliendo una noche de su casa, y acompañandole yo, me pareció un si es no es azorado y pensativo, contra el ordinario temple de su natural tranquilo, alegre y sosegado. Señor, le pregunté, ¿ que tiene V. S. ? Seale lícito á este su humilde y fiel criado hacerle esta pregunta. ¿ Le ha sucedido á V. S. algun caso extraordinario que le desazone ? Sonrióse el Caballero, y me confesó que verdaderamente le llevaba toda la atencion, y no podia echar del pensamiento una muy seria conversacion que acababa de tener con la Marquesa de Almenara. No pude contener la risa, y en tono bufonesco le dije : Vamos claros, Señor, que seria bella cosa el que esa tierna niña setentona le hubiese

hecho á V. S. alguna declaracion de amor. Chanzas á un lado, Scipion, sabete que la Marquesa me ama. Caballero, me dijo, me compadece tanto vuestra poca fortuna quanto aprecio vuestra calificada nobleza. Siempre os he mirado con particular inclinacion, y así he determinado haceros rico. No descubriendo otro medio legítimo y decente para lograrlo, que el ofreceros mi mano, estoy pronta á ello, siempre que vos no lo repugneis. Preveo muy bien que dará mucho que reir al público, particularmente por mi parte, la aparente ridiculez de este extravagante matrimonio, y que todos me tendrán por una vieja chocha. No me da cuidado; todo lo despreciaré, y todo lo llevaré á bien, solo por pouveros en estado de vivir como mereceis, sin necesitar de nadie. Lo único que temo, es vuestra resistencia al logro de mi intento.

Esto fué lo que me dijo la Marquesa, prosiguió el Caballero. Teniendola, como la tengo, por la muger mas juiciosa y prudente de Córdoba, considera lo admirado que quedaria yo al oirla hablar en aquellos términos. Respondíla pues, declarandola lo mucho que me habia sorprendido la grande honra que me hacia en ofrecerme su mano, cuando siempre la habia visto inmóvil en la resolucion de permanecer viuda hasta la muerte. A esto me replicó y satisfizo, diciendo que viendose dueña absoluta de tantos haberes, y sin heredero forzoso, habia

determinado hacer que á lo menos en vida entrase á disfrutarlos con ella un Caballero de virtud, de honor y demas prendas apreciables. Sin duda, le repliqué yo entónces, que V. S. está ya resuelto á saltar el barranco. Asi es, me respondió mi amo. La Marquesa goza ricos mayorazgos, y por otra parte está dotada de todas las prendas de corazon y entendimiento, que se pueden desear en una muger de su esfera. Yo me acreditaria de insensato, si dejara escapar una ocasion tan ventajosa para mí, mayormente cuando por si misma se me ha venido á las manos.

Alabéle mucho el pensamiento de agarrar la fortuna por los cabellos, y de traerla á casa, y le persuadí fuertemente á que hiciese lo posible para que cuanto ántes se pusiese en ejecucion tan acertado designio: tanto era el miedo que yo tenia de que se desvaneciese por alguna fatal imprevista contingencia. Por fortuna estaba la Marquesa mas deseosa que yo de que se cumpliese su caritativa y cristiana resolucion lo mas presto que fuese dable; y á este fin dió órdenes tan apretadas y eficaces, que en pocos dias se dispuso todo lo necesario para que se celebrase la boda con la mayor magnificencia. Apenas se esparció por Córdoba la voz de que la Marquesa de Almenara se casaba con Don Henrique Medrano, cuando comenzáron los bufones á divertirse muy á costa de la buena viuda; pero por mas que agotáron todas sus bufonadas y

chocarrerías , no aflojó un punto en su resolución. Dejó hablar á los ociosos , y se fué muy sosegada á la Iglesia con su querido Don Manrique. Celebróse la boda con magnificencia y esplendor : nuevo motivo para que la murmuracion volviese á su primer desahogo con mayores fuerzas. La vejancona , decian , debiera por lo menos haber ahorrado la pompa y el estrépito , como impropios en la boda de una vieja decrépita , que pasa á segundas nupcias con un mozo tan galan como discreto.

La Marquesa , lejos de mostrarse acobardada y corrida de ser esposa de un mozalvete como aquel , en su caduca edad , daba al contrario muy de propósito señales las mas vivas del contento que ocupaba todo su pelico , por hallarse ya en posesion de lo que tanto habia deseado. Toda la nobleza Cordobesa de uno y otro sexo estuvo convidada á una espléndida cena , y á un baile no menos suntuoso que siguió despues. Al fin de este desapareciéron los dos novios para meterse en un cuarto , donde una dama de la Marquesa y yo los estábamos esperando , y aquel retiro inopinado escitó con mas fuerza las hablillas y dichos ; pero los recién casados estaban ocupados en asuntos muy serios y diferentes de los que imaginaban los maliciosos , pues asi que entraron en el cuarto , se volvió la Marquesa al Caballero , y le habló en esta sustancia : Don Manrique , este es vuestro cuarto , el mio está al otro

estremo de la casa, y á bastante distancia de este. De noche cada uno estará en el suyo, y por el dia viviremos juntos como madre é hijo. Al principio se quedó algo suspenso el Caballero; pero recobrado algun tanto, discurrió que quizá la dama le hablaria en aquellos términos para empeñarle en que la hiciese una dulce y amorosa violencia. Bajo este errado concepto, juzgó que la gratitud y la buena crianza estaban pidiendo que se mostrase muy apasionado, y así acercandose á la Marquesa, con las mas vivas y rendidas espresiones la suplicó le permitiese el honor de servirla por aquella vez de su ayuda de cámara. Echóle de sí la Marquesa con mucha seriedad, diciendole con semblante severo y en tono enojado: Deteneos, Don Manrique, ¿que haceis? Si os parece que soy una de aquellas viudas que se casan segunda vez por fragilidad, vivis muy equivocado; caséme con vos, con el fin únicamente de que pudiéseis gozar las tales cuales comodidades que os produjese nuestro contrato matrimonial. Por esta cortísima prueba de la particular estimacion que hago de vos, ni quiero, ni admitiré jamas de vos otro reconocimiento que el de una fiel, sincera y purísima amistad. Diciendo esto, volvió las espaldas dejandonos solos en el cuarto á mi amo y á mí; y retirandose ella al suyo con su criada, no permitió de ningun modo que el Caballero la fuese siguiendo hasta él.

Despues que se retiró, quedámos los dos un gran rato pasmados y aturdidos de lo que acabábamos de oir y ver. Finalmente, rompió el silencio Don Manrique, haciendome esta pregunta : Dime, Scipion, ¿ te habia pasado jamas por el pensamiento lo que acabas de ver por tus ojos, y de oir con tus oidos ? ¿ Que juicio haces de una muger como esta ? Juzgo, le respondí, que ó no es muger, ó es original y única en su especie como el ave fénix. ¡ O, que afortunado es V. S. en haberle tocado una muger que no tiene compañera ! Esto se llama un pinguisimo beneficio simple y sin carga. Yo, prosiguió Don Manrique tomando la palabra, no acabo de admirar el raro y singular carácter de una esposa tan estimable; por mi parte quiero corresponder con todas las atenciones imaginables al gran sacrificio que ha hecho por mí. Pasámos largo tiempo hablando del suceso, hasta que rendidos del sueño, yo me eché en un colchon que estaba en un cuartito inmediato, y mi amo se acostó en una regalada y magnífica cama que le habian puesto; y me parece que allá en lo íntimo de su corazon no le pesaria mucho dormir solo, celebrando el verse libre de la compañía de la vieja, á tan poca costa como la de un miedo pasagero.

El dia siguiente principiáron, ó por mejor decir, continuáron los regocijos en celebridad de la boda, en los que la Marquesa se mostró tan serena y de tan buen humor, que añadió

nuevo alimento á las chanzonetas de los chufleteros. Lejos de formalizarse de sus chistes y equívocos, era la primera que se zumbaba á sí propia, y celebraba los dichos de los demas, dandoles cordelejo para que se divirtiesen á costa suya. El Caballero por su parte no se mostraba menos alegre ni menos contento con su nueva esposa; y al ver las finezas que la hacia, y el cariño con que la hablaba, podia parecer á alguno que estaba enamorado de la misma vejez. Aquella noche entráron los dos esposos en otra conversacion, y quedáron de acuerdo en que se habian de tratar en adelante ni mas ni menos que se trataban ántes del matrimonio. Es menester hacer justicia aquí á Don Maurique, y no defraudarle de la alabanza que merece. Hizo por amor á su muger lo que pocos harian en iguales circunstancias, que fué apartarse del trato que tenia con cierta damita de media estofa, á quien amaba, y que le correspondia tiernamente: no queriendo, decia él, llevar adelante una amistad que necesariamente habia de ofender la delicada conducta de una esposa que le amaba con tanto desinterés y generosidad.

Miéntas él estaba dando estas pruebas de fina correspondencia á tan generosa dama, la Marquesa se las pagaba con aumento, aunque ella las ignoraba. Hizole dueño absoluto del arca de su dinero, la cual por cierto valia algo mas que la de Velazquez. Fuera de eso, habiendo refor-

mado la casa y la familia durante su viudez, la restituyó al mismo pié en que estaba en vida de su primer marido. Recibió mas criados, llenó sus caballerizas de generosos caballos y valientes mulas; en una palabra, por su bizarría y continuos desvelos, el caballero mas pobre del órden de Alcántara pasó de la noche á la mañana á ser el mas opulento de ella. Acaso me preguntarán vmds., ¿y que ventajas sacaste tú de la boda? Voyseló á decir. Mi ama me regaló cincuenta doblones, mi amo ciento, haciendome ademas su secretario con el sueldo de cuatrocientos escudos anuales; y no contento con esto, se fió tanto de mi lealtad, que me nombró tesorero suyo.

¡ Su *tesorero* ! exclamé yo admirado, interrumpiendo á Scipion cuando llegó á este paso. Sí Señor, me respondió con cierto airecillo serio; sí Señor, su tesorero. Y sin jactancia me atrevo á decir que desempeñé con fidelidad aquel peligroso empleo. Es verdad que acaso habré quedado deudor de alguna cosilla á la caja, porque como dejé de repente el servicio del Caballero, y yo me cobraba anticipadamente de mi salario, no es imposible que haya resultado en la cuenta algun corto alcance contra mí. Si asi fuere, será esta la última picardigüela que me podrán echar en cara, porque desde entónces acá he vivido como hombre de bien y con la mayor rectitud.

Hallabame pues, continuó Scipion, de se-

cretario y tesorero de Don Manrique, cuando recibió este una carta de Toledo, en que le noticiaban que su tia Doña Teodora Moscoso se hallaba á los últimos de su vida. Partió en posta prontamente á dicha ciudad para asistir á una Señora, que de muchos años ántes hacia con él oficios de madre. Acompañéle en aquel viage, juntamente con un ayuda de cámara y un lacayo. Montámos todos cuatro en los mejores caballos de casa, y en breves dias llegámos á dicho pueblo, donde encontrámos á la enferma en un estado que nos dió esperanzas de que no moriria de aquella enfermedad. Con efecto, no desmintió el suceso nuestro pronóstico, aunque contrario al de los Médicos que la asistian.

Miéntas la salud de nuestra buena tia se iba visiblemente restableciendo y ganando terreno cada dia, menos quizá por los remedios que la recetaban los Doctores, que por el gusto de tener en casa á su querido sobrino, el Señor tesorero lo pasaba alegremente, divirtiendose con la gente moza, cuyo trato le proporcionaba frecuentes ocasiones de aliviar el bolsillo, gastando bizarramente su dinero. Llevaba me consigo á garitos, donde insensiblemente me empeñaban en el juego; y como yo no era tan diestro jugador como mi antiguo amo Don Abel, por lo comun perdia siempre mucho mas de lo que tal cual vez ganaba. Sin embargo, poco á poco me iba aficionando á jugar, y si hubiera

fomentado por mas tiempo este vicio , sin duda que muy presto me habria visto en necesidad de recurrir á la caja por algunas asignaciones anticipadas ; pero por fortuna mia y de la caja , el amor salvó á esta , y tambien mi virtud. Pasaba yo un dia junto á la Iglesia de los Reyes , cuando ví asomada á una celosía , cuyas portezuelas estaban abiertas , á una hermosísima doncella , que no me pareció una criatura mortal , sino una deidad verdadera. Si encontrara otra voz mas espresiva , usaria de ella para dar á entender á vmds. la grande impresion que me hizo aquella impensada vista. Informéme de quien era , y despues de varias diligencias supe que se llamaba Beatriz , y que era doncella ó camarera de una hija segunda del Conde de Polan.

Beatriz al oir esto interrumpió á su marido Scipion , y riendo á carcajada tendida , volviendose á mi muger , la dijo : Señora Antonia , mireme vmd. bien : ¿ parecela realmente que yo tengo traza de deidad ? Por lo menos entónces , la dijo Scipion , la tenias á mis ojos , y ahora despues que enteramente he quedado satisfecho de tu fidelidad , todavía la tienes mucho mas. Dada por mi secretario esta cortesana respuesta á la inocente burla de su muger , pasó adelante con su historia.

El descubrimiento que hice añadió muchos grados al ardor que ya me abrasaba , el cual ,

para decir la verdad , no era ardor muy legítimo. Imaginéme que fácilmente podría derribar su honestidad , batiéndola con presentes capaces de desquiciarla ; pero yo conocia mal á la casta Beatriz. Inútilmente la ofrecí un buen bolsillo por medio de ciertas mugercillas mercenarias , y ademas de eso mi cuidado de repetirla los socorros ; pues oyó con mucho enojo la propuesta , y la despreció con mayor indignacion. Su resistencia encendió mas mis deseos , y recurrí al último arbitrio , que fué ofrecerla mi mano , la que aceptó luego que supo era yo secretario y tesorero de Don Manrique. Pareciónos á los dos que convenia tener oculto nuestro matrimonio por algun tiempo , y asi nos casamos en secreto , siendo testigos la Señora Lorenza Séfora , aya de Serafina , y otros criados del Conde de Polan. Luego que me casé con Beatriz , ella misma me facilitó el modo de verla y hablarla en el jardin , en donde me introducía por cierta portezuela medio escusada , cuya llave me entregó. Difícilmente se hallarian dos esposos que se amasen con mas ternura que nos amábamos Beatriz y yo : era igual en ámbos la impaciencia con que esperábamos la hora señalada para vernos y hablarnos ; ámbos acudíamos con el mismo ardor al consabido sitio , y siempre se nos hacia breve el tiempo que pasábamos en él , aunque algunas veces no dejaba de ser largo.

Una menguada noche , tan amarga para ella y

para mí como dulces habian sido todas las anteriores, quedé sumamente sorprendido cuando llegué al jardin y hallé abierta la portezuela. Sobresaltóme infinito esta novedad, y entré luego en las mas negras y rabiosas sospechas. Inmutéme y quedé trémulo, como quien ya presagiaba lo que iba á suceder. A favor de la oscuridad, y muy á paso lento, fuíme acercando hácia un gracioso cenador, fabricado de boj es y mirtos con esquisito primor, que era el sitio concertado para nuestras nocturnas visitas; y al estar ya inmediato á él, oigo dentro una voz que me atravesó los oidos y el corazon, con estas formales palabras: *Amada Beatriz, no me hagas penar mas; acaba ya de hacerme feliz, aunque no sea mas que por asegurar tu fortuna, la cual es inseparable de la mia.* En vez de contenerme dando lugar á mayor esplicacion, segun lo pedia la prudencia, me pareció que ya no necesitaba oir mas; y apoderandose de toda mi alma unos rabiosos zelos, sin respirar mas que venganza, desenvainé la espada, y entré en el cenador, diciendo: ; Ah villano y cobarde engañador! seas quien fueres, ántes de quitarme el honor, será menester que me arranques la vida; y sin mas ni mas tiré una estocada al que estaba hablando con Beatriz. Pusose en defensa prontamente; y como era mucho mas diestro que yo en el manejo de las armas, puesto que nunca habia yo tomado mas que unas cuantas

lecciones de esgrima en Córdoba, riñó como hombre que sabia bien jugarlas. Sin embargo de eso, le dí una estocada que no pudo parar; y creyendo que le habia herido mortalmente, porque le ví caer redondo, quizá por haber casualmente tropezado, me puse en salvo á carrera tendida, sin dar oídos á las voces de Beatriz que me llamaba.

Asi fué puntualmente, interrumpió entónces Beatriz volviendose á los que estábamos oyendo; yo le llamaba para desengañarlo y sacarle de su error. El caballero que estaba hablando conmigo en el cenador era Don Fernando de Leyva. Amaba tiernamente este Señor á mi ama Julia, y estaba determinado á sacarla de casa para depositarla; y pareciendole que no lo podria conseguir si yo no le ayudaba, quiso hablarme reservadamente, y yo le cité para aquel sitio, con el fin de concertar entre los dos el medio mas decente y menos ruidoso de asegurar el lance, del cual, me decia él, pendia su fortuna y tambien la mia. Pero en vano me causaba yo en llamar á mi pobre alucinado esposo, quien no hizo caso de mis voces ni de mis lágrimas, y me abandonó como á una muger infiel.

En el estado en que me hallaba, replicó Scipion volviendo á coger el hilo, era capaz de eso y mucho mas. Los que han probado que cosas son zelos, y las locuras en que precipitan á los hombres mas advertidos y cuerdos, no se admi-

*

rarán de la turbacion que levantáron en mi débil y miserable cabeza. En un momento sucediéron dentro de mi corazon los movinientos del mas implacable odio á los ternisimos é impetuosos afectos de amor que un instante ántes profesaba á mi muger. Hice solemne protesta de abandonarla y de desterrarla para siempre jamas de mi memoria. Por otra parte , persuadido erradamente á que habia muerto á un caballero , y temeroso de caer en manos de la Justicia , padecia aquel continuo pavor que tiene en un perpetuo sobresalto á los que han cometido algun delito. Viendome en tan horrible situacion , solo pensé en ponerme en cobro; y sin volver siquiera á la posada , en aquel mismo punto salí de Toledo sin mas equipage que el que tenia á cuestas. Es verdad que por fortuna hallé en el bolsillo hasta unos sesenta doblones : recurso no despreciable para un pobre mozo que tenia hecho ánimo de no pasar de criado en toda su vida.

Caminé , ó por mejor decir , corrí toda aquella noche , dandome extraordinario vigor la memoria de los alguaciles que incesantemente me imaginaba venian en mi seguimiento. Amanecí entre Rodillos y Maqueda ; y cuando llegué á este último pueblo , sintiendome algo cansado , entré en la Iglesia que acababan de abrir , hice una breve oracion , y sentéme en un banco. Puseme á pensar en el estado en que me veia , el cual no

me daba poco cuidado; pero no tuve tiempo para hacer muchas reflexiones, porque luego sentí tres ó cuatro chasquidos ó latigazos, que me hicieron creer pasaba por allí algún alquilador ó calesero. Así era puntualmente, porque saliendo movido de curiosidad á la puerta de la Iglesia, ví á un alquilador montado en una mula, llevando de reata otras dos. Para, amigo, para, le grité: ¿ adonde van esas mulas de vacío? A Madrid, me respondió. En ellas viniéron dos Religiosos Dominicos á este pueblo, y ahora voy de retorno.

Vinome la gana de ir á Madrid, aprovechandome de esta ocasion. Ajustéme con el alquilador; monté en una de sus mulas, y partimos para Illescas, donde pensábamos hacer noche.

No bien habíamos salido de Maqueda, cuando mi buen alquilador, hombre como de treinta y cinco años, comenzó á cantar Salmos, Himnos y Responsos, esforzando la voz hasta desgañitarse. Empezó por el Invitatorio de los Maitines en el tono Gregoriano que se cantan en el coro; prosiguió con varios Salmos; pasó despues al Introito de la Misa, cantó el Gloria y el Credo, como en las Misas solemnes; principió las Vísperas, y me espetó todos los Salmos de ellas, sin hacerme siquiera gracia del *Magnificat*. Aunque verdaderamente me aturdia los oidos, y me tenia medio atoloudrado, no podia yo menos de reir á carcajada tendida, tanto que esto

le estimulaba á que cantase cuando él cesaba en su música para cobrar aliento. Animo, amigo, le decia; ánimo, y no lo dejes tan presto: ya que el Cielo te ha regalado con tan buenos pulmones, es lástima no te aproveches de ellos, y mas usandolos como los usas en cosas tan buenas y tan santas. Oh, Señor, me respondió, loado sea Dios; en nada me parezco á la mayor parte de los de mi oficio, que se diria no saben cantar sino canciones puercas ó lascivas. Yo jamas canto ni aun los romances sobre nuestras guerras y batallas con los Moros, porque son cosas á lo menos frívolas, cuando no sean deshonestas. A la verdad, le dije, eres de delicadísima conciencia, lo cual no es la cosa mas comun en alquiladores y caleseros. Pero, dime la verdad: ¿siendo tan escrupuloso, y con mucha razon, en punto de canciones, eres igualmente casto con las mozuelas bien parecidas que encuentras en los mesones? No lo dude vmd., me respondió; de ninguna cosa me precio mas que de la continencia en esos sitios tan peligrosos: en ellos solo atiendo á cuidar de mi ganado. No quedé poco admirado de oir hablar con tanta religion y honestidad á aquel raro fénix de los alquiladores; tuvele por buen cristiano y de buen entendimiento, tanto que volví á entablar conversacion con él luego que me acabó de cantar todo su breviario, y aun todo el misal entero.

Llegámos á Illescas hácia la entrada de la noche. Luego que nos apeámos en el meson, dejé á mi compañero que cuidase de sus mulas, y me metí en la cocina á encargar al mesouero que nos dispusiese una buena cena. Dióme palabra de hacerlo, y añadió: Dispondré una cena tal que se acordará su merced de este meson y de mí por todos los dias de su vida. ¿Pregunte su merced á su alquilador quien soy yo? Desafiare á todos los mas celebrados cocineros de Madrid y de Toledo, á que hagan una olla podrida mas sabrosa ni mas delicada que las que yo sé aderezar y componer. Esta noche le presentaré á su merced un conejo guisado de mi mano, y despues me dirá si he ponderado ó no, cuando he alabado tanto mi habilidad. Dicho esto me mostró en una cazuela un conejo dividido ya en proporcionados trozos. Esta es, añadió, la cena que pienso dar á su merced, despues que le haya guisado, echandole un poco de pimienta, sal, vino y ciertas yerbecitas olorosas, y otros ingredientes y especias que yo sé, y dan gran sainete á mis pebres. Espero regalar el paladar de su merced con un plato que sin vergüenza se pudiera presentar, aunque fuese mesmamente á un Señor Canónigo.

Hecho este elogio, comenzó el mesonero á disponer la cena. Miétras tanto me entré en una sala, y me eché en un mal colchon que habia allí, donde luego me quedé dormido por no haber

descansado nada la noche antecedente. De allí á dos horas me vino á despertar el alquilador , diciendo : Señor , venga vmd. á cenar , si gusta. Estaba aparejada en la sala una mesa con dos solos cubiertos. Sentámonos á ella el alquilador y yo. Apenas me senté , cuando me tiré á la cazuela con una ansia , que parecia no haber comido bocado en muchos dias : probé el guisado , y le hallé delicadísimo y de excelente gusto , ya fuese porque el apetito me le representaba tal , ó ya por el sainete que verdaderamente le daban los esquisitos ingredientes del mesonero. Observé no obstante que mi compañero ni siquiera lo probó , y que solamente hizo el honor al segundo plato , que era de carnero asado. Preguntéle por que no habia tocado al otro , siendo asi que era esquisito. Y él me respondió medio riendose , que no gustaba de guisotes. Asi la respuesta como la risita me hicieron sospechar que habia en ello algun misterio. Apuréle para que me dijese la verdad , y él me respondió : Ya que vmd. la desea saber , le diré con ingenuidad que no puedo ver estos guisados , porque temo me arañen y me agujereen las tripas , despues del lance que me sucedió caminando á Cuenca desde Toledo , en cuyo viage dormí en un meson donde me diéron por cena un gato , vendiendomele por un regalado conejo ; y desde entónces no puedo arrostrar estos malditos guisados.

Apenas oí esto , cuando de repente se me fué

todo el apetito en medio de la hambre que me roia las entrañas. Dí por asentado que me habia engullido un gatazo , y comenzó á revolverse el estómago , de manera que con solo mirar á la cazuela me venia gana de vomitar. El arriero , lejos de desvanecerme ó disminuirme aquella aprehension , me la confirmó mas y mas , diciendome que aquella especie de *quid pro quo* , esto es , de dar gato por liebre , era muy frecuente en mesones y pastelerías : discurso que , como vmds. pueden pensar , no me sirvió de mucho consuelo , ántes bien me quitó del todo la gana , no ya de volver á probar el guisote , mas ni siquiera de mirar el asado. Levantéme de la mesa echando mil maldiciones al guiso , al meson y al mesonero ; volvíme á tender en el colchon , y pasé la noche con mas quietud de la que podia esperar. El dia siguiente me levanté al amanecer , pagué al mesonero mucho mas de lo que merecia lo que me habia regalado , y salí de Illescas tan ocupado el pensamiento en lo que me habia sucedido , que me parecian gatos cuantos animales se me ofrecian á la vista.

Entrámos en Madrid no muy tarde , y pagué á mi alquilador , despues de haberme apeado en una posada muy decente en la puerta del Sol. Aunque mis ojos estaban bastante acostumbrados al gran mundo , no dejó de hacerme novedad y de causarme admiracion el ver tantos Señores y tanta grandeza , particularmente en los

barrios inmediatos al Palacio del Rey. Pasmóme el prodigioso número de coches, y la gran multitud de Gentilshombres, pages y lacayos que iban sirviendo á los Grandes. Subió á lo sumo mi admiracion, cuando habiendo tenido proporcion de ver comer al Rey, ví á este Monarca rodeado de Cortesanos y Señores. Quedé absolutamente encantado á vista de tal espectáculo, y dije para conmigo: Ya no me admiro de haber oido decir que es indispensable ver la Corte, para hacer concepto cabal de su magnificencia. Celebré infinito la fortuna de haberla visto, y aun sentí dentro de mí no sé que secretos pre-nuncios de que quizá algun dia haria yo tambien en ella mi poco de papel. Pero al cabo no hice otro que el de introducirme y hacer algunos conócimientos inútiles. Poco á poco fuí gastando todo mi dinero, y me hallé en tal estado que me tuve por muy dichoso en haberme acomodado con un pedante de Salamanca, á quien conocí casualmente, que habia ido á la Corte, su patria, á negocios personales. Llegué con el tiempo á ser sus piés y sus manos, tanto que cuando se restituyó á su Universidad, me llevó en su compañía.

Llamabase Don Ignacio de Piña este mi nuevo amo. El mismo se tomó el *Don* por haber sido ayo y maestro de no sé que Duque, el cual, acabada su educacion, le habia dejado una mediana renta: gozaba otra por Catedrático jubilado de

la Universidad, y ademas de eso le valian cincuenta ó cien doblones los libros dogmáticos y de moral que daba á la estampa cada año. El modo con que componia sus obras me parece digno de contarse. Gastaba todo el dia en leer autores Hebreos, Griegos y Latinos; escribia en medias cuartillas de papel todos los apotegmas, sentencias, y dichos agudos que encontraba en ellos; conforme iba llenando las cuartillas, las iba enhebrando en un largo alambre, como regularmente lo hacen los boticarios con las recetas fiadas que van despachando. Cuando ya habia ensartado el papel que le parecia bastante para formar un grueso tomo, daba luego este á la imprenta, y de esta manera, ¡ valgame Dios, y con cuantos malos libros regalábamos al público! Apenas se pasaba mes alguno sin que diese á luz algun tomo: sudaba y gemia la prensa, y el bolsillo de mi amo se alegraba. Lo mas admirable era que todos aquellos centones y antiquísimos fárragos pasaban por cosas nuevas y esquisitas. Si algun crítico avinagrado no lo podia sufrir, y hacia ver al público y al mismo autor, que era un mero compilador y un miserable plagiario, él se quedaba muy fresco, y solo respondia con grandísimo descaro: *Furto lætamur in ipso*.

Fuera de eso, era un furiosísimo comentar, es decir, un moledor pesadísimo, porque hacia largos y muy ridículos comentarios sobre

las cosas mas frívolas y mas baladíes , que tanto importaba ignorarlas como saberlas , cargandolos de notas inutilísimas , atestadas de una erudicion pedantesca. Y como llenaba sus cartapacios de pasages de Hesiodo y de otros autores antiguos , aunque por lo comun malisíma-mente traídos , no dejaba yo de aprovechar en casa de este sabio. A la verdad seria ingratitud negarlo ; pues á lo menos , á fuerza de copiar sus cuadernos , me perfeccioné en la letra , y poco á poco fuí aprendiendo á escribir decentemente , considerandome no ya como su criado , sino como discípulo suyo ; y mas cuando él mismo ilustraba mi entendimiento , sin descuidarse en arreglar mis costumbres. Si por casualidad llegaba á entender que algun otro criado habia hecho alguna picardía , Scipion , me decia , guardate bien , hijo mio , de hacer lo que ha hecho este bribon : un criado debe esmerarse en servir lealmente á su amo , y mirar con horror la pereza. En una palabra , no perdía ocasion Don Iguacio de exhortarme á la virtud ; y sus palabras me hacian tanta impresion , que en los quince meses que le serví , no tuve ni la mas mínima tentacion de jugarle alguna de las piezas á que estaba acostumbrado , ni tampoco hice en su casa la menor picardigüela.

Ya dejo advertido que el Doctor Piña era oriundo de Madrid , donde tenia una parienta que se llamaba Catalina , y era doncella del ama

que habia criado al Príncipe de Asturias. La tal parienta , que fué la misma de quien me valí para sacar al Señor Santillana de la torre de Segovia , deseosa de hacer algo por su pariente Don Ignacio , empeñó á su ama para que le solicitase algun Beneficio con el Duque de Melar. El Ministro lo hizo Arçediano de Granada , porque habiendo sido aquel reino conquistado , todas las Prebendas son del Patronato Real , y de nombramiento del Rey. Luego que tuvimos esta noticia , partímos á la Corte , porque quiso el Doctor dar las gracias á sus bienhechoras , ántes de ir á tomar posesion de su Arcedianato. Con esta ocasion las tuve frecuentes de ver y tratar á la tal Catalina , que se pagó mucho de mi buen humor y desembarazo. A mí no me gustó menos la mozuela , y tanto que no pude dejar de corresponder á ciertas contraseñas de particular inclinacion que me manifestaba ; en conclusion , nos enamorámos uno de otro. Perdoname , Beatriz amada , como á la sazón te tenia por infiel , es muy perdonable aquel yerro mio.

Miéntas tanto el Doctor Don Ignacio se iba disponiendo para partir á Granada. Sobresaltados su parienta y yo de la dolorosa separacion que se acercaba , discurrímos un arbitrio que nos libró de este golpe. Fingíme gravemente enfermo , quejandome de la cabeza , del vientre y del pecho , con todas las demostraciones del hombre mas angustiado del mundo. Mi amo

mandó llamar prontamente á un Doctor, de lo cual me estremecí, temiendo descubriese la trampa, pero me engañé; pues habiendome pulsado, arqueando los ojos y acompañando esta muda, pero significativa espresion, con otros gestos enfáticos, me dijo boniticamente, y como si estuviera de acuerdo conmigo, que bien observados los síntomas, hallaba ser mi enfermedad mas seria de lo que parecia, y que verosímilmente no me levantaria tan presto de la cama. Como el Doctor estaba impaciente por presentarse cuanto ántes en su Catedral, no tuvo por conveniente dilatar mas su viage, y asi recibió otro criado para que le sirviese en él; entregóme á un enfermero, y me dejó algunos pesos para pagar mi entierro, si moria, ó por gratificacion de mis servicios, si escapaba con vida.

Luego que Don Ignacio salió para Granada, me hallé curado de todos mis males. Levantéme, despedí al Médico que habia dado tan notoria prueba de su gran penetracion, y me deshice del enfermero, el cual se habia ya engullido la mitad de lo que el amo me habia dejado. Miéntras estaba yo representando mi papel, Catalina hacia otro muy diferente con su ama Doña Ana de Guevara. Dióla á entender que yo era un sugeto de mucha habilidad para manejar cualquier asunto que pidiese arte y destreza. Tenia la tal Señora algun gusto y apego al dinero, y

por consiguiente era muy dada á todos los manejos que sin deshonor lo pudiesen producir, para lo cual necesitaba de criados y confidentes como yo. Asi que tardé poco en hacer las pruebas de mi talento. Encargóme algunas comisiones delicadas que pedian actividad y maña, las que sin vanidad puedo asegurar que desempeñé á su satisfaccion : por lo que quedó tan pagada de mí, como yo poco satisfecho de ella, pues era tan codiciosa, que nada me tocaba de lo mucho que la producian mis manipulaciones y mi industria. Pareciala que solo con pagarme puntual y exactamente mi salario, usaba conmigo de sobrada generosidad. Este exceso de avaricia me hubiera hecho salir muy presto de su casa, á no haberme detenido en ella el afecto á Catalina, la cual enamorada cada dia mas y mas de mi persona, me propuso finalmente un dia que nos casásemos.

Poco á poco, le respondí, querida mia : esa ceremonia, y quedese esto entre los dos, no la podemos hacer tan prontamente ; para eso es menester esperar la muerte de cierta jovencita que te previno, y con quien por mis pecados estoy ya casado. A otro perro con ese hueso, replicó Catalina, ahora te quieres fingir casado para cohonestar cortesaneamente la repugnancia que tienes á casarte conmigo. En vano la hice mil protestas de que la decia la pura verdad : no hubo forma de creerme, y pareciendola que

mi sincera confesion era un embusterísimo pretesto , se dió por ofendida , y desde aquel mismo punto mudó de estilo conmigo. No llegámos á reñir ni á romper del todo nuestra comunicacion ; pero resfriandose visiblemente nuestro recíproco cariño , quedó nuestro trato en los precisos términos que no se podian negar á la crianza y al bien parecer.

Hallabame en este estado , cuando supe que el Señor Gil Blas de Santillana , Secretario del primer Ministro del Rey Católico de las Españas , estaba á la sazón sin lacayo. Pintáronme esta conveniencia como la mayor y mas ventajosa á que podia aspirar. El Señor de Santillana , me dijéron , es un caballero de gran mérito , un mozo sumamente querido y estimado del Duque de Melar , y á cuya sombra no puedes menos de hacer una gran fortuna : ademas de eso , es de un corazon generoso y lleno de bizarría ; haciendo tú sus negocios , no dudes que harás tambien el tuyo. No malogré la ocasion , presentéme al Señor Gil Blas , por quien sentia acá dentro de mí no sé que secreta inclinacion : agradóle mi fisonomía , recibióme en su servicio , y no me detuve un punto en dejar por él la casa de la Señora Doña Ana , esperando en Dios que este Señor será el último de mis amos.

Así concluyó su historia el buen Scipion ; y volviendose despues á mí , me habló en estos términos : Señor de Santillana , hagame V. S. el

favor de atestiguar á estas damas como V. S. siempre me ha experimentado criado fiel y lleno de zelo á su mayor servicio. He menester este testimonio para persuadirlas que el hijo de la Coscolina corrigió en vuestra compañía sus malas costumbres, sucediendo á ellas en su razon y en sus operaciones virtuosos y honrados pensamientos.

Sí, Señoras, dije yo entónces. Asi es como lo dice Scipion, y asi lo testifico yo sobre la fé de mi palabra y de mi honor. Si en su niñez, y aun en su primera juventud, hizo algunas picardías, se enmendó tanto despues, que verdaderamente se le puede llamar ejemplar y modelo de un perfecto servidor. Lejos de tener nada de que quejarme, ni que reprender en la conducta que ha tenido desde que está en mi casa, debo confesar por el contrario que le soy deudor de muchas obligaciones. La noche que me prendieron para llevarme al Alcazar de Segovia, libertó mi casa del pillage, y puso en seguridad parte de mis efectos, que impunemente pudo haberse apropiado. No contento con haber atendido á la conservacion de mis bienes, quiso por puro amor encerrarse conmigo, prefiriendo al placer de la libertad el triste consuelo de hacerme compañía en mis trabajos.

FIN DEL LIBRO X.

LIBRO UNDÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Muere la muger de Gil Blas. Vuelve este á la Corte.

YA dejámos dicho que Antonia y Beatriz se avenian muy bien las dos ; la una enseñada siempre á obedecer como criada, y la otra comenzando á acostumbrarse á mandar y disponer como ama. Scipion y yo éramos dos maridos condescendientes y muy amados de nuestras mugeres, lo que nos daba bien fundadas esperanzas de que uno y otro tardaríamos poco tiempo en ser padres. Con efecto, asi fué, porque ámbas se sintieron embarazadas casi al mismo tiempo. Beatriz fué la primera que parió y dió á luz una bellísima niña ; siguióla Antonia poco despues, llenandonos de alegría con un niño no menos hermoso que rollizo. Mi Secretario fué luego en posta á Valencia con esta alegre noticia. El Gobernador vino inmediatamente á Liria, en compañía de Serafina y de otra Señora, que era la Marquesa de Priego, á sacar de pila á los recién nacidos, teniendo el gusto de hacernos esta nueva honra, y darnos una prueba mas de

su afecto, sobre tantas otras como nos habian dado. El Gobernador y la Marquesa se brindáron á ser padrinos de mi hijo, y quisiéron ponerle el nombre de Alfonso. La Gobernadora me dispensó tambien el honor de que fuese compadre suyo por dos títulos, ofreciendo ser madrina juntamente conmigo de la hija de Scipion, á la que se llamó Serafina.

El nacimiento de mi hijo no solamente se celebró en mi casa, sino tambien por todos los vecinos de Liria, para que todos conociesen el amor que todo el Lugar profesaba á su Señor: ; Mas ah, y que poco duró nuestra alegría! muy presto se convirtió toda en ayes, en llantos y en lamentos por un suceso que en mas de veinte años no he podido olvidar, y que tendré siempre tan presente como el mismo dia en que acaeció. Murió mi querido hijo, y á pocos dias le siguió su buena madre: sin embargo de haber tenido el parto mas feliz, la sobrevino una maligna y violenta calentura que me la arrebató pasados solo catorce meses de nuestro matrimonio. El lector podrá conocer, si le es posible, cuanta seria mi amargura: caí en un abatimiento de ánimo, y en una estupidez inexplicable; tanto que parecia haber quedado insensible á fuerza de sentir lo que habia perdido. Pasé cinco ó seis dias en tan doloroso estado, sin querer ni poder tomar alimento alguno; y creo que á no ser por Scipion, me hubiera dejado morir de hambre,

ó habria perdido enteramente el juicio ; pero mi sagaz y fidelísimo Secretario supo divertir mi pena , y poco á poco irme conduciendo á la debida resignacion y cristiana conformidad. Consiguió hacerme tomar algunos sorbos de caldo , presentandomelo con un semblante tan triste , que parecia me lo ponía delante no tanto por mantener mi vida , como por aumentar mi afliccion. Este fino criado escribió al mismo tiempo á Don Alfonso , noticiandole las desgracias que me habian sucedido , y la miserable situacion en que me hallaba. Fué volando á Liria aquel Señor tierno y compasivo , no menos que generoso amigo. No puedo acordarme sin enternecerme , de lo que me dijo luego que me vió. Amado Santillana , me dijo echandome los brazos al cuello , no vengo á consolarte , vengo solo á llorar contigo la pérdida de tu amable Antonia , así como tú irías á llorar conmigo la de mi adorada Serafina , si el Señor me la hubiera llevado. Con efecto , derramó algunas lágrimas , acompañando las suyas con las mias. En medio de que la pesadumbre me tenia fuera de mí , no dejaron de escitar en mi corazón un vivo agradecimiento las bondadosas demostraciones de sentimiento de Don Alfonso.

Ademas de eso , tuvo una larga conversacion con Scipion sobre los medios que se podian tomar para distraer mi dolor y consolarme. Juzgáron muy cuerdamente que el primero de todos

debía ser sacarme de Liria , donde cuanto veía me renovaba á cada momento la memoria de mi Antonia. Convenidos en esto , me propuso el hijo de Don Cesar si queria ir con él á Valencia. Scipionesforzó tanto esta proposicion , que no pude menos de admitirla. Dejé pues á mi Secretario y su muger en la Quinta , en la que no veía cosa que no aumentase mi melancolía , y marché á Valencia con el Gobernador. Luego que me viéron en su casa Don Cesar y su nuera , no perdonáron á diligencia alguna para alegrarme y divertirme : hicieron cuanto pudieron discurrir para disipar mis negros pensamientos ; pero estaba tan poseido de una cruel tristeza , que nada pudieron conseguir. Nada omitia tampoco por su parte Scipion de cuanto pensaba podia contribuir á restituirme en mi antigua tranquilidad. Iba frecuentemente á Valencia á informarse por sí mismo de mi verdadera constitucion , y se volvia á Liria mas alegre ó mas triste , segun me veía mas ó menos dispuesto á consolarme. Esta señal de su fidelidad y afecto mereció entónces y aun despues todo mi agradecimiento.

Una mañana entró muy azorado en mi cuarto , y me dijo : Señor , corre por la ciudad una voz que importa á toda la Monarquía. Se dice que ha muerto el Rey , y que ya ocupa el Trono el Príncipe su hijo. Añaden que al Cardenal Duque de Melar le han separado de su empleo con pro-

hibicion de presentarse en la Corte, y que han nombrado en su lugar al Conde de Valdeories. Esta noticia me conmovió algun tanto sin saber por que. Conociólo Scipion, y me preguntó si me interesaba algo aquella gran mutacion. ¿ En que quieres que me interese? le respondí con viveza, y al parecer no sin algun enfado: habiendo dejado la Corte de una vez, todas sus mudanzas me deben ser indiferentes.

Es verdad, Señor, me replicó mi honrado criado, que siendo como sois mozo, está vmd. demasiado desprendido del mundo. Si yo me hallara en su pellejo, no dejaria de tentarme mucho la curiosidad. Iria á Madrid, aunque no fuera mas que por ponerme delante del nuevo Rey, y tener el gusto de experimentar si se acordaba, ó no, de haber visto alguna vez mi cara. Esta diversion no la perdonaria. Ya te entiendo, le repliqué. Tú quisieras que yo volviera á meterme en el tráfago del gran mundo, y á probar fortuna, ó por mejor decir, á ser de nuevo injusto, avariento y codicioso. No, amigo, espero en Dios que no te verás en ese espejo. ¿ Pues que! volvió á replicarme Scipion, ¿ todavia teme vmd. que el mundo le estrague sus buenas costumbres? Tenga vmd. mas confianza en su recto modo de pensar. Yo salgo por fiador de vmd. Las cristianas reflexiones que ha hecho, despues de su desgracia, sobre los peligros y lazos de la Corte, son muy del caso para preca-

verse de ellos. Asi que no se amilane vmd. , y vuelvase á embarcar animosamente en un mar cuyos escollos tiene tan de antemano previstos y perfectamente conocidos. Calla , necio adulator , le interrumpí medio sonriendome : ¿ que , estás ya cansado de verme quieto y tranquilo ? Creia yo que te mereciese mas amor mi sosiego.

Aquí llegaba nuestra conversacion , cuando se dejáron ver en mi cuarto Don Cesar y su hijo , quienes me confirmáron la noticia de la muerte del Rey , y la desgracia del Cardenal Duque de Melar , añadiendo que habiendo este pedido licencia para retirarse á Roma , no la pudo conseguir , ántes bien se le mandó que fuese á vivir á su Marquesado de Denia. Despues , como si estuvieran ámbos de acuerdo con mi Secretario , me aconsejáron partiese á Madrid , y me presentase al nuevo Rey , puesto que ya me conocia , y le habia hecho unos servicios de que jamas se olvidan los Grandes ni los Soberanos , para recompensarlos con gusto particular. Yo á lo menos , dijo Don Alfonso , no tengo la menor duda de que el Rey se acordará de los tuyos , ni de que deje de pagar las deudas que contrajo el Príncipe de Asturias. Lo mismo siento yo , dijo Don Cesar , y aun el corazon me está diciendo que el viage de Santillana á la Corte le ha de abrir camino para los mayores empleos.

Perdonenme , Señores , exclamé yo entónces , si me propaso á decirles que me parece no han

meditado mucho lo que me aconsejan. Segun el modo con que vmds. se esplican , dan á entender uno y otro que estan persuadidos á que solo con dejarme ver en Madrid , lograré la llave dorada , ó á lo menos un gobierno. Quiero sacarles de este error. Tan lejos estoy de pensar como vmds. piensan , que vivo en el firme concepto de que el Rey , aun cuando yo me ponga en su presencia , ni siquiera reparará en mí ; y solo por desengañarlos , ya que lo quieren asi , digo que iré á hacer la prueba. Cogiéronme luego la palabra los Señores de Leyva , y me apuráron tanto , que no pude menos de prometerles que cuanto ántes iria á Madrid. Cuando mi Secretario oyó esto , se llenó de una inmoderada alegría , imaginandose que lo mismo seria ponerme yo delante del Rey , aunque estuviese confundido entre la turba multa , que distinguirme entre todos , llamarme por mi nombre , hacerme mil favores y finezas , llenandome de honras y de bienes. Sobre este pié , forjando en su fantasía mil quimeras , me consideraba ya elevado á los primeros empleos de la Monarquía , y él mismo se figuraba superior á todo el mundo , arrimado á mi soñada elevacion.

Dispuse pues mi viage á la Corte , no ya con el pensamiento de volver á incensar á la fortuna , sino únicamente por complacer á Don Cesar y á su hijo , á quienes se les habia metido en la cabeza , y esto sin la menor duda , que in-

mediatamente me alzaria con toda la gracia y confianza del Soberano. La verdad es que á mí tambien me picaba un poco la curiosidad de ver si el Rey se habia olvidado enteramente de mí. Arrastrado de esta natural curiosidad, pero sin esperauza ni aun pensamiento de lograr la mas mínima ventaja en el nuevo reinado, tomé el camino de Madrid, acompañado de Scipion, dejando el cuidado de mi hacienda á Beatriz, con entera satisfaccion de que todo lo gobernaria bien.

CAPÍTULO II.

Marcha Gil Blas á Madrid , dejase ver en la Corte , reconozcele el Rey , recomiendale á su Ministro , y efectos de esta recomendacion.

EN menos de ocho dias llegámos á Madrid, habiendonos dado Don Alfonso los mejores caballos que tenia, para que hiciésemos el viage con mayor diligencia. Apeámonos en el meson de Vicente Forero, mi antiguo huésped, quien me alojó en el cuarto principal, mas que decentemente alhajado.

Era este mesonero un hombre que se preciaba de saber todo lo que pasaba en la Corte y en el pueblo; y como yo estaba informado de que adolecia de esta presuncion, le pregunté que

habia de nuevo. Muchas cosas, me respondió prontamente. Luego que murió el Rey, los parciales del Cardenal Duque de Melar jugaron muchos resortes para mantenerle en el Ministerio; pero todo fué inútil, porque el Conde Valdeorries pudo mas que todos ellos. Quieren decir que España nada fué á perder en esto, porque el nuevo primer Ministro es capaz por sí solo de gobernar la Monarquía, y aun el mundo entero. Lo que no admite duda, es que la nacion ha concebido las mayores esperanzas de su gran capacidad. El tiempo nos dirá si el sucesor del Duque de Melar llena ó no el puesto que ocupaba su antecesor. Empeñado ya Forero en una conversacion tan de su genio, me hizo una muy menuda relacion de todas las novedades que habian acaecido en la Corte, desde que el Duque de Melar habia sido removido, y pasado á otras manos el timon de la Monarquía.

A los dos dias de mi llegada á Madrid me fuí á Palacio, cuando ya el Rey habia acabado de comer, y de propósito me puse en un sitio por donde necesariamente habia de pasar al restituirse á su cuarto. Con efecto transitó por allí su Magestad, y ni aun siquiera me miró. Volví el dia siguiente al mismo sitio, y tuve la misma fortuna que el anterior. Repetilo tercera vez, y entónces me dió una ojeada, pero sin la menor señal de haberle merecido atencion mi persona. ¿Haslo visto por tus propios ojos? dije entón-

ces á Scipion. ¿No ves que el Rey no me ha conocido, ó si me ha conocido, no ha hecho el menor caso de mí? Lo mas acertado será volvernos por donde hemos venido. Despacio, Señor, me respondió mi Secretario, no hay que darnos tanta priesa. Sabe vmd. mejor que yo que para negociaren la Corte es menester sorna y paciencia. No deje vmd. de ponerse delante del Rey siempre que pueda. ¿Quien sabe si á fuerza de ver tantas veces delante de sí un objeto, caerá finalmente en la cuenta, y volverán á representarse con viveza en su imaginacion las facciones de su antiguo y fiel agente con la bella Catalina?

Solo porque Scipion no tuviese que reconvenirme ó echarme en cara con el tiempo, me sujeté por complacencia á darle gusto, y á continuar diariamente la misma maniobra por espacio de tres semanas. Llegó finalmente un dia en que el Rey, ó cansado ya de verme, ó dándole golpe mi diaria presencia, me mandó llamar. Entré en su cámara, no sin grande sobresalto y turbacion, viendome solo y mano á mano con mi Rey y Señor. ¿Quien eres? me preguntó inmediatamente, porque me parece haberte visto otra vez, mas no me acuerdo en donde. Señor, le respondí con voz trémula y cortada, soy uno que en cierta ocasion tuve la honra de conducir á V. M. en compañía del Conde de Sumel á casa de la Señora..... Ya, ya, interrumpió el Prín-

*

cipe, ahora sí que hago memoria. Tú eras secretario del Duque de Melar, y tu nombre, si no me engaño, ha de ser *Fulano Santillana*. No me olvido de que en aquel lance me serviste con zelo, ni tampoco de que fuéron muy mal pagados tus servicios. Dime: ¿no es así que estuviste preso por la tal aventura? Sí Señor; seis meses estuve por ella en el Alcazar de Segovia; pero al cabo debí á vuestra Real bondad que me hiciese salir de él. Eso, respondió el Monarca, no desempeñó la obligacion que contraje con Santillana; no basta haber hecho que se le pudiese en libertad, debo premiarle tambien lo mucho que padeció por haberme servido tan fielmente.

Al acabar el Rey de decir estas palabras, entró en el gabinete el Conde Valdeories. Todo sobresalta, y todo se hace sospechoso á los favoritos de los Soberanos. Sorprendióle estrañamente al Conde el ver mano á mano con el Rey á un hombre desconocido; pero mucho mas sorprendido se quedó, cuando volviendose su Magestad al Ministro, le dijo: Conde, pongo en tus manos á este buen hombre; te encargo que le des algun empleo, y procures adelantarle. Afectó el Ministro recibir la orden del Rey con la mayor sumision y complacencia, y mirandome con mucho cuidado de piés á cabeza, se salió pensativo y deseoso de saber quien era yo. Vete en paz, amigo, me dijo entónces el Rey,



*Conde, pongo en tus manos à este buen hombre;
te encargo lo des algun empleo.*

Choquet inv. del.

Paquet sculp.

haciendome señal de que me retirase : no dudes , añadió , que el Conde te empleará en alguna cosa de mi servicio , de tu honor , y de tu mayor conveniencia.

Salí del gabinete , y fuíme derecho á donde me estaba esperando el fiel Scipion , muy impaciente por saber lo que habia pasado en la audiencia del Monarca. Inmediatamente que me vió , me preguntó muy azorado : ¿ Que tenemos de nuevo ? ¿ hemos de volvernos luego á Valencia , ó mantenernos todavía en la Corte ? Tú lo podrás juzgar , le respondí ; y contéle palabra por palabra todo lo sucedido en el breve rato que estuve con el Rey. Y bien , repuso Scipion en el primer transporte de su alegría , ¿ se burlará otra vez vmd. de mis pronósticos ? Confiese ya , mal que le pese , que ni los Señores de Leyva ni yo discurríamos tan mal , cuando le instábamos tanto á que se presentase luego en Madrid. Ya tengo yo destinado en mi mente el puesto que ha de ocupar ; esté vmd. cierto de que será el Roncal del Conde Valdeories. No lo permita Dios , le respondí ; eso es cabalmente lo que yo no quiero , porque es un empleo rodeado de precipicios y lleno de tentaciones. Acordandome de lo que abusé en otro muy semejante en tiempos pasados , no debo fiarme de mí , ni esponerme temerariamente á las ocasiones de precipitarme en la ambicion y en la avaricia ; y asi solo apetezco un empleo donde no tenga

facultad para hacer injusticias , y en que pueda servir al Rey , á la patria , y á algunos amigos. Animo, Señor, me replicó Scipion , el Ministro os colocará en algun puesto que podais desempeñar dignamente , sin perjuicio de vuestro honor ni de vuestra conciencia.

Movido mas de las instancias de Scipion que de los impulsos de mi curiosidad , madrugué al dia siguiente mucho ántes de la aurora , y me fuí derecho á casa del Conde Valdeories , noticioso de que aquel Ministro se levantaba todos los dias dos horas ántes de amanecer , y que con luz artificial daba audiencia á los que querian hablarle entónces. De propósito me arrimé á un rincon de la sala por modestia ó por encogimiento , y desde allí estuve observando al Conde muy á mi satisfaccion luego que se dejó ver , porque en Palacio muy de estudio le habia mirado poco. Era un hombre de menos que mediana estatura , que podia pasar por gordo en un pais donde son pocos los que no inclinan á flacos ; las espaldas tan elevadas , y tan hundida en ellas la cabeza , que mirado de frente se representaba giboso , aunque no lo era en realidad ; la cabeza tan gruesa y tan pesada , que no pudiendo sostenerse derecha , naturalmente se dejaba caer como derribada sobre el pecho ; cabello negro y lacio , cara larga , color accitunado , barba puntiaguda , y un si es no es elevada en arco , caminando á dar con la nariz ,

lo que hacia parecer la boca como escondida ó encubierta.

El conjunto de estas facciones no le representaba á la verdad un Señor muy galan. Con todo eso, como yo me le figuraba inclinado favorablemente, hácia mí, le miré con cierta aficion, y no me pareció tan feo como era. Fuera de eso, recibia á todos de un modo tan apacible y grato; tomaba los memoriales que le presentaban con tan buena gracia, que estas bellas modales suplían con ventaja todo lo que podia faltar de recomendacion á su irregular figura. Sin embargo, cuando yo me acerqué para saludarle y para que me reconociese, me miró con ojos ceñudos y centelleantes, me volvió como enfadado las espaldas, y sin darme tiempo á que le dijese una palabra, se entró arrebatadamente en su gabinete. Entónces sí que me pareció aquel Señor tan feo como lo era en la realidad, y quizá mas. Salí de la sala verdaderamente aturdido, sin ver la tierra que pisaba, pasmado de un recibimiento tan áspero y desabrido, no sabiendo á que atribuir aquella estraña novedad.

Encontréme luego con Scipion que me estaba esperando á la puerta, y dijele inmediatamente: ¿A que no sabes como me ha recibido el Ministro? No lo sé, me respondió, pero es bien fácil adivinarlo. Atentísimo el Ministro á complacer al Soberano, os recibiria con mil demostra-

ciones de estimacion y de cariño ; os ofreceria su amistad y todo su valimiento , concluyendo con proponeros varios empleos á cual mas considerables , y dejaria en vuestra mano la eleccion. Sí por cierto , repuse yo ; asi fué ni mas ni menos : solo que te engañas miserablemente , pues sucedió todo lo contrario. Referíle entón-ces el lance conforme habia pasado ; oyóme con atencion , y me dijo : Una de dos , ó el Conde no conoció á vmd. , ó sin duda le tuvo por otro. Mi parecer es que le vuelva vmd. á ver , y no dude que le recibirá con mejor semblante. Tomé el consejo de Scipion ; puseme segunda vez en presencia del Conde , y este me recibió todavía peor que la primera : miróme con un terrible sobrecejo , y sin hablarme palabra me volvió luego las ancas , retirandose con ademan des- deñoso y enfadado , como si le molestase mi presencia.

Llegáronme al alma tan repetidos desaires , y fué tal mi despecho , que determiné volverme á Valencia aquel mismo dia ; pero á esto se opuso Scipion con todas sus fuerzas , no pudiendo re- solverse á renunciar á las grandes esperanzas que habia concebido. ¿ No conoces , le dije , que el Conde tiene gana de alejarme de la Corte ? Habiendo visto él mismo la inclinacion que me manifestó el Monarca , y oido las espresiones con que me recomendó , ¿ no basta esto para que su valido entre en zelos , me mire con malos

ojos, y me aborrezca de muerte? Cedamos pues al tiempo, y hagamos voluntaria esta cesion, sin esperar á que nos precise á ello la violencia; rindamonos al poder de un enemigo tan superior. Señor, me replicó encendido en cólera contra el Conde Valdeories, si yo fuera que vos, me iria á echar á los piés del Rey, y no desampararia cobardemente el terreno, ántes bien me quejaria altamente á S. M. del poco caso que el Ministro habia hecho de su Real recomendacion. ; Malísimo consejo! exclamé; si diera yo un paso tan imprudente, presto me arrepentiria de él. Lejos de eso, aun sin haberle dado ni pensar en darle jamas, no sé si estamos seguros en esta Villa.

Cuando mi Secretario me oyó hablar de esta manera, se puso á reflexionar; y considerando que las habiamos con quien de un instante á otro podia volvernó á encerrar en el Alcazar de Segovia, conoció al fin que yo tenia razon, y no oponiendose ya á mi pensamiento de dejar cuanto ántes á Madrid, quedámos en emprender nuestro viage al amanecer del dia siguiente.

CAPÍTULO III.

Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner en ejecucion el pensamiento de dejar la Corte , y del importante servicio que le hizo su amigo Josef Navarro.

AL restituírnos al meson encontré en la calle á Josef Navarro , aquel repostero de Don Baltasar de Zúñiga. Llegueme á hablarle , aunque acordandome de cuan mal me habia portado con él ; saludéle cortesmente , y le pregunté si me conocia , y si la bondad de su corazon llegaria á tanto que se dignase reconocer á un antiguo servidor y favorecido suyo , que verdaderamente no habia correspondido como debia á su amistad y á sus finezas. ¿Luego vmd. mismo confiesa , me respondió , que no se portó bien conmigo ? Sí Señor , le dije , confiesolo francamente , y añado que tendrá vmd. mil razones para decirme cuanto quisiere , llenandome de improperios ; todo lo tengo bien merecido , si ya no fuéron bastante satisfaccion de mi ingratitud los crueles remordimientos que la siguiéron. Ya que vmd. está tan arrepentido de su culpa , me respondió Navarro , no debo yo acordarme de ella ; y diciendo esto , me echó los brazos al cuello. Yo tambien le estreché cuanto

pude entre los míos, y uno y otro volvimos desde aquel instante á la misma amistad y confianza que ántes. Habia sabido mi prision y el desórden en que se hallaban mis negocios, pero ignoraba lo demas. Informéle menudamente de todo, hasta de la conversacion que habia tenido con el Rey; contéle lo mal que siempre me habia recibido el Ministro, y no le callé mi determinacion de retirarme á mi soledad. No hagais tal disparate, me dijo interrumpiendome; puesto que el mismo Rey os hizo tan graciosa acogida, es indispensable que os sirva de algo su poderoso favor. Aquí para entre los dos: el Conde Valdeories tiene sus estravagancias; es caprichoso, y á veces, como en la presente ocasion, procede de un modo que no se llega á comprender; pues él solo tiene la llave de sus acciones verdaderamente heteróclitas. Y así, amigo, sea cual fuere la causa de haberos recibido tan mal, manteneos firme, y no desampareis el puesto. Nunca podrá él impedir que os aprovecheis de la benignidad con que os mira el Monarca: esto vos lo aseguro sobre mi palabra, y fiaos de mí, que conozco algo la Corte; ademas que esta noche diré sobre el asunto dos palabritas á mi amo Don Baltasar de Zúñiga, tio del Conde, y el atlante que le ayuda á sostener el peso del gobierno. Preguntóme despues Navarro donde era mi posada, y sin decirme mas nos separámos.

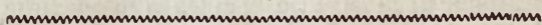
Tardé poco en volverle á ver. El dia siguiente vino á mi posada, y sin mas preludios me dijo luego que entró: Señor Santillana, os hago saber como teneis en mi amo un buen protector. A noche le hablé, y desde luego tomó de su cuenta vuestros intereses, ofreciendome que se empeñaria por vos con su sobrino el Conde Valdeories. No se contentó con esto aquel generoso amigo mio, pues al cabo de dos dias él mismo me presentó á su amo Don Baltasar, quien mereció con el mayor agasajo, diciendome: Señor Santillana, mi secretario Navarro, vuestro amigo, me habló de vuestra persona en tales términos, que no puedo menos de servirlos. Hice una profunda reverencia al Señor Don Baltasar, diciendole que toda mi vida me confesaria sumamente reconocido al Señor Navarro, por haberme proporcionado el honor, no solo de rendir mis respetos, sino de lograr la proteccion de un Ministro y de un Señor á quien todo el mundo llamaba, y con razon, *el lucero del Consejo*. Al oir Don Baltasar tan lisonjero cumplimiento, se le asomó un poco la risa, y dandome dos palmaditas en el hombro, me dijo: Presentaos mañana al Conde Valdeories, y no dudeis que saldréis de la visita mas contento que otras veces.

Con efecto, al otro dia me presenté en su antesala por la tercera vez; reconocióme entre la multitud de pretendientes, miróme y sonrióse, lo que desde luego me pareció un pronóstico

feliz. Esto va bien, dije á mi coletto. El tio sin duda hizo entrar en razon al sobrino. Asi pues, desde entónces me prometí una audiencia favorable, y en verdad que no me engañé. Despues que el Conde dió despacho á los demas, me hizo entrar en su gabinete, y me dijo en tono muy familiar: Perdoña, amigo Santillana, los malos ratos que te he dado, y el cuidado en que te he puesto, ya por divertirme un poco á costa tuya, y ya tambien para probar hasta donde llegaba tu paciencia en aguantar mi mal humor. Sin duda te persuadiste á que no me agradaba tu persona; pero, hijo, te engañas de medio á medio: sabete que por el contrario me gustaste desde que te ví, y que muchas veces te venias á mi memoria, no sin sensible complacencia mia. Aunque el Rey mi amo no me hubiera mandado tan espresamente que hiciese tu fortuna, ten por cierto que yo procuraria hacertela por justicia é inclinacion. Ademas de eso, mi tio Don Baltasar de Zúñiga, á quien nada puede negar mi amor y gratitud, me encargó mucho que te mirase como á una persona por quien se interesa. Bastaba solo esto para determinarme á hacer por tí hasta donde alcance mi poder.

Este principio de fortuna hizo tanta impresion en mis potencias y sentidos, que todos se alborotáron. Arrojéme ciegamente á los piés del Ministro, quien inmediatamente me levantó, y prosiguió diciendome: Despues de comer vuelve

acá , dejate ver de mi mayordomo , que él te dará las órdenes que yo le encargare. Dicho esto salió S. E. de su despacho , y fué á oír Misa en su Oratorio , como lo acostumbraba todos los días despues de haber dado audiencia ; y oída , marchó á Palacio para hallarse en el cuarto del Rey , al tiempo de levantarse S. M. de la cama.



CAPÍTULO IV.

Logra Gil Blas el afecto y confianza del Conde Valdeories.

No me descuidé en volver á casa del primer Ministro despues de haber comido. Pregunté por el cuarto de su mayordomo , que se llamaba Don Ramon Caporis. Luego que oyó mi nombre , me saludó con particular respeto. Señor , me dijo , sirvase V. S. venir conmigo ; voy á guiarle al cuarto que el Señor Conde mi Señor le tiene señalado. Dicho esto me llevó por una escalerilla secreta , la cual conducia á una fila de cinco ó seis salas á un mismo piso , que formaban un ala de la casa , alhajadas todas con muebles bastante modestos. Esta es , Señor , me dijo , la habitacion que su Escelencia ha destinado para V. S. Aquí se le servirá á V. S. una mesa de seis platos á cuenta de su Escelencia , asistirán á ella los criados del mismo Señor , y tendrá á su disposicion un coche de la casa. Aun no lo he dicho

todo : el Conde mi Señor me ha encargado fuertemente se trate á V. S. con las mismas atenciones, y ni mas ni menos como si fuera uno de su sangre.

¿Que diablos significa todo esto? me decia yo á mí mismo. ¿Como he de entender yo tan señaladas distinciones? ¿Quien sabe si en ellas se oculta alguna malicia, y si las ha mandado el Ministro, solo por divertirse un poco á costa mia? Hallabame perplejo entre estas dudas, fluctuando entre el temor y la esperanza, cuando vino un page á decirme que el Conde me llamaba. Partí volando á donde estaba su Escelencia solo, quien apénas me vió, me dijo : ¿Y bien, Santillana, estás contento con tu cuartito y con las órdenes que he dado al mayordomo? Señor, le respondí, las escesivas honras que me hace V. E. verdaderamente me tinen lleno de confusion. ¿Y eso por que? me replicó con prontitud. Dime : ¿podré yo nunca honrar bastante á un hombre que el Rey me recomendó con tan vivas espresiones? Ciertamente no. No hago otra cosa que cumplir con lo que debo, tratandote con estimacion. Asi que no hay para que te admires de lo que ejecuto contigo, y desde luego debes creer que no se te puede escapar de las manos una fortuna tan brillante como sólida, solo con que me tengas á mí tanta ley como tuviste al Duque de Melar.

Pero, ya que hemos nombrado á este Señor,

dime : he oido decir que vivíais los dos con toda familiaridad. Quisiera saber como os conocísteis, y en que cosas te empleaba aquel Ministro. Dímelo todo con franqueza , y no me ocultes cosa alguna , porque soy acreedor á una relacion exacta y fiel. Acordéme entónces del embarazo en que me hallé con el Duque de Melar , cuando me ví en el mismo caso , y del efugio con que salí de aquel barranco : puse lo nuevamente en práctica en esta ocasion , y aun con mayor felicidad ; quiero decir , que en mi informe dí el mejor color que pude á los lances mas escabrosos , y que me hacian poco honor. Procuré tambien escusar todo lo posible al Duque de Melar , aunque conocí que al Conde le daria mayor gusto , si en nada le hubiera perdonado. Por lo que tocaba al Baron de Roncal , no quise hacerle gracia : pinté con la mayor viveza todo lo que sabia de él , en punto al tráfico que hacia de Encomiendas , Beneficios y Gobiernos.

En cuanto al Baron de Roncal , me interrumpió el Ministro , todo lo que me dices es muy conforme á varios memoriales que me han presentado contra él , donde se contienen delaciones y cargos que todavía son de mayor importancia. Pronto se le hará su causa ; y si deseas que pague cuanto mal hizo , creo quedarás satisfecho. Señor , repuse yo , sabe Dios que no deseo su muerte , aunque no quedó por él que yo no hubiese encontrado la mia en el Alcazar de Se-

govia, donde fué causa de que estuviese alojado mucho tiempo. ¿ Como así? replicó el Conde. ¿ Pues que, el Baron de Roncal fué quien te puso preso? Eso lo ignoraba. Mi tío Don Baltasar, á quien Navarro contó la historia de tu vida, solo me dijo que el Rey te habia mandado arrestar, porque cierta noche habias introducido al Príncipe en no sé que casa sospechosa. Esto es todo lo que yo sabia; mas no puedo adivinar que papel podia hacer Roncal en esta comedia. El mismo, respondí yo, que hace un enamorado que se imagina ofendido. Con esta ocasion le espeté una relacion muy individual de aquella aventura, la que en medio de su severidad no pudo oír sin casi llorar de risa. Sobretudo le divirtió mucho el lance de la historia de Catalina, cuando unas veces hacia de nieta, y otras de sobrina; ni celebró menos la parte que habia tocado en esta representacion al Duque de Melar.

Luego que acabé mi relacion, me despidió el Conde, diciendome que no dejaria de emplearme el dia siguiente. Fui derecho á casa de Don Baltasar de Zúñiga, para darle gracias de los buenos oficios que habia hecho por mí, y al mismo tiempo participar á mi amigo Navarro la favorable situacion en que me hallaba con el primer Ministro.

CAPÍTULO V.

Conversacion secreta que tuvo Gil Blas con Navarro, y primer empleo en que le puso el Conde Valdeories.

NO bien ví á Josef Navarro cuando le dije que tenia mil cosas que confiarle. Llevóme á un lugar retirado, donde en breves palabras le puse al cabo de todo el hecho, y le pregunté que le parecia de ello. Pareceme, respondió, que estais en vísperas de una gran fortuna; todo conspira á creerlo asi. Estais en el mayor auge de gracia con el primer Ministro; y lo que no dejará de serviros de algo, yo me hallo bastante enterado para poder haceros el mismo servicio que os hizo mi tio Melchor de la Ronda, cuando entrásteis en el Palacio del Arzobispo de Granada. Aquel os ahorró el trabajo de estudiar el genio del Prelado y de sus principales familiares, imponiendos en el carácter de cada uno: yo quiero preveniros cual es el del Conde, cual el de la Condesa su muger, y cual el de Doña María, su hija única.

El Conde es un Señor de espíritu grande, penetrante, pronto, y capaz de los mayores proyectos; tienese por hombre universal, en virtud de una ligera y superficial tintura de las ciencias, y se cree capaz de resolver decisiva-

mente en cualquiera materia facultativa. Imagínase un profundo Letrado, un gran Capitan, y un refinadísimo político. Sobretudo está tan casado con sus dictámenes, que siempre los sigue, prefiriendolos á todos los demas, y esto solo porque no se juzgue que se gobierna por luces ajenas: defecto que, hablando entre los dos, puede producir funestas consecuencias en gravísimo perjuicio de la Monarquía. Brilla en el Consejo por cierta elocuencia natural, y escribiría tan elegantemente como habla, si no afectara, para añadir decoro y magestad á su estilo, el hacerle oscuro, formandole de voces exóticas, altisonantes, poco usadas, de significado incierto, y por consiguiente sujetas á una construcción ambigua y á una inteligencia revesada.

Esta es la pintura de su talento. La de su corazón es la siguiente. Es generoso y amigo de sus amigos. Quieren decir que es vengativo; pero cuan pocos son los que dejan de serlo, viendose con tanto poder y en tanta elevación! También se le acusa de ingrato, porque hizo desterrar á un Duque y á cierto Religioso, aquel válido del Rey, y este su Confesor, y á quienes dicen debía muchos favores; pero el que aspira á ser primer Ministro, ¿cuando perdonó á los que imaginaba con voluntad y con fuerzas para atravesar su pretension? La ambición en las Cortes parece que dispensa de todas las obligaciones del agradecimiento.

La Condesa su muger es una Señora sin mas tacha, á lo que yo he podido conocer, que la de vender á peso de oro las gracias que por su intercesion dispensa su marido. La hija, hoy dia el partido mejor y mas ventajoso de to la España, es una señorita cabal y el ídolo de su padre. Con atencion á estas luces que os doy, podréis arreglar vuestra conducta. Haced la corte á estas dos Señoras; mostraos aun mas adicto al servicio del Conde Valdeories que lo fuísteis al del Duque de Melar; y sin otra diligencia dentro de poco llegaréis á ser, si no me engaño, un grande y poderoso Señor.

Tambien os aconsejo que no dejeis de visitar de cuando en cuando á mi amo Don Baltasar; es verdad que no tendréis necesidad de él para vuestros ascensos, mas con todo siempre convendrá tenerle propicio. Al presente estais bien puesto en su estimacion y concepto; procurad conservaros en el mismo predicamento, porque en la ocasion os podrá servir. Pero, como tio y sobrino, repliqué yo á Navarro, gobiernan el Estado, ¿quien sabe si con el tiempo no se suscitarán entre los dos algunos zelillos? No hay que temer eso, me respondió: reina entre ámbos una perfectísima union. Sin Don Baltasar nunca hubiera sido primer Ministro Valdeories, porque, muerto el Rey, toda la casa de Donvaldos se dividió, unos á favor del Cardenal, y otros por su hijo; pero Don Baltasar mi amo, el mas

hábil de todos los Cortesanos, y el Conde Valdeories, no menos sagaz ni menos fino que él, trastornáron todas sus medidas, y tomáron las suyas tan ajustadas, que al fin dejáron burlados á todos los pretendientes. Nombrado primer Ministro el Conde Valdeories, repartió la administracion con su tio Don Baltasar, dando á este la de los negocios estrangeros, y quedandose él con el manejo de los interiores del Reino: de suerte que estrechando por este medio los vínculos de la sangre que los unia, y manteniendose estos dos Señores en una perfecta independenciam uno de otro en el gobierno de los negocios que pertenecen á sus respectivos departamentos, se conservan en una concorde inteligencia, al parecer inalterable.

A esto se redujo la conversacion, á la verdad útil para mí, que tuve con el amigo Navarro, á quien prometí que procuraria aprovecharme de sus consejos. Despues pasé á dar las gracias al Señor Don Baltasar de lo mucho que se habia interesado por mí. Respondióme con el mayor agrado que abrazaria gustoso todas las ocasiones que se le proporcionasen de servirme, y que celebraba infinito verme igualmente contento y satisfecho de su sobrino, á quien me aseguró volveria á hablar en favor mio, aunque no sea mas, añadió, que para que conozcais lo presente que estan en mi corazon todos vuestros iutereses, y al mismo tiempo entendais que en

lugar de un protector habeis adquirido dos : tau á pechos habia tomado mi proteccion el Señor Don Baltasar , en atencion á los buenos oficios de Navarro.

Desde aquella misma noche dejé mi posada , y fuí á tomar posesion de la habitacion que el primer Ministro habia mandado se me dispusiese en su casa. Sentámonos á cenar Scipion y yo , sirviendonos los criados de la misma casa , los cuales quizá allá dentro de sí mismos se estarían riendo del órden que se les habia dado de tratarnos con el mayor respeto , miétras nosotros procurábamos mostrar que lo merecíamos , afectando una postiza y ridícula seriedad y compostura.

Apénas se retiráron , levantados los manteles , cuando mi secretario , que ya no podia contenerse , prorumpió en una gran risa , en mil locuras y en mil graciosidades que le dictaba su humor festivo y sus mas alegres esperanzas. Por lo que tocaba á mí , aunque realmente estaba como embelesado , viendome en el estado en que me veia , todavía ninguna disposicion reconocia en mi interior para dejarme deslumbrar ; y asi , luego que me metí en la cama , me quedé tranquilamente dormido , desechando toda idea de grandeza , miétras Scipion por el contrario pasó mas de la mitad de la noche en atesorar riquezas imaginarias , para casar á su hija Serafina.

Aun no bien me habia acabado de vestir el dia siguiente, cuando me viniéron á llamar de parte del Conde. Partí inmediatamente al despacho de S. E., el cual apénas me vió, me dijo. Ahora bien, Santillana, quiero probar tu talento. Dijisteme que el Duque de Melar te solia emplear en disponer varios escritos, y yo tengo ya ideado uno, que para mí será tu primer ensayo. La materia es esta. Quiero publicar una obra ó especie de manifiesto, para disponer al público á favor de mi ministerio. Ya he hecho correr secretamente la voz de que encontré las cosas en gran confusion y en muy mal estado; y ahora es menester hacer ver, asi á la Corte como á toda la Nacion, el triste atraso en que estaba la pobre Monarquía, al tiempo de tomar yo las riendas del gobierno. Aquí se hace indispensable una pintura muy viva de la tal lastimosa situacion, de manera que dé golpe al pueblo, y le haga no echar menos el ministerio pasado. Despues ponderarás con gran énfasis las acertadas medidas que ha tomado el ministerio presente, para hacer glorioso el actual reinado, floreciente el estado, y los vasallos felices.

Dicho esto, me entregó un papel que contenia los justos motivos de los pueblos para estar descontentos con el gobierno anterior. Constaba de diez artículos, el menor de los cuales era muy bastante para sobresaltar á todo buen Es-

pañol. Hizome despues pasar á un gabinetillo contiguo á su despacho , y allí me dejó solo para que me pusiese á trabajar. Comencé á disponer mi manifiesto lo mejor que me fué posible. Entré haciendo una patética , pero muy ponderada descripcion del lamentable estado en que se hallaba la Monarquía ; el Erario exhausto , las rentas de la Corona disminuidas y empeñadas en manos de asentistas , y la Marina enteramente arruinada. Puse presentes las faltas que se habian cometido en el último reinado , y las funestas consecuencias que podian traer consigo. En fin , pinté la Monarquía en el último peligro por la negligencia ó por la poca prevision de los Ministros anteriores , ó de su gefe el Duque de Melar. A la verdad ya no conservaba yo resentimiento alguno contra aquel Señor , y sin embargo no me pesaba de que se hubiese ofrecido la ocasion de hacerle aquel mal oficio. Tal es el corazon del hombre.

Finalmente , despues de haber hecho la mas espantosa pintura de los males que amenazaban á España , procuré alentar los ánimos , haciendo concebir las mas fundadas esperanzas de precaverlos en el actual Ministerio , y se concluía la obra , hablando del Conde Valdeories como del redentor de la Nacion , prometiendola torres y montones. En una palabra , bebí tan felizmente el pensamiento del nuevo Ministro , que quedó sorprendido luego que leyó mi trabajo.

Santillana, me dijo, has hecho mas de lo que esperaba de tí, pues tu obra es verdaderamente digna de un Secretario de Estado. Ya no me admiro de que el Duque de Melar se valiese de tu pluma. Tu estilo es conciso y elegante, pero me parece un si es no es demasidamente natural. Al mismo tiempo me señaló las espresiones que no eran tan de su gusto, y tenia ya notadas; tomó la pluma y corrigiolas, haciendome ver por sus enmiendas, que se pagaba mucho de voces pomposas y preñadas, y le caia muy en gracia un poco de oscuridad, como ya me lo habia prevenido Navarro. Con todo eso, aunque le agradaba tanto la nobleza, ó por mejor decir, lo afectado ó culto de las espresiones, dejó intactos los dos tercios de mi escrito, sin mudar ni una sola sílaba; y para darme la mejor prueba de su plena satisfaccion, aquel mismo dia, al acabar yo de comer, me envió por mano de su mayordomo trecientos doblones para postre de la comida.

CAPÍTULO VI.

Emplea Gil Blas los trecientos doblones que el Conde le regalò : encarga una comision á su fiel Secretario ; y feliz suceso del escrito de que acabamos de hablar.

ESTA generosidad del Ministro dió nuevo motivo á Scipion para repetirme mil parabienes de haber vuelto á la Corte. Palpando estamos , me dijo , que la fortuna quiere hacer grandes cosas por nosotros. ; Está vmd. ahora arrepentido de haber dejado su amada , pero fria soledad ? ; Viva el Señor Conde Valdeories ! No se puede negar que es un amo muy diferente del Duque de Melar. Aquel queria bien á vmd. , pero le dejaba morir de hambre , sin darle ni un triste escudo ; mas el Señor Conde ya le ha regalado con una gratificacion que vmd. mismo no se atreveria á esperar , sino despues de largos servicios. Quanto celebraria yo que los Señores de Leyva fuesen testigos de las prosperidades de vmd. , ó á lo menos de que á estas horas las supiesen. Tiempo es ya , dije yo , de darles noticia de ellas , y justamente ahora mismo queria hablarte del asunto. No dudo que tendrán grande impaciencia por saber de mí , pero estaba aguar-

dando verme en estado de poder decirles positivamente si me quedaba en la Corte, ó volvía á Liria. Una vez que puedo ya hablar con seguridad, podrás ir á Valencia, cuando te pareciere, á informar á aquellos Señores de mi presente situacion, que miro como obra suya, siendo cierto que á no habermelo ellos persuadido, jamas me hubiera determinado á volver á Madrid. ; O mi amado amo y Señor, exclamó Scipion, quanto se alegrará toda aquella generosísima familia, cuando oigan de mi boca todo lo que ha sucedido á vmd. ! ; Quanto no diera yo por hallarme en este instante á las puertas de Valencia ! mas espero tardar poco en verlas. Los caballos de Don Alfonso ya estan prevenidos ; montaré en uno de ellos, y haré que me siga en el otro un lacayo del Conde ; porque fuera de que quiero llevar compañía para el camino, la librea de un primer Ministro deslumbra á los que la ven.

No pude oir sin reirme la necia vanidad de mi Secretario ; y con todo eso mas necio quizá yo y mas vano que él, le permití su locura, dejandole hacer lo que le diese la gana. Parte, le dije, y vuelve lo mas presto que puedas, porque tengo que darte otro encargo. Quiero que vayas á Asturias á llevar algun dinero á mi pobre madre. Por pura negligencia mia dejé pasar el tiempo de enviarla el anual socorro de cien doblones que la prometí, y que tú mismo

★

te ofreciste á poner en sus manos. Las promesas de esta especie deben ser inviolables y como sagradas en un hijo ; y por lo mismo confieso y siento la poca exactitud con que he cumplido la mia. Señor, me respondió Scipion, doy á vmd. palabra que en el breve espacio de seis semanas quedarán fielmente desempeñados ámbos encargos. En este preciso tiempo habré informado de todo á los Señores de Leyva , hecho una visita á vuestra quinta de Liria , y vuelto á ver á Oviedo , de cuya ciudad no me puedo acordar , sin dar al diablo las tres partes y media de los que la habitan. Entregué pues al hijo de la Coscolina cien doblones para mi madre , y otros ciento para él , deseando hiciese con gusto los largos y acelerados viages que iba á emprender.

Poco despues de la partida de Scipion se publicó estampado el manifiesto de que he hablado , y desde luego fué el asunto de las conversaciones de Madrid. Al pueblo , amigo siempre de novedades , le gustó infinito. La disipacion de las rentas Reales , y la pobreza tan ponderada del Erario , pintada con los mas vivos colores , le amotináron contra el Duque de Melar ; y los golpes que se descargaban contra este Ministro , si no todos los aprobáron , no faltáron muchos que los aplaudiéron. Las magníficas promesas que hacia el Conde Valdeories de ir desempeñando la Corona por medio de una sabia econo-

mía, sin cargar mas al vasallo, deslumbraron á todos en general, y les confirmaron en el gran concepto que tenian de los superiores talentos del nuevo Ministro; de manera que no se oian en Madrid sino sus elogios y aplausos.

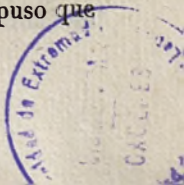
Como el Conde vió logrado lo único que pretendia con aquella obra, conviene á saber, ofuscar al vulgo, y levantarse con el amor de la muchedumbre, quiso merecerlo verdaderamente por medio de una accion que fuese útil al Rey sin el menor gravámen del público. Acordóse de la invencion que hizo famoso al Emperador Galba, el cual se echó de repente sobre las inmensas riquezas de los particulares que las habian adquirido, sabe Dios como, administrando las rentas del Imperio. Luego que el Conde hizo vomitar toda la sangre á aquellas sanguijuelas del pueblo, agregandola á los cofres del Rey, para conservarla dispuso se suprimiesen todas las pensiones, empezando por las suyas, como tambien todas las gratificaciones que se hacian en dinero á costa del Soberano. Bien conoció que la ejecucion de este pensamiento era un poco difícil, porque forzosamente habia de discontentar á muchos, y mudar casi todo el semblante del Gobierno. Para templar á aquellos sin alterar á este demasiadamente, me ordenó escribiese otro manifiesto en forma de memorial ó representacion al Rey, cuya sustancia y método me sugirió él mismo.

Encargóme mucho que procurase elevar todo lo posible la ordinaria naturalidad y simplicidad de mi estilo, dando mas energía y mayor nobleza á mis frases. Señor, le dije, si á V. E. le gusta lo sublime, espero tener la honra y fortuna de complacerle. Encerréme pues en el mismo gabinete donde habia compuesto el primer manifiesto, y me puse á trabajar este segundo, despues de haber invocado fervorosamente la retumbante elocuencia del Arzobispo de Granada, mi antiguo amo.

Di principio á mi obra, haciendo presente al Soberano la indispensable necesidad de conservar intacto el dinero depositado en las arcas Reales, como destinado únicamente para emplearse en las urgencias generales de la Monarquía, siendo un sagrado depósito que debia reservarse para tener en respeto á los enemigos de España. Despues hacia presente á S. M. que suprimiendo las pensiones y gratificaciones cargadas sobre la Real Hacienda, no por eso se privaba su augusta liberalidad del gusto que tendria en recompensar generosamente el mérito y los servicios de los vasallos que se hiciesen acreedores á sus reales gracias; pues para unos tenia Vireinatos, Gobiernos, Hábitos de las Ordenes Militares, y empleos en sus ejércitos; para otros Encomiendas, sobre las cuales podria cargar muchas pensiones, Títulos de Castilla, Togas y otras Magistraturas, y todo género de Bene-

ficios Eclesiásticos para los que quisiesen seguir la carrera de la Iglesia.

La composicion de este escrito, mucho mas largo que el anterior, me ocupó solo tres dias, y por mi fortuna salió tan acomodado al gusto del Conde, por estar atestado de voces enfáticas y de cláusulas metafóricas, que el Ministro no se hartaba de aplaudirle y admirarle. Muchísimo me agrada esta obra, me dijo, y mostrandome con el dedo varias voces campanudas y algunos períodos rumbosos que tenia apuntados: *Esto sí, esto sí*, me decia, *que parece propriamente vaciado en los moldes privativos de mi secretaría*. Animo, Santillana, ya estoy previendo que me ha de servir de mucho tu habilidad. En medio de eso, y no obstante los desmedidos elogios que hizo de mi trabajo, no dejó de retocarlo y enmendarlo en algunos pasages. Puso mucho de su casa, y en fin hizo una pieza de elocuencia que admiró al Rey y á toda la Corte. El público, claro está, la honró tambien con una general aprobacion, y aun se adelantó á prometerse mil felicidades en lo venidero, lisonjeandose de que la Monarquía habia de volver á su antiguo esplendor y lustre, bajo el Ministerio de un personage tan grande, y de tan extraordinario talento. Viendo S. E. la mucha fama que le habia grangeado aquel escrito, quiso que me produjese algun fruto por la parte que yo habia tenido en él; y asi dispuso que



el Rey me señalase una pension de quinientos escudos sobre el Priorato de Castilla : gracia tanto mas apreciable para mí , quanto me hacia dueño de una renta lícitamente adquirida , aunque con poco trabajo.

CAPÍTULO VII.

Por que casualidad , en que sitio y en que estado encontró Gil Blas á su antiguo amigo Fabricio , y conversacion que tuviéron.

NINGUNA cosa le gustaba tanto al Conde , como saber todo lo que se hablaba en Madrid verde ó seco acerca de su Ministerio. Todos los dias me preguntaba que decia la gente de él. Tenia asalariadas varias espías que le viniesen á contar hasta las mas menudas cosas que habian oido en orden á su persona y gobierno. Como las encargaba sobretodo le dijesen la verdad , no tenia poco que sufrir algunas veces su amor propio , porque la lengua del pueblo es tan suelta que nada perdona , y á nadie respeta.

Luego que descubrí en él esta flaqueza , ó fuese curiosidad que podia ser loable y producir grandes utilidades en beneficio del público , y en el acierto de su propia direccion , me apliqué á congraciarme con él tambien por este lado. Con esta mira me dí á tratar con las gentes , y siem-

pre que veia algun corrillo de personas honradas, me arrimaba á él y entraba en la conversacion. Si esta era acerca del gobierno, como lo suelen ser casi todas las de la gente ociosa y novelera, escuchaba con mucha atencion, pero sin demostrar poner cuidado, ántes bien fingiendome poco curioso ó distraido, todo lo que se discurria en la materia. Si oia alguna especie digna de que la supiese S. E., al instante se la comunicaba; pero jamas le dije cosa alguna que le pudiese disgustar, ó que no le fuese favorable.

Un dia volviendo de oir una de aquellas conversaciones, pasé cerca de un Hospital, y me dió gana de entrar á verle. Recorrí dos ó tres salas, y mirando á todas partes, compadecido de ver aquellos pobres enfermos, reparé entre ellos á uno que fijó mi atencion, porque me pareció ver en él á mi paisano y antiguo camarada Fabricio. Acerquéme mas á su cama para observarle mejor; y aunque no pude ya dudar que era el poeta Nuñez, con todo me paré algunos instantes á considerarle un poco mas, pero sin hablarle palabra. El me conoció luego y clavó los ojos en mí, pero igualmente suspenso y silencioso que yo. Al cabo rompí el silencio, y prorumpí diciendole: O mis ojos me engañan, ó el enfermo que veo en esta cama es mi antiguo amigo Fabricio. El mismo soy, me respondió friamente, y esta vez te han dicho tus

ojos la pura verdad. Desde que me separé de tí, no he tenido otro oficio que el de autor; he compuesto novelas, comedias, y todo género de obras de ingenio; y he llegado al fin de esta carrera, que es parar en un Hospital.

No pude menos de reirme al oír estas últimas palabras, y mucho mas al ver la seriedad y el tono compungido y doloroso con que las pronunció. ¡Pues que! le repliqué: ¿tu musa te ha traído á tan miserable estado? ¿es posible que te hubiese jugado una pieza tan ruin y tan villana? Tú mismo lo estás viendo, repuso él. A estas casas suelen venir á parar todos los que presumen de ingenios. Tú, amigo mio, lo acertaste en seguir otro rumbo; pero ya no estás en la Corte, y me parece que tus asuntos han mudado mucho de semblante: acuerdome de haber oído decir que de orden del Rey te habian metido en un castillo. Asi fué puntualmente, repuse yo, y te dijéron mucha verdad: la fortuna en que me viste, cuando nos separámos, fué muy pasagera, pues pocos dias despues perdí de repente mi empleo, mis bienes y mi libertad. Pero, amigo, *post nubila Phæbus*: hoy me vuelves á ver en un estado mucho mas brillante que aquel en que me conociste en otro tiempo. Eso no es dable, repuso Fabricio: tu porte es juicioso, sosegado y modesto; en tus modales no se vé ni aun sombra de aquella vanidad y de aquella altanería que suelen inspirar las

prosperidades. Las desgracias, le repliqué yo, enseñan mucho al hombre. En la escuela de la adversidad aprendí á gozar de las riquezas, sin dejarme dominar por ellas.

Acaba pues, y dime, interrumpió Fabricio incorporandose en la cama, que empleo es el que tienes, y en que te ocupas al presente. ¿Eres por ventura mayordomo de algun gran Señor, ó de alguna viuda rica? Todavía estoy mucho mejor, le respondí; pero por ahora dispensame, te ruego, de esplicarme mas, que en mejor ocasion contentaré enteramente tu curiosidad. Al presente bastete saber que estoy en parage de poder servirte, poniendote en estado de no necesitar de nadie para pasarlo con decencia; con tal que me des palabra de renunciar para siempre jamas al oficio de autor mendicante, y de no componer, en todo lo que te restare de vida, obra alguna de estas que se llaman de ingenio, sea en verso ó en prosa. ¿Serás capaz de hacer este gran sacrificio en obsequio de mi amistad y de tu fortuna? Antes bien, me respondió, asi lo tengo ofrecido al Cielo en la terrible enfermedad que estoy padeciendo, de la cual espero salir mediante la misericordia divina. Abjuré la poesía, por haber conocido ser una ocupacion que casi siempre tiene contra si á la fortuna, á las riquezas, y á toda conveniencia.

Mil parabienes te doy por tan cuerda resolucion, caro Fabricio mio, pero guardate bien

de la recaída. Esa es la que no temo, me replicó : tengo hecho un firmísimo propósito de abandonar á las Musas , por señas de que cuando entraste en esta sala estaba componiendo dentro de mí mismo un poema heroico , para decirles un resuelto á *Dios* por eterna despedida. Señor Fabricio , le dije entónces encogiendome de hombros , mucho me temo que no he de poder fiarme de tu abjuracion y de tus propósitos , porque te veo ciegamente enamorado de aquellas doctas doncellas. No , no , me respondió con viveza : tengo ya rotos todos los lazos que estrechaban nuestra comunicacion. Todavía hice mas , pues he cobrado una grandísima aversion al público. No merece que los autores quieran consagrarle sus desvelos , y yo me avergonzaria mucho si estampara una obra que lograrse su aprobacion. Tanto caso hago de sus aplausos como de sus desprecios. Es difícil saber quien gana ó quien pierde en sus juicios. Es un juez inconstante y caprichoso , que hoy piensa de una manera , y mañana de otra. Muy tontos son los poetas dramáticos que se llenan de vanidad , cuando ven que sus producciones han sido recibidas con aplauso. Aunque la primera vez que se representan , metan mucho ruido por la novedad , si veinte años despues vuelven á parecer en el teatro , suelen ser recibidas con silbos de la mosquetería. La misma fortuna corren por lo comun las novelas y los demas

libros de pura diversion, cuando salen á luz : aunque á los principios logren la aprobacion de todos, poco á poco se va disminuyendo hasta que caen en el mas alto desprecio. La siguiente generacion detesta el mal gusto de la antecedente, y la que á esta se sigue dice lo mismo de la que la precedió. De donde concluyo que los autores que en este siglo son aplaudidos, serán silbados en el siguiente. Asi que todo el honor y toda la estimacion que nos grangea el buen suceso de una obra impresa, no es en suma otra cosa que una purísima quimera, una ilusion de nuestra fantasía, y un fuego de paja, cuyo humo en un instante le disipa el viento.

No obstante que conocí desde luego ser efecto de la melancolía y del mal humor este juicioso modo de discurrir de mi poeta de Asturias, no me dí por entendido, y solo le dije : Verdaderamente quedo gozosísimo de verte divorciado de la poesía, y radicalmente curado del prurito de escribir. Desde ahora puedes estar seguro de que cuanto ántes te solicitaré un empleo, con que puedas vivir decentemente sin empeñarte en grandes gastos de ingenio. Mejor para mí, respondió muy alegre : el ingenio ya comienza á olerme mal, me apesta solo su nombre, y estoy persuadido á que es el don mas funesto que el Cielo concede á un hombre de poco seso á quien quiere castigar. Deseo, amado Fabricio, repuse yo, que el mismo Cielo te conserve siempre en

unas máximas tan sólidas como verdaderas, y te vuelvo á repetir que si persistes en abandonar la poesía, muy presto te haré con un empleo tan honrado como lucrativo; pero mientras logro hacerte este servicio, te pido aceptes esta cortísima prueba de mi sincera amistad: y diciendo esto, le puse en la mano un bolsillo en que habria cosa de sesenta doblones.

¡O generoso amigo! exclamó transportado de gozo y de gratitud el gran Poeta Nuñez. ¡Que gracias debo dar al Cielo por haberte traído á este Hospital! Hoy mismo quiero salir de él á merced de tu caritativo y liberal socorro. Efectivamente así lo ejecutó, haciendose llevar á una buena posada. Pero ántes de separarnos le informé de mi alojamiento, convidándole á que me buscase en él, luego que se sintiese perfectamente convalecido. Quedóse estrañamente sorprendido y como medio enagenado, cuando le dije que mi posada era la casa del Conde Valdeories. ¡O afortunadísimo Gil Blas! volvió á exclamar casi fuera de sí: ¡y que estrella tienes con los primeros Ministros! Alegrome infinitamente por estar viendo y palpando el bizarro y piadoso uso que hace de ella ese tu noble y generoso corazón.

CAPÍTULO VIII.

Grangease Gil Blas cada dia mas el afecto del Ministro : vuelve Scipion á Madrid , y hace á su amo relacion de su viage.

EL Conde Valdeories , á quien de aquí adelante llamaremos el *Conde Duque* , porque con este título se dignó honrarle el Rey , tenia una flaqueza que presto le descubrí , y no cierto inútilmente. Era esta el gustar mucho de ser amado. Luego que conocia que alguno se dedicaba á servirle con inclinacion á su persona , le daba parte en su amistad. No me descuidé en aprovecharme bien de esta observacion ; pues no contento con ejecutar puntualmente cuanto me mandaba , obedecia sus órdenes con un zelo y un gusto que verdaderamente le encantaban. Hacia yo particular estudio en adivinar lo que podia gustarle , y asi él lo hallaba cumplido ántes que llegase á boquearlo.

Por este modo de proceder , con el que casi nunca se deja de conseguir lo que se intenta , llegué á ser el favorito de mi amo , el cual por su parte conociendo que yo adolecia tambien de la misma flaqueza que él , esto es , que me pagaba mucho de que me amasen , me ganó enteramente el corazon por las repetidas demostraciones de

amor y de confianza con que me honraba, tanto que su primer Secretario el Señor Sotero y yo éramos los únicos depositarios de sus mas íntimos secretos.

Habiase valido Sotero de los mismos medios que yo para atraerse su afecto, y lo logró de manera que le confiaba todos los negocios y misterios del Gabinete; y así los dos éramos confidentes del Ministro, con sola esta diferencia, que á Sotero únicamente le comunicaba los negocios de estado, y á mí los que tocaban á sus intereses personales. De forma que uno y otro estábamos como gefes de dos distintos departamentos, y cada cual muy contento con el suyo; por lo cual vivíamos con la mayor union, sin el menor tufo de envidia ni de zelillos. Yo necesariamente habia de estar contentísimo con la parte que me habia tocado, porque me proporcionaba ocasion de estar casi siempre con el Ministro, poniendome á tiro de sondearle bien, á pesar de su estudiado y profundo disimulo, del que al fin se despojó cuando llegó á no dudar que yo me habia entregado entera y sinceramente á su servicio.

Santillana, me dijo un dia, tú fuiste testigo de la autoridad que se abrogaba el Duque de Melar, la cual no tanto parecia de un Ministro dependiente y subalterno, quanto de un Monarca absoluto. No obstante, yo me considero mucho mas feliz que él, aun cuando estaba en el mayor

auge de su fortuna. El tenia dos enemigos formidables, uno en su mismo hijo, y otro en el Confesor del difunto Rey : yo á nadie veo cerca del actual, que me pueda hacer el menor daño, ni de quien pueda sospechar con fundamento que no me quiera bien. Es verdad que desde mi entrada en el Ministerio, puse el mayor cuidado en que no estuviesen al lado de S. M. otras personas que las enlazadas conmigo por amistad ó por parentesco. Con Vireinatos y Embajadas me he ido deshaciendo de los sugetos cuyo mérito podia hacerme sombra en la gracia del Rey, la que pretendo gozar solo enteramente, de manera que al presente me puedo lisonjear de que ninguno es capaz de hacerme mala obra. Y estando, como estoy, bien convencido de tu fidelidad y de tu amor á mi persona, he puesto los ojos en tí para confidente mio. Tienes entendimiento, tengote por juicioso, prudente y discreto, no he menester mas para considerarte como hombre que me puede servir infinito en mil encargos y asuntos de importancia, que piden un mozo de sagacidad, y bien enterado de mis intereses.

No tuve valor para despreciar del todo las lisonjeras ideas que escitáron estas espresiones en mi viva fantasía. Subiéronseme luego á la cabeza algunos vapores de ambicion y de avaricia, que volviéron á suscitar en mi corazon ciertos movimientos de que me lisonjaba haber

triunfado totalmente. Protesté al Ministro que haria cuanto estuviese de mi parte para corresponder al honor que me dispensaba, y para desempeñar su concepto, sintiendome desde luego pronto y determinado á ejecutar sin escrúpulo cuanto se le antojase ordenarme.

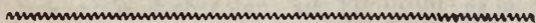
Miéntas me hallaba yo tan dispuesto á erigir nuevos altares á la fortuna, volvió Scipion de su viage. No cansaré á vmd., me dijo, con una relacion larga y pesada. En pocas palabras le diré todo lo que desea saber. Los Señores de Leyva quedáron gustosamente sorprendidos al oir el modo con que el Rey recibió á vmd. asi que le conoció, y el papel que hace en casa del Señor Conde Duque Valdeories.

Mas admirados se quedarian, le interrumpí, si hubieras podido contarles sobre que pié me hallo el dia de hoy con el Ministro. Son verdaderamente de admirar los rápidos progresos que despues de tu partida ha hecho mi valimiento en el corazon de S. E. Sea Dios loado, me respondió, ya me parece estar viendo el bello destino que nos espera á los dos.

Dejemos por ahora esta conversacion, le dije, y hablemos de Oviedo. ¿Como está mi buena madre? ; Ah Señor! me respondió en tono triste y doloroso, las noticias de Asturias son funestas. ; Valgame Dios! exclamé: ; que! ; mi madre ha muerto? Seis meses ha, me respondió Scipion, que la buena Señora pagó á la naturaleza

el indispensable tributo, y lo mismo con poca diferencia de tiempo hizo el Señor Canónigo tío de vmd.

Afligióme vivamente la muerte de mi madre, bien que jamas aun en mi mas tierna niñez me hizo aquellas caricias que tanto aprecian los niños, y por las cuales cobran amor á sus madres, y se muestran agradecidos á ellas cuando grandes. Tambien dí algunas lágrimas á mi tío el Canónigo, acordandome de lo que le debia por haber cuidado tanto de mi educacion. A la verdad no duró mucho la viveza de mi dolor; poco á poco se fué templando, degenerando muy presto en solo una tierna memoria que siempre conservé de mis parientes.



CAPÍTULO IX.

Como y con quien casó el Conde Duque de su hija única, y los amargos frutos que produjo este matrimonio.

Poco tiempo despues que volvió á Madrid mi leal Secretario, observé al Conde Duque profundamente suspenso y pensativo. Creí que sin duda estaba meditando alguna grande operacion de política, pero presto llegué á saber que lo que le tenia tan enagenado era un asunto doméstico. Gil Blas, me dijo una tarde, sin duda habrás reparado que ando, dias ha, cuidadóso y dis-

traido. Es así, hijo mío, no puedo negar que enteramente me ocupa un negocio, del cual pende la paz de mi corazón, y el sosiego de mi vida. Quiero confiartelo para desahogo mío, y para darte una prueba más de mi afecto, y de lo mucho que fío de tí.

Mi hija Doña María se halla ya en edad de tomar estado. Son muchos los pretendientes que aspiran á su mano. El Conde de Nablíe, primogénito del Duque de Medianadionis, cabeza de la casa de Namuzg, y Don Luis de Haro, hijo y heredero del Marques del Opicar y de mi hermana mayor, son los dos concurrentes que parecen más dignos de disputar la preferencia. Sobretudo el mérito del último es tan superior al de sus competidores, que toda la Corte está persuadida á que será el que preferiré para yerno. Con todo eso, sin pararme en explicarte los motivos que tengo para desechar á ámbos, te diré que he puesto los ojos en Don Ramiro Nuñez de Namuzg, Marques de Lator, cabeza de la casa de los Namuzges de Bradosa. A este señorito, y á los hijos que nacieren de mi hija, quiero dejar el título de Conde Valdeories, y la grandeza anexa á él, de suerte que mis nietos y sus descendientes que vivieren del ramo de Bradosa y Valdeories, pasarán por primogénitos de la casa de Namuzg. ¿Que te parece, Santillana, de este proyecto? Señor, le respondí, es propio de la capacidad y talento que le formó;

solo temo que al Duque de Medianadionis no le parezca muy bien. ¿Y que se me dará á mí, replicó el Ministro, que le parezca bien ó mal? Mas cuidado me darán las quejas y disgusto de mi hermana la Marquesa del Opicar, al ver que pierda su hijo la mano de mi hija. Pero sobretudo yo quiero hacer mi gusto; Don Ramiro Nuñez sera preferido á todos sus contrarios, y esta es ya cosa resuelta y como hecha.

Tomada esta resolucion por el Conde Duque, no pasó sin embargo á ejecutarla sin afianzarla primero con un golpe diestro de politica. Presentó un memorial al Rey y á la Reina, suplicando á sus Magestades se dignasen disponer de la mano de su hija Doña María. Acompañaba al memorial una lista de todos los pretendientes, con espresion de sus prendas, circunstancias y cualidades personales, remitiendose enteramente á la eleccion de sus Magestades; bien que hablando del Marques de Lator, no se dejaba de conocer su particular inclinacion á este partido. En virtud de esto el Rey, que deseaba mucho complacer á su Ministro, le dió por escrito la respuesta siguiente: *Yo juzgo que Don Ramiro Nuñez será digno esposo de tu hija Doña María. Sin embargo elige por tí mismo. Aquel partido será mas de mi Real agrado que fuere mas de tu gusto.* — YO EL REY.

Manifestó el Ministro esta respuesta con cierta afectacion; y fingiendo entenderla como una

órden del Soberano, se dió priesa á casar á su hija con el Marques de Lator, resolucion que picó vivamente á la Marquesa del Opicar, como á todos los Namuzges que estaban muy lisonjeados con la esperanza de que se uniria á su casa Doña María. En medio de esto unos y otros, cuando viéron que no podian impedir el matrimonio, aparentáron celebrarle con las mayores demostraciones de alegría. Parecia que toda la familia estaba fuera de sí de contento; pero tardó poco en verse vengado su disgusto del modo mas cruel y doloroso para el Conde. A los diez meses dió á luz Doña María una niña que murió al nacer, y poco despues la misma madre fué víctima de su sobreparto.

¡ Que dolor para un padre idólatra, por decirlo asi, de su hija, y mas viendo desvauecidos sus proyectos! Penetróle tanto el corazon, que se encerró por muchos dias sin que le viese nadie sino yo, á quien consideraba tan traspasado como lo estaba él. A la verdad sirvióme esta circunstancia para derramar nuevas lágrimas por la pérdida de mi malograda Antonia. La semejanza que habia entre su muerte y la de la Marquesa de Lator volvió á abrir una herida mal cerrada, causandome un sentimiento tal, que el Ministro, á pesar de lo abatido que le tenia su propio dolor, no pudo menos de advertir el mio. Admiróle este tanto, creyendo no tuviese mas causa que su afliccion, que me dijo

un dia : Gil Blas , confieso que me sirve de un consuelo no menos doloroso que dulce el verte tan afligido por mis penas. ¡ Ah Señor ! le respondí , vendiendole por fineza mi quebranto , seria yo el mas ingrato de los hombres , y mi corazon el mas duro , si no las sintiera vivísimamente. ¡ Como era posible que viese llorar á V. E. la pérdida de una hija de tanto mérito , tan amable y tan amada , sin mezclar mis lágrimas con las suyas ! No , Señor Escelentísimo , tieneme V. E. tan colmado de favores , que mientras me dure el aliento , no podrá menos de tocarme una grandísima parte en todos sus disgustos y en todas sus merecidas satisfacciones.

CAPÍTULO X.

Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez ; refierele este que se representa una comedia suya en el Corral del Príncipe ; desgraciado suceso que tuvo , y el no menos feliz que favorable efecto que le produjo esta desgracia.

COMENZABA el Ministro á consolarse , y por consiguiente tambien yo á recobrar poco á poco mi buen humor , cuando salí un dia á pasearme solo en el coche. Encontré en el camino á mi poeta Asturiano , á quien no habia visto desde

su salida del Hospital. Ví que estaba decentemente vestido. Llaméle, hícile entrar en mi coche, y fuímos juntos á ruar al prado de San Gerónimo.

Señor Nuñez, le dije, ha sido fortuna mia haberos encontrado por casualidad; á no ser así, nunca lograría el gusto de.... Poco á poco, Santillana, me interrumpió con precipitación, dejemonos de reconvenciones: confieso de buena fé que de propósito no quise ir á visitarte, y te voy á decir el por que. Tú me prometiste un buen empleo, con tal que renunciase á la poesía, y yo he encontrado otro mas sólido y quizá mas lucrativo, bajo condicion de que lo ejercite. Acepté este último por mas conforme á mi genio y natural inclinacion. Un amigo mio me consiguió un buen puesto en casa de Don Beltran Gomez de Ribera, Tesorero general de las galeras, el cual deseando tener en su casa un poeta, se pagó mucho de mi talento, calificandolo de *brillantísimo*, y me prefirió á cinco ó seis ingenios que aspiraban al empleo de secretario suyo.

Alegrome infinito, Fabricio mio, le respondi, de tan gustosa noticia, porque el tal Don Beltran verosímilmente será un hombre muy rico. Eslo tanto, repuso Fabricio, que ni aun él mismo sabe lo que tiene. Pero sea de esto lo que fuere, mi ocupacion es la siguiente. Como Don Beltran se precia de cortejante, y quiere pasar por in-

genio, se vale de mi pluma para componer billetes llenos de sal, de agudeza y discrecion, dirigidos á muchas damas sabidillas con quienes tiene frecuente correspondencia. A unas escribo en verso, á otras en prosa, y por lo comun yo mismo suelo ser el portador de los billetes, para tener el gusto de oír como celebran ellas, sin saberlo, la facundia y gracejo de mi inventiva.

Pero aun no me has dicho, le repliqué, lo que principalmente quiero saber, esto es, si te pagan bien esos tus epigramas epistolares. Generosísimamente, me respondió. No todos los ricos son generosos y liberales, ántes bien ricazos conozco yo que son unos miserabilísimos villanos; pero Don Beltran se porta conmigo noblemente. Además de los doscientos doblones anuales de pension que me tiene asignados, de cuando en cuando me regala con algunas gratificaciones; todo lo cual me pone en estado de hacer una figura de gran Señor, y de pasar el tiempo alegremente con algunos autores tan enemigos como yo de toda gravedad y melancolía. En suma, le repliqué yo, ¿es tu Tesorero hombre de tanto discernimiento y de gusto tan delicado, que conozca todo el mérito y finura de tus composiciones y cualquiera obra de ingenio, de manera que tampoco se le oculten los menores defectos? Oh, tanto como eso, no. En cuanto á aparentar entenderlo todo, lo hace como nadie; pero juicio y penetracion *nula*. No obstante se

mira no menos que como otro *Tarpa*. Decide severamente de todo, sostiene sus opiniones con tanta altanería y obstinacion, que todo hombre prudente huye de meterse en disputas con él, por no esponerse á sufrir un granizo de insolencias que descarga sobre todos los que le contradicen.

De aquí puedes inferir que pongo el mayor cuidado en no oponerme jamas á lo que dice, por mas razon que muchas veces tenga para hacerlo, porque ademas de los epítetos poco apetecibles con que me regalaria, es seguro que me echaria á la calle. Apruebo pues, continuó, todo lo que alaba, y condeno todo cuanto no le gusta. Por esta complacencia, que verdaderamente me cuesta poco ó nada, pues fácilmente me acomodo al carácter y genio de las personas que me pueden servir, me he hecho dueño de la estimacion y del corazon de mi amo. Empeñóme en componer una tragedia, cuya idea me suministró él mismo. Compusela á vista suya; si sale bien, deberé toda mi gloria á las lecciones que él me dió.

Preguntéle cual era el título de la tragedia, y me respondió: Intitulase *el Conde de Saldaña*, la cual se representará en el Corral del Príncipe de aquí á tres dias. Deseo mucho, le repliqué, que logre todo el aplauso y concepto que tu genio me hace esperar. Asi lo creo yo, añadió el buen Nuñez; verdad es que no hay esperanzas mas fa-

libles que estas, por estar tan inciertos los autores de la fortuna que correrán sus obras en las tablas.

Llegó en fin el dia de la representacion. Yo no asistí á ella aquel dia, por haberme dado el Ministro cierto encargo que me lo estorbó. Lo mas que pude hacer fué enviar á Scipion, que no dejó de ir para informarme de la buena ó mala suerte de una pieza en que me interesaba algo. Despues de estarle esperando gran rato con impaciencia, le ví entrar con un semblante que me dió mal tufo y no me dejó presagiar cosa buena. Y bien, le pregunté, ¿ como ha recibido el público al *Conde de Saldaña*? Brutalísimamente, me respondió: en mi vida ví comedia tratada con mayor ignominia; salíme aburrido, no pudiendo ya sufrir la insolencia del patio. No estoy yo menos indignado, le interrumpí, contra el furor de Nuñez, ó por esplicarme así, contra su desenfrenada locura de componer comedias, prefiriendo los ignominiosos silbos del populacho al decente, quieto y decoroso estado en que yo me ofrecia á colocarle. Así me desahogaba yo, echando pestes contra el poeta de Asturias por el amor que le tenia, afligiendome por el mal suceso de su pieza, miéntras él estaba contentísimo de él.

Efectivamente dos dias despues le ví entrar en mi cuarto no cabiendo en sí de puro gozo y alegría. Santillana, exclamó alborozado luego

*

que me vió, vengo á darte parte de mi suma felicidad. La composicion de una mala pieza ha hecho toda mi fortuna. Ya sabrás lo mal que fué recibido mi pobre *Conde de Saldaña* : todos los espectadores se amotinaron contra él; pero este desenfreno universal fué justamente el que aseguró mi dicha por toda la vida.

Quedé aturdido al oírle hablar de este modo. ¿ Como así? le pregunté pasmado : ¿ como así? vuelvo á decir. ¿ Es posible, Fabricio, que el alto desprecio con que fué recibida tu tragedia sea puntualmente el motivo de tu inmoderada alegría. Así es ni mas ni menos, me respondió. Ya te dije la mucha parte que Don Beltran tuvo en su composicion, y por lo mismo la calificó de una obra á todas luces escelente. Picado vivamente de que el público hubiese sido de dictámen tan contrario al suyo, me dijo esta mañana : Nuñez,

Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni.

Si tu pieza desagradó tanto á las gentes, á mí me gustó mucho, y esto te debe bastar. Y para que te consules del dolor que naturalmente te causará la injusticia y el mal gusto del siglo presente, desde luego te señalo dos mil escudos de renta anual, perpetua y vitalicia, sobre todos mis bienes habidos y por haber. Vamos los dos desde aquí á casa de un Escribano á otorgar la escritura. Con efecto partimos inmediatamente.

El Tesorero firmó la escritura de douacion, yo mi aceptacion, y despues el recibo de la renta de un año, que generosa y voluntariamente me anticipó.

Dí mil parabienes á Fabricio por el desgraciado éxito de su *Conde de Saldaña*, que le habia producido un efecto tan feliz. Tienes razon, prosiguió él, en cumplimentarme por una cosa tan estraña. ; Mil veces dichoso yo por haber sido silbado con carrillos de trompetero! Si el público mas benévolo me hubiera honrado con sus aclamaciones, ; que fruto sacaria de ellas? Ninguno, ó á lo sumo algunos reales que de nada me servirian; pero los silbos en un instante me pusieron en parage de no necesitar de nadie miéntras me dure la vida. •

CAPÍTULO XI.

Consigue Santillana un empleo para Scipion, el cual se embarca para Nueva España.

NO miró mi Secretario sin alguna envidia la inopinada fortuna del poeta Nuñez, de mauera que por toda una semana no cesó de hablarme de ella. Admirado estoy, me decia, de los caprichos de la fortuna, la cual muchas veces parece que se complace en colmar de bienes á un detestable autor, miéntras abandona á los

mejores en manos de la miseria : ; cuanto celebraria yo que un dia la viniese el entusiasmo de hacerme á mí rico de la noche á la mañana ! Eso , le dije , podrá quizá suceder mas presto de lo que piensas. Tú estás ahora en el templo de esa deidad , porque si no me engaño mucho , la casa de un primer Ministro se puede muy bien llamar el *Templo de la Fortuna* , donde de repente se ven elevados y ricamente abastecidos los que logran su favor. Eso , Señor , es mucha verdad , me respondió ; pero el tal favor suele tardar , y es menester paciencia para esperarle. Vuelvete á decir , le repliqué , que te sosiegues : ¿ quien sabe si quizá á estas horas se te está preparando algun buen encargo ? Con efecto , pocos dias despues se me ofreció ocasion de emplearle en servicio del Conde Duque , y no la dejé escapar.

Hallabame una mañana en conversacion con el mayordomo del Ministro , y era la materia sobre las rentas de S. E. El Conde Duque , mi Señor , me dijo Don Ramon Caporis , este era el nombre del mayordomo , goza varias encomiendas en todas las Ordenes Militares , que le reditúan cada año cuatro mil escudos , sin mas obligacion que la de llevar la Cruz ó la Venera de Alcántara. Fuera de eso los tres empleos de Gentilhombre de Cámara , Caballerizo mayor , y Gran Canciller de Indias , le producen doscientos mil escudos anuales. Pero todo esto es

nada en comparacion de los inmensos caudales que saca de las Indias. ¿Sabe V. S. como? ahora se lo explicaré. Cuando los navíos del Rey salen de Sevilla ó de Lisboa para Nueva España, hace embarcar en ellos vino, aceite, y todo el trigo que le da el Condado de Valdeories, sin que le cueste un maravedí la conduccion. En Indias se venden estos géneros á precio cuatro veces mayor del que se compran en España. Con el dinero que gana en esta venta, compra especias, colores y otras drogas que en América se dan casi de balde, y en España tienen un precio muy subido. Este es un tráfico que le vale muchos millones, sin defraudar al Rey ni un solo maravedí. Pero lo que admirará mucho á V. S., pues ha de saber el lector que por el empleo de Secretario me daban señoría, es que las personas empleadas en manejar este comercio, vuelven todas á España cargadas de riquezas, porque el Conde no solo permite, sino que lleva muy á bien que atendiendo al negocio de S. E., hagan tambien ellas el suyo.

Hallabase presente á esta conversacion el hijo de la Coscolina, y oyendo hablar asi á Don Ramon: ¿A fé, Señor Caporis, le dijo, que yo de buena gana seria uno de esos empleados, y mas que ha muchos años tengo grandes deseos de ver á Méjico. Presto te los contentaria yo, respondió el mayordomo, si el Señor de Santillana no se opusiera á ellos. Aunque soy algo

delicado en la eleccion de los sugetos que envío á Indias para hacer este tráfico , porque al fin yo soy el que los nombro , desde luego te asentaria á tí en mi registro , con tal que lo consintiese tu amo. No solamente lo consiento , dije entónces á Don Ramon , sino que estimaria mucho me diese vind. esta nueva prueba de su propension á favorecerme. Scipion es un mozo á quien estimo y amo , y ademas de eso es muy capaz y tan puntual en todo lo que se pone á su cargo , que espero no dará el menor motivo de disgusto. En una palabra , respondo por él , como pudiera responder por mí mismo.

Siendo asi , le dijo Don Ramon , desde luego puede partir á Sevilla , donde estan para hacerse á la vela dentro de un mes los navíos que han de pasar á Indias. Llevará una carta mia para cierto sugeto que le instruirá bien en todo lo que debe hacer para utilizar mucho sin el menor perjuicio de los intereses de S. E. , que siempre deben ser muy sagrados para él.

Alegrísimo Scipion con el nuevo empleo , dispuso su viage á Sevilla con mil escudos que le dí para que comprase en Andalucía vino y aceite , y ponerle en parage de que pudiese traficar por su cuenta con aquellos géneros. Mas sin embargo de las esperanzas que llevaba de mejorar de fortuna , no pudo separarse de mí sin lágrimas , ni yo privarme de él con ojos enjutos.

CAPÍTULO XII.

Llega á Madrid Don Alfonso de Leyva : motivo de su viage : grave afliccion de Gil Blas , y no menor alegría que siguió á su afliccion.

APÉNAS se habia ausentado Scipion , quando un page del Ministro entró en mi cuarto y me entregó un billete que contenia estas precisas palabras : *Si el Señor de Santillana quisiese tomarse la molestia de ir al meson de San Gabriel en la calle de Toledo , verá en él á uno de sus mayores amigos.*

¿ Quien podrá ser este grande amigo , decia yo entre mí mismo , y por que razon me ocultará su nombre ? Tal vez quiere sazonarme el gusto de verle con el sainete de la sorpresa. Salí prontamente de casa , tomé el camino de la calle de Toledo , llegué al sitio señalado , y me quedé no poco suspenso de encontrar á Don Alfonso de Leyva. ¿ Que es lo que veo ! exclamé con libertad. ¿ V. S. en Madrid ! Sí , amigo Gil Blas , me respondió teniendome estrechamente abrazado. El mismo Don Alfonso en persona es el que tienes á la vista. ¿ Pero que negocio le ha traído á V. S. á la Corte ? le pregunté. Voytelo á decir , me respondió , y al mismo tiempo á darte un mal rato. Sabete que me han quitado

el Gobierno de Valencia , y que el primer Ministro ha mandado me presente en la Corte á dar razon de mi conducta. Quedéme atónito por espacio casi de un cuarto de hora , tan enagenado en un profundo silencio , que no tenia espíritu ni voz para articular palabra , hasta que rompiendo como pude , le pregunté : ¿ Y que cargos le hacen á V. S. ? ¿ de que le acusan ? No lo sé , me respondió : hasta ahora de nada se me ha hecho cargo ; solamente sospecho que la única causa de mi desgracia es una visita que hice , tres semanas ha , al Cardenal Duque de Melar en su palacio de Denia , donde se halla desterrado.

Sin duda alguna , repuse yo , todo el delito de V. S. ha sido esa menos considerada visita : no hay que buscar otra culpa , y V. S. me permita le diga que se olvidó de consultar su grande y acostumbrada prudencia , cuando no tuvo reparo en ir á visitar á un Ministro desgraciado. El yerro ya se cometió , repuso Don Alfonso , y á lo hecho pecho. El castigo le he recibido no solo con resignacion , pero sin el mas mínimo desasosiego. Ya he tomado mi determinacion. Retiraréme con mi familia á mi quinta de Leyva , donde pasaré con alegría y quietud lo que me queda de vida. Lo único que ahora me aflige , es la necesidad de presentarme á un Ministro orgulloso y dominante , que quizá me recibirá con poco agrado , cosa intolerable para quien nació

con alguna honra. Ello me será preciso esponerme á este sourojo ; pero no quise sujetarme á él, ántes de consultarlo contigo. Señor, le respondí, soy de parecer que V. S. no se presente al Ministro, hasta que yo me informe de los cargos que hubiere contra su persona. Sea lo que fuere, V. S. se servirá llevar á bien que yo dé en el asunto todos aquellos pasos que exigen de mí la gratitud y el afecto. Diciendo esto, le dejé en el meson, asegurandole que dentro de poco nos volveríamos á ver.

Como no me ocupaba ya en ningun negocio de Estado, desde los dos manifiestos ó escritos de que ántes hemos hablado, me fuí derecho á Sotero, para preguntarle si era verdad que á Don Alfonso de Leyva se le habia exonerado del Gobierno de Valencia. Respondióme que sí, pero que ignoraba absolutamente cual hubiese sido el motivo. Con esto resolví sin detencion el acudir al mismo Ministro, para saber de su propia boca que causa podia haber dado el hijo de Don Cesar para acarrearle aquel vergonzoso despojo.

Estaba yo tan penetrado de dolor por el tal suceso, que no era menester afectar tristeza á la presencia del Conde Duque, poniendo el semblante de un hombre profundamente afligido. ¿Que tienes, Santillana? me preguntó luego que me vió. Veo en tu rostro señales de amargura y de afliccion, que verdaderamente me dan lás-

tima , pues noto que te falta poco para llorar. ¿Te ha ofendido alguno? Habla , y verás como presto quedarás vengado. Señor , le respondí , aun cuando yo quisiera disimular mi dolor , no podria , porque casi llega á términos de desesperacion. Acaban de asegurarme que ya no es Gobernador de Valencia Don Alfonso de Leyva. No podian darme noticia mas sensible para mí. ¿Que me dices ? Gil Blas , repuso el Ministro entre compadecido y admirado. ¿Pues que tienes tú con Don Alfonso , ni con su Gobierno? Entónces le hice una puntual y menuda relacion de todas las obligaciones que debia á los Señores de Leyva , y despues le conté como y cuando habia yo obtenido del Duque de Melar el Gobierno de que se hallaba privado Don Alfonso.

Escuchó S. E. hasta el fin toda la relacion con una paciencia y con una benignidad que verdaderamente me admiráron , y despues me dijo con indecible bondad : Enjuga , amigo , tus lágrimas ; fuera de que yo ignoraba absolutamente las estrañas cosas que me acabas de contar , no negaré que miraba á Don Alfonso como hechura del Duque. En esta suposicion ponte tú en mi lugar , y dime si la visita que le hizo no te le haria sospechoso. Quiero no obstante creer que habiendo sido provisto en su empleo por aquel Ministro , el haberle visitado no fué mas que un mero acto de respeto y de reconocimiento. Siento en el alma haber despojado de su

empleo á un hombre que te le debia á tí ; pero si deshice lo que habias hecho tú , quiero repararlo haciendo por tí mucho mas de lo que hizo el Duque de Melar. Tu amigo Don Alfonso no era mas que Gobernador de Valencia , yo quiero que el Rey le haga Virey de Aragon. Te doy licencia para que le anticipes esta noticia , y luego que la reciba , haz que venga á prestar el juramento acostumbrado.

Al oir estas palabras pasé súbitamente de un extremo dolor á una inmoderada alegría , la que de tal suerte me trabucó el juicio , que se conoció muy bien su turbacion en el cumplido de gracias que hice al Ministro. No le desagradó el desorden de mi desconcertado discurso ; y sabiendo que Don Alfonso se hallaba en Madrid , me dijo que podia presentarle á S. E. en aquel mismo dia. Fuí volando al meson de San Gabriel , donde se quedó pasmado el hijo de Don Cesar cuando le anuncié su nuevo empleo. No acababa de creer lo que yo le decia , porque no podia persuadirse á que mi privanza con el primer Ministro llegase á tanto que fuese capaz de conferir Vireinatos por mi consideracion. Condujele á casa del Conde Duque , quien le recibió con el mayor agrado y distincion. Dijole desde luego que el Rey estaba tan satisfecho de su conducta en el Gobierno de Valencia , que reconociendole con talentos para empleos mas altos , se habia dignado nombrarle Virey y Capitan General

del Reino de Aragon : dignidad , añadió , que tampoco es superior al nacimiento de V. E. , y por consiguiente creo que la Nobleza Aragonesa nada tendrá que censurar en esta eleccion.

No me tomó en boca el primer Ministro; y como el público ignoró la parte que yo habia tenido en aquel negocio, esta prudente precaucion libró á Don Alfonso y al Conde Duque de las donosuras que se dirian en el mundo sobre un Virey hechura de mis manos.

Luego que el hijo de Don Cesar no pudo dudar de su promocion, despachó un propio á Valencia, dando noticia de todo á su padre y á su muger, y suplicandoles viniesen á Madrid lo mas presto que les fuese posible. Hiciéronlo asi; y su primera diligencia fué visitarme, y sufoarme á espresiones de su vivo agradecimiento. Que espectáculo tan tierno y glorioso fué para mí ver á las tres personas que mas amaba en este mundo, arrojarase á mis brazos para estrecharme á competencia entre los suyos, y protestarse mas sensibles á mi zelo y á mi amor, que al esplendor que el Vircinato iba á añadir á su illustre casa, sin acertar á desprenderse de mí, ni encontrar voces que les contentasen para esplicarme su agradecimiento. Fuera de eso, me trataban ni mas ni menos como si fuese un igual suyo, enteramente olvidados de que habian sido mis amos. Todo les parecia poco para darme pruebas de su amor. En fin, por no detenerme

en circunstancias inútiles, Don Alfonso recibió el real despacho; y despues de haber besado la mano al Rey, dado gracias al Ministro, y jurado su nuevo empleo, partió de Madrid con toda su familia á establecerse en Zaragoza. Hizo su entrada pública con toda magnificencia; y los Aragoneses acreditáron con sus aclamaciones, que yo les habia dado un Virey acreedor á la general aceptacion, y muy digno de los mayores aplausos.

CAPÍTULO XIII.

Encuentra Gil Blas en Palacio á Don Gaston de Cogollos y á Don Andres de Tordesillas; retiranse todos tres á discurrir con libertad; fin de la historia de Don Gaston y Doña Elena de Galisteo; servicio que hace Santillana á Don Andres.

REBOSABA yo de alegría por haber tenido la fortuna de transformar en Virey á un Gobernador apcado. Los mismos Señores de Leyva no estaban tan alegres como yo. Presto se me ofreció otra ocasion de empeñar mi crédito por otro amigo: suceso que me considero obligado á referir, para hacer ver á mis lectores que ya no era yo aquel Gil Blas que en el Ministerio anterior vendia las gracias de la Corte.

Hallandome un dia en la antecámara del Rey hablando con algunos Señores que no se desdenaban de admitirme á su conversacion, sabiendo lo mucho que me distinguia el primer Ministro, ví entre la multitud de cortesanos á Don Gaston de Cogollos, aquel prisionero de Estado, á quien habia conocido y dejado en el Alcazar de Segovia. Estaba con el Alcaide del mismo Alcazar, Don Andres de Tordesillas. Separéme luego de las gentes con quien me hallaba, para ir á dar un abrazo á mis dos buenos y antiguos amigos. Ellos se admiraron mucho de verme allí, y yo no me admiré menos de verlos á ellos. Despues de recíprocas embestidas en demostracion de nuestra mutua alegría, me dijo Don Gaston: Señor Santillana, tenemos mil cosas reservadas que contarnos unos á otros; este no es sitio oportuno, yo guiaré á otro donde el Señor Tordesillas y yo tendremos el gusto de hablar largamente con vmd. Vine en ello; hicimonos lugar por entre el gran gentío que ocupaba las salas de Palacio, y salimos á tomar el coche de Don Gaston, que estaba esperando en la calle; metimonos en él los tres, y fuimos á apearnos en la Plaza mayor, donde tenia Don Gaston su posada.

Señor Gil Blas, me dijo Don Andres luego que entrámos en una sala alhajada con magnificencia, pareceme que cuando vmd. salió de Segovia habia concebido tanto horror á la Corte, que

iba con resolucion de alejarse de ella para siempre. Asi es, le respondi, ese era mi ánimo, y con efecto miéntras vivió el difunto Rey, asi lo cumplí exactamente; mas luego que supe que ocupaba el Trono el Príncipe su hijo, me picó la curiosidad de probar si este me reconoceria. Reconocióme, y tuve la dicha de que me recibiese benignamente, tanto que él mismo me recomendó al primer Ministro. Este me cobró tanta inclinacion, que estoy mucho mejor puesto con él de lo que jamas estuve con el Duque de Melar. Esto es en suma, Señor Don Andres, todo lo que tengo que decir á vmd. Ahora sirvase vmd. decirme si se mantiene todavia en su empleo de Alcaide del Alcazar de Segovia. No Señor, me respondió, el Conde Duque puso á otro en mi lugar, pareciendole que habiendo sido yo hechura de su antecesor, seria tambien su parcial. Por todo lo contrario, dijo entónces Don Gaston, obtuve yo mi libertad. Apénas supo el nuevo Ministro que estaba preso por órden del Duque de Melar, cuando mandó se me dejase ir á mi casa. Con que, Señor Gil Blas, yo solo tengo que contaros lo que me sucedió desde que salí del Alcazar.

Lo primero que hice despues de haber dado mil gracias á Don Andres por las finas atenciones que le habia debido durante mi arresto, fué partir á Madrid. Presentéme inmediatamente al Conde Valdeorics, el cual me dijo asi que me

vió : No tema vmd. que su prision haya perjudicado en la mas mínima cosa á su honor. Se ha justificado plenamente su conducta y su inocencia. Ni aun el mismo Marques de Villareal fué delincuente, cuanto menos vmd. de quien solo se sospechaba que era cómplice en su imaginado delito. Aunque era Portugués y pariente del Duque de Braganza , se averiguó ser menos parcial del Duque que del Rey nuestro Señor. Asi que fué ligereza suponeros reo , únicamente por vuestra conexion con el mencionado Duque. Por tanto , para reparar la injusticia que se hizo á vmd. acusandole de traicion , el Rey me manda darle la patente de primer Teniente de sus Reales Guardias. Acepté el empleo , suplicando á S. E. me permitiese , ántes de tomar posesion , pasar á Coria para hacer una visita á mi tia Doña Leonor de Lajarilla. Concedióme el Ministro un mes de licencia para el viage , el que emprendí prontamente acompañado de un solo lacayo.

Habiamos pasado ya de Colmenar , quando vimos en una encrucijada á un caballero que valerosamente se estaba defendiendo de tres hombres que le habian embestido. No dudé un punto en ir á socorrerle : metí espuelas al caballo , llegué al sitio del combate , desenvainé la espada , y puseme á su lado. Ví que nuestros enemigos eran tres enmascarados , y conocí desde luego que reñíamos los dos con tres espadachines tan

diestros como esforzados. Sin embargo, á pesar de su vigor y destreza se declaró la victoria por nosotros. Con una estocada pasé de parte á parte á uno de los tres, que cayó muerto del caballo, y los otros dos se pusieron en salvo huyendo á rienda suelta. Verdad es que la victoria no fué menos funesta para nosotros, porque despues de la accion tanto mi compañero como yo nos reconocimos peligrosamente heridos. Pero figurense vmds. cual seria mi admiracion cuando advertí que el caballero á quien socorrí era Combados, el marido de Doña Elena. No quedó él menos admirado al reconocer que era yo quien le habia salvado la vida. ¡Ah Don Gaston! exclamó: ¡es posible que seas tú á quien me confieso deudor de la victoria! Cuando abrazaste mi partido con tanta generosidad, sin duda ignorabas que defendias á un hombre que te habia robado la dama con una estratagema poco digna de un Caballero. Es cierto que lo ignoraba, le respondí; pero aun cuando hubiera sabido de antemano que eras tú, ¿te parece que podia dudar ni un solo instante en hacer lo que debia ejecutar en semejante lance un hombre como yo? No por cierto, respondió: tengo hecho de tí mejor y mas digno concepto. Si muero de mis heridas, deseo muy de corazon que las tuyas tē den lugar á aprovecharte de mi muerte. Combados, le dije entónces, aunque no he olvidado ni olvidaré jamas á Doña Elena, no por eso

cabe en mí el deseo bajo y vil de poseerla á costa de tu vida; ántes bien estoy gozosísimo de haber contribuido á salvarte de aquellos tres asesinos, por estar bien seguro de haber hecho en esto una accion que será muy grata á tu dignísima esposa.

Miéntras nos estábamos desahogando los dos en estos términos, le vino gana á mi lacayo de apearse, y movido de curiosidad se acercó al cadáver que estaba tendido en el suelo; quitóle la mascarilla, y descubrió unas facciones que luego conoció Combados. ¡O! exclamó fuera de sí: este es Caprara, aquel pérfido primo mio, que despechado por haber perdido una rica herencia que injustamente me disputaba, tiempo ha estaba resuelto á asesinarme, y sin duda habia esperado esta ocasion para ejecutarlo; pero el Cielo permitió que fuese él mismo la víctima de su atentado.

Pero entre tanto corria la sangre de nuestras heridas, y por instantes nos íbamos debilitando mas y mas. Resolvimos pues llegar como pudiésemos al Lugar de Villarejo, que distaba como dos tiros de fusil del campo de batalla. Metimons en el primer meson que encontrámos. Llamáronse Cirujanos, y vino uno que decian ser muy hábil. Visitó nuestras heridas, y halló que eran peligrosas: hizo la primera cura, y á la mañana siguiente despues de haberlas registrado, declaró que las de Don Blas eran morta-

les; pero de las mias habló con menos desconsuelo. Verificóse á la letra en uno y otro su no disimulado pronóstico.

Oyendo Combados aquella sentencia de muerte, solo pensó en disponerse cristianamente para ella. Lo primero que hizo fué despachar un proprio á su muger, informandola de todo lo sucedido, y del estado en que él se hallaba. Tardó poco Doña Elena en plantarse en Villarejo. Llegó altamente conmovido su espiritu por dos causas diferentes; por el peligro que corria la vida de su marido, y por el temor de que mi vista volviese á encender en su pecho un fuego mal apagado: dos afectos de principios encontrados que la tenian en una terrible conmocion. Señora, la dijo Don Blas, asi que llegó á su vista, aun venis á tiempo de poder recibir mis últimos alientos, y lograr yo el tristísimo consuelo de despedirme de vos. Estoy ya á punto de morir, y acepto mi muerte como castigo merecido por la indecente traza con que os robé á D. Gaston. Lejos de quejarme, yo mismo os exhorto por el paso en que me hallo, á restituirle un corazon que tan injustamente le usurpé. Doña Elena solamente le respondió vertiendo un raudal de lágrimas, y á la verdad esta era la mas discreta respuesta que le podia dar, porque no estaba tan desprendida de mí, que se hubiese olvidado del ruin artificio de que se valió Don Blas para determinarla á serme infiel.

Sucedió lo que el Cirujano habia pronosticado : murió Combados en menos de tres dias de la malignidad de sus heridas , al mismo tiempo que las mias prometian pronto y perfecto recobro. La jóven viuda , ocupada únicamente en el cuidado de que trasladasen á Coria el cuerpo de su esposo , para hacer los funerales que correspondian á sus cenizas , tomó la vuelta de aquella ciudad , despues de haberse informado , como por mera atencion y urbanidad , del estado en que yo me hallaba. Seguila luego que pude , y llegué á Coria , donde en breves dias me restablecí perfectamente. Entónces mi tia Doña Leonor y Don Jorge Galisteo trataron de casarnos á la viuda y á mí , ántes que la fortuna nos jugase otra pieza como la pasada. Efectuóse el matrimonio secretamente , en atencion á la reciente muerte de Don Blas ; y de allí á pocos dias volví á Madrid en compañía de mi amada Doña Elena. Como se habia pasado el tiempo de mi licencia , temí que el Ministro hubiese dado á otro la Tenencia de Guardias que se me habia conferido ; pero oyó benignamente la verdadera y legítima causa que me habia obligado á detenerme.

Hallome pues primer Teniente de Guardias Españolas , y estoy muy contento con mi empleo. He ligado comercio y estrechez con varios amigos en quienes encuentro una fiel correspondencia. Yo me alegrara poder decir otro

tanto, interrumpió aquí Don Andres, pues estoy muy lejos de vivir alegre con mi suerte: perdí el empleo que tenia, el cual me daba de comer, y me veo sin amigos que puedan ayudarme á obtener algun otro sólido y decente. Perdome vmd., Señor Don Andres, dije yo entónces sonriendome y atajandole el discurso: ya dije á vmd. que en mí tenia uno que le podia servir de algo. Vuelvo pues á decir que el Conde Duque me ama y me estima, quizá mas de lo que me estimaba y amaba el Duque de Melar; y habiendome vmd. oido esto, ¿todavía tiene valor para decirme en mis barbas que no conoce ningun amigo que le pueda dar la mano para conseguir un empleo honrado y sólido? Pues digo, ¿no tiene vmd. esperiencia de que aun sin las nuevas circunstancias en que me hallo, tuve el gusto en cierta ocasion de hacerle un servicio semejante? ¿Se ha olvidado por ventura de que por recomendacion mia el Arzobispo de Granada pidió y obtuvo para vmd. un empleo en Méjico, que habria hecho su fortuna, si el amor no la hubiera desbaratado, deteniendole á vmd. en Alicante? Sepa pues que hoy me veo en parage de poder servirle mas, gozando como gozo del favor del primer Ministro. — Perdonad, Señor de Santillana: tiene vmd. mucha razon, y asi me pongo enteramente en sus manos; pero, añadió sonriendose, tambien suplico á vmd. me haga el favor de no enviarme á la Nueva España,

porque no iria allá, aunque me hicieran Presidente de la Audiencia de Méjico.

Aquí llegaba nuestra conversacion, cuando nos la cortó Doña Elena, que entró á la sazón en la sala. Su persona, llena de mil gracias, correspondió perfectamente á la grande idea que me habia formado de ella. Señora, la dijo Cogollos, este caballero es el Señor Santillana, de quien os he hablado tantas veces, y cuya amable compañía me hacia olvidar por largos ratos las incomodidades y amarguras de mi prision. Asi es, Señora, añadí yo inmediatamente; es cierto que mi conversacion le agradaba y divertia, mas era porque casi siempre era vmd. el asunto de ella. Respondió modestamente la hija de D. Jorge á este cortesano cumplimiento; y á breve rato me despedí de ámbos esposos, asegurandoles lo mucho que celebraba que el himeneo hubiese sucedido á sus largos y fidelísimos amores. Volvíme despues á Tordesillas, é informado de su habitacion, le dije: Don Andres, de vmd. no me despido, puesto que espero darle ántes de ocho dias alguna prueba de que el poder no ha andado desunido de la buena voluntad.

No me dejó por embustero el suceso, pues nada menos que al dia siguiente me puso el Duque en la mano la ocasion de servir á mi amigo. Santillana, me dijo S. E., está vacante la Alcaldía de la Cárcel Real de Valladolid; vale

mas de cien doblones al año , y me ha parecido que te acomodaria. Señor , le respondí prontamente , doy mil gracias á V. E. por la memoria que se ha dignado hacer de mí ; pero protesto que aunque valiera diez mil ducados sin la menor duda , desde luego la renunciaria , como cualquiera otro puesto que me separase del lado de V. E. Pero este , me replicó , no te separaria de mí , porque le podrias servir sin salir de Madrid , bastando hacer de cuando en cuando un viage á Valladolid , para visitar las Cárceles ; esto no es incompatible. Diga V. E. lo que fuere servido , repuse yo , nunca aceptaré ese empleo , sino con tal de que se me permita renunciarle á favor de un dignísimo hidalgo , llamado Don Andres de Tordesillas , Alcaide que fué del Alcazar de Segovia. Estimaria mucho mas poderle hacer este servicio en reconocimiento de lo bien que se portó conmigo durante el tiempo de mi prision.

Sonrióse el Ministro cuando me oyó hablar asi : Ya te entiendo , me dijo , quieres hacer un Alcaide ni mas ni menos como hiciste un Virey. Cumplase tu gusto , y desde luego te confiero la vacante para que se la cedas á tu amigo Tordesillas ; pero dime con sinceridad , ¿ quanto te valdrá este aparente rasgo de generosidad ? porque no te tengo por tan simple que quieras empeñar tu crédito de balde. Señor , le respondí , ¿ no estoy obligado á pagar lo que debo ? Don

Andres me hizo mil favores sin el menor interes cuando me tenia á su cargo: ¿no será justo el que yo le sirva tambien con igual desinterés? Muy generoso os habeis hecho, Señor de Santillana, me replicó el Conde Duque, no me parece que lo érais tanto en el Ministerio antecedente. Señor Escelentísimo, repuse al punto, el mal ejemplo es muy poderoso, y él estragó mis buenas costumbres: como en el anterior Ministerio todo se vendia, me conformé con el uso; y como en el presente todo se da, volví á recobrar mi natural inclinacion.

Logré pues que se proveyese en Don Andres la Alcaidía de las Cárceles de Valladolid, y le hice marchar luego á dicha ciudad tan contento con su nuevo empleo, como lo quedé yo por haber desempeñado en cuanto pude las obligaciones que le debia.

CAPÍTULO XIV.

*Va Santillana á casa del poeta Nuñez;
que casta de pájaros encontró en ella;
y la conversacion que tuvo con todos.*

UN dia despues de comer me vino gana de hacer una visita al Poeta Asturiano, picandome la curiosidad el ver su cuarto, y de que modo estaba alojado. Fuíme derecho á casa del Señor Don Beltran Gomez de Ribera, y pregunté por

Nuñez. Ya no vive aquí, me respondió un lacayo que estaba á la puerta; vive en aquella casa, añadió, mostrandome con la mano una que estaba enfrente, y ocupa el cuarto que cae á las espaldas de ella. Fuíme allá, atravesé un pequeño patio, y entré en una sala enteramente desahajada, donde le hallé sentado á la mesa con cinco ó seis amigos suyos, á quienes habia convidado á hacer penitencia aquel dia.

Hallabanse á los postres, y por consiguiente acalorados ya en una disputa; mas luego que me viéron, sucedió un profundo silencio al rumor y confusion de la contienda. Levantóse apresuradamente Nuñez para recibirme, diciendo á sus camaradas: Señores, este caballero es el Señor de Santillana que viene á honrarme; suplico á vmds. le rindan todas las respetuosas atenciones que son debidas al valido de un primer Ministro. Al oír esto, todos los convidados se levantáron para saludarme; y en consideracion al título que Fabricio me habia dado, todos á porfia se escediéron conmigo en mil serias demostraciones de veneracion.

Conociendo que mi presencia les daba alguna sujecion, estorbandolos de hablar con libertad: Señores, les dije, pareceme que he interrumpido la conversacion en que vmds. se hallaban; suplicoles encarecidamente se sirvan continuarla, porque de otra manera me obligarán á ausentarme, y á privarme de tan buena compañía.

*

Estos Señores, dijo entónces Fabricio, estaban hablando de la *Ifigenia* de Euripides. El Bachiller Melchor de Villegas, erudito de primera clase, y sugeto de alto mérito, preguntaba al Señor Don Jacinto de Romarate, ¿que cosa era la que mas le interesaba en aquella tragedia? Es asi, dijo Don Jacinto, y yo le respondí que el peligro en que se veia *Ifigenia*. Pero yo le repliqué, saltó luego el Bachiller, lo que estoy pronto á demostrar, que no es ese peligro lo mas interesante de la tragedia. ¿Pues que causa es la que os da mas golpe en ella? preguntó, no sin algun enfado, el Licenciado Don Gabriel de Leon. *El viento*, respondió prontamente el Bachiller.

Todos los circunstantes pensámos reventar de risa al oír una respuesta tan inesperada. Con efecto, no creí que el Bachiller hablase formal, sino que lo habia dicho precisamente para alegrar la conversacion. Pero yo no conocia aquel sabio: era un hombre que no entendia de bur-las, y asi dijo con grande seriedad: Rian vmds. cuanto les diere la gana, que yo siempre sostendré que lo que debe dar mas golpe al espectador, lo que debe interesarle y suspenderle mas en aquella tragedia, es únicamente el viento. Sí, vuelvo á decir, el viento, y no otra cosa, es lo que mas interesa en la *Ifigenia*. Y sino, figurense vmds. un numeroso ejército unido precisamente para ir á sitiar á Troya; consideren la impaciencia de Capitanes y soldados

por emprender y concluir aquel sitio , y restituirse cuanto ántes á su patria , donde habian dejado todo lo que mas amaban en este mundo , sus Dioses Lares , sus mugeres , y sus hijos. Levantase de repente un maldito viento que los detiene en Aulida , como si estuvieran enclavados en aquel puerto , tanto que miéntras no se mude , no les es posible ir á sitiar la ciudad de Priamo. Y asi este maldito é importunísimo viento es ciertamente lo que mas interesa en la tragedia. Yo he tomado partido por los pobres Griegos , y solo deseo que pueda caminar la flota ; el peligro de Ifigenia no me importa un comino , y mas cuando supongo que su muerte es el único medio para aplacar á los Dioses , y moverles á que envíen un viento favorable á mis afligidos Griegos.

Al acabar este discurso , volviéron con mas ímpetu las carcajadas. Afectó Nuñez apoyar socarronamente aquella ridícula opinion , solo por dar mas materia de bufonadas á los zumbones , los cuales se divirtiéron diciendo mil graciosísimas chufletas sobre los vientos. Pero el Bachiller , mirandolos á todos con un sobrecejo severo y desdeñoso , los trató de ignorantes y gente vulgar. Yo estaba temiendo á cada momento que se agarrasen y se dieseen de mogicones , que es el paradero ordinario de semejantes disputas en gentes de cierta especie ; pero fué vano mi temor , porque todo se redujo

á llenarse recíprocamente de injurias y vaciedades, despues de haber comido y bebido á discrecion.

Cuando se hubiéron retirado los convidados, pregunté á Fabricio por que no estaba en casa del Tesorero, y si acaso habia ocurrido alguna desavenencia entre los dos. ¿Que llamas desavenencia? me respondió. Nunca ha estado en mayor auge mi estimacion con Don Beltran. Supliquéle me permitiese vivir en casa separada, y alquilé en esta el cuarto que ves, para gozar de mayor libertad. Aquí recibo á mis amigos que me vienen á ver con frecuencia, y lo paso alegremente con ellos, porque ya sabes que mi genio no es muy inclinado á dejar grandes riquezas á mis herederos. Mi mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los dias á mi mesa buena compañía sin peligro de arruinarme. Me alegro infinitamente, querido Nuñez, le repliqué yo, de que puedas lograr esa satisfaccion sin riesgo de incomodarte, y no puedo menos de repetirte mil parabienes por el afortunado suceso de tu última comedia. Las ochocientas piezas del Gran Lope de Vega no le valiéron la cuarta parte de lo que te ha valido á ti *el Conde de Saldaña*.

FIN DEL LIBRO XI.

LIBRO DUODÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Emplea el Ministro á Gil Blas en Toledo; motivo y feliz éxito de su viage.

YA habia mas de un mes que todos los dias me repetia el Conde Duque esta cantinela : Amigo Gil Blas , se va llegando el tiempo en que quiero emplear tu talento y destreza ; pero este tiempo nunca acababa de llegar. Llegó en fin cuando ya estaba cansado de esperarlo , y me dijo S. E. : He cido decir que en la compañía de cómicos que representa en Toledo , hay una comedianta de primorosa habilidad ; dicen que baila y canta divinamente , tanto que eleva á cuantos la oyen , y que es linda ademas de eso. Una muger de tantas prendas es digna de venir á representar en la Corte. El Rey gusta de comedias , música y bailes , y tampoco le desagrada la hermosura. No me parece razon que S. M. carezca del placer de ver y oir á una muger de ese mérito. Por eso he resuelto pases á Toledo , veas á esa actriz , procures tratarla , y tantees por tí mismo si es tanto como se pondera : yo me atenderé desde luego á la impresion que cause en tí , y enteramente me fiaré en tu discernimiento.

Respondí á S. E. que esperaba dar buena cuenta de aquella comision , y desde luego emprendí mi viage , acompañado de un lacayo , á quien hice dejar la librea del Ministro para desempeñar mi encargo con mayor secreto , sin despertar los acchos de la curiosidad : precaucion que aplaudió y gustó mucho al Conde Duque , mi señor. Tomé pues el camino de Toledo , donde me apé en un meson inmediato al Alcazar. Aun no bien me habia apeado cuando el mesonero , teniendome sin duda por algun caballero de los contornos , me dijo : Naturalmente vendrá V. S. á ver la augusta ceremonia del auto de fé que se celebra mañana en Toledo. Yo que nada sabia de tal auto , le respondí inmediatamente que sí , para ocultar mejor mi designio , y cortarle la gana de preguntarme mas sobre el fin que me habia llevado á aquella ciudad. Verá V. S. , prosiguió él , una de las mas bellas procesiones que jamas se han visto.

Con efecto , el dia siguiente ántes de salir el sol , comenzáron á tañerse todas las campanas de la ciudad , señal de que se daba principio al auto. Dejé luego la cama , fuíme derecho á una de las calles por donde habia de pasar la procesion , y subí á un tablado de los que de trecho en trecho habian levantado para los que por su dinero quisieran ver con alguna mayor comodidad. Iban primero los Reverendos Padres Dominicos , precedidos del estandarte de la Fé , ó pen-

don del Santo Tribunal. Tras de dichos Religiosos venian los reos con sus capotillos ó especie de escapularios de tela amarilla, formada en ellos por la parte anterior y posterior el aspa de San Andres de tela roja, y todos con coroza en la cabeza con llamas pintadas las de los condenados á la hoguera, y sin ellas las de los otros de menor pena.

Miraba yo á todos aquellos infelices con la compasion que no se puede negar á la humanidad, cuando creí descubrir entre los encorozados sin llamas al Reverendo Padre Hilario y á su compañero Fray Ambrosio. Pasáron tan cerca de mí, que no pude ya dudar de ello. ; Que es lo que estoy viendo ! exclamé dentro de mí mismo temblando de piés á cabeza. El Cielo se cansó de sufrir á estos malvados, y para salvar sus almas, los entregó en manos de la Justicia, disponiendo que cayesen en las del recto y santo Tribunal de la Inquisicion. Hablando conmigo de esta suerte, me sentí cubierto de un sudor frio, y tan sobresaltado, que faltó poco para desvanecerme y caer en tierra fuera de mí. Acordéme de que habia sido cómplice de aquellos bribones en la escandalosa, impía y loca aventura de Xelva; viniéronseme en aquel punto á la memoria todas las maldades que habia cometido en su compañía, y conocí el gran beneficio que me habia hecho Dios, librandome del capotillo y de la corozca.

Luego que pasó la procesion, y el auto se concluyó, me restituí al meson, lleno de mil especies melancólicas que me agitaban y turbaban la fantasía; pero al cabo disipadas estas insensiblemente, volví todo mi pensamiento á desempeñar con acierto la comision que me habia encargado el primer Ministro. Esperé con impaciencia la hora de la comedia, pareciendome que este era el primer paso que debia dar. Llegada que fué, me dirigí al teatro, donde casualmente me senté junto á un caballero del hábito de Alcántara, con quien entablé luego conversacion, y le dije si daba licencia á un forastero para hacerle una pregunta. Caballero, me respondió cortesanamente, vmd. es dueño de preguntarme lo que quisiere, y tendré á mucha fortuna el poderle servir en algo. He oido alabar mucho, proseguí, á estos comediantes de Toledo, y desearia saber que hay en esto. Diréle á vmd., me respondió el de Alcántara, la compañía no es mala, y á la verdad hay en ella dos papeles escelentes. Entre otros oirá vmd. á la bella Lucrecia, niña de catorce años, que verdaderamente le aturdirá. No será menester que yo se la muestre á vmd. cuando se deje ver en el teatro. Ella sola por sí misma se dará á conocer. Volvíle á preguntar si representaria aquella tarde. Sí Señor, me respondió, y la ha tocado un papel de mucho trabajo en la pieza que vamos á oir.

Principió la comedia. Saliéron dos cómicas adornadas con todo quanto las habia sugerido el capricho de las modas , y con el hipo tan natural al sexo de llevarse todas las atenciones ; pero ni sus diamantes , ni sus ricas galas , ni sus afectados movimientos me hiciéron creer que fuese alguna de las dos la que yo esperaba. En fin , dejóse ver Lucrecia en el fondo del teatro , y al punto fué anunciada su presencia con un ruidoso y general rumor de festivas y no pasageras palmadas. ; O ! dije entre mí : ; que garbo !! que aire tan noble ! ; que bellos ojos ! ; que graciosa ! ; que admirable criatura ! Con efecto ella sola me llenó , ó por mejor decir , me arrebató toda el alma. Comezo á recitar ; ; pero con que naturalidad ! ; con que fuego ! ; con que modestísimo despejo ! ; con que alma ! ; con que comprension de todo lo que decia , muy superior á sus pocos años ! De manera que sin violencia , ántes bien con toda la razon y justicia del mundo , junté mis aplausos á los universales del auditorio , y los continué todo el tiempo que duró su representacion. Y bien , me dijo entón-ces el Caballero , ya vé vmd. la justicia que hace el público á Lucrecia. No me admiro , le respondí : pues menos se admiraria vmd. , me replicó , si la oyera cantar ; es verdaderamente una sirena : pobres de aquellos que la oyen , si no se precaven como en otro tiempo hizo Uli-ses. No es menos temible cuando baila ; sus pasos

son tan peligrosos como su voz, y no hay ojos ni corazones que resistan. Segun eso, exclamé yo entónces, será preciso confesar que esta niña es un portento. Se puede decir que está espuesto cualquiera á arruinarse por ella. Ningun amante tiene, me replicó aquel Señor, á lo menos que se sepa. Lo cierto es que la maledicencia no la ha descubierto hasta ahora el mas mínimo amoroso devaneo, aunque pudiera muy bien haber caido en él incautamente, por estar bajo el dominio de una tia suya, llamada Estela, que es la muger mas astuta de toda la compañía.

Al oir el nombre de Estela, pregunté no sin alguna precipitacion al tal Caballero si aquella Estela hacia algun papel. ¿Que llama si hace algun papel? me replicó: hace uno de los mejores y mas principales; pero hoy no representa, y es verdad que no hemos perdido poco. Por lo comun hace el papel de graciosa, y verdaderamente lo desempeña que es un primor. Representa con tanto desahogo, que acaso picará en demasía; pero este mismo defecto, si lo es, la cae muy en gracia. Contóme otras mil maravillas de la tal Estela, y por el retrato que me hizo, no dudé fuese Laura, aquella misma que dejé en Granada, y de quien he hablado tanto en esta mi historia.

Para cerciorarme mas, fuíme derecho al vestuario, concluida la comedia. Pregunté por la

señora Estela, y volviendo los ojos á todas partes, ví que se estaba calentando entre bastidores, y que la estaban obsequiando algunos Señores, quizá solo porque era tia de Lucrecia. Llegué á saludarla, y fuese por algun capricho, ó por vengarse de mi precipitada fuga de Granada, me recibió con gran frialdad, fingiendo no conocerme. En lugar de hacer burla y chacota de su seco recibimiento, fui tan simple que mostré formalizarme, y aun me despedí con sequedad y con enfado, resuelto en aquel primer movimiento de cólera á restituirme á Madrid el dia siguiente. Por vengarme de esta simple, decia yo para conmigo, no quiero que su sobrina tenga el honor de representar delante del Rey; para esto hasta que haga á mi modo al Ministro el retrato de Lucrecia: no tengo mas que decirle que baila con poco garbo, que su voz es áspera, y que toda su gracia consiste en sus pocos años: estoy seguro que desde luego se le pasará la gana de hacerla ir á la Corte.

Esta era toda la venganza que pensaba tomar del desaire que Laura me habia hecho; pero duró poco mi resentimiento. La mañana siguiente, cuando me estaba disponiendo á marchar, entró un lacayuelo en mi cuarto, y sin conocerme me dijo: Señor, traigo un billete para el Señor de Santillana, sirvase vmd. decirme en que cuarto está alojado. En este mismo, le respondí, porque ese tal Santillana soy yo; y to-

mandole de la mano el papel, le abrí, y hallé que contenia estas precisas palabras : *Olvida el modo con que á noche te recibí en el teatro, y ven con el portador á donde él te guie.* Seguí luego al lacayuelo, que me condujo á una casa muy decente, no distante del teatro, y me introdujo en un cuarto alhajado con aseo y buen gusto, donde encontré á Laura peinandose en su tocador.

Luego que me sintió, se levantó apresurada á darme un abrazo diciendome: Señor Gil Blas, conozco que vmd. saldria ayer, y con mucha razon, poco satisfecho del mal recibo que le hice en el vestuario, siendo conocidos antiguos: no tengo otra disculpa sino que me hallaba á la sazón de malísimo humor, por haber oido ciertos discursos malignos que algunos de los Señores cómicos tenian sobre la conducta de mi sobrina, cuya honra me importa mas que la mia. El precipitado y desabrido modo con que vmd. se despidió, me hizo abrir los ojos, y conocer mi desatencion: en el mismo punto dí orden á mi lacayuelo que siguiese á vmd. y observase su posada, con ánimo de reparar hoy la ofensa que le hice ayer. Ya queda, le dije, enteramente reparada, querida Laura, y no se hable mas en la materia. Ahora tratemos únicamente de nuestras recíprocas aventuras despues que el pánico temor de un grave castigo me obligó á salir de Granada con aquella precipi-

tacion. Te dejé , si te acuerdas , metida en un grande embrollo. ¿ Como saliste de él ? ¿ No es verdad que necesitaste de toda tu habilidad y arte para hacer las paces con tu buen Portugués ? Nada menos , respondió Laura : ¿ pues no sabes que en semejantes lances la flaqueza de los hombres suele ahorrar á las mugeres hasta el fácil trabajo de justificarse ?

Proseguí en la misma forma que ántes , sosteniendo al Marques de Marialva con toda resolucion que eras verdaderamente hermano mio. Perdoneme vmd. , Señor Santillana , la llaneza con que le trato , acordandome del tiempo antiguo , porque no es fácil desnudarse de repente de las costumbres añejas. Diréte pues que le hablé con desembarazo y entereza. ¿ No conoce V. E. , le dije , que todo este enredo es obra de los zelos y de la envidia ? Narcisa , mi compañera y rival , rabiosa de ver que poseo yo un corazon que ella habia contado ya por suyo , forjó todo este embuste. Cohechó al atizador de las luces , para que levantase la garrafalísima mentira de que me habia visto en Madrid sirviendo á Arsenia. La viuda de Don Antonio Coello nunca tuvo pensamientos tan bajos que creyese posible el caso de ponerse á servir á una comediante. Fuera de esto , otra patente prueba de la falsedad de este cargo , y de la conspiracion de mis acusadores , es la misma precipitada fuga de mi hermano , que si estuviera presente ,

dejaría sin duda bien confundida la calumnia; pero Narcisa con algun nuevo artificio le haría desaparecer, previniendo este vergonzoso lance.

Aunque estas razones, prosiguió Laura, no eran las mas concluyentes para formar una buena apología de mi inocencia, el Marques tuvo la bondad de contentarse con ellas; tanto que el docilísimo Señor prosiguió amandome con igual fineza hasta que dejó á Granada y se volvió á Portugal. Su partida fué muy inmediata á la tuya, y la muger de Zapata tuvo el maligno consuelo de verme perder al amante que yo la habia quitado. Permanecí despues algunos años en Granada; pero habiendose introducido disensiones, como frecuentemente sucede entre nosotros, se separaron los comediantes, agregandose unos á la compañía de Sevilla, y otros á la de Córdoba. Yo me vine á la de Toledo, donde ha diez años que resido, cuidando de mi sobrina Lucrecia á quien ayer oíste representar, puesto que estuviste en la comedia.

No pude dejar de sonreirme, cuando la oí decir estas últimas palabras. ¿De que te ries? me preguntó ella. ¿Pues que, no lo adivinas? la respondí. Tú no tienes hermano ni hermana, y así tampoco puedes tener sobrinos ni sobrinas. Ademas de eso, cuando cotejo el tiempo que ha que nos separámos, con la edad que puede tener Lucrecia, me parece que puede ser algo mas estrecho el parentesco entre vosotras dos.

Ya le entiendo á vmd. , Señor Gil Blas , replicó la viuda , un si es no es sourojada. Como vmd. tiene tan presentes las épocas , no es fácil encajarle gato por liebre. Ahora bien , amigo Gil Blas , Lucrecia es hija mia y del Marques de Marialva , y el fruto de nuestro amor , porque no quiero ocultarte mas esta verdad. Vamos claros , repliqué yo , que es grande el sacrificio que me haces en confiarme este secreto , particularmente despues que me confiaste tus aventuras con aquel ecónomo del hospital de Zamora. Como quiera que sea , Lucrecia es una niña de tanto mérito , que el público jamas podrá agradecer , como debe , el bellissimo regalo que le hiciste en ella , cuando la diste á luz. ; Ojalá fueran como este todos los que le hacen tus compañeras y amigas !

Quien sabe si algun lector ladino , al llegar aquí , se acordará de las secretas conversaciones que Laura y yo tuvimos en Granada , cuando era secretario del marques de Marialva , y se le antojará sospechar que podia yo tener algun derecho para disputar al Marques la paternidad de Lucrecia ; le protesto por mi honor que seria injusta su sospecha.

Despues de darme Laura cuenta de sus aventuras , yo se la dí á ella de las mias , hasta del estado actual de mis negocios. Oyóme con una atencion que mostraba bien no serla indiferentes mis ventajas. Amigo Santillana , me dijo luego

que acabé mi relacion , veo que estás haciendo una no pequeña ni poco afortunada figura en el teatro del mundo , y mi suma complacencia es muy superior á todos los esfuerzos de mi pobre esplicacion. Pienso pasar á Madrid con mi Lucrecia , para ver si la puedo colocar en el teatro del Príncipe , y espero que hallará en el Señor de Santiliana un poderoso protector. No lo dudes , la respondí : cuenta conmigo , y cree que la haré entrar en dicha compañía siempre y cuando quieras. Esto es lo que te puedo ofrecer con toda seguridad , sin hacer alarde ni mucho menos presumir de mi poder. Desde luego te cogeria la palabra , replicó Laura , y mañana mismo marcharia á Madrid , si no me detuvieran en Toledo las obligaciones que tengo contraidas con esta compañía. Una orden del Rey , dije yo , deshace fácilmente todas esas obligaciones. Esta orden la recibirás ántes de ocho dias , y yo me encargo de ella. Lucrecia es alhaja propia de Corte , y tendré gran placer en robarsela á los Toledanos.

A este tiempo entró Lucrecia en el cuarto. Parecióme que veia entrar en él á la misma Diosa Hebe : tanta era su lindeza y gracia. Acababa de levantarse de la cama , y brillaba tanto su hermosura natural , sin los auxilios del arte , que verdaderamente suspendia y encantaba. Ven acá , sobrina , la dijo su madre , ven , y da mil gracias á este Señor por lo mucho que



*Ven acá, sobrina, y da mil gracias a este Señor
por lo mucho que nos favorece.*

nos favorece : es un antiguo amigo mio que tiene gran valimiento en la Corte, y está empeñado en agregarnos á entrámbas á la compañía del Príncipe. Mostró la niña no disgustarle la propuesta : hizome una profunda cortesía, y me dijo con cierta hechicerísima risita : Doy á vmd. muchas gracias por su noble y generosa intencion ; pero, caballero, cuando vmd. desea sacarme de un público que me favorece y me ama, estará bien seguro de que el de Madrid no me despreciará en vez de estimarme, porque á la verdad me seria muy sensible perder en el trueque. Muchas veces he oido decir á mi tia haber conocido actores y actrices muy aplaudidos en una ciudad, y muy silbados en otra : y así no quisiera que vmd. me espusiese al desprecio de la Corte, ni á sí mismo á que esta la desairase, riendose de su mal gusto. Hermosa Lucrecia, la respondí, eso es lo que ni vmd. ni yo debemos temer ; ántes bien lo único que temo, es que vmd. encienda una guerra civil entre los Grandes, enamorandolos á todos. El miedo de mi sobrina, interrumpió entónces Laura, me parece mejor fundado que el de vmd. ; pero todo bien considerado, ámbos los tengo por vanos. Cuando Lucrecia no haga gran ruido por sus gracias personales, á lo menos no representa tan mal que pueda temer verse despreciada.

Siguió nuestra conversacion por algun tiempo, y en el discurso de ella descubrí en Lucrecia

mucha agudeza , y un entendimiento lleno de viveza y de penetracion. Despedíme al fin de las dos , protestando que inmediatamente se hallarian con órden de que luego luego pasasen á Madrid.

CAPÍTULO II.

Da Santillana cuenta de su comision al Ministro , quien le encarga disponga la venida de Lucrecia á Madrid ; llega esta á la Corte ; y su primera representacion en el teatro.

CUANDO volví á Madrid , encontré al Conde Duque muy deseoso de saber el suceso de mi viage. Y bien , Santillana , me dijo : ¿ viste á nuestra comediante ? ¿ merece que se le haga venir á la Corte ? Señor , le respondí , la fama que comunmente pondera mas de lo justo la belleza de algunas mugeres , se quedó muy atras en celebrar la de Lucrecia. Es un asombro de hermosura , y un prodigio de habilidad.

¿ Es posible ! exclamó el Ministro con una interior satisfaccion que se leia en sus ojos , y me hizo sospechar que mi viage á Toledo habia sido por su interes personal. ¿ Es posible , vuelvo á decir , que Lucrecia sea tan amable como me dices ? Cuando V. E. la vea , proseguí , cono-

cerá que no es dable alabarla sin que en el mayor elogio pierda mucho su mérito. Santillana, replicó el Ministro, quiero que me hagas una puntual relacion de tu viage, porque tendré particular gusto en oirla. Tomé luego la palabra para obedecerle, y le conté cuanto pasó, encajandole hasta la historia de Laura *inclusivè*. Dijele que Lucrecia era hija de Laura y del Marques de Marialva, caballero que viajando la habia conocido en Granada. Finalmente, quando le acabé de contar todo lo que habia pasado entre aquellas comediantas, me dijo: No sabes cuanto me alegro de saber que Lucrecia es hija de un hombre distinguido. Esta circunstancia me obliga á interesarme por ella mas y mas. Asi pues, hazla venir cuanto ántes á la Corte; pero guardate bien, añadió, de que mi nombre se tome en boca en todo este negociado: para nada, para nada he de entrar yo en él: todo ha de sonar manejo puro y neto de Gil Blas de Santillana.

Fuime derecho á verme con Sotero; dijele que el Rey queria se despachase luego una orden en que se espresase como S. M. habia tenido á bien recibir en la Real compañía cónica de su teatro á Estela y á Lucrecia, actualmente agregadas á la de Toledo. Caspitina, Señor Santillana, me respondió Sotero con una risita burlesca, vmd. será servido prontamente, porque segun todas las señas se interesa mucho su buen gusto por estas dos damas. Con efecto, estendió

la órden á mi vista , entregómela , dejando á mi cuidado su despacho ; y yo sin perder tiempo la envié á Toledo por el mismo lacayo que me habia acompañado en mi viage á aquella ciudad. Ocho dias despues llegaron á Madrid madre é hija. Apeáronse en una posada á pocos pasos del teatro ó corral del Príncipe , y su primer cuidado fué darme aviso de su arribo por medio de un billete. Pasé al punto á visitarlas , y despues de mil recíprocos cumplimientos las dejé para que se dispusiesen á su primera salida á las tablas , deseandolas fortuna y aplausos , de lo que ya casi no dudaban.

Publicóse al instante que dos nuevas comediantas , recién admitidas en la compañía cómica del Rey , saldrian tal dia á hacer sus papeles ; y diéron principio á su representacion con una comedia escogida que habia agradado mucho en Toledo siempre que se representaba , y por lo mismo la repetian muchas veces.

En todo el mundo gusta la novedad cuando se trata de espectáculos. El concurso de este dia al teatro fué verdaderamente extraordinario. Bien se puede creer que yo no faltaria. Confieso que estuve no poco sobresaltado ántes que se diese principio á la pieza. En medio de mi gran prevencion á favor de la habilidad de hija y madre , estaba con temor del buen éxito : tauto me interesaba por ellas ; pero mi rezelo solo duró miéntras las dos tardáron en abrir la boca,

Luego que habláron, se desvaneció mi sobresalto con los vivas, aplausos y palmadas que por largo tiempo resonáron en aposentos, patio, gradas, y cazuela. Todos celebraban á Estela como una actriz completa para los papeles serios, y á Lucrecia como un prodigio para lo cómico. Esta última se levantó con los corazones de todos. Unos admiraban la brillante viveza de sus hermosísimos ojos; á otros les encantaba su dulcísima y delicadísima voz; y todos admirados de sus gracias no menos que de su modesto despejo, añadido á lo florido de su juventud y á su garbo, salieron como hechizados de su persona.

Concurrió aquella noche á la comedia el Conde Duque, el cual se interesaba mas de lo que yo creia en el lucimiento de aquella tiernecita Comedianta, y le ví salir muy satisfecho, á lo que me pareció, de la madre y de la hija. Seguile deseoso de saber si me habia engañado ó no en mi juicio, y entrandome tras de él en su gabinete: Y bien, Señor Escelentísimo, le dije, ¿le ha gustado á V. E. madamita Marialva? Mi Escelencia, me respondió sonriendose, seria una Escelencia bien ridícula y muy descontentadiza, si no conformara su voto con el del público. Sí, amigo, Lucrecia me llenó, y no dudo que el Rey gustará de verla.

CAPÍTULO III.

Hace Lucrecia gran ruido en la Corte ; representa delante del Rey , quien se enamora de ella ; sucesos de estos amores.

AL instante se divulgó por Madrid , llegando hasta la Corte , la voz del grandísimo aplauso que habian tenido las dos nuevas comediantas. Hablóse de ellas al dia siguiente en el cuarto del Rey. Dos Señores alabáron tanto á Lucrecia , y la pintáron tan hermosa , que el retrato dió curiosidad al Monarca , el cual no solo disimuló la impresion que le habia hecho , sino que afectó no atender á aquella conversacion.

Con todo , luego que se quedó á solas con el Conde Duque , le preguntó quien era aquella comedianta á quien tanto alababan. Es , Señor , le respondió el Ministro , una jovencita comedianta de Toledo , que por primera vez salió ayer al teatro , y se grangeó las aclamaciones de todos. Llamase Lucrecia , nombre que conviene con mucha propiedad á las mugeres de su profesion. Conocíala Santillana , y este me dijo tantas y tan buenas cosas de ella , que me pareció conveniente recibirla en la compañía cómica de V. M. Sonrióse el Rey cuando oyó mi nombre , acordandose quizá en aquel momento de que por

mi maña habia conocido á Catalina, y presintiendo acaso que le habia de prestar el mismo servicio en esta ocasion. Como quiera que esto fuese, el Rey dijo al Ministro: Conde, mañana quiero oir representar á Lucrecia: encargote que cuides de que se lo digan.

Contóme el Conde Duque esta conversacion que habia tenido con el Rey, y me mandó ir á la posada de Laura á avisarla del favor que S. M. las queria dispensar. Partí volando, y habiendo encontrado á Laura la primera: Vengo, la dije, á daros una gran noticia. Mañana quiere veros y oiros en el teatro el Soberano; asi me ha mandado el Ministro que os lo prevenga. No dudo que tanto tú como tu hija haréis cuanto podais y sepais para desempeñaros, y corresponder al honor que el Monarca quiere haceros. A ese fin os aconsejo escojais una pieza en que haya baile y música, para que lo puedan lucir los grandes talentos que en una y otra habilidad celebran todos en Lucrecia. Seguiremos tu consejo, me respondió Laura, y harémos cuanto nos sea posible para que no quede por nosotras que el Rey se dé por satisfecho. No podrá menos de quedarlo mucho, repliqué yo, viendo entonces á Lucrecia que venia de medio trapillo, con el cual parecia cien veces mas agraciada y linda que adornada con las mas soberbias galas de teatro. Quedará tanto mas pagado S. M., quanto es mayor su pasion á la música y baile, como

que ninguna otra cosa le divierte tanto; ¿y quien sabe, añadí, si acaso no la mirará con buenos ojos, tentandole los de Lucrecia? No quisiera, interrumpió Laura, que S. M. tuviese tal tentacion, porque no obstante de ser tan gran Monarca, pudieran acaso quedar desairados sus descos. Aunque Lucrecia se crió entre bastidores y las licencias del teatro, ama mucho la virtud; y bien que no la desagraden los aplausos en las tablas, todavía aprecia mas ser tenida por doucella honrada y timorata, que por bailarina, cantatriz, ni comedianta escelente.

Al oir esto tomó cartas en la conversacion la misma Lucrecia, y volviendose hácia Laura, la dijo con mucha gracia: Tia mia, ¿á que fin forjar monstruos imaginarios para combatirlos? Nunca me veré yo en la dura necesidad de no corresponder á los deseos del Rey. La fineza de su Real y delicadísimo gusto le librárá del sonrojo interior que padeceria por haberse abatido tanto que pusiese los ojos en mí. Pero hermosa Lucrecia, la repliqué yo, si llegara el caso de que os entregase su corazon, escogiendoos por su dama, ¿seríais tan cruel que le dejáseis suspirar á vuestros piés como á un cualquier amante? ¿Y por que no? respondió prontamente. Sin duda que lo haria asi: pues dejando á un lado la virtud, conozco que para mi vanidad seria triunfo mas lisonjero y aun mas glorioso resistir á su pasion, que rendirme á ella.

No me admiró poco oír hablar de esta manera á una doncellita criada á los pechos y en la escuela de tal madre. Despedime de las dos muy edificado de la primera, y aplaudiendo á la segunda por la buena educacion que habia dado á su hija.

Impaciente el Rey por ver á Lucrecia, fué la tarde siguiente al teatro. Representóse una comedia con música y baile, brillando en todo nuestra comedianta.

Desde el principio hasta el fin clavé los ojos en el Monarca, para ver si podia indagar por ellos lo que pasaba en su corazon; pero se burló de toda mi penetracion, mediante cierto magistoso aire de gravedad y seriedad que afectó constantemente hasta el fin: y asi no supe hasta el dia siguiente lo que tenia tantas ganas de saber. Santillana, me dijo el Ministro, vengo del cuarto del Rey. Me ha hablado de Lucrecia con espresiones tan vivas, que no dudo ha quedado muy prendado de ella. Y como yo le habia dicho que fuiste tú quien la hizo venir de Toledo, mostró deseo de hablar privadamente contigo en este particular. Asi pues, parte á Palacio, presentate á la puerta del cuarto de S. M., donde ya hay orden para que te dejen entrar: ve pues al instante, y vuelve luego á darme cuenta de toda la conversacion.

Volé al mismo punto al cuarto del Rey, á quien encontré solo, paseandose á pasos largos,

★

cabizbajo y pensativo. Hizome varias preguntas acerca de Lucrecia, cuya historia quiso le contase con la mayor menudencia; y cuando la concluí, me preguntó si aquella damita habia tenido algun galan. Respondí que no con toda seguridad y resolucion, sin embargo de conocer lo arriesgadas que son por lo comun semejantes aseveraciones. Siendo eso asi, repuso S. M., desde luego te nombro por agente mio para con Lucrecia, y quiero sepa por tu boca el corazon que ha conquistado. Ve al punto á darla esta noticia, entregandola al mismo tiempo en mi nombre esta memoria mia (era un cofrecito lleno de preciosísimas joyas de valor como hasta mas de cincuenta mil ducados), y dila que la pido acepte este corto regalo como prenda de otras pruebas mas sólidas que puede y debe esperar de mi afecto.

Antes de cumplir con esta comision, pasé á ver al Conde Duque para darle cuenta fiel de todo lo sucedido con el Rey. Temia yo que aquel Ministro celebrase poco esta noticia, ántes bien rezelaba que le habia de inquietar mucho, porque, como ya dije arriba, sospechaba yo que tenia sus miras y fines muy personales hácia la niña, y por consiguiente le daria poco gusto tener al Rey por rival; pero lejos de desazonarle la noticia, se alegró tanto con ella, que no pudiendo disimular su gozo, se le escapáron algunas palabras que yo no dejé caer en

tierra. ¡ *Ah, Rey mio!* (esclamó) *ahora sí que te tengo seguro. ¿ Te enamoraste? Pues desde este punto comienzan á llenarte de tedio el Gobierno y los negocios: apóstrofe que me hizo ver con claridad todo el manejo político del Conde. Conocí que le habia solicitado una diversion la mas conforme á su humor, para desviarle de la atencion á las cosas serias. Santillana, me dijo luego, no pierdas tiempo, ve cuanto ántes á obedecer la importante orden que te han dado, persuadido á que muchos cortesanos se gloriarían de que se les hubiese confiado á ellos.*

De esta manera pretendia S. E. dorarme la píldora, la que tragué lo mejor que pude, mas no sin sentir un poco su amargura; porque despues de mi prision me habia acostumbrado á mirar las cosas por el lado de la religion y del honor; y el empleo de Mercurio en gefe no me parecia tan honrado como me lo querian persuadir. No obstante, aunque ya no era tan vicioso que pudiese ejercitarlo sin mucho remordimiento, tampoco era tanta mi virtud, que tuviese valor para no aceptarlo. Obedecí pues al Rey con tanto mayor gusto, cuanto ya estaba seguro de que no desagradaba en ello al Ministro, á quien en todo y por todo deseaba complacer.

Parecióme conveniente hablar primero á Laura para quedar de acuerdo de todo entre los dos. Espusela mi comision en los términos mas mo-

derados y decentes que me fué posible, concluyendo mi arenga con ponerla en la mano el cofrecillo de las joyas. A su vista, no pudiendo disimular su alegría, la dejó salir á esplicarse de palabra con toda libertad. Señor Gil Blas, exclamó rebosando de gozo, dejemonos de ceremonias y ficciones cortesanas, que serian muy impertinentes cuando estan hablando dos antiguos y finísimos amigos. Agraviaria mucho nuestra amistad afectada, si me revistiera de una importuna severidad, haciendo melindres contigo. Sí por cierto, prosiguió ella, confieso que me faltan voces para esplicar el regocijo que me ha causado la noticia que me das de la preciosísima conquista que ha hecho mi hija Lucrecia. Veo muy bien las grandes ventajas que puede traer consigo; pero, hablando entre los dos, temo mucho que ella la ha de mirar con ojos muy diversos de aquellos con que la miro yo. Aunque es una comedianta, y se ha criado en el teatro, es tan timorata y de tanto pundonor, que ya ha despedido á dos Grandes Señores tan amables como ricos. Dirásme quizá que estos no eran Reyes. Convengo en ello, y tambien en que un amante coronado puede hacer titubear la virtud de Lucrecia. Con todo eso no puedo dejar de decirte que es muy incierto el caso, y declararte tambien que por lo que á mí toca, no haré violencia á mi hija. Si esta, lejos de considerarse favorecida por el afecto momentáneo del Rey, lo

mira como mancha á su recato, no dudo que tan gran Monarca tendrá la generosidad no solo de no darse por ofendido, sino ántes bien de aplaudir un modo de pensar tan honrado en una doncellita de pocos años. Finalmente, añadió Laura, tomate el trabajo de volver mañana, que entónces podré decir la respuesta que has de dar al Rey, ó favorable á sus deseos, ó de reconocimiento á su soberana bondad, restituyendole al mismo tiempo sus joyas y regalos.

A pesar de toda esta arenga de Laura, tuve por sin duda que ántes exhortaria á Lucrecia á que se olvidase de su honestidad, que á mantenerse en ella. Persuadido yo á esto, contaba casi seguramente con el buen efecto de su patética exhortacion; pero al dia siguiente me quedé grandemente suspenso, cuando supe que la habia costado mas trabajo á esta madre reducir á lo malo á su hija, que las cuesta á otras el inclinar á las suyas á lo bueno. Creció á lo sumo mi admiracion, cuando ví dentro de pocos dias que habiendo recibido Lucrecia algunas secretas visitas del Monarca, quedó tan arrependida de haber condescendido con sus deseos, que de repente volvió las espaldas al mundo, y se encerró en un Convento, donde luego enfermó y murió á impulsos de la vergüenza y del dolor. Laura, por su parte, inconsolable de la pérdida de la hija, de cuya muerte se consideraba rea por su desmesurada ambicion, se metió

en las Arrepentidas , donde pasó el resto de su vida , llorando los amargos gustos de sus malogrados años. Afligió mucho al Rey el inopinado retiro de Lucrecia ; pero como en su genio naturalmente inclinado á divertirse hacian poca mansion las pesadumbres , se fué consolando poco á poco. En cuanto al Conde Duque , afectó la mayor indiferencia é insensibilidad en este suceso , bien que no dejó de desazonarle , como fácilmente lo creerá el advertido lector.

CAPÍTULO IV.

Nuevo empleo que confirió el Conde Duque á Santillana.

POR lo que respeta á mí , me llegó al alma la desgracia de Lucrecia , y fué tanto el sentimiento que tuve por lo que pude haber contribuido á ella , que considerandome yo mismo por un infame , no obstante la soberana y augusta elevacion del amante á quien servia , renuncié para siempre jamas el caduceo ; y declarando al Ministro la repugnancia que me causaba el llevar en la mano un cetro ó baston tan vergonzoso , le supliqué me emplease en cualquiera otra cosa en que anduviesen de acuerdo el favor y la conciencia. Santillana , me respondió el Conde , grandísimo gusto me da esa tu delicadeza ; y en vista de tu honrado pundonor , quiero darte

una ocupacion que se acomode á tu cristiano modo de pensar, y no menos noble que justa resolucion de proceder. Oye con atencion la confianza que voy á hacer de tí, y el ministerio tan importante como decente que voy á darte.

Algunos años ántes de mi privanza con el Rey, ví por casualidad á una dama que me pareció bizarra, airosa y bella. Hice que la siguiesen, la observasen, y me informasen quien era. Dijéronme que era una dama Genovesa, llamada Doña Margarita de Espinola, la cual vivia en Madrid con las rentas de su hermosura y de su atractivo, añadiendo que cierto Alcalde de Corte, por nombre Don Francisco Valdeasar, viejo y rico, gastaba mucho con ella. Esto que al parecer debiera haberme retraido para siempre de pensar en semejante muger, fué puntualmente lo que me irritó mas la gana de entrar á la parte en sus favores con el tal Don Valdeasar. Para contentar este capricho, me valí de una famosa y esperta vieja, cuya habilidad me facilitó en breve una secreta conversacion con la Genovesa, á la cual siguiéron otras muchas; de manera que tanto mi rival como yo éramos igualmente bien admitidos, gracias á nuestras dádivas. ¿Y quien sabe si acaso entraba tambien en la danza otro tercer galan, y que quizá fuese tan favorecido como nosotros dos?

Como quiera que fuese, lo cierto es que Margarita en aquella confusion de cortejantes llegó

á dar á luz un niño , de cuya paternidad honró á cada uno de sus amantes ; pero como ninguno podia asegurarse en conciencia de que le era debido aquel honor , todos lo renunciaron : de suerte que la Genovesa se vió precisada á criarle en su casa con el producto de sus galanteos. Duró esto diez y ocho años , al cabo de los cuales murió la madre , dejando al hijo sin bienes , y lo peor de todo sin educacion.

Ahora entra la confianza que te quiero hacer , instruyendote del gran designio que tengo acá ideado. Quiero sacar de su infeliz estado á este pobre y desgraciado muchacho ; y haciendole pasar de un extremo á otro , elevarle á los mayores honores , y hacer se le reconozca por hijo y heredero mio.

No me pude contener al oír un proyecto tan extravagante ; y sin reparar en la desatencion de interrumpir su discurso , exclamé diciendo : ; Como , Señor ! ; es posible que haya cabido en V. E. una resolucion tan estraña ! Perdone V. E. á mi zelo una espresion tan impropia de su grandeza. Sosiegate , Santillana , me replicó no sin inmutarse algo , quizá te parecerá menos rara mi determinacion , cuando sepas las razones que he tenido para formarla. No quiero que sean herederos míos mis parientes colaterales. Tal vez me dirás que no soy tan viejo que no pueda todavía esperar tener algun hijo en la Condesa de Valdeories ; pero cada uno se conoce á sí

mismo : bastete saber que he probado inútilmente todos los secretos de la quimica para volver á ser padre. Asi pues, ya que la fortuna supliendo lo que falta á la naturaleza me presenta un muchacho, del cual no es del todo imposible sea yo el verdadero padre, quiero adoptarle por hijo. El punto está ya decidido, y de un modo irrevocable.

Viendo yo al Ministro encaprichado en semejante adopcion, tomé el partido de callar, y dejé de oponerme á su idea, sabiendo era capaz de cualquier gran desacierto, ántes que desistir de su parecer. Ahora solo se trata, prosiguió el Ministro, de dar una correspondiente educacion á Don Enrique Felipe de Namuzg, porque esto es el nombre que ha de tomar hasta que se halle en estado de poseer los títulos y dignidades que le esperan. En tí, querido Santillana, he puesto los ojos para que le gobiernes : descuido enteramente en tu capacidad, en tu zelo y en tu amor, sobre el cuidado y gobierno de su persona y de su casa. Tú le buscarás buenos maestros que le enseñen cuanto en materia de instruccion y de habilidades debe saber un perfecto Caballero. Quise negarme á la aceptacion de semejante empleo, representando al Conde mi amo que no podia en conciencia encargarme de un ministerio que jamas habia ejercitado, y que pedia verdaderamente mas luces de las que yo tenia, y tambien otra educacion, y aun otro

nacimiento del que me habia tocado ; pero luego me interrumpió , y me tapó la boca diciendome con toda resolucion , que absolutamente queria fuese yo el ayo de su hijo adoptivo , á quien destinaba para ocupar los primeros cargos de la Monarquía. Fuéme pues preciso echarme á cuentas tan importante como difícil encargo , por complacer á S. E. , quien en premio de mi condescendencia aumentó mi renta con una pension de mil escudos , que me señaló sobre una encomienda de la Orden de Montesa.

CAPÍTULO V.

Es reconocido auténticamente el hijo de la Genovesa por hijo del Ministro , bajo el nombre de Don Enrique Felipe de Namuzg : escoge Santillana los maestros y personas de servidumbre para este Señor.

CON efecto , tardó poco el Conde Duque en reconocer por hijo suyo al de Doña Margarita. Hizose esta adopcion por medio de instrumento público y solemne con noticia del Rey , y con su Real aprobacion. Don Enrique Felipe de Namuzg (este fué el nombre que se dió á aquel hijo de muchos padres) fué declarado único heredero del Condado de Valdeories , y del Du-

cado de Nacarlus. El Ministro, para que viniese á noticia de todos, dió parte de ello á los Embajadores estrangeros y á la Grandeza, quedando todos altamente sorprendidos. Los ociosos y bufones de Madrid tuviéron asunto para divertirse y reir por largo tiempo, y los poetas satíricos no perdiéron tan bella ocasion de desahogar la hiel de su mordacidad.

Pregunté al Conde donde estaba el Señorito que S. E. queria fiar á mi cuidado. En Madrid está, me respondió, á cargo de una tia, de cuya compañía le sacaré luego que tú le tengas ya buscada casa y familia. Esto se hizo en poco tiempo. Alquilé una buena y cómoda vivienda, adornéla con preciosos muebles, busqué pages y criados, escogiendo los que me parecieron mejor entre los pretendientes, y con el auxilio de Caporis en breve completé la servidumbre, echando mano para ocuparla de los sugetos mas acreditados y sobresalientes. Cuando todo estaba ya ajustado, dí parte á S. E., quien hizo venir al equívoco y nuevo vástago del gran tronco de los Namuzges. Presentóse á mis ojos un gran mozo de buena traza. Don Enrique, le dijo el Conde, señalándome á mí con el dedo, este caballero que aquí ves, es el sugeto que yo mismo he escogido para que te gobierne y guie en la carrera del mundo. Tengo puesta en él toda mi confianza, y le he dado poder y autoridad absoluta sobre tí. Sí, Santillana, añadió

volviendose á mí, á tu cuidado le entrego enteramente, muy seguro de que me darás buena cuenta de él. A estas palabras añadió otras el Conde, encargando al caballerito me obedeciese en todo, y no saliese un punto de lo que yo le insinuase; y con esto nos despidió mandandome que condujese á Enrique á su nueva casa.

Luego que estuvimos en ella, hice que se le presentasen todos los criados, esplicandole el oficio que tenia cada uno. Mantuvose despejado y sereno, sin dar la mas mínima señal de que le hiciese novedad el verse de repente en aquella no esperada condicion; ántes bien admitia con tanta naturalidad todas las demostraciones de atencion y de respeto que se le tributaban, como si hubiera sido por nacimiento aquello que representaba por capricho y por casualidad. No le faltaba talento, pero era ignorante en sumo grado. Apénas sabia leer ni escribir. Busquéle un preceptor que le enseñase los rudimentos de la lengua latina, maestros de geografía, de historia y de esgrima. Ya se deja discurrir que no me olvidaria de un maestro de baile; pero habia á la sazón tantos y tan famosos en Madrid, que solamente me embarazé en la eleccion, no sabiendo á cual dar la preferencia.

Hallabame con esta indecision, cuando ví entrar en el portal de casa á un hombre ricamente vestido. Poco despues llegó un page á decirme que deseaba verme aquel personage; hi-

cele entrar, y preguntandole en que le podia yo servir: Señor de Santillana, me respondió, he sabido que V. S. anda buscando maestro de danzar para el Señor Don Enrique, y vengo á ofrecerme á la disposicion de V. S.; concluyendo esta breve arenga con muchas compasadas reverencias que mostraban bien su profesion. Yo, Señor, añadió, me llamo Martin Liger, y gracias á Dios soy conocido en Madrid. No acostumbro andar á caza de discípulos, que eso es bueno para los maestrillos principiantes, ó para los que apénas saben bailar la pavana. Comunmente espero á que me busquen; pero, enseñando como enseñé al Señor Duque de Medinadionis, al Señor Don Luis de Roa, y á algunos otros Caballeros de la casa de Namuzg, de la cual me precio ser como criado y servidor nato, me pareció de mi obligacion anticiparme á ofrecerme á V. S. Por lo que vmd. me dice, repuse yo, veo ser el hombre que habíamos menester. ¿Y quanto es, le pregunté, lo que vmd. lleva al mes? Cuatro doblones de oro, me respondió, y no doy mas de dos lecciones por semana. ¿Cuatro doblones! repliqué yo. Pareceme precio muy escesivo. *¿Precio escesivo* le parece á V. S. el de cuatro doblones al mes por un maestro de danzar! me dijo en tono de admirado, y quizá dará V. S. un doblon á un pobre inútil maestro de filosofía.

No me fué posible contener la risa á vista de

una réplica tan uecia y disparatada, preguntando al Señor Ligeró si en Dios y en conciencia creía que era mucho menos necesario un maestro de filosofía que un maestro de danzar. Y como que lo creo, me respondió intrépidamente. Nosotros somos cien veces mas útiles á la sociedad que esos señores míos. Y sino, dígame V. S. ¿ que cosa son los hombres, ántes de pasar por nuestras manos? ¿ Son mas que unas estatuas mal labradas, ó unas informes masas de carne, como los osos recién nacidos, ántes que sus madres los laman y pulan, dandoles la figura que les corresponde? Nosotros poco á poco los vamos desbastando, dandoles insensiblemente aquella forma que han de tener con aquellos airosos y compasados movimientos que está pidiendo la misma racionalidad. En una palabra, nosotros les enseñamos á moverse con gracia, comunicandoles ciertas posturas y movimientos llenos de nobleza y gravedad.

Rendíme á las razones de aquel gran maestro de danzar, y le recibí para que enseñase á Don Enrique como se habia de mover y como habia de andar, no rebajando nada de los cuatro doblones de mesada, precio ya fijo é invariable para los grandes maestros de aquel arte importantísimo.

CAPÍTULO VI.

Vuelve Scipion de América ; acomodale Gil Blas en la familia de Don Enrique : estudios de este : con quien le casó el Conde Duque : hace S. E. noble á Gil Blas que lo repugnaba.

TODAVÍA me faltaba parte de la familia de Don Enrique , cuando Scipion volvió de Méjico. Preguntéle como le habia ido en su viage. Me respondió que bien , puesto que con los tres mil ducados que yo le habia dado , habia comprado y traído en géneros de aquel pais el importe de nueve mil , que le valdria su venta en España. Hijo mio , le dije , yo te doy mil enhorabuenas , y pues has comenzado á hacer fortuna , en tu mano está acabarla , repitiendo el año que viene otro viage á América ; ó si te acomoda mas un puesto honrado en Madrid , por no esponerte á los trabajos y peligros de tan larga navegacion , no tienes mas que hablar , que yo podré dartelo. Par diez , me respondió el hijo de la Coscolina , en una alternativa como esa no hay lugar á la menor duda. Mas quiero asegurar un bocado de pan al lado de V. S. , que amontonar grandes riquezas privado de su vista , y á costa de tantos riesgos. Asi pues , sirvasc

V. S. decirme que ocupacion piensa destinar á este inútil pero fidelísimo servidor.

Para que se hiciese cargo de todo, le conté brevemente la historia de aquel señorito que el Conde habia querido injerir en el tronco de Namuzg. Dijele como S. E. me habia hecho ayo de Don Enrique, y que desde luego le nombraba á él por primer ayuda de cámara de aquel hijo adoptivo. No podia desear mas Scipion, y así aceptó con el mayor gusto el acomodo, desempeñandolo tan bien, que en pocos dias se levantó con el amor y la confianza de su nuevo amo.

Estaba yo casi cierto de que los pedagogos que habia elegido para que enseñasen los primeros rudimentos de la gramática al hijo de la Genovesa, perderian su tiempo, pareciendome que en su ya adelantada edad seria indisciplinable; pero en esto por fortuna se engañó mi juicio. Aseguráronme los maestros que estaban muy contentos con él, porque aprendia presto, y retenia bien todo lo que le enseñaban. Pasé inmediatamente á dar esta alegre noticia al Conde Duque, quien la recibió con extraordinario gozo. Santillana, me dijo, no sabes el gusto que me has dado con asegurarme que Don Enrique tiene feliz memoria y pronta penetracion. Esto me hace reconocer en él mi sangre, y ratificarme en que es hijo mio. No le amaria mas si fuera hijo de mi esposa. Amigo, tú mismo confesarás

que la naturaleza se va descubriendo en él. Guardéme bien de decirle lo que pensaba en el asunto, y respetando su flaqueza le dejé gozar tranquilamente de la persuasion falsa ó verdadera de que él y no otro era el padre de Don Enrique.

Aunque todos los Namuzges aborrecian de muerte al tal señorito recién hecho, disimulaban por política, y aun algunos de ellos afectaban solicitar su amistad. Visitábanle los Embajadores y los Grandes, tratándole con el mismo respeto y atención que si fuera verdaderamente hijo del Conde. Lisonjeado infinitamente este Ministro con el incienso que se ofrecia á su idolo, se dió prisa á llenarle de empleos y dignidades. La primera gracia que pidió al Rey para Don Enrique, fué la Cruz de Alcántara con una Encomienda de diez mil escudos. Solicitó poco despues la llave de Gentilhombre, y deseando entroncar con una de las familias mas nobles de España, puso los ojos en Doña Juana Vascelo, hija del Duque de Llastica; y fué tanto su poder, que lo logró á pesar del mismo Duque padre de la novia, y de todos sus parientes.

Algunos dias ántes que se celebrase el matrimonio, me envió á llamar el Conde mi señor, y luego que me vió me puso en la mano unos pergaminos diciendome: Aquí tienes, Gil Blas, una ejecutoria que he solicitado para tí y toda tu familia: ya eres noble. Señor, le respondí pas-

mado de lo que acababa de oír, V. E. sabe muy bien que soy hijo de una pobre dueña y de un miserable escudero; pareceme que agregarme á la nobleza seria en cierta manera profanarla; y entre todas las gracias que el Rey me puede hacer, ninguna es mas superior á mi mérito, ni menos adaptada á mis deseos. Tu bajo nacimiento, replicó el Ministro, es un obstáculo muy fácil de allanar: has sido empleado en los negocios de estado, así durante el Ministerio de mi antecesor como en el mio; además, añadió sonriéndose, ¿no has hecho al Rey servicios que merecen ser premiados? Santillana, en una palabra, eres acreedor á la honra que quiero hacerte; fuera de eso, el empleo que ejerces con mi hijo requiere que seas noble. Este es á la verdad el motivo que he tenido para solicitar tu ejecutoria. Ríndome, Señor, le repliqué, puesto que así lo quiere V. E.; y diciendo esto recogí mi ejecutoria, beséla y metíla en el bolsillo.

Étame aquí ya caballero, decia yo hablando conmigo mismo cuando iba por la calle: étame que ya soy noble, sin tener la mas mínima obligacion á mis padres ni á mis abuelos: ya podré hacer que me llamen *Don Gil Blas* siempre que me diere la gana, y si alguuo la tuviere de reirse de mí, yo le daré con mi ejecutoria en los hocicos; pero leamosla, y veamos de que manera se borra de repente el villanismo. Saqué de la faltriquera el Real título, y ví que decia en suma

que S. M. en reconocimiento del zelo que en mas de una ocasion habia mostrado yo por su Real servicio y por el bien del Estado , habia tenido á bien gratificarme con la merced de noble , etc. Y me atrevo á decir , aunque parezca alabanza mia , que no sentí ni asomos de soberbia por esta gracia ; ántes bien , teniendo siempre á la vista mi humilde nacimiento , este honor , en vez de engreirme , me humillaba mas. En virtud de lo cual determiné encerrar la ejecutoria en un armario viejo , en lugar de hacer de ella alarde ni ostentacion.

CAPÍTULO VII.

Encuentra casualmente Gil Blas á Fabricio ; última conversacion que tuvieron , y aviso importante que le dió Nuñez.

YA dejo dicho que el poeta Asturiano se olvidaba fácilmente de mí. Tampoco mis ocupaciones me permitian buscarle , y así no habia vuelto á verle desde el lance de la famosa disertacion sobre la *Ifigenia de Euripides* , cuando quiso la casualidad que un dia le encontrase en la Puerta del Sol. Víle salir de una imprenta , y dijele prontamente : ¿ Que es esto , amigo Nuñez , tratas con impresores ? Eso me huele á que quieres regalar al público con alguna obra nueva.

Sin duda debe esperarla, me respondió. Actualmente estoy haciendo imprimir un librito que ha de meter mucho ruido entre los literatos. No dudo ya de su mérito, le repliqué; pero me parece que la mayor parte de esos papellitos son unas bagatelas que hacen poco honor á sus autores. Convengo en eso, me respondió, pues sé muy bien que solamente aquellos ociosos que quieren leer todo cuanto se imprime, gustan de divertirse perdiendo el tiempo en la lectura de esos folletos. Confieso que este se me escapó, siendo uno de aquellos hijos que suele engendrar la necesidad. Ya sabes que el hambre es la que obliga á los lobos á salir de sus cavernas.

¿Como así! repliqué yo admirado. ¿Es posible que me llegue á decir esto el autor del *Conde de Saldaña*! ¿Un hombre que tiene dos mil ducados de renta ha de hablar de esa manera! Vamos poco á poco, amigo, me interrumpió Nuñez: ya no soy aquel feliz autor que gozaba una buena pension, y esa bien pagada. Desordenáronse, y de repente, los negocios del tesorero Don Beltran; disipó el dinero del Rey, embargáronle todos los bienes, y se llevó el diablo mi pension. Mal caso es ese, le dije; ¿pero no te ha quedado aun alguna esperanza por ese lado? Maldita aquella, me respondió: el Señor Gomez de Ribera está tan pobre y tan miserable como su poeta; ahogóse y se hundió de manera que nunca volverá á verse sobre el agua.

Segun eso , amigo mio , repuse yo , te veo en términos de que me será preciso solicitar algun empleo que pueda consolarte de la pérdida de tu pension. Te lo estimo mucho , me respondió , pero no quiero que te tomes ese trabajo. Aunque me consiguieras el mayor empleo en las Secretarías del Ministro , no lo aceptaria. Esas fastidiosas y serias ocupaciones no se hicieron para quien está criado entre las Musas. A este solamente le convienen diversiones literarias. Finalmente te diré que yo nací para vivir y morir como poeta , y quiero que se cumpla mi suerte. Por lo demas , continuó , no creas que nosotros seamos tan infelices como parece. Fuera de vivir con gran libertad é independenciamos asegurada la comida sin cuidados ni fatigas. Se cree comunmente que comemos á lo Demócrito , pero es engaño manifesto. No se hallará entre nosotros ni siquiera uno , aun entrando los autores de almanakes , que no tenga una buena casa adonde ir á comer. Todos los dias tengo seguros dos cubiertos , uno en la mesa de un Director general de la Real hacienda , á quien dediqué cierta novela ; y otro en la de un rico mercader , que rabia por tener siempre eruditos que le acompañen á comer. Por fortuna no es él de mejor gusto , ni el mas delicado en la eleccion , y asi fácilmente se provee de este género en abundancia y á pedir de boca.

En ese caso , le repliqué , ya no te tengo lás-

tima, puesto que estás tan contento con tu suerte. Sin embargo, te repito que en Gil Blas tendrás siempre un buen amigo, á pesar de tu descuido en cultivar su amistad. Mi bolsillo estará siempre abierto para tí. Sentiré que una vergüenza fuera de tiempo te prive á tí de lo que hubieres menester, y á mí del particular gusto de servirte y aliviarte.

Verdaderamente, exclamó Nuñez, que en esas generosas espresiones conozco á mi Santillana, y te doy un millon de gracias por la gran disposicion á favorecerme en que te veo. En prueba de mi reconocimiento á esa fineza, quiero darte un importante aviso, y al mismo tiempo un buen consejo. Miéntras dura el poder del Conde Duque, y tú te mantienes en su gracia, aprovecha bien el tiempo, y no te descuides en asegurarte una sólida y mediana fortuna, porque la de ese Ministro, á lo que me han asegurado, está mas que un poco titubeante. Preguntéle si esto lo sabia de buen original. Respondióme que lo habia oido á un Caballero de Calatrava, viejo muy machucho y grande huron de secretos reservados; á quien todos escuchan como á un oráculo, y lo que dijo ayer en mi presencia fué lo siguiente: « El Conde Duque tiene muchos enemigos, y todos conspiran en derribarle. Cuenta demasiado con el ascendiente que ha logrado sobre el ánimo del Rey; pero el Monarca, á lo que se dice, ha comenzado ya á dar oídos á

las quejas que se tienen de él. » Agradecí á Nuñez el consejo y el aviso; pero hice poco caso de uno y otro, persuadido á que la gracia del Duque en el corazon del Rey era absolutamente inmutable, á la manera de aquellas viejas encinas que arraigadas profundamente en la tierra se burlan de los torbellinos, y aun de los mas furiosos y violentos uracanes.

CAPÍTULO VIII.

Descubre Gil Blas ser cierto el aviso que le dió Fabricio. Hace el Rey un viage á Zaragoza.

COMO quiera, la noticia que me dió Fabricio no carecia de fundamento. Se armaba dentro de Palacio cierta conspiracion para derribar al Conde Duque, á cuya frente se decia estaba la misma Reina. Sin embargo, nada transpiraba al público de las medidas que se tomaban para hacer caer al Ministro, y se pasó mas de un año sin que se echase de ver la mas mínima mutacion en su privanza y favor.

Pero el alzamiento de Cataluña sostenido por la Francia, y los desgraciados sucesos de la guerra contra los rebeldes, diéron motivo á la murmuracion del pueblo, y á sus quejas contra el Gobierno. Estas fuéron causa de que se tuviese un Consejo á presencia del Rey, al que

quiso S. M. asistiese el Marques de Agran, Embajador de la Corte de Viena. Propusose en él si era mas conveniente que el Monarca se mantuviese en Castilla, ó que pasase á Aragon á dejarse ver de su ejército. El Conde Duque, que no tenia gana de que el Rey saliese de Castilla, habló el primero, y representó que no juzgaba acertado que S. M. desamparase el centro de sus Estados, apoyando esta opinion con todas las razones que le sugirió su elocuencia. Siguiéronle en la misma todos los miembros del Consejo, á escepcion del Marques de Agran, que llevado de su zelo por la Casa de Austria, y con la franqueza genial de su Nacion, se opuso abiertamente al dictámen del primer Ministro, y defendió lo contrario con razones tan poderosas, que convencido el Rey de su fuerza y solidez, abrazó esta opinion, aunque opuesta al parecer de todo lo restante del Consejo, y señaló el dia de marchar al ejército.

Esta fué la primera vez que el Monarca dejó de seguir el dictámen de su Privado: novedad que le llenó de amargura, y le dejó altamente mortificado, considerandola como un público y vergonzoso desaire. Al mismo tiempo que se retiraba á su gabinete para roer en plena libertad tan duro hueso, me vió, me llamó, y encerrandose conmigo en su cuarto, me contó trémulo, agitado, y como fuera de sí, lo que habia pasado en el Consejo. Recobrado despues algun

tanto : Sí, Santillana, me dijo, sí : el Rey, que mas ha de veinte años solo hablaba por mi boca, y solo veia con mis ojos, prefirió al mio el parecer de Agran. ¿ Pero como ? colmando de elogios á aquel Embajador, y exaltando sobretodo su amor y su zelo por la Casa de Austria, como si uno ni otro escudiese al mio. Por aquí fácilmente se conoce, prosiguió el Ministro, que hay un partido formado contra mí, del cual la Reina es la cabeza. ¿ Y de eso se inquieta V. E. ? le repliqué yo. Doce años ha que la Reina está acostumbrada á ver á V. E. dueño de los negocios, y otros tantos que V. E. acostumbró al Rey á no consultar con su esposa el mas mínimo de ellos. Respecto al Marques de Agran, pudo muy bien el Rey inclinarse á su parecer por el gran deseo que tiene de ver su ejército, y de hacer una campaña. No das en el hito, repuso el Conde, ántes bien debieras decir que mis enemigos esperan que hallandose el Rey entre sus tropas, estará siempre rodeado de los Grandes que le quisieren seguir, y entre ellos habrá mas de uno mal satisfecho de mí, que se atreverá á decir mil males de mi Ministerio. Pero se engañan miserablemente, añadió, porque daré tales providencias, que durante el viage se haga el Rey inaccesible á todos los Grandes. Asi lo ejecutó efectivamente, pero de un modo que merece referirse por menor.

Llegado el dia señalado para la partida del

★

Rey , despues de haber nombrado á la Reina por Gobernadora durante su ausencia , se puso en camino para Zaragoza ; pero habiendo querido pasar por Aranjuez , le pareció tan delicioso aquel sitio , que se detuvo tres semanas en él. De Aranjuez le hizo el Ministro ir á Cuenca , donde le tenia dispuestas tales diversiones , que permaneció largo tiempo en aquella Ciudad. De allí se transfirió á Molina de Aragon , donde la caza le embelesó por muchos dias. Llegó al cabo á Zaragoza , de donde estaba poco distante el ejército. Al fin el Conde Duque le disuadió de ir á él , haciendole creer que se esponia á peligro de caer en manos de los Franceses , los cuales ocupaban todas las llanuras de Monzon , tanto que atemorizado el Rey de un riesgo meramente imaginario , resolvió mantenerse encerrado en su Palacio como pudiera en una prision. Aprovechandose el Ministro de aquel pánico terror , con pretexto de velar sobre la seguridad de su Real Persona , era , por decirlo asi , como una centinela de vista ; de manera que los Grandes , despues de haber hecho escesivos gastos para seguir con la correspondiente decencia al Soberano , no tuviéron el consuelo de lograr ni una sola audiencia de él. Causado finalmente el Monarca , ó de estar mal alojado en Zaragoza , ó de perder el tiempo en ella , ó acaso de verse allí prisionero , se restituyó cuanto ántes á Madrid , dejando al Marques de los Velez , General del

ejército, el cuidado de mantener el honor de las armas españolas.

CAPÍTULO IX.

De la rebelion de Portugal, y caida del Conde Duque.

Pocos dias despues empezó á correr por Madrid una mala nueva. Decíase que los Portugueses, aprovechandose del levantamiento de Cataluña, y pareciendoles ocasion muy oportuna esta para sacudir el yugo de la dominacion de España, habian aclamado al Duque de Braganza por Rey de Portugal, bien resueltos á mantenerle en el Trono, sin miedo de que España lo pudiese estorbar, estando ocupada en Alemania, en Italia, en Flandes y en Cataluña. No les era fácil hallar coyuntura mas favorable para librarse de la dominacion de sus vecinos.

Lo mas singular fué que cuando la Corte y toda la Nacion se hallaban en la mayor consternacion por aquella novedad, el Conde Duque quiso divertir al Rey con sarcasmos, dichos y agudezas á costa del Duque de Braganza; pero el Rey, lejos de prestarse á sus insípidas é importunas graciosidades, se revistió de un aire serio que enteramente le desconcertó, haciendole presentir su inminente desgracia. Acabó el

Ministro de dar por cierta su caída, cuando supo poco despues que la Reina abiertamente se habia declarado contra él, diciendo públicamente que su mala administracion habia dado motivo á la rebelion de Portugal. Luego que la mayor parte de los Grandes, especialmente aquellos que habian seguido al Rey en el viage á Zaragoza, advirtiéron la tempestad que se iba levantando contra el Conde Duque, se declararon por la Reina. Pero la que dió el último golpe decisivo fué la Duquesa viuda de Mantua, Gobernadora que habia sido de Portugal. Esta Princesa vino de Lisboa á Madrid, donde hizo ver claramente al Rey que de la rebelion de los Portugueses solo tenia la culpa la conducta de su primer Ministro.

Hizo tanta impresion en el ánimo del Monarca el discurso de aquella Princesa, que desde el mismo punto cesó la caprichosa obstinacion con que en todo y por todo aprobaba cuanto hacia y decia su Privado, despojandose en un instante de todo el amor que le profesaba. No bien llegó á noticia del Ministro que el Rey daba oidos á las quejas y murmuraciones de sus enemigos, cuando le escribió pidiendole licencia para renunciar su empleo y retirarse de la Corte, puesto que se le hacia la injusticia de imputar á su Ministerio todas las desgracias que durante él habian sucedido á la Monarquia. Pareciale que esta súplica haria grande efecto en el corazon

del Rey, suponiendo que todavía se conservaría en él la inclinacion que bastaba para no consentir jamas en semejante retiro; pero la respuesta de S. M. fué que venia en concederle el retiro que pedia, y que así podia irse á donde mejor le pareciese.

Estas pocas palabras escritas de propio puño del Rey fuéron como un formidable trueno que dejó aturdido al pobre señor, el cual nada menos esperaba. Con todo eso disimuló su sentimiento, y afectando serenidad y constancia, me preguntó que haria yo si me hallase en igual caso. Respondile que fácilmente tomaria mi partido, abandonando para siempre la Corte, y retirandome á alguno de mis Estados á pasar tranquila y dulcemente lo restante de mi vida. Piensas como se debe pensar, repuso el Conde. Lo mismo quiero hacer yo: retiraréme á Loeches despues de haber hablado una sola vez con el Monarca, para representarle que hice cuanto era posible en lo humano para llevar la pesada carga que tenia sobre los hombros, sin que tuviese mas culpa en los siniestros sucesos de que me acusan, que la de un hábil piloto que no pudiendo contrarestar á la violencia de los vientos, ni al impetu de las olas, vé naufragar el hajel desobediente al timon. Lisonjeabase el Ministro de que aun podia quietarse el Rey, y volver las cosas al estado en que se habian hallado; pero no pudo conseguir audiencia, ántes

bien se le envió á pedir la llave con que entraba en el cuarto del Rey siempre que queria.

Conoció entónces que ya no le quedaba esperanza, y se resolvió buenamente á retirarse. Examinó sus papeles, y quemó gran parte de ellos, en lo que obró con mucha prudencia. Nombró los dependientes y criados que le habian de seguir, y ordenó que todo estuviese pronto para marchar el dia siguiente. Temiendo que al salir de Palacio le insultase el populacho, se levantó muy de mañana, y ántes de amanecer salió por la puerta de las cocinas, y metiendose en un coche viejo con su confesor y conmigo, tomó tranquilamente el camino de Loeches, pueblo corto, de que era Señor, donde la Condesa su muger habia fundado un Convento de Religiosas. En menos de cuatro horas nos pusimos en él, y poco despues llegó el resto de la familia.

CAPÍTULO X.

Cuidados que inquietáron al Conde Duque ; síguese á ellos una dichosa tranquilidad ; método de vida que entabló en su retiro.

LA Condesa Valdeorics dejó ir á su marido á Loeches, quedandose ella en Madrid con la esperanza de alcanzar su regreso al Ministerio por medio de sus lágrimas y representaciones. Echóse

á los piés de sus Magestades, pero nada pudo conseguir. El Rey no hizo aprecio de sus memoriales; y la Reina que la aborrecia de muerte, se complacia en verla llorar. No por eso se acobardó la esposa del Ministro desgraciado; abatióse hasta implorar la proteccion de las damas de la Reina : bajeza que solo produjo el fruto de moverlas á desprecio mas que á compasion. Afligida y aun avergonzada de haberse humillado tanto sin otro efecto que el de haberse envilecido, se fué á juntar con su esposo para llorar con él la pérdida de un empleo, que ademas de ser el primero de la Monarquía, era en aquel reinado de un poder casi no imaginable.

La relacion que hizo la Condesa del estado en que habia dejado las cosas en Madrid, aumentó extraordinariamente la afliccion del Conde su esposo. Vuestros enemigos, le dijo llorando, el Duque de.... y los demas Grandes que no os pueden ver, incesantemente adulan al Rey, aplaudiendo la resolucion de haberos separado del Ministerio; y el pueblo celebra con insolencia vuestra desgracia, atribuyendo todas las que padece el Estado á vuestra desacertada administracion. Señora, la respondió mi amo, imitad mi ejemplo : llevad con resignacion vuestros pesares, como procuro yo hacerlo con los míos, y cedamos con valor á una borrasca que no podemos desvanecer. Creia yo, es verdad, que podria perpetuar mi valimiento miéntras me du-

rarse la vida : ilusion ordinaria en los Ministros y Privados , los cuales se olvidan por lo comun de que su suerte depende de la voluntad , y aun tal vez del capricho del Soberano. El Duque de Melar se engañó igualmente que yo , persuadido á que en la púrpura que le adornaba , tenia un seguro fiador de la perpetua duracion de su autoridad.

Asi procuraba el Conde Duque consolar y alentar á su esposa , exhortandola á la paciencia , siendo asi que él padecia una agitacion que se hacia mayor todos los dias con las cartas de Don Enrique , que permaneció en Madrid para observar cuanto pasaba en la Corte , y avisar de todo exactamente. El portador de estas cartas era Scipion , que se habia quedado en casa del hijo adoptivo de S. E. , de la cual habia salido yo inmediatamente despues de su matrimonio con Doña Juana Vascelo. Las tales cartas venian siempre llenas de noticias poco gustosas , y era lo peor que en las circunstancias no se podian esperar otras. Decia en unas , que no contentos los Grandes con haber derribado al Conde Duque , hacian cuanto podian para que todas sus criaturas fuesen removidas de los empleos que ocupaban , y reemplazadas por los quejosos y enemigos del Ministro caido. Avisaba en otras que iba entrando en favor Don Luis de Haro , quien segun todas las señales seria declarado primer Ministro. Pero entre todas las no-

ticias que desazonaban á mi amo, la que le llegó mas al alma fué la novedad que se hizo en el Virreinato de Nápoles, despojando de él á un grande amigo suyo, y dandosele á otro Señor á quien él nunca habia podido tragar.

Puede decirse que en el espacio de tres meses todo fué disgustos, inquietud y turbaciones para el pobre Conde Duque; pero su confesor, que era un Religioso tan ejemplar como docto y elocuente, halló modo de consolarle, confortarle y serenarle. A fuerza de representarle con energía y dulzura que ya no debia pensar en otra cosa que en la salvacion de su alma, logró desprenderle enteramente del espíritu de Corte. Dijo públicamente S. E. que ya no queria saber noticia alguna de Madrid, ni pensar mas que en disponerse para una buena muerte. La Condesa aprovechandose tambien por su parte del desengaño y de la oportunidad que la ofrecia aquel retiro, halló en el Convento de Religiosas que habia fundado, todo el consuelo que podia desear, preparado amorosamente por la divina Providencia. Habia entre aquellas Religiosas algunas de particular virtud, cuyas santas conversaciones insensiblemente fuéron labrando en su corazon, de manera que convirtiéron en una dulce y alegre tranquilidad todas las amarguras de su vida. Al mismo paso que el corazon del Conde iba echando de sí los pensamientos del mundo, y desprendiendose de todo lo que olia

á cuidados y novedades de Corte, se iba arregando mas y mas en su alma aquella dulcísima paz. Entabló un género de vida y una distribución de horas en la manera siguiente. Pasaba casi toda la mañana en la Iglesia de las Monjas oyendo misas, iba despues á comer, tenia sobre-mesa una corta conversacion, levantaba esta, y se divertia por espacio de dos horas jugando conmigo y con otros criados de su mayor confianza. Concluido el juego, se retiraba á su gabinete, donde se mantenía hasta puesto el sol. Entónces salía á dar un paseo por el jardin, ó tomaba el coche, y daba una vuelta por las cercanías del Lugar, acompañado siempre de su Confesor ó de mí, y á veces de entrámbos.

Un dia que S. E. y yo íbamos solos, me tomé la licencia de decirle : Señor, no puedo contener mi consuelo y aun mi gozo, viendo como veo que V. E. comienza á no echar menos el bullicio y el tumulto del mundo, y que se acostumbra al retiro y á la quietud. Estoy ya tan acostumbrado, me respondió, que aunque siempre he vivido entre el ruidoso estruendo de los mayores negocios, cada dia voy cobrando mas inclinacion á esta vida tranquila, silenciosa y feliz.

CAPÍTULO XI.

Apoderase del Conde Duque una repentina y profunda melancolía ; su causa y sus efectos.

DIVERTIASE algunas veces el Conde por variar sus ocupaciones en cultivar su jardin. Estabale yo un dia viendo en aquel inocente trabajo, y me dijo en un tono entre serio y festivo : ¿ Que te parece, Santillana ? ¿ no es un espectáculo tan estraño como divertido el ver á un Ministro desterrado de Madrid hacer de jardinero en Loeches ? Señor, le respondí en el mismo tono, me parece que estoy viendo á Dionisio Siracusano dando la ley en Sicilia, y enseñando despues á leer y escribir á los niños de Corinto. Sonrióse un poco el amo, y mostró que no le desagradaba el cotejo.

Toda la familia estaba contentísima y admirada de ver al Conde tan superior á su desgracia, rebosando de gozo en una vida tan diferente de la que habia tenido hasta allí, cuando todos advertimos en él una repentina mudanza que palpablemente iba creciendo, y nos lleuó de grandísimo dolor. Vimosle taciturno, pensativo, y como abismado en una profundísima melancolía. Abandonó todo juego y pasatiempo, huia de la gente, y se mostraba insensible á

cuanto podíamos hacer y discurrir para divertirle. Luego que acababa de comer se encerraba en su cuarto, de donde no salia hasta la noche. Pareciónos que aquella tristeza podia tener origen en la memoria de la grandeza pasada, y en este concepto procurámos dejarle solo con el Religioso su confesor; pero su elocuencia tampoco pudo triunfar de la melancolía del Duque, ántes bien cada vez se descubria mayor.

Ocurrióme que la tristeza del Ministro podia nacer de algun motivo ú disgusto que no queria manifestar, y un dia estando solos los dos: Señor, le dije con cierto aire de amor y respeto, ¿será lícito á un humilde criado hacer una pregunta á su benignísimo amo y generosísimo bienhechor? Pregunta lo que quisieres, me respondió, que yo te lo permito. Pues, Señor, le repliqué, ¿á donde se ha ido aquella alegría, aquella satisfaccion que con tanto consuelo nuestro estábamos todos viendo en el semblante de V. E.? ¿ha perdido aquella grandeza de ánimo con que ponía á sus piés todos los reveses de la fortuna? ¿será acaso posible que la pérdida del favor escite nuevos tumultos en ese corazon tan superior á todas las humanas revoluciones? ¿querrá V. E. volver á sumergirse en aquel abismo de amarguras é inquietudes de que felizmente le habia libertado su heroico y cristiano modo de pensar? No, gracias al Cielo, respondió el Conde, ya no me atormenta la me-

moria del gran papel que representé en el teatro de la Corte; olvidé para siempre todos los obsequios que me rendian, todo el incienso que me tributaban. Pues, Señor, le repliqué, si V. E. ha podido desechar de sí todas esas memorias, ¿por que se deja dominar de una melancolía que aflige á todos sus fieles y amantes servidores? ¿Que tiene V. E., Señor? ¿que tiene? prorumpí arrojandome á sus piés y bañandoselos de lágrimas. Algun grande y secretísimo disgusto está despedazando ese su angustiado corazon. ¿Querrá V. E. hacer un misterio de ello á su favorecido Santillana, cuyo amor, zelo y fidelidad tiene tan íntimamente conocidos? ¿Que delito es el mio para haber desmerecido su antigua confianza?

No la has desmerecido, repuso el Conde, la posees tan entera como la poseias; pero confieso que me cuesta mucha repugnancia, y aun estaba tambien por decir vergüenza, revelarte el motivo de la tristeza en que me ves sepultado: sin embargo, no debo ni puedo negarme á las instancias de un criado y de un amigo tan verdadero y fiel como tú: solo Santillana me podria merecer que le hiciese semejante confianza. Asi es, prosiguió, que soy desgraciada presa de una voraz melancolía que me roe las entrañas, y me va acortando los dias de la vida. Casi á cada momento estoy viendo una fantasma ó un espectro que se pone delante de mí en una figura

espantosa. Inútilmente pretendo persuadirme á mí mismo que es mera ilusion , sombra imaginaria en que nada hay de realidad , mentida representacion de la alterada fantasía : sus continuas apariciones me turban y me trastornan. No tengo tan perdida la cabeza que no conozca ser esto soñar con los ojos abiertos ; pero tampoco es tanta mi fortaleza , que no deje de afligirme mucho esta molestísima vision. A esta vergonzosa confesion me han obligado tus leales instancias ; mira ahora si me sobraba razon para ocultarte el verdadero motivo de mi melancolia.

Oí con grandísimo dolor y no menor admiracion una cosa tan extraordinaria , conociendo que la máquina del pobre Señor estaba físicamente alterada. Señor , le dije , ¿ y quien sabe si todo eso procede de debilidad , en fuerza del cortísimo alimento que toma V. E. ? Eso mismo temí yo al principio , me respondió , y para experimentar si provenia de la gran dieta á que me habia reducido , comencé á comer mas de lo ordinario ; pero no por eso desapareció la sombra que me persigue. Ya desaparecerá , le repliqué para consolarle. Si V. E. se quisiera disipar un poco , dignandose de volver á divertirse algunos ratos con sus fieles criados , no dudo que esos negros vapores se desvanecerán del todo.

Pocos dias despues de esta conversacion cayó enfermo el Conde , y conociendo él mismo que

el mal iba creciendo, mandó que viniesen de Madrid dos Escribanos para disponer su testamento. Viniéron con ellos tres famosos Médicos, de quienes se decia que habian curado algunos enfermos. Luego que se divulgó por el Lugar la venida de los Doctores, fuéron universales las lágrimas y los gemidos, dando todos por cierta y cercana la muerte de su Señor. Los Médicos trajéron consigo un boticario y un cirujano, ejecutores ordinarios de sus recetas y decretos. Estos dejáron á los Escribanos hacer su oficio, y despues entráron ellos á hacer el suyo. Gobernados al parecer por los mismos principios que el Doctor Sangrado, recetáron sangrias sobre sangrias, de manera que redujéron á los últimos al pobre enfermo al cabo de seis dias, y al séptimo le libráron para siempre de sus molestas visiones.

La muerte del Ministro causó en todo el Lugar un vivísimo dolor. Sus criados desde el primero hasta el último le lloráron amargamente. Lejos de consolarse de su muerte con la memoria que hizo de todos en su testamento, no hubo siquiera uno que no renunciase gustoso el legado que le tocaba, por verle restituido á la vida. Yo que era el predilecto entre todos, y que por pura inclinacion me habia entregado todo á su persona, sentí su falta mas que todos juntos. Dudo mucho que la pérdida de mi querida Antonia me costase tantas lágrimas.

CAPÍTULO XII.

Lo que pasó en el lugar de Loeches después de la muerte del Conde Duque , y partido que tomó Gil Blas.

ENTERRARON al Ministro en el Convento , según él lo había dispuesto , sin mas pompa ni ostentacion que el llanto universal de sus criados y vasallos. Después de los funerales , la Condesa viuda hizo que se leyese el testamento á presencia de toda la familia , quedando toda agradecida y contenta. A cada uno dejó el difunto una manda correspondiente al empleo que tenia , siendo la menor no menos que de dos mil pesos. A mí me dejó diez mil en prueba del singular amor que me profesaba. No se olvidó de los hospitales , y fundó aniversarios en diferentes Conventos.

La viuda envió á Madrid todos los criados , para que cada uno cobrase de su mayordomo Don Ramon Caporis lo que le correspondia ; pero yo no pude ir con ellos , porque me detuvo de siete á ocho dias en el Lugar una fuerte calentura , fruto natural de lo que me affligió aquella pesadumbre. No me abandonó en todo aquel tiempo el buen Religioso confesor de mi venerado amo. Habíame tomado inclinacion este digno Sacerdote , y luego que me vió convale-

cido, me preguntó que pensaba hacer de mi persona. Padre Reverendísimo, le respondí, no sé que le diga á V. Paternidad, porque en este punto no estoy aun de acuerdo conmigo mismo. Algunos ratos me viene gana de encerrarme en una celda para hacer penitencia por mis pecados. Preciosísimos momentos, respondió el Padre. Señor Santillana, ¡y que bien haria vmd. en aprovecharse de ellos! Aconsejole, como amigo, que sin dejar de ser seglar, se retire para siempre á algun Convento.

En la disposicion en que me hallaba, no me pareció mal el consejo de aquel Religioso; pero no queriendo resolverme de repente, pedí á su Reverencia tiempo para pensarlo y para hacer mis reflexiones. Poco despues vino á visitarme Scipion, consulté el punto con él, esponiendole el consejo que el Padre me habia dado, y mi propension á abrazarlo. Quita allá, respondió prontamente, torciendo el hocico y haciendo gestos. ¡Y es posible, Señor Santillana, que vmd. se incline á semejante retiro! ¿Pues no tiene en su quinta de Liria otro mucho mas solitario y agradable? Si en otro tiempo quedó tan enamorado de él, mucho mas le agradará ahora en que la edad mas madura y mas reflexiva es tambien la mas propia para admirar y dejarse embelesar de los inocentes y bellísimos objetos que ofrece en los campos á nuestros ojos la madre naturaleza.

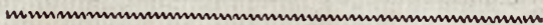
Poco tuvo que hacer el hijo de la Coscolina en persuadirme á que mudase de parecer. Puseme luego de parte del suyo, diciendole: Amigo, mas has podido tú que el Padre confesor de nuestro amo difunto. Veo con efecto que me hallaré mejor en mi casa, y asi declarome por ese partido. Volverémonos á Liria luego que mi salud me permita emprender el viage, lo que no puede tardar mucho, pues ya estoy sin calentura, y en breve tiempo espero recobrarne del todo. Asi sucedió, y luego pasámos á Madrid Scipion y yo. No me alegró la vista de aquella capital tanto como me alegraba ántes. Sabiendo que era casi universal el horror con que se oia el nombre de un Ministro á quien tanto habia yo debido, no me era posible mirarla con buenos ojos; y asi solo me detuve en ella cinco ó seis dias que necesitó Scipion para disponer lo necesario á nuestro viage. Miétras él atendia á esto, yo me fuí á ver con Caporis, que al punto me entregó mi legado en doblones efectivos. Lo mismo hice con los cobradores de las Encomiendas sobre que yo tenia mis pensiones; arreglé con ellos el modo de librarne los pagos; en una palabra, puse en orden lo mejor que pude todos mis negocios.

El dia ántes de partir pregunté á Scipion si se habia despedido de Don Enrique. Respondióme que sí, y que aquella misma mañana se habian separado los dos en buena amistad, sin

embargo que mostró algun sentimiento de que le dejase. La verdad es, añadió, que si él estaba contento conmigo, yo no estaba muy contento con él; y no basta que el amo esté satisfecho del criado, es menester que el criado lo esté igualmente del amo: no siendo asi, es indispensable que no vayan de acuerdo los dos; fuera de que Don Enrique hace ya muy mala figura en la Corte. Se le mira en ella con el mayor desprecio; en las calles todos le señalan con el dedo, y ninguno sabe darle otro nombre que *el hijo de la Genovesa*. Vea vmd. ahora si para un mozo de honra seria cosa de gusto servir á un amo desacreditado.

Partimos en fin de Madrid al amanecer, y tomámos el camino de Cuenca. Iba ordenado el equipage de la manera siguiente: mi confidente y yo íbamos en una calesa de dos mulas con un calesero. Seguian tres machos cargados de ropa y dinero con otros tantos mozos de mulas: tras de estos venian montados dos fuertes lacayos escogidos por Scipion, y bien armados. Los mozos llevaban tambien sables, y el calesero un par de pistolas en el arzon de la silla. Como éramos ocho hombres, y los seis de mucho valor y de gran resolucion, me puse en camino alegremente y sin el menor rezelo. Al pasar por los Lugares hacian tanto ruido las campanillas y cencerros de los machos y mulas, que los paisanos salian á las puertas á ver la comitiva,

que les parecia ser de algun Grande que iba á tomar posesion de un Vireinato.



CAPÍTULO XIII.

Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria : tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina ; y él mismo se enamora de una dama.

TARDÉ quince dias en llegar á Liria, porque no habia precision de acelerar las jornadas : solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me causó algunos tristes pensamientos, acordandome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos de mí, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen : lo que no me fué difícil, porque al cabo de tantos años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Luego que me apeé en mi casa, viniéron presurosas á saludarme Beatriz, muger de Scipion, y su hija Serafina : despues de esto el marido, la muger y la hija parecian querer ahogarse unos á otros, dandose recíprocos abrazos en testimonio de su cordialísima alegría, de manera que de verlos estaba yo como encantado. Dejé que se acabaran los abrazos, y mirando fijamente á mi ahijada, dije admirado : ¡ Es posible

que sea esta aquella Serafina que yo dejé en la cuna cuando partí de Liria ! pasmado estoy de verla tan bella y tan crecida. Es menester que pensemos en casarla. ¿ Como así ? Señor padrino, exclamó la muchacha algo cortada. Acaba vmd. de llegar, y ya piensa en alejarme de sí. No, hija mia, la respondí, no pretendemos separarte de nosotros dandote marido : queremos busques uno que te posea sin que te ausentes de tus padres, y que, por decirlo así, viva con nosotros.

Un pretendiente en que se halla esa circunstancia, dijo entónces Beatriz, tiene la niña. Cierta hidalgo de un lugar inmediato la vió un dia en Misa, y quedó muy prendado de ella. Vino despues á verme, declaróme su intento, y me pidió la muchacha. Poco adelantaria vmd., respondí yo al tal Señor, aunque yo se la concediera. Serafina depende de su padre y de su padrino, como los únicos que pueden disponer de su mano. Lo mas que puedo hacer por vmd. es escribir á uno y otro, informandoles de las calidades de su persona, y del favor que quiere hacer á mi hija. Con efecto, esto iba á escribir á vmds. dos ; mas ya que Dios me los ha dejado ver aquí, y estan enterados de la pretension, harán lo que mejor les pareciere.

Pero en suma, ¿ quien es ese hidalgo ? la preguntó Scipion. ¿ Es acaso alguno de tantos como hay por ese mundo de Dios, hinchados con su

hidalgua , é insolentes con los que carecen de esa alhaja ? En quanto á eso , respondió inmediatamente Beatriz , nada menos. Es un mozo muy afable y atento con todos , sobre ser bien parecido , y que aun no ha cumplido treinta años. Vamos claros , dije yo á Beatriz , que es bellissimo el retrato que haces de ese caballero. ¿ Y como es su nombre ? Don Juan de Juntella , respondió la muger de Scipion. Ha poco tiempo que heredó á su padre , y vive en una hacienda propia que solo dista una legua de aquí , en compañía de una señorita jóven hermana suya. Ya he oido alguna vez hablar de esa familia , repuse yo , y he llegado á entender que es conocida en el Reino de Valencia. Menos estimo , añadió Scipion , toda la hidalguía que pueda Don Juan gozar , que las buenas prendas y calidades ; y sobretodo , lo que nos hace mas al caso , es que el tal Don Juan sea hombre de bien. A lo menos esa fama tiene , dijo Serafina tomando parte en la conversacion , y los vecinos de Liria que le conocen , dicen mil bienes de él. Cuando oí estas breves palabras á mi ahijada , me sonreí mirando á su padre , el cual conoció por ellas , como yo , que no desagradaba á su hija aquel galan.

Tardó poco en saber nuestro arribo el mencionado novio , y dos dias despues vino á vernos. Se presentó con desembarazo y gracia ; y lejos de que su presencia desmintiese el informe

que Beatriz nos habia dado, nos hizo formar mucho mayor concepto de su mérito. Dijonos que como vecino venia á darnos la bienvenida. Recibímosle con la mayor atencion y agrado que nos fué posible; pero esta visita fué de pura urbanidad, pasandose toda en cortesanos recíprocos cumplimientos. Retiróse sin haber hablado ni una palabra que pudiese aludir á su inclinacion por Serafina: solamente nos suplicó que le permitiésemos repetir y aun frecuentar sus visitas, para aprovecharse mejor de una vecindad que juzgaba habia de ser muy gustosa para él. Quedámos satisfechos de sus buenos modales, y al dia siguiente por la tarde partimos Scipion y yo á pagarle la visita. Tomámos el camino de su Lugar, guiados por un paisano que despues de haber caminado tres cuartos de legua, Aquella es, Señores, nos dijo, la casa de Don Juan. Recorrimos con la vista todos aquellos campos, y nada pudimos ver hasta que llegando al pié de un collado la descubrimos en medio de un bosque rodeado de corpulentos árboles, cuya frondosidad y espesura la robaban á la vista en mayor distancia. La tal casa por defuera representaba mas antigüedad que opulencia en su dueño. Sin embargo, cuando nos hallámos dentro, vimos que el aseo y buen gusto de los muebles recompensaba la caduca ancianidad del edificio.

Recibiónos Don Juan en una sala mediana-

mente puesta, presentandonos á una señorita de diez y nueve á veinte años, que dijo era su hermana y nuestra servidora, llamada Doña Dorotea. Estaba vestida de gala como quien esperaba nuestra visita, y naturalmente queria no parecernos mal. Luego que la ví y pude descubrir en alguna manera sus prendas de cuerpo y alma, me hiciéron la misma impresion que Antonia me habia hecho, y verdaderamente quedé en lo interior enteramente turbado; pero supe disimular tanto, que ni el mismo Scipion lo pudo conocer. Toda nuestra conversacion fué como la del dia anterior, reduciendose al gusto que todos tendríamos de vernos y aprovecharnos de tan envidiable vecindad, viviendo como buenos vecinos. Don Juan no tomó en boca á Serafina, ni por nuestra parte se dijo cosa alguna que de mil leguas le pudiese dar ocasion á declarararnos su amor, persuadidos á que lo mas decente y mas seguro era dejarle venir. Durante la visita echaba yo de cuando en cuando alguna ojeada á Dorotea, sin embargo de afectar que la miraba con indiferencia, y aun lo menos que me era posible. Si tal vez se encontraban sus ojos con los míos, eran nuevas saetas que me atravesaban el corazon de parte á parte. Confesaré con todo, por hacer exacta justicia á mi amado objeto, que no era una hermosura perfecta, aunque tenia la tez blanquísima, y los labios mas encarnados que la rosa: la nariz era muy larga,

y los ojos algo pequeños; pero sin embargo el todo de su rostro me encantaba.

En suma, no saqué de casa de Don Juan el sosiego con que habia entrado, pues ocupado enteramente el pensamiento en Dorotea, no acertaba á pensar ni hablar de otra cosa. ¿Que es esto, Señor? me dijo Scipion mirandome como pasmado. Mucho habla vmd. de la hermana de Don Juan. ¿Si estará enamorado de aquella linda dama? Sí, amigo, le respondí: lo estoy, y me avergüenzo de estarlo; pero no lo puedo negar. ¿Santos Cielos!; es posible que habiendo mirado con la mayor indiferencia á mil bellísimas mugeres despues que murió mi Antonia, haya encontrado ahora una que en mi adelantada edad encienda en mi corazon un volcan de amor, dejandome sin arbitrio para defenderme! Señor, me replicó el hijo de la Coscolina, pareciamé á mí que debia vmd. celebrar esa aventura en vez de sentirla y de prorumpir en tan injustas quejas. No es tan viejo vmd. que desdigan de sus años los ardores de un lícito y casto amor, ni el tiempo ha maltratado tanto su semblante que no conserve toda su gracia, y no mantenga el derecho de parecer bien. Creame vmd. y tome mi consejo. La primera vez que vea á D. Juan, pidale su hermana con toda resolucion, seguro de que no la podrá negar á un hombre de sus circunstancias. Fuera de que aun cuando quisiese absolutamente casarla con un hidalgo, vmd. lo es,

★

pues tiene su ejecutoria que basta para que no padezca el honor de su posteridad. Despues que el tiempo haya echado sobre la tal ejecutoria el espeso velo que cubre á todas las nobles familias, quiero decir, despues de cuatro ó cinco generaciones, la casa de Santillana será de las mas ilustres.

CAPÍTULO XIV.

De las dos bodas que se celebráron en la quinta de Liria, con lo cual se da fin á la historia de Gil Blas de Santillana.

ANIMÓME tanto Scipion á declararme pretendiente de Dorotea, que ni siquiera me pasó por la imaginacion que me esponia á un desaire. Con todo eso no me determiné sin cierto rezelo á romper el silencio. Aunque mi cara disimulaba mucho mis años, y podia quitarme á lo menos diez de los que tenia sin miedo de no ser creido, no por eso dejaba de dudar con fundamento que pudiese enamorarse de mí una muger hermosa y en lo mas florido de su edad. Sin embargo, resolví arriesgarme, y pedirla á su hermano la primera vez que le viese. Este por su parte, como no estaba seguro de conseguir á mi ahijada, tampoco dejaba de tener alguna inquietud.

Volvió á mi casa la mañana siguiente al dia

de mi visita. Señor Santillana, me dijo apenas me vió, hoy vengo á tratar con vmd. de un asunto muy serio. Hícele entrar en mi gabinete, y desde luego se introdujo derechito en la materia. Creo, me dijo, que no ignora vmd. el asunto sobre que le vengo á hablar. Ahorremos de palabras. Yo amo á la señora Serafina: vmd. lo puede todo con su padre; suplicole favorezca mi pretension, disponiendo que sea dueño del objeto de mi amor, que de esa manera perpetuamente reconoceré deber á vmd. toda la felicidad de mi vida. Señor Don Juan, le respondí, ya que vmd. ha escusado de rodeos, y se ha ido derechamente á la sustancia, tampoco extrañará que yo imite su ejemplo. Prometo á vmd. todos mis buenos oficios con el padre de mi ahijada Serafina, é imploro los de vmd. en mi favor sobre la misma pretension para con su hermana y mi señora Doña Dorotea.

Quedóse alegremente sorprendido Don Juan al oirme estas últimas palabras, y yo formé un buen agüero al observarle aquella alegre suspension. ; Es posible, Señor, exclamó prontamente, que Dorotea á la primera vista haya conquistado vuestro corazon! Sí Señor, le respondí, encantóme enteramente, y me tendré por el hombre mas dichoso del mundo, si mi pretension mereciere la aprobacion del uno, y el consentimiento de la otra. Eso es, me replicó, en lo que vmd. no puede ni debe poner

la menor duda. Es verdad que somos nobles ; pero tambien lo es que de la alianza con un hombre de las circunstancias de vmd. ninguna nobleza puede ni debe hacer desden. Me alegro, repuse yo, que no se desdeñe vmd. de admitir por cuñado á un hombre que nació en el estado llano : esto mismo me obliga á estimarle mas, porque es prueba de su buen juicio ; pero sepa vmd. que aun cuando su vanidad le persuadiese á no permitir que su hermana diese la mano á ninguno que no fuese noble, todavía tenia yo con que contentar aun en este particular su honrada delicadeza. Veinte años serví en las oficinas del Ministerio y del Rey. Para recompensar los servicios que hice al Estado, me gratificó S. M. con una ejecutoria y patente de nobleza, la que quiero lea vmd. ahora mismo con sus propios ojos. Diciendo esto, saqué la ejecutoria de la papelera, entreguésele, y él la leyó con la mayor satisfaccion. Está muy buena, me dijo al devolvermela : por lo que á mí hace, añadió, Dorotea ya es vuestra. Y á mí me parece, le respondí, poder aseguraros desde luego que podeis contar con Serafina.

Quedáron pues concluidos de esta manera entre nosotros los dos matrimonios, faltando solo saber si lograríamos el libre y gustoso asenso de nuestras futuras, porque ni Don Juan ni yo, igualmente delicados en punto tan importante, las pretendíamos sin su beneplácito y grato con-

sentimiento. Volvióse Don Juan á su Lugar para comunicar mi proposicion á su hermana, y yo llamé á Scipion, Beatriz y mi ahijada, para darles parte de la conversacion que habia tenido con Don Juan. Beatriz dijo desde luego, sin pensarlo mas, que se le admitiese al punto por esposo. Serafina dió bastante á entender con su apacible silencio y turbacion, que era del mismo parecer que la madre. No fué de otro su padre, pero mostró alguna inquietud por el dote que le parecia preciso dar, correspondiente á un hidalgo como aquel, y cuya quinta tenia urgente necesidad de reparos. Tapele luego la boca, diciendole que en eso no debia pensar él, porque yo desde aquel mismo punto me obligaba á dar cuatro mil ducados de dote á mi querida ahijada.

Escribí aquella misma noche á Don Juan, dandole parte de todo. Vuestros negocios, le decia, caminan admirablemente; deseo que los míos no esten en peor estado. No pueden hallarse en mejor, me respondió. Dorotea dió inmediatamente su consentimiento sin esperar á que se echase mano del ruego, ni mucho menos de la autoridad. Cada instante se acuerda de vuestra persona que le agradó mucho, y no le agradaron menos vuestros cortesanos modales. Vos temíais no ser de su gusto, y ella por el contrario teme con mayor razon que solo puede ofreceros su corazon y su mano. ; Que mas puedo desear!

esclamé fuera de mí de alegría. Una vez que la amable Dorotea no tenga repugnancia á unir su suerte con la mia, nada tengo ya que apetecer en este mundo. Dios me ha dado mas de lo que me basta para recibirla sin dote; sola su posesion colma todos mis deseos.

Contentísimos Don Juan y yo de ver puestas en tan buen estado nuestras cosas, resolvimos de comun acuerdo escusar todas las ceremonias superfluas para acelerar cuanto ántes nuestras bodas. Dispuse que mi futuro cuñado se abocase con los padres de Serafina; y convenidos en las capitulaciones del matrimonio, se despidió de nosotros, prometiendo volver el dia siguiente acompañado de su hermana Dorotea. El deseo de parecer bien á mi novia me obligó á emplear tres horas cumplidas en vestirme, engalanarme y adonizarme, y ni aun asi me pude reducir á estar contento con mi figura. Para un mozo que se prepara á ver y recibir á su dama, esta ridícula fatiga es una verdadera diversion; mas para un hombre que ya se acerca á viejo, es una ocupacion fastidiosa. Con todo eso fuí mas afortunado de lo que esperaba; volví á ver á la hermana de Don Juan, y ella me miró con unos ojos que casi me hicieron creer que aun valia yo alguna cosa. Tuve con ella una larga conversacion, y descubrí ser de bellissimo carácter, y de un juicio despejado; de suerte que llegué á persuadirme á que con buen modo y

mucha complacencia podria llegar á merecer su cariño, aun despues de casado. Lleno de esta dulce confianza, hice venir de Valencia dos Escribanos que dispusieron los contratos matrimoniales. Llamóse al Cura, quien nos casó á Don Juan y á mí con nuestras queridas esposas.

Encendí pues por la segunda vez la antorcha de himeneo, y nunca tuve motivo de arrepentirme. Dorotea, como muger de juicio y de virtud, no tenia mayor gusto que cumplir con su obligacion; y como yo procuraba adelantarme á prevenir sus deseos, ella tardó poco en enamorarse de mí, como pudiera hacerlo si me hubiera conocido en la flor de mi juventud. En Don Juan y en mi ahijada se encendió con igual viveza el amor conyugal, y lo mas singular fué que las dos cuñadas contrajéron una estrechísima amistad. Yo por otra parte advertí en mi cuñado tales prendas, y le cobré tal afecto que no lo sabré explicar; y él me correspondió de modo que nunca tuve motivo para quejarme de ingratitud. En fin, era tal nuestra fraternal union, que cuando llegaba la noche y la hora de separarnos, siempre nos causaba esto sentimiento, de manera que al fin fué necesario resolernos á vivir juntos debajo de un mismo techo, para no formar mas que una sola familia.

Tres años ha, lector amigo, que paso una

vida deliciosa en tan amable compañía. Para colmo de mi dicha, el Cielo me ha concedido dos hijos de quienes creo prudentemente ser padre, cuya educacion será la ocupacion y empleo de mi vejez.

FIN DE LA HISTORIA DE GIL BLAS.

ÍNDICE

De los Capítulos que se contienen en este Tomo.

LIBRO DÉCIMO.

- CAP. I. *PARTIDA de Gil Blas para Asturias, y lo que le sucedió al pasar por Valladolid.....* Pág. 5
- CAP. II. *Prosigue Gil Blas su viage, y llega felizmente á Oviedo: estado de su familia: muerte de su padre, y lo que sucedió despues.....* 17
- CAP. III. *Parte Gil Blas al Reino de Valencia, y llega en fin á Liria. Descripción de su quinta; como fué recibido en ella, y las gentes que allí encontró.* 30
- CAP. IV. *Parte á Valencia; visita á los Señores de Leyva; la conversacion que tuvo con ellos, y la buena acogida que le hizo Doña Serafina.....* 38
- CAP. V. *Va á la comedia Gil Blas, y vé representar la nueva tragedia: que suceso tuvo la pieza, y la variedad de juicios en la crítica que se hizo de ella.....* 45
- CAP. VI. *Encuentra Gil Blas en la calle á un Religioso á quien le pareció conocia; y declarase quien era este.....* 51
- CAP. VII. *Restituyese Gil Blas á Liria: dale Scipion una noticia de mucho gusto; y de la reforma que hizo en su casa.....* 61
- CAP. VIII. *Amores de Gil Blas y de la bella Antonia.* 67
- CAP. IX. *Boda de Gil Blas y la bella Antonia: aparato con que se hizo: personas que asistieron á ella, y fiestas con que se celebró.....* 76
- CAP. X. *Lo que sucedió despues de la boda de Gil Blas, y principio de la historia de Scipion.....* 85
- CAP. XI. *Prosigue la historia de Scipion.....* 120
- CAP. XII. *Fin de la historia de Scipion.....* 138

LIBRO UNDÉCIMO.

- CAP. I. *Muere la muger de Gil Blas. Vuelve este á la Corte.....* 168
- CAP. II. *Marcha Gil Blas á Madrid , dejase ver en la Corte , reconocele el Rey , recomiendale á su Ministro , y efectos de esta recomendacion.....* 175
- CAP. III. *Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner en ejecucion el pensamiento de dejar la Corte , y del importante servicio que le hizo su amigo Josef Navarro.....* 184
- CAP. IV. *Logra Gil Blas el afecto y confianza del Conde Valdeories.....* 188
- CAP. V. *Conversacion secreta que tuvo Gil Blas con Navarro ; y primer empleo en que le puso el Conde Valdeories.....* 192
- CAP. VI. *Emplea Gil Blas los trecientos doblones que el Conde le regaló : encarga una comision á su fiel Secretario : y feliz suceso del escrito de que acabamos de hablar.....* 200
- CAP. VII. *Por que casualidad , en que sitio y en que estado encontró Gil Blas á su antiguo amigo Fabricio , y conversacion que tuvieron.....* 206
- CAP. VIII. *Grangease Gil Blas cada dia mas el afecto del Ministro : vuelve Scipion á Madrid ; y hace á su amo relacion de su viage.....* 215
- CAP. IX. *Como y con quien casó el Conde Duque á su hija única , y los amargos frutos que produjo este matrimonio.....* 217
- CAP. X. *Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez : refierele este que se representa una comedia suya en el Corral del Principe : desgraciado suceso que tuvo ; y el no menos feliz que favorable efecto que le produjo esta desgracia. 221*
- CAP. XI. *Consigue Santillana un empleo para Scipion , el cual se embarca para Nueva España. 227*
- CAP. XII. *Llega á Madrid Don Alfonso de Leyva : motivo de su viage : grave afliccion de Gil Blas , y no menor alegria que siguió á su afliccion.. 231*

- CAP. XIII. *Encuentra Gil Blas en Palacio á Don Gaston de Cogollos y á Don Andres de Tordesillas : retiranse todos tres á discurrir con libertad : fin de la historia de Don Gaston y Doña Elena de Galisteo : servicio que hace Santillana á Don Andres.....* 237
- CAP. XIV. *Va Santillana á casa del poeta Nuñez : que casta de pájaros encontró en ella ; y la conversacion que tuvo con todos.....* 248

LIBRO DUODÉCIMO.

- CAP. I. *Emplea el Ministro á Gil Blas en Toledo : motivo y feliz éxito de su viage.....* 253
- CAP. II. *Da Santillana cuenta de su comision al Ministro , quien le encarga disponga la venida de Lucrecia á Madrid : llega esta á la Corte , y su primera representacion en el teatro.....* 266
- CAP. III. *Hace Lucrecia gran ruido en la Corte : representa delante del Rey , quien se enamora de ella ; sucesos de estos amores.....* 270
- CAP. IV. *Nuevo empleo que confirió el Conde Duque á Santillana.....* 278
- CAP. V. *Es reconocido auténticamente el hijo de la Genovesa por hijo del Ministro , bajo el nombre de Don Enrique Felipe de Namuzg : escoge Santillana los maestros y personas de servidumbre para este Señor.....* 282
- CAP. VI. *Vuelve Scipion de la América ; acomodale Gil Blas en la familia de Don Enrique : estudios de este : con quien le casó el Conde Duque : hace S. E. noble á Gil Blas que lo repugnaba.....* 287
- CAP. VII. *Encuentra casualmente Gil Blas á Fabricio ; última conversacion que tuvieron , y aviso importante que le dió Nuñez.....* 291
- CAP. VIII. *Descubre Gil Blas ser cierto el aviso que le dió Fabricio. Hace el Rey un viage á Zaragoza.* 295
- CAP. IX. *De la rebelion de Portugal , y caída del Conde Duque.....* 299

- CAP. X. *Cuidados que inquietaron al Conde Duque ;
siguese á ellos una dichosa tranquilidad ; método
de vida que entabló en su retiro.....* 302
- CAP. XI. *Apoderase del Conde Duque una repentina y
profunda melancolia ; su causa y sus efectos.* 307
- CAP. XII. *Lo que pasó en el lugar de Loeches despues
de la muerte del Conde Duque , y partido que tomó
Gil Blas.....* 312
- CAP. XIII. *Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria :
tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada
Serafina ; y él mismo se enamora de una dama.* 316
- CAP. XIV. *De las dos bodas que se celebraron en la
quinta de Liria , con lo cual se da fin á la historia
de Gil Blas de Santillana.....* 322

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO IV Y ULTIMO.



